DAVID IRVING

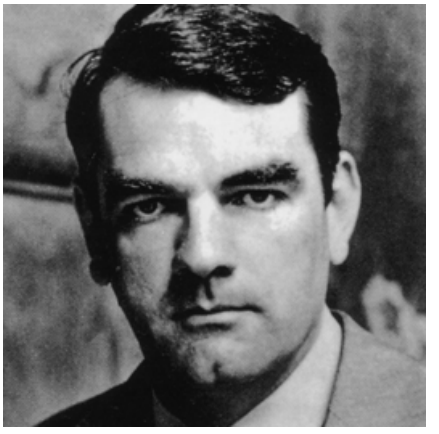
El camino de la guerra

Una visión sorprendente y rigurosísima de la Alemania de Hitler antes de la guerra.

DAVID IRVING

El camino de la guerra

FOCAL POINT



David Irving, nacido en Essex, Inglaterra, en 1938, es hijo de un oficial de la Royal Navy. Se formó en la Universidad de Londres, donde cursó estudios de física, ciencias económicas e historia política, y en 1959 pasó a trabajar en la región de Ruhr como obrero con el objeto de perfeccionar su alemán. Después de tres años de investigaciones publicó su primer libro, *La destrucción de Dresde*, la obra más completa que existe sobre el ataque aéreo aliado, en el cual perecieron en una noche más de cien mil personas de la población civil. Posteriormente publicó otros cinco importantes estudios sobre diversos aspectos de la Alemania nazi, y en 1977 dio a conocer el más famoso y discutido de sus libros, *La guerra de Hitler*, al que siguieron *El rastro del Zorro*, una gran biografía del mariscal Rommel, y *El camino de la guerra*. Posteriormente ha publicado biografías de Göring y Churchill.

©1978 David Irving
©2005 Parforce UK Ltd.

Título original: The war path
Depósito legal: B. 37.172-1990
ISBN 84-320-4465-3

ÍNDICE

Introducción 1
Prólogo: la simiente 33

I. HACIA EL PODER ABSOLUTO

Dictador por consenso 45
El triunfo de la voluntad 67
«Un día, el mundo» 77
La primera dama 89
La Diosa de la Fortuna 105
«Verde» 124
La otra cara de Hitler 138
Afilando la espada 147
Munich 158
El primer paso de un largo camino 179

II. HACIA LA TIERRA PROMETIDA

En la Cancillería de Hitler 201
Cincuenta 218
La extremaunción 233
La solución final 241
Pacto con el diablo 255
Intermedio: su primera guerra en Silesia 274

Notas sobre las fuentes 280
Índice onomástico 298

INTRODUCCIÓN

«A los historiadores se les ha otorgado un poder del que ni siquiera gozan los dioses: cambiar los hechos ya sucedidos.»

Tuve muy presente la aguda ironía de esta frase cuando me embarqué en el estudio de los doce años de poder absoluto que detentó Adolf Hitler. Consideré mi tarea como la de un encargado de limpiar la piedra de una fachada, pero no tanto para realizar una apreciación arquitectónica, como para quitar la suciedad acumulada por los años y reavivar los colores de un monumento lúgubre y silencioso. Me dispuse a estudiar la historia copio si me encontrara sentado en el escritorio del Führer tratando de verlo todo con sus ojos. Este método limita forzosamente el campo de visión, pero sirve de gran ayuda para explicar unas decisiones que de otro modo resultan inexplicables. Que yo supiera entonces, yo era el primero en intentar algo parecído y creí que el esfuerzo valía la pena; después de todo, la guerra de Hitler dejó cuarenta millones de muertos y fue la causa de que toda Europa y la mitad de Asia quedaran devastadas por el fuego y las bombas; también destruyó el «Tercer Reich» de Hitler, provocó la ruina económica de Gran Bretaña e hizo que ésta perdiera su imperio: dejó al mundo sumido en unos problemas que iban a durar mucho tiempo, vio cómo se airincheraba el comunismo en un continente y cómo no tardaba en aparecer en otro.

En libros anteriores, preferí acudir a las fuentes originarias de la época antes que a toda la literatura publicada sobre el tema, va que ésta contenía demasiadas trampas para el historiador. Ingenuamente supuse que podía aplicar esta misma técnica al estudio de Hitler sin necesitar para ello más de cinco años. La verdad es que tuvieron que pasar trece años antes de que el primer libro, *La guerra de Hitler*, se publicara en 1977; y aún ahora, doce años después, sigo trabajando en los índices y añadiendo documentos a mis

archivos. Recuerdo que en 1965 tuve que ir hasta los muelles de Tilbury para recoger una caja con microfilmes que había solicitado al gobierno de los Estados Unidos para este estudio. Cuando llegué, supe que el barco que había traído la caja llevaba mucho tiempo en el desguace, y que el arsenal donde debía encontrarse estaba al nivel de la tierra. Mucho me temo que hice aquel viaje con demasiada calma. Sin embargo, espero que esta biografía, ahora actualizada y revisada, sobreviva a sus rivales, y que en el futuro haya cada vez más escritores que se vean en la necesidad de consultarla en busca de materiales inexistentes en las demás biografías. Después de viajar por el mundo, he descubierto que este libro ha provocado una división radical en el seno de la comunidad de historiadores universitarios, especialmente en el controvertido tema del «holocausto». Solamente en Australia, los estudiantes de las universidades de Nueva Gales del Sur y de Australia Occidental me han contado que allí se les recrimina con dureza si citan *La guerra de Hitler*; en las universidades de Wollongton y de Camberra, en cambio, los estudiantes son reprendidos si no lo hacen. Esta biografía es lectura obligatoria para oficiales de academias militares que van desde West Point, Nueva York, y Carlisle, Pennsylvania; ha merecido el elogio de muchos experlos al otro lado del Telón de Acero, así como de los que se sitúan en la extrema derecha.

Yo, por ser el autor, he visto mi casa hecha pedazos por unos desalmados, han aterrorizado a mi familia, he sufrido la calumnia, han atentado contra mis impresores y yo mismo he sido detenido y deportado por la minúscula y democrática Austria en un acto ilegal, según sentencia de sus propios tribunales, por el que espero se juzgará a los responsables del ministerio. En una ocasión, un redactor de la revista Time con quien me encontraba cenando en Nueva York en 1988, me hizo la siguiente observación: «Antes de venir a verle, he leído en los archivos todo lo que la prensa ha dicho sobre usted. Hasta la aparición de *La guerra de Hitler* gozó usted de todos los elogios del mundo y era muy estimado por los medios de comunicación; después de publicar su libro le han hundido a usted en el fango.»

No quiero disculparme por haber modificado el retrato ya existente del hombre en cuestión. He procurado concederle la misma oporiunidad de defenderse que hubiera tenido en un tribunal inglés, donde se recurre a las

reglas normales de las pruebas, pero donde también se deja un lugar para la intuición. No han faltado muchos escépticos que han preguntado si la excesiva dependencia de las fuentes personales, con su inevitable subjetividad, tiene alguna ventaja como método de investigación sobre los sistemas más tradicionales de búsqueda de información. Mi respuesta es que tampoco podemos rechazar el valor indudable de las fuentes personales. Como observó el *Washington Post* después de analizar la primera edición de 1977, «los historiadores ingleses siempre han sido más objetivos que sus colegas alemanes y norteamericanos en lo referente a Hitler».

Las conclusiones a las que llegué al terminar el manuscrito fueron sorprendentes incluso para mí. Hitler fue un Führer mucho más todopoderoso de lo que siempre se había creído, y el apoyo que obtuvo de sus subordinados se fue debilitando a medida que pasaban los años. Hubo tres episodios – las consecuencias del caso Ernst Röhm el 30 de junio de 1934, el asesinato de Dollfuss un mes más tarde, y los atropellos antisemitas de noviembre de 1938 – que demuestran cómo su poder se vio determinado por el de otros hombres con los que, de una forma u otra, se sentía en deuda. Presento la imagen de un Hitler manteniendo siempre intacta la ambición que le había guiado desde el período de preguerra, pero también muy oportunista en sus tácticas y métodos. Hitler estaba firmemente convencido de que no había que dejar pasar ninguna oportunidad. «Veréis pasar a la diosa Foriuna un solo instante – exclamó ante sus ayudantes en 1938 – y si en ese momento no la agarráis, no volveréis a tener una segunda oportunidad.» Buena muestra de ello fue el modo en que se aprovechó del doble escándalo de enero de 1938 para deshacerse del comandante en jefe del ejército, Werner von Fritsch, por sus ideas demasiado conservadoras, y así erigirse en su propio jefe supremo.

Sus ambiciones geográficas fueron siempre las mismas, y ninguna de ellas iba en contra de Gran Bretaña ni de su imperio, como demuestran claramente todos los documentos capturados sobre el tema. Sin duda aiguna, Hitler no construyó los aviones y los barcos de guerra apropiados para llevar a cabo una campaña continuada contra las islas británicas; además, algunos pequeños indicios, como las instrucciones que dio a Fritz Todt para levantar

grandes monumentos en las fronteras occidentales del Reich, inclinan a pensar que para Hitler estas fronteras iban a ser permanentes. También hay pruebas evidentes sobre sus planes de invasión del este: las palabras que pronunció en secreto en febrero de 1933, su memorial de agosto de 1936, sus instrucciones para fortificar Pillau como base naval del Báltico en junio de 1937 y los comentarios que hizo a Mussolini en mayo de 1938 acerca de que «Alemania se precipitará hacia el este por el antiguo camino teutónico». No fue hasta finales de aquel mismo mes cuando Hitler se acabó convenciendo de que había muy pocas probabilidades de que Gran Bretaña y Francia se mantuvieran al margen de todo.

Estos últimos años previos a la guerra vieron crecer la confianza de Hitler en las técnicas de guerra sicológica. El principio no era ninguna novedad, y el mismo Napoleón lo había definido de la siguiente forma: «En caso de guerra, la reputación de las armas de que uno dispone es tan importante como las armas en sí.» He querido ilustrar lo avanzados que estaban los nazis en estas técnicas propias de la «guerra fría» sirviéndome de los documentos del Ministerio de Propaganda y de algunas oficinas editoriales. Sobre este tema, he puesto especial énfasis en las fuentes de información del servicio secreto de Hitler en el extranjero. La agencia encargada de descifrar códigos y de realizar escuchas telefónicas, la Forschungsamt, destruyó sus archivos en 1945, pero a ella se deben muchos de los éxitos de Hitler. La agencia podía escuchar los teléfonos de los diplomáticos extranjeros en Berlín; por ejemplo, proporcionaba a Hitler cada hora transcripciones de las fuertes e imprudentes conversaciones telefónicas entre una Praga en orden de batalla y los diplomáticos checos de Londres y París en septiembre de 1938. Desde el periodo de Munich hasta la declaración de guerra con Gran Bretaña, Hitler era capaz de saber casi al instante cómo reaccionaban sus enemigos ante cualquier estratagema nazi, por lo que antes del 22 de agosto de 1939 debió de llegar a la certera conclusión de que las potencias occidentales no lucharían aunque le declararan formalmente la guerra; por lo menos, no en un principio.

Los años de guerra demostraron que Hitler era un jefe militar fuerte e implacable, y se puede ver su inspiración detrás de grandes victorias como la

batalla de Francia, en mayo de 1940, y la batalla de Kharkov, en mayo de 1942; el mismo mariscal Zhukov admitió más tarde en privado que la estrategia llevada a cabo por Hitler en 1941 – sin pensar en el asalto sobre Moscú realizado por el Estado Mayor general – era indudablemente correcto. Pero al mismo tiempo, Hitler se convirtió en un dirigente más o menos político, descuidado e indeciso, que dejaba paralizados muchos asuntos de estado. Aunque a menudo se mostraba brutal e insensible, no tenía la habilidad de ser despiadado cuando más falta hacía. Se negó a bombardear Londres hasta que Churchill le forzó a tomar esa decisión a finales de agosto de 1940. Se resistió a imponer el criterio de la movilización total de la «raza dominante» alemana hasta que ya fue demasiado tarde, de modo que mientras las fábricas de municiones pedían mano de obra a gritos, las ociosas amas de casa de Alemania seguían empleando a medio millón de sirvientes en sus casas para quitar el polvo y sacar brillo a sus muebles. A veces, la indecisión militar de Hitler se dejó ver de forma patente, sobre todo cuando se dejaba dominar por el miedo en épocas de crisis, como la batalla de Narvik en 1940. Estuvo demasiado tiempo tomando medidas del todo inútiles contra sus enemigos dentro de Alemania, y parece que fue incapaz de actuar con eficacia contra la fuerte oposición que habla en el seno de su propio alto mando. De hecho, tuvo que sufrir la incompetencia de ministros y generales más tiempo que los dirigentes aliados. Fracasó en su intento de unir a las facciones contrarias del partido y de la Wehrmacht en la lucha por una causa común, y se vio incapaz de sofocar el odio feroz que el Ministerio de la Guerra (OKH) sentía por el Alto Mando de la Wehrmacht (OKW).

Creo demostrar en este libro que cuanto más se recluyó Hitler tras las alambradas y los campos de minas de su aislado refugio militar, más se convirtió Alemania en un Führer-Staat sin Führer. La política interior estaba en manos de quien fuera más fuerte en su sector: de Hermann Göring a la cabeza de la poderosa oficina de economía encargada del plan cuatrienal; de Hans Lammers como jefe de la Cancillería del Reich; de Martin Bormann, el jefe del partido nazi; o de Heinrich Himmler, ministro del Interior y Reichsführer de las SS, de pésima fama.

Hitler fue siempre un problema, una verdadera incógnita incluso para sus consejeros más íntimos. Joachim Ribbentrop, su ministro de Asuntos Exteriores, escribió en su celda de Nuremberg en 1945:

«Conocí más de cerca a Adolf Hitler en 1933. Pero si hoy me preguntan si llegué a conocerle bien – su manera de pensar como político y hombre de Estado, la clase de hombre que era – no tendré más remedio que confesar que sé muy poco de él; en realidad, no sé nada. La verdad es que, aunque pasamos muchas cosas juntos, durante todos los años que trabajé con él no conseguí acortar la distancia que había entre los dos desde el día en que le conocí, ni en el aspecto personal ni en ningún otro.»

La absoluta complejidad de aquel carácter queda de relieve si se compara la brutalidad que mostraba en algunos aspectos con su casi ridículo sentimentalismo y su terca fidelidad a unos convencionalismos militares que otros habían abandonado hacía ya mucho tiempo. Le vemos ordenando a sangre fría la ejecución de un centenar de rehenes por cada soldado alemán muerto en zona ocupada; le vemos disponiendo la matanza de los oficiales italianos que volvieron sus armas contra las tropas alemanas en 1943; también le vemos ordenando la liquidación de los comisarios del Ejército Rojo, de las tropas de los comandos aliados, y de las tripulaciones de la aviación aliada capturadas por los alemanes; y en 1942 anunció el exterminio de la población masculina de Stalingrado y Leningrado. Justificó todas estas órdenes como necesidades impuestas por la guerra. Sin embargo, ese mismo Hitler se quejó con indignación, ya en la última semana de su vida, de que los tanques soviéticos enarbolaran la esvástica nazi en el transcurso de la lucha por las calles de Berlín, y prohibió terminantemente a la Wehrmacht que infringiera las normas de guerra concernientes a las banderas. Se opuso a todos los intentos de utilización de gases venenosos porque habría violado la Convención de Ginebra; en aquel tiempo, Alemania era el único país que disponía de los gases letales Sarín y Tabún con los que, en potencia, se podía ganar la guerra. En una época en la que los gobernantes de las democracias han ideado o perdonado el asesinato, con o sin éxito, de personas molestas – como el general Sikorski, el almirante Darlan, el mariscal de campo Rommel, el rey Boris de Bulgaria, Fidel Castro, Patricio Lubumba y Salvador

Allende – descubrimos que Hitler, el dictador con menos escrúpulos del mundo, además de negarse a recurrir al asesinato de sus enemigos extranjeros, prohibió terminantemente a su Abwehr (Servicio de Información) que lo intentara. Concretamente, rechazó los planes del almirante Canaris para asesinar al Estado Mayor del Ejército Rojo.

El mayor problema que nos plantea dar un tratamiento analítico a la figura de Hitler, es la aversión que nos produce después de muchos años de propaganda bélica, y después de toda la emotiva historiografía de la posguerra. Cuando yo empecé a abordar el tema, tenía un sentimiento muy cercano a la neutralidad. Mis impresiones de la guerra se limitaban a fugaces recuerdos, lo mismo que instantáneas: meriendas en el campo, en el verano de 1940, alrededor de un bombardero Heinkel derribado en Bluebell Woods; la nota infernal, como de órgano, de las bombas volantes V-1 pasando por encima de nuestras cabezas; las tristes filas de camiones del ejército pasando con sus rugidos por delante de nuestra casa de campo; la cuenta diaria de las ausencias en los escuadrones de bombarderos norteamericanos que volvían de forma desordenada de Alemania; los saludos a los barcos con tropas que en junio de 1944 partieron de la playa de Southsea en dirección a Normandía; y, por supuesto, el día mismo de la victoria en Europa, con el fuego de las hogueras y el sonido del gong familiar. Sabíamos muy poco de los alemanes «responsables» de todo aquello. Aún recuerdo la sección «Ferrier's World Searchlight» de la revista *Everybody*, desaparecida hace ya mucho tiempo, con las caricaturas semanales de un enano zompo llamado Goebbels y de otros cómicos héroes nazis.

Desde entonces, las caricaturas han arruinado la historiografía moderna. Ante el fenómeno del mismo Hitler, los historiadores son incapaces de comprender que era una persona normal y corriente, que daba paseos, que hablaba, que pesaba alrededor de setenta kilos, que tenía el cabello entrecano, casi todos los dientes postizos, y que sufría graves problemas digestivos. Para ellos Hitler es la encarnación del demonio, y así tiene que ser; sobre todo, por los sacrificios que tuvimos que hacer para destruirle.

El proceso de ridiculización tuvo en los juicios de Nuremberg por crímenes de guerra una forma más respetable. A partir de entonces, la historia

se ha deformado por los métodos de la acusación consistentes en la selección de los cargos, en su posterior publicación en volúmenes perfectamente clasificados e impresos con esmero, y en la destrucción de cualquier documento que pudiera comprometer el esfuerzo de la acusación. En los juicios de Noremberg, la culpa de todo lo sucedido pasó del general al ministro, del ministro al dirigente del partido, y de todos ellos, de forma invariable, a Hitler. Las leyendas prosperaron bajo el sistema de editores y periódicos «con lícencía» impuesto por los vencedores en la Alemania de la posguerra. Ningún relato era demasiado absurdo para gozar de crédito en los libros de historia y en las memorias.

Entre estos autores entregados a la inventíva, el Estado Mayor general alemán ocupa un lugar de honor. Sin Hitler, eran muy pocos los que hubieran pasado del grado de coronel; a él le debían sus puestos, sus medallas, sus propiedades, sus ingresos; y, muy a menudo, también sus victorias. Después de la guerra, aquellos que sobrevivieron – debido en muchas ocasiones a que se prescindió de sus servicios, quedando, en consecuencia, lejos de los peligros del campo de batalla – hicieron cuanto pudieron por desviar sus culpas alegando derrota final. En los archivos del fiscal de Nuremberg, Robert H. Jackson, encontré una nota de advertencia sobre la táctica que el general Franz Halder, ex jefe del Estado Mayor general del Ejército de Tierra, pretendía utilizar: «Quiero que preste atención a las conversaciones que Halder ha mantenido con otros generales y que han sido interceptadas por los CSDIC. Habla con mucha franqueza de lo que, a su juicio, debe suprimirse o deformarse, y se muestra muy susceptible ante la insinuación de que el Estado Mayor general alemán pueda tener culpa de algo, sobre todo en la preparación de la guerra.» Afortunadamente, estos embarazosos reajustes de conciencias y de recuerdos quedaron grabados más de una vez para la posteridad por los micrófonos ocultos de los CSDIC (Combined Services Detailed Interrogation Center, Centros Especiales de Interrogación de los Servicios Conjuntos). Así, el general Rothkirch, comandante del tercer cuerpo de caballería capturado en Bitburg el 6 de marzo de 1945, describió tres días después, y sin saber que le estaban escuchando, cómo había liquidado perso-

nalmente a los judíos de una pequeña localidad cerca de Vitebsk, en Rusia, y cómo había recibido órdenes de no tocar las fosas comunes próximas a Minsk, ya que se tenía la intención de exhumar los cadáveres para incinerarlos y no dejar ni rastro de todo aquello. «He decidido – dijo a unos compañeros de prisión – forzar todas mis afirmaciones para encubrir al oficial del cuerpo . . . sistemáticamente, sistemáticamente.»* Cuando los norteamericanos capturaron al general Heinz Guderian y al arrogante y puntilloso general Leo Geyr von Schweppenburg y les pidieron que escribieran su propia versión de la guerra, los dos se consideraron en el deber de consultar primero con el mariscal de campo Wilhelm Leeb, por ser éste el oficial de más alta graduación en los CSDIC del Séptimo Ejército. Unos micrófonos ocultos grabaron aquella conversación:

LEEB. En fin, sólo puedo darles mi opinión personal . . . Tendrán que meditar con cuidado sus respuestas cuando hagan referencia a los objetivos, causas y desarrollo de las operaciones, a fin de ver hasta qué punto pueden afectar a los intereses de nuestra patria. Por un lado, hemos de admitir que los norteamericanos conocen perfectamente el curso de las operaciones; saben incluso el número de unidades que empleamos. Sin embargo, no conocen tan bien nuestros motivos. Y hay un punto en el que seda aconsejable tener cautela, sobre todo para no convertirnos en el hazmerreír del mundo entero. Desconozco cuáles eran sus relaciones con Hitler, pero sé muy bien qué capacidad militar tenía éste . . . Tendrán que pensar con cierto cuidado sus respuestas cuando se aborde este tema, a fin de no decir nada que pueda resultar embarazoso para nuestra patria . . .

GEYR VON SCHWEPPENBURG. Las clases de locura que los psicólogos conocen no pueden compararse con la que padecía el Führer. Era un loco rodeado de esclavos. Creo que no deberíamos expresarnos con tanta dureza en nuestras declaraciones. Sin embargo, será necesario hacer mención de este hecho para exonerar a unas cuantas personas.

Después de una angustiosa discusión sobre si los generales alemanes se habían mostrado partidarios de la guerra en 1939, y quiénes eran, Leeb pro-

* CSDIC (GB), informe SRGG.1133, 9 de marzo, 1945; en Public Records Office, Londres, archivo WO.208/4169.

puso lo siguiente: «Ahora, el problema está en saber si tenemos que declarar abiertamente todo lo que sabemos.»

GEYR. Cualquier observador objetivo sabe que el nacionalsocialismo elevó la categoría social de los trabajadores, y, en algunos aspectos, incluso su nivel de vida.

LEEB. Ése es uno de los grandes logros del nacionalsocialismo. Los excesos del nacionalsocialismo se debieron, a fin de cuentas, a la personalidad del Führer.

GUDERIAN. Los principios fundamentales eran buenos.

LEEB. Es verdad.

Por estas razones, decidí adoptar unos rígidos criterios de selección de fuentes para esta biografía. Además de utilizar los documentos y archivos militares, me he empleado a fondo en la consulta de los textos contemporáneos escritos por sus colaboradores más próximos, y he seguido cualquier indicio de verdad en diarios y en cartas personales a esposas y amigos. Para las pocas obras autobiográficas de que me he servido, he acudido siempre a los manuscritos originales antes que a los textos impresos, ya que en los primeros años de la posguerra unos editores demasiado recelosos (especialmente los que publicaban en Alemania «con licencia») hicieron en ellos cambios drásticos, como en el caso de las memorias de Karl-Wilhelm Krause, el criado personal de Hitler. Así, preferí consultar el original manuscrito de las memorias de Walter Schellenberg, el jefe del servicio de información de Himmler, antes que acudir a la versión mutilada y casi apócrifa publicada por André Deutsch. Quisiera hacer aquí una advertencia contra algunas obras consideradas hasta ahora como «clásicas» fuentes de consulta en el tema de Hitler, especialmente la de Konrad Heiden; la de Hans Bernd Gisevius, agente doble de la Abwehr y de las OSS; la de Erich Kordt, y la de Fritz Wiedemann, el destituido ayudante de Hitler que, en una carta de 1940 a un amigo, comenta sin el menor rubor: «Poco importa que se cuelen exageraciones e incluso falsedades.» El diario referido por el profesor Carl-Jakob Burckhardt en sus memorias, *Meine Danziger Mission 1937–1939*, es imposible de conciliar con los movimientos reales de Hitler, y el libro de Hermann Rauschning, *Conversations with Hitler* (Zurich, 1940), ha complicado el aná-

lisis de las actitudes de Hitler desde que lo publicó el infame propagandista Emery Reves (Imre Revész) con otras mentiras sin el menor reparo. En realidad, Rauschning, un antiguo político nazi de Danzig, sólo coincidió con Hitler de manera oficial en un par de ocasiones. Este libro volvió a publicarse en Viena en una fecha tan reciente como 1973, y hasta el profesor Eberhard Jäckel, un historiador alemán muy a menudo falto de sentido crítico – no en vario incluyó a la ligera 78 falsificaciones en un serio volumen de manuscritos de Hitler para rechazar después esta inyección venenosa y reducir el contenido de la obra en menos del cinco por ciento – subrayó en un sabio artículo publicado en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* (núm. 11, 1977) que el libro de Rauschning no era digno de confianza. Reves publicó también otra famosa «fuente» de la temprana historia nazi, las «memorias» de Fritz Thyssen *I Paid Hitler* (Londres, 1943). Henry Ashby, Jr., señaló en un artículo para el *Vierteljahrsheft für Zeitgeschichte* (núm. 3, 1971) que el desafortunado Thyssen ni siquiera llegó a ver ocho de los diecinueve capítulos de que consta el libro, el resto de los cuales estaba redactado en francés. La lista de falsos libros como éstos es interminable. Las anónimas «memorías» de la difunta Christa Schroeder, *Hitler Privat* (Düsseldorf, 1949), fueron redactadas por Albert Zoller, un oficial de enlace francés para el Séptimo Ejército de los Estados Unidos. Las supuestas notas de Martin Bormann sobre las últimas conversaciones de Hitler en su refugio, publicadas con una introducción del profesor Hugh Trevor-Roper en 1961 bajo el título *The Testament of Adolf Hitler*, y que, desafortunadamente, se publican años más tarde en alemán por Knaus Verlag con el título *Hitlers Politísches Testament: Die Bormann Diktate* (Hamburgo, 1981), son, en mi opinión, bastante falsas; tengo una copia del documento, escrito en parte a máquina y en parte a mano, y no deja lugar a dudas.

Pero los historiadores son incorregibles, y se dedican a citar fuentes que parecen de primera mano sin coniprobar su veracidad. Albert Speer hizo una fortuna con su libro *Inside the Third Reich* después de que Propyläen, editorial del Berlín occidental, decidiera publicarlo en 1969. El autor se ganó toda la consideración del mundo por el rechazo que mostraba hacia Hitler, pero mas de un crítico se extrañó de que la edición americana se diferenciara

tanto del original alemán *Erinnerungen* y de la edición inglesa. Yo supe la verdad de boca del mismo interesado gracias a que fui uno de los primeros en entrevistar a Speer después de salir de la prisión de Spandau en 1966. El antiguo Reichsminister pasó una tarde entera leyéndome en voz alta fragmentos del borrador de sus memorias. El libro que se había publicado era muy diferente, y me explicó que lo hablan escrito el mismo autor de la edición de mi libro de la editorial Ullstein (Annette Engel, Etienne), su jefe Wolf-Jobst Siedler, y el historiador Joachim Fest, redactorjefe del prestigioso *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Miss Etienne me lo confirmó todo más tarde. En octubre de 1979, durante una cena editorial celebrada en Frankfurt, desafié a Speer en privado para que publicara las memorias originales, a lo que contestó con tristeza que ése era su deseo; «pero seda imposible», siguió, «el manuscrito está muy lejos de lo que hoy se dice sobre el tenia; hasta el encabezamiento de los capitulos causada muchos problemas». Un valiente escritor berlinés, Mathias Schmidt, publicó después un libro* donde se ponía en evidencia la leyenda y las supuestas memorias de Speer; pero son éstas las que ocupan un lugar en las bibliotecas de los perezosos caballeros de mi profesión, y no el libro de Schmidt, lo que confirma las palabras con las que he empezado esta introducción.

Con relación a la veracidad de la historia de Speer, hay que señalar que durante su estancia en Spandau pagó para que le volvieran a escribir a máquina todos los diarios de guerra de su ministerio (*Dienststelle*) omitiendo las partes más inoportunas, para acabar donando estos falsos documentos al Bundesarchiv de Coblenza. Después de comparar el original de 1943, conservado en los archivos de la British Cabínet Office, con la copia del Bundersarchiv, no tuve ninguna duda al respecto, y Matthias Schmidt también denuncia la falsificación. En realidad, me he quedado perplejo al ver la cantidad de «diarios» con claros indicios de haber sido falsificados y manipulados, siempre en perjuicio de Hitler.

Dos hombres aseguraron tener, cada uno de ellos. los diarios completos del vicealmirante Wilhelm Canaris, el legendario jefe de la Abwehr ahorcado

* Mathias Schmidt, *Albert Speer: The End of a Myth* (Nueva York, 1984).

por Hitler en abril de 1945. El primero, Klaus Benzing, alegó para respaldar su pretensión la existencia de «documentos del Servicio de Información Alemán (BND) de la postguerra» y de documentación original «firmada por Canaris»; la segunda, Fabian von Schlabrendorff, juez alemán de un tribunal superior, afirmó que los diarios en su posesión habían sido devueltos por el generalísimo Franco al gobierno de la Alemania occidental. Las pruebas periciales realizadas a petición mía en el laboratorio londínense de Hehner & Cox Ltd. sobre el papel y la tinta de un supuesto documento de Canaris, proporcionado por la primera de las dos personas antes mencionadas, demostraron que se trataba de una falsificación. Una entrevista con el jefe del gabinete de Franco – su cuñado don Felipe Polo Valdés – en Madrid dio igualmente al traste con la inverosímil afirmación del juez alemán. De un modo parecido, los diarios de Eva Braun, publicados por el actor de cine Luis Trenker, se habían falsificado en su mayoría a partir de las memorias escritas décadas antes por la condesa Irma Larisch Wallersee; su falsedad fue probada por las autoridades judiciales de Munich en octubre de 1948. Los diarios verdaderos de Eva Braun, así como la totalidad de su correspondencia con Hitler, cayeron en manos del coronel Robert A. Gutiérrez, perteneciente te a un equipo del CIC con base en Stuttgart-Backnang en verano de 1945; después de un breve examen realizado por Frau Ursula Göhler, nadie ha vuelto a ver estos documentos. Fui a ver a Gutiérrez en dos ocasiones a Nuevo México; y, más tarde, entregó a mi compañero de investigación Willi Korte el vestido de boda y las joyas de plata de Eva Braun (que él mismo confesó haber retenido), pero no ha cedido un solo palmo en lo relativo a los documentos y diarios que faltan.

Igualmente falsos son los diarios del masajista de Himmler y de Ribbentrop, el berlinés Félix Kersten, como lo demuestra, por ejemplo, «el expediente médico de veintiséis páginas referente a Hitler» que aparece en el capítulo XXIII (pp. 165–171 de la edición inglesa), algo totalmente ficticio si se compara con los auténticos diarios del médico de Hitler, Theo Morell, que yo mismo encontré y publiqué en 1983. Los verdaderos diarios de Kersten que el profesor Hugh Trevor-Roper pudo ver en Suecia aún siguen inéditos, quizá porque son pura dinamita política para la élite sueca, incluyendo al

editor Albert Bonnier, de quien se dice que ofreció a Himmler las direcciones de todos los judíos que había en Suecia a cambio de algunas concesiones en caso de una invasión nazi. De modo parecido, los supuestos diarios publicados por Rudolf Semmler en *Goebbels: the Man Next to Hitler* (Londres, 1947) son muy sospechosos, como demuestra la parte referente al día 12 de enero de 1945, donde se dice que Hitler era el invitado de Goebbels en Berlín, cuando en realidad el Führer seguía empeñado todavía en la batalla de las Ardenas desde su cuartel general situado en la Alemania occidental. Cabe mencionar también los evidentes anacronismos que aparecen en los tan citados diarios del conde Galeazzo Ciano, por ejemplo, las «quejas sobre Rommel» del mariscal Rodolfo Graziani el 12 de diciembre de 1940, dos meses antes de que Rommel tomara parte en la campaña italiana del norte de África. En realidad, Ciano pasó los meses siguientes a su destitución de febrero de 1943 volviendo a escribir y «mejorando» personalmente el diario, con lo que consiguió que fueran de lectura muy amena, pero prácticamente inútiles para el historiador. Ribbentrop llegó a advertir de esta falsificación en las memorias que escribió en la cárcel – aseguró incluso haber visto los auténticos diarios de Ciano en septiembre de 1943 – y el intérprete nazi Eugen Dollmann contó en sus memorias cómo un oficial británico le confirmó aquel fraude en un campo de prisioneros. Los archivos de las OSS referentes a este tema se encuentran entre los documentos de Allen W. Dulles (desgraciadamente todavía inaccesibles) de la Biblioteca Mudd de la Universidad de Princeton; pero hasta el más superficial de los exámenes de los originales manuscritos revela hasta qué punto Ciano y otros más los manipularon y falsearon. Todo y con eso, muchos historiadores de gran prestigio citan el diario sin la menor duda de la misma forma que utilizan los llamados «Documentos de Lisboa» de Ciano, a pesar de que también en éstos se advierten las correcciones efectuadas con posterioridad. Todos estos documentos fueron mecanografiados de nuevo en una misma máquina de escribir, aunque se redactaron al parecer en un periodo de seis años (1936–1942).

Hay otros diarios igualmente modificados, aunque con unas consecuencias menos graves. El jefe del Estado Mayor del aire, Karl Koller, escribió un diario en taquigrafía que a menudo se parece muy poco a la versión que él

mismo publicó con el título *Der letzte Monat* (Mannheim, 1949). Y Helmuth Greiner, encargado de tener al día el diario oficial de guerra de la plana mayor de operaciones del OKW hasta 1943, fue requerido por los norteamericanos para que transcribiera sus notas originales correspondientes a los volúmenes perdidos desde agosto de 1942 hasta marzo de 1943, y aprovechó la ocasión para eliminar párrafos enteros poco favorables a sus compañeros de cautiverio, como el general Adolf Heusinger, o bien otros demasiado favorables a Hitler; y, además, para ganarse las simpatías de los norteamericanos, añadió largos párrafos de violenta crítica contra la conducta de Hitler en período de guerra que no fui capaz de encontrar en el manuscrito original. Esta tendencia, la de censurar durainente a Hitler después de la guerra, también se manifiesta de forma evidente en los supuestos diarios del general Gerhard Engel, que fue ayudante militar de Hitler desde marzo de 1938 hasta octubre de 1943. Solamente las pruebas históricas (como por ejemplo, la comparación con los diarios personales de 1940 del Reichsminister Fritz Todt, o con los de la esposa del general Rudolf Schmundt, o con los informes del Grupo de ejércitos del Don, del mariscal de campo Von Manstein, en la época de Stalingrado) bastan para revelar lo que son: cualquier cosa menos diarios de la época, y así lo demuestran las pruebas realizadas sobre la antiguedad del papel. Por desgracia, el conocido Institut für Zeitgeschichte de Munich acabó publicándolos en un solo volumen bajo el título *Heeresadjutant bei Hitler, 1938–1943* (Stuttgart, 1974), llamando la atención muy someramente en una breve introducción sobre las contradicciones de los supuestos diarios.

Con la brillante excepción de Trevor-Roper cuyo libro *The Last Days of Hitler* se basó en documentos de la época y es, por eso, prácticamente inatacable incluso hoy en día, todos los biógrafos que se han sucedido han repetido o exagerado las leyendas que sus predecesores crearon, o, en el mejor de los casos, han acudido únicamente a las obras de consulta que tenían más a mano. Los años sesenta y setenta vieron cómo las librerías se llenaban de biografías poco convincentes, repetitivas e intrascendentes sobre Hitler. La escrita por Joachim Fest para la televisión alemana fue la que gozó de mayor popularidad, aunque él mismo confesó más tarde en una entrevista, que ni

siquiera había visitado el magnífico Archivo Nacional de Washington, que alberga con mucho la mayor colección de documentos sobre la historia reciente de Europa. El alemán de Fest era estilísticamente bueno, pero sacó a relucir de nuevo las viejas leyendas que ahora se adornaban con un brillo convincente de autoridad. La misma editorial alemana publicó mi obra poco después con el título *Hitler und seine Feldherren*. Para el principal director de la editorial, Siedler, muchas de mis argumentaciones eran desagradables e incluso le parecieron peligrosas, y, sin decirme nada, las suprimió y, en algunos casos, incluso cambió su sentido. En el texto que imprimieron, Hitler no decía a Himmler que no debía haber liquidación de un grupo de judíos de Berlín (el 30 de noviembre de 1941), sino que no debía emplearse públicamente la palabra «liquidación» en relación al programa de exterminio. Así se falsea la historia. Dos días después de su aparición en Alemania, prohibí la difusión del libro y litigué con ellos durante diez años para recuperar el derecho a publicarlo en su forma original. Para justificar su conducta, los editores de Berlín afirmaron que en mi original se expresaban opiniones que constituían «un insulto a opiniones históricas muy arraigadas» en aquel país.

Mis ociosos predecesores se lamentaban más satisfechos que otra cosa de que la mayoría de los documentos se hubieran destruido; pero no, sobrevivieron en una abundancia realmente embarazosa. Los documentos oficiales del mariscal de campo de la Luftwaffe y suplente de Göring cayeron en manos de los ingleses sumando un total de casi 60,000 páginas; el diario de guerra completo del Estado Mayor naval alemán, de inmenso valor aparte de las cuestiones puramente navales, también se conserva; se tardó muchos meses en leer los 69 volúmenes del texto principal, alrededor de 900 páginas, en Washington y en examinar los microfilmes más interesantes de los 3,900 procedentes de los archivos navales alemanes que también acabaron en Washington. Los diarios de Joseph Goebbels se dieron a conocer en occidente poco después de aparecer la primera edición de este libro en 1975; tenía algún temor de que aquellos diarios pusieran en evidencia algunas de las hipótesis más arriesgadas que había seguido. En mi opinión, no ocurrió nada de eso.

Faltan todavía muchas fuentes de fundamental importancia. Para mí era un auténtico misterio que en treinta años ningún historiador diplomático se hubiera molestado en visitar a la viuda de Von Weizsäcker, Staatssekretär de Joachim von Ribbentrop y padre del actual presidente de la República Federal de Alemania. Si hubieran buscado a la viuda de Walther Hewel, oficial de enlace de Ribbentrop con Hitler, habrían conocido también la existencia de sus diarios. Asimismo hay que ver quiénes son esos exaltados que escriben la historia del exterminio judío y que ni siquiera se han molestado en abrir algún archivo disponible con las notas telefónicas escritas de puño y letra por el jefe de las SS Heinrich Himmler, ni en leer los apuntes que él mismo realizó para sus conversaciones secretas con Adolf Hitler. Pero con la excepción de un diario de 1935 que ahora se encuentra en los Estados Unidos, y del cual he donado una copia al Bundesarchiv, los diarios de Himmler han desaparecido. Se dice que una parte está en Moscú, y que otra se encuentra en Tel Aviv, Israel; Chaim Rosenthal, antiguo agregado en Nueva York del consulado israelí, obtuvo de forma más que dudosa los diarios de Himmler y los donó a la Universidad de Tel Aviv en 1982, pero después de un largo litigio contra Rosenthal – ahora persona non grata en los Estados Unidos – la universidad le devolvió los diarios.

Hay otros diarios que también se han perdido de forma irreparable, como los del antiguo jefe de departamento de la Gestapo, Werner Best, que se vieron por última vez en 1945 en los Archivos Reales de Dinamarca, en Copenhague; los de Karl Wolff se vieron por última vez en Nuremberg. Los diarios de Hans Lammers, Wilhelm Brückner y Karl Bodenschatz desaparecieron en manos americanas o francesas; con los del profesor Theo Morell también ocurrió lo mismo, para volver a aparecer milagrosamente en mi presencia en Washington en 1981. Los diarios de Nicolas von Below se encuentran probablemente en Moscú. Los diarios de Alfred Rosenberg que quedan por publicar están ilícitamente en manos de un abogado norteamericano de Frankfurt. El resto de los diarios de Milch, de los cuales obtuve alrededor de cinco mil páginas en 1967, han desaparecido, como los que escribió el general Alfred Jodl y que cubrían el período de 1940 a 1943; la Undécima División Acorazada del ejército británico se los llevó como botín

de guerra junto con sus bienes personales en Flensburg, en mayo de 1945. Sólo nos ha llegado un breve fragmento del diario de Benito Mussolini; las SS copiaron los originales y se los devolvieron en enero de 1945, pero tanto los originales como la copia que había en los archivos de Ribbentrop se han desvanecido. Los importantes diarios de Rudolf Schrnundt fueron quemados, desgraciadamente, a petición propia por su ayudante el almirante Karl-Jesco von Puttkamer en abril de 1945 junto a los diarios del mismo Puttkamer. El diario del doctor Stephan Tiso, el último primer ministro eslovaco (desde agosto de 1944), se conserva en los archivos cerrados de la Hoover Institution, Stanford, California; también allí se conserva el diario del Obergruppenführer de las SS, Friedrich-Wilhelm Krüger, otro detalle deliberadamente olvidado por los historiadores de la Alemania Federal.

Mi búsqueda de fuentes que arrojaran luz sobre el carácter de Hitler a veces tuvo éxito, otras no. Varias semanas de búsqueda con un magnetómetro protónico – una especie de detector supersensible de minas – en un bosque de la Alemania oriental no fueron suficientes para encontrar y desenterrar una jarra de cristal con los últimos diarios estenografiados de Goebbels, a pesar de que, en algunas ocasiones, según el mapa de que disponía, seguramente estuvimos justo encima de la jarra. Pero al escribir esta biografía, consegui un. número importante de diarios auténticos y poco conocidos de las personas que rodeaban a Hitler, incluyendo un fragmento inédito del diario de Jodl, el diario oficial llevado para el jefe del OKW, Wilhelm Keitel, por su ayudante Wolf Eberhard; el diario del mismo Eberhard que va de 1936 a 1939; el diario de Nikolaus von Vormann, oficial de enlace de Hitler durante agosto y septiembre de 1939; y los llevados por Martin Bormann y Max Wünsche, el ayudante personal de Hitler, relativos a todos los movimientos de este último. Además, he utilizado los diarios inéditos de Fedor von Bock, Erhard Milch, Erich von Manstein, Wilhelm Leeb, Erwin Lahousen y Eduard Wagner, cuya viuda me dejó copiar unas dos mil páginas de su correspondencia personal. Christa Schroeder, una de las secretarias personales de Hitler, puso únicamente a mi disposición algunos documentos muy importantes de la época. La familia de Julius Schaub me dejó copiar todos los manuscritos de éste relativos a sus veinte años como ayu-

dante de Hitler, y lo mismo ocurrió con el hijo de Wilhelm Brückner. Soy el primer biógrafo que ha utilizado los documentos personales del Staatssekretär Herbert Backe y de su ministro Richard Walter Darré, y los diarios, apuntes y documentos de Fritz Todt. El gobierno británico tuvo la cortesía de poner a mi disposición valiosos fragmentos del diario del almirante Canaris. Encontré las páginas taquigrafiadas y escritas a máquina de los diarios de Erwin Rommel, dispersas por Alemania y América, así como los esquivos diarios y apuntes que el Reichmarschall Hermann Göring había llevado desde muy temprana edad. Entre los documentos más reveladores usados en esta biografía están los manuscritos del Generalobert Werner Freiherr von Fritsch de los años 1938 y 1939, conseguidos gracias a una fuente soviética. Jutta Freifrau von Richthofen me dejó consultar los voluminosos diarios inéditos de su marido, el mariscal de campo.

En resumen, todos los miembros del Estado Mayor de Hitler o del alto mando con quienes me entrevisté se habían cuidado de atesorar diarios y documentos que finalmente pusieron a mi disposición para que yo los utilizara aquí. Casi todos estaban en alemán, pero algunos documentos de investigación complementarios eran una auténtica confusión de lenguas: italiano, ruso, francés, español, húngaro, rumano y checo. Encontré algunas referencias crípticas a Hitler y Ribbentrop en los diarios de Hewel que resistieron todos mis esfuerzos por descifrar la clave, hasta que más tarde descubrí que estaban escritas en índonesio. Todos estos documentos los he donado al Instituto de Historia Contemporánea de Munich, donde están a disposición de cualquiera bajo el nombre de Colección Irving. Los investigadores de la segunda guerra mundial encontrarán microfilmes de todos los materiales utilizados para este y otros libros si los piden en Microform Ltd., East Ardsley, Wakefield, Yorkshire, WF3 2JN (teléfono 0924–825–700) y en Altair Publishing, 21 Scott Green Drive, Gildersome, Yorkshire, LS27 7BZ (teléfono 0532–536–615).

De las colecciones de documentos que se han puesto a disposición del público recientemente, hay tres que merecen especial atención: los informes de los interrogatorios realizados en los CSDIC, considerados hasta hace poco como de alto secreto, en Class War Office 208 del Public Records Office,

Kew, Londres; la «Colección Adolf Hitler» que forman tres archivos en la Biblioteca Seeley G. Mudd de la Universidad de Princeton, Nueva Jersey; y alrededor de quinientas páginas procedentes de cartas y memorias escritas a Hitler por Joachim von Ribbentrop en su época preministerial, 1933–1936, aparecidas entre las núnas de la Cancillería del Reich y que ahora forman parte de los documentos Louis Lochner de los archivos del Hoover Institution de Stanford, California.

La «Colección Hitler» fue objeto de robo en la residencia muniquesa de Hitler por parte de Eric Hamm, soldado de primera clase de la sección de crímenes de guerra del ejército noneamericano, y terminó vendiéndose en una subasta de Chicago. Es un buen reflejo de la carrera seguida por Hitler; hay un archivo fotográfico de sus dibujos y pinturas. despachos de embajadores, informes sobre el fusilade «criminales profesionales» por «resistirse a la ley», una reserva de hotel de 1925 firmada por Hitler (y que figura en el registro como «apátrida»), documentos sobre la guerra civil española, los preparativos de Röhm para el inlento del golpe de estado de la cervecería en 1923, una orden de Martin Bormann por la cual Hitler había consentido en pagar las cuentas pendientes de la peripatética princesa Hohenlohe, pero que no iba a pagar nada más, abundante documentación sobre las relaciones entre el Partido y la Iglesia; el 20 de diciembre de 1940, Pierre Laval escribió a Hitler: «Con la profunda esperanza de que mi país no sufra – le asegura – la gran mayoría de los franceses se muestra a favor de la política de colaboración con Alemania.» Hjalmar Schacht protestó vanas veces ante Hitler por el perjuicio económico que causaban las medidas antijudías; el 24 de agosto de 1935 escribió que la orden de Robert Ley por la cual Woolworth & Co. no debía comprar a los proveedores judíos iba a suponer la pérdida de diez millones de marcos en pedidos alemanes al año: «Aún no comprendo, y nunca lo he comprendido, cómo se espera que atraiga a la moneda extranjera con medidas como ésta.» El 30 de marzo de 1936, Schacht pidió a Hitler que recibiera a un fabricante norteamericano de productos de seda enviado por el presidente Roosevelt para «enviarle sus saludos al Führer». El 20 de junio de 1938, el conde Helldorf, jefe de policía de Berlín, envió a Hitler un informe sobre las revueltas organizadas contra los judíos en Berlín.

Más tarde, en el mismo año, la policía hizo llegar a Hitler un expediente sobre el asesino judío Herschel Grynszpan, en donde se confirmaba que el 29 de octubre – pocos días antes de que él disparara contra un diplomático alemán en París – las autoridades habían expulsado a sus padres cerca de la frontera polaca, en Neu Bentschen, de acuerdo con las directrices impuestas por el Reich contra los judíos polacos establecidos en Alemania. En febrero de 1939, Hitler firmó la negativa de su embajada en Washington para pagar en coronas danesas a Kurt Lüdecke, un antiguo nazi que había invitado a la editorial del Partido o a alguna otra oficina del Reich para que comprara los derechos de sus zafias memorias y así evitar su publicación. El mismo archivo muestra los intentos de Hitler para impedir el combate de desquite entre el peso pesado de los nazis, Max Schmeling, y el boxeador de color Joe Louis; «ya sabe – escribió Julius Schaub al ministro de Deportes el 2 de marzo de 1939 – que el Führer estuvo en contra del combate desde el principio».

De todos estos documentos, el más enigmático es el que sin duda elaboró la Gestapo después de 1940, y que aparece mecanografiado con la «máquina de escribir del Führer», donde se sacan a la luz inquietantes rumores sobre la ascendencia de Hitler: «Que el Führer era hijo ilegítimo y adoptivo de Alois, que el nombre de su madre era Schicklgruber* antes de la adopción y que la familia Schicklgruber ha traído al mundo toda una descendencia de idiotas.» Entre estos últimos se encontraba Josef Veit, un funcionario de Hacienda muerto en Klagenfurt, Austria, en 1904. Uno de sus hijos se había suicidado, una hija había muerto en un manicomio, otra de las hijas que quedaban se había vuelto medio loca, y una tercera hija era deficiente mental. La Gestapo afirmaba que la familia de Konrad Pracher de Graz tenía un archivo con fotografías y certificados que demostraban todo esto. Himmler ordenó su incautación «para evitar cualquier posible mal uso».

* De hecho el padre de Hitler era hijo ilegítimo de Maria Anna Schicklgruber. En numerosas ocasiones, por ejemplo, el 16 de diciembre de 1936, se prohibió a los periódicos especular sobre sus antepasados. Werner Maser afirma en *Die Frühgeschichte der NSDAP* (Bonn, 1965) que el 4 de agosto de 1942, Heinrich Himmler dio instrucciones a la Gestapo para que investigara los antecedentes familiares del Führer; la poca importancia de sus descubrimientos merecieron la simple clasificación de *geheim* (secreto). El documento arriba mencionado, sin embargo, lleva el sello de más alta clasificación, *Geheime Reichssache* (alto secreto).

Los archivos de Ribbentrop reflejan las tortuosas relaciones que tenía en calidad de «embajador extraordinario» con respecto a Hitler y sus rivales. Se hizo valer gracias a los buenos contactos que tenía con personas influyentes en Inglaterra, no sólo con industriales como E. W. D. Tennant y magnates de la prensa como lord Rothermere, lord Astor y lord Camrose, sino también con ministros del gabinete de la época, incluyendo a lord Hailsham, lord Lloyd, lord Londonderry y el joven Anthony Eden, a quien Ribbentrop veía acertadamente como la futura estrella del partido Conservador. Los archivos contienen documentos sobre los encuentros de Ribbentrop con Stanley Baldwin y Ramsay Macdonald en 1933 y 1934, reuniones que este último probablemente habría preferido dejar en el olvido tal y como fueron las cosas después. Estos archivos también reflejan los débiles lazos de unión entre sir Oswald Mosley y los suyos y la dirección del partido nazi en Berlín. Una de las muchas cartas manuscritas de Ribbentrop dirigidas a Hitler lleva fecha del 6 de enero de 1935, en donde le agradece la muestra de confianza que le lleva a nombrarle nuevo *Reichsleiter:* «El nuevo cargo hace más clara mi posición en el Partido, y elimina cualquier duda que pueda tener sobre mi persona y mis actividades, pero también me proporciona una situación diferente con relación al ministerio de Exteriores tanto desde el punto de vista externo como interno.» Firma la carta con un «su leal Ribbentrop».

Nada me hizo pasar tanta angustia cuando esta biografía se publicó por primera vez como el análisis que hice del papel desempeñado por Hitler en la tragedia judía. Mis críticos derrocharon veneno por sus plumas, pero no veo ninguna razón para cambiar la hipótesis central de mi trabajo, que se ha basado, ante todo, en documentos de la época: es verdad que Hitler aprovechó casi desde el principio este sentimiento antisemita como un modo de ganar muchos votos en Alemania, y que no tuvo el menor escrúpulo en servirse de ese caballo diabólico para llegar a las puertas de la Cancillería en 1933; pero también es cierto que una vez dentro y ya con el poder en sus manos desmontó de aquel caballo y se limitó a decir a todo que sí sin querer llegar más lejos. Sin embargo, los pistoleros nazis que dependían de él siguieron realizando cacerías humanas, incluso cuando Hitler daba la orden

contraria, como ocurrió en noviembre de 1938. En cuanto a los campos de concentración, dejó por comodidad ese lado siniestro del gobierno nazi a Himmler. No llegó a visitar ni uno solo de aquellos campos; los oficiales de alta graduación y los extranjeros que obtuvieron un permiso especial para verlos, como Ernst Udet, o el general Erhard Milch y una comisión de parlamentarios británicos, en 1933 y 1934 salieron con una buena impresión (pero eran todavía los primeros tiempos). Se sabe que Himmler visitó Auschwitz en 1941 y en 1942. Hitler, en cambio, no lo hizo nunca.

La proporción del problema judío en Alemania se pone de manifiesto en un manuscrito inédito del predecesor de Hitler en la Cancillería, el doctor Heinrich Brüning. Durante su exilio americano en 1943 afirmó que después de la inflación sólo había quedado un gran banco alemán fuera del control de los judíos, y que algunos de éstos vivían en una «corrupción absoluta». En 1931 había llevado a los bancos a la supervisión del gobierno, y se había visto en la obligación de mantener en secreto las corrupciones descubiertas «por temor a provocar revueltas antisemitas». Brüning acusaba a los corresponsales extranjeros de exagerar los «malos tratos accidentales de judíos» en el comienzo del régimen nazi: «En la primavera de 1933, los corresponsales extranjeros informaron que el do Spree (en Berlín) estaba cubierto de cadáveres de judíos asesinados. En aquella época, prácticamente ningún judío, con excepción de algunos dirigentes del Partido Comunista, había sufrido ataques.» Y más tarde añade: «Si tan mal se hubiera tratado a los judíos desde el principio del régimen, es imposible explicarse que tan pocos se marcharan del país antes de 1938.» En 1948, Brüning escribió a los redactores de *Life* prohibiéndoles la publicación de una carta que en agosto de 1937 había dirigido a Winston Churchill; en ella se informaba que «desde octubre de 1928 las dos personas que más ayudaron al partido nazi eran directores generales de dos bancos muy importantes de Berlín, los dos de religión judía, y uno de ellos el dirigente del sionismo en Alemania».*

He estudiado el daño que los nazis infligieron a los judíos desde el punto de vista tradicional que ha imperado en los años sesenta. La postura es la

* El manuscrito de Brüning de 1943 se encuentra en la colección Dorothy Thompson de la George Arents Research Library, Universidad de Siracusa, Nueva York. La carta que dirige a Daniel Longwell, redactor de *Life*, lleva fecha del 7 de febrero de 1948, y se encuentra en el fondo Longwell de la Butler Library, Universidad de Columbia, Nueva York.

siguiente: si Hitler era un jefe de Estado capaz y un militar bien dotado, cómo se explica que fuera «el asesino de seis millones de judíos». Si este libro fuera simplemente una historia sobre la grandeza y decadencia del Tercer Reich de Hitler, no seña una injusticia terminar diciendo que «Hitler mató a los judíos». A fin de cuentas, Hitler creó la atmósfera de odio con sus discursos antisemitas de los años treinta; además, él y Himmler crearon las SS; sus discursos, aunque no de forma explícita, dejaban la clara impresión de que era la «liquidación» lo que pretendía, Me di cuenta de que para escribir una biografía completa de Hitler durante el periodo de guerra era necesario un enfoque más analítico de los problemas de iniciativa, complicidad y ejecución. Además, descubrí que nadie se había detenido a examinar el papel desempeñado por Hitler en la «solución final» – se tome como se tome. Los historiadores alemanes, paradigma del estudioso de absoluta meticulosidad en todos los temas, han demostrado una ceguera monumental cuando se han planteado el problema de Hitler: han realizado afirmaciones gratuitas y han atribuido culpas sin la menor sombra de pruebas históricas en que apoyarse. Los historiadores ingleses y norteamericanos han seguido el ejemplo, y otros autores se han dedicado a citar a los anteriores. Durante treinta años, todo lo que hemos sabido sobre la intervención de Hitler en aquella atrocidad se ha basado en una especie de incesto entre historiadores.

Mucha gente, especialmente en Alemania y Austria, estaba interesada en propagar la versión oficial de que toda la tragedia tiene su origen en las órdenes dictadas por un loco. Sin embargo, hoy sabemos que las órdenes dadas en este sentido eran muy vagas. Todos los documentos que relacionan de forma clara a Hitler con el trato de los judíos aparecen bajo la forma de una prohibición, desde el intento de golpe de Estado de la cervecería en 1923 (cuando llegó a castigar a un escuadrón nazi por haber saqueado una tienda judía de *delikatessen*) hasta 1943 y 1944. Si, en efecto, era un antisemita convencido, ¿cómo se supone que debemos interpretar la orden urgente dirigida «para su realización inmediata a todos los jefes comarcales» que anunció Rudolf Hess durante la infame noche de los cristales rotos de noviembre de 1938 y en donde se ordenaba el cese inmediato de tales atropellos «siguiendo instrucciones del más alto nivel»? Algunos historiadores han cerrado los ojos

con la esperanza de que este documento molesto e inoportuno se desvaneciera de alguna forma; pero a éste se han unido otros más, como la extraordinaria nota dictada por el Staatssekretár Schlegelberger en el Ministerio de Justicia del Reich en la primavera de 1942: «El ministro del Reich, Lammers – asegura, refiriéndose al funcionario civil más importante al servicio de Hitler – me ha informado que el Führer ha insistido varias veces en aplazar la solución del problema judío para después de la guerra.» Se mire como se mire, este documento es incompatible con la idea de que Hitler ya había ordenado un programa de liquidación urgente (el documento original se encuentra en el expediente R22/52 del Ministerio de Justicia en los archivos de Coblenza). También ha quedado constancia de la insistencia de Hermann Göring en una conferencia pronunciada en Berlín el 6 de julio de 1942 sobre el rechazo que él mismo y el Führer sentían por el acoso doctrinario de los científicos judíos, entre otros:

«Acabo de tratar este tema con el Führer: hemos podido utilizar a un judío dos años más en Viena, y a otro en investigación fotográfica, porque tienen algunas cosas que necesitamos y que pueden ser de gran provecho para nosotros en estos momentos. Sería una completa locura por nuestra parte decir ahora: ‹Tendrá que marcharse: es un investigador magnífico y tiene un cerebro privilegiado, pero su mujer es judía y no podemos permitir que permanezca en la universidad›, etc. El Führer ha hecho excepciones parecidas en las artes, desde el más alto nivel hasta la opereta; y está más que dispuesto a hacer excepciones en lo relativo a grandes proyectos o a investigadores.»*

En 1942 y 1943 Hitler hizo varias afirmaciones en privado que son incompatibles con la idea de que ya supiera que el programa de liquidación había empezado. Ya veremos cómo en octubre de 1943, incluso mientras Himmler revelaba a los sectores privilegiados entre los generales de las SS y los Gauleiters que se había procedido al asesinato sistemático de los judíos europeos, Hitler seguía prohibiendo las liquidaciones – como la de los judíos italianos en Roma – y ordenando en su lugar internamienlos en campos

* Primera sesión del Consejo de Investigación del Reich, 6 de julio de 1942; hay un acta taquigrafiada en los documentos Milch, vol. 58, pp. 3640 y ss.

de concentración (orden que sus SS también desobedecieron). En julio de 1944, y haciendo caso omiso de las objeciones de Himmler, ordenó cambiar los judíos por divisas extranjeras o suministros; parece claro que, lo mismo que los terroristas actuales, veía a estos cautivos como una posesión ventajosa, algo con lo que poder chantajear a sus enemigos. Es verdad que, de acuerdo con su carácter, cuando Hitler se enfrentó con los hechos no tomó ninguna medida contra el culpable; y no destituyó a Himmler del cargo de Reichsführer de las SS hasta el último día de su vida. No seña injusto achacarle esa característica tan frecuente en los jefes de Estado que confían excesivamente en poderosos consejeros: un deseo consciente de «no enterarse de nada»; pero está lejos del alcance de un historiador poder demostrar esto.

Debido a la falta de pruebas claras – y en 1977 ofrecí por todo el mundo un millar de libras a cualquiera que pudiera presentar un solo documento de guerra donde se demostrara explícitamente que Hitler conocía, por ejemplo, lo que estaba pasando en Auschwitz – mis críticos han recurrido a argumentos a veces sutiles y a veces contundentes como mazas (en una ocasión se tomaron lo de la maza al pie de la letra). Han defendido la existencia de órdenes dadas por el Führer sin la menor prueba escrita. John Toland, ganador del premio Pulitzer y autor de una biografía sobre Hitler publicada en los Estados Unidos, hizo un llamamiento en *Der Spiegel* a los historiadores para que refutaran mi hipótesis; hicieron lo que pudieron, ya fuera jugando limpio o sucio. Perplejos ante la nota manuscrita de Himmler sobre una llamada a Heydrich después de visitar el refugio de Hitler el 30 de noviembre de 1941 – «Detención [de] Dr. Jakelius. Supuesto hijo de Molotov. Consignación [transporte] de judíos procedentes de Berlín. No liquidación». Estos magos de la historia moderna dedujeron que probablemente se creía que el hijo de Molotov se encontraba en un tren de transporte de judíos procedente de Berlín bajo el nombre de «Dr. Jakelius» y al que no se debía liquidar. En realidad, Molotov no tenía ningún hijo: el doctor Jakelius era un neurólogo vienés relacionado con el programa de eutanasia;* y el envío de judíos procedente de Berlín había llegado aquella mañana de Riga y ya había sufri-

* Cf. Benno Müller-Hill, *Tödliche Wissenschaft. Die Aussonderung von Juden, Zigeunerm und Geisteskranken 1933–45* (Rowohlt, Hamburgo), p. 107.

do la liquidación por parte del comandante local de las SS antes de que Himmler anotara la orden de Hitler.*

Hasta ahora, los historiadores alemanes han sido incapaces de ayudar a Mr. Toland, salvo en la indicación de que «por supuesto» todo el proyecto se mantenía tan en secreto que las órdenes nunca se daban por escrito. El problema está en saber por qué Hitler tuvo tantos escrúpulos en esta ocasión si, por otro lado, no había tenido el menor reparo en firmar una orden general para liquidar a decenas de miles de compatriotas alemanes (con el programa de la eutanasia). Existe documentación de las órdenes dadas por el Führer desde su cuartel general hasta los mismos verdugos, como su insistencia en la ejecución de rehenes por cada alemán muerto en una proporción de cien a uno, o como sus órdenes para liquidar prisioneros enemigos (la Orden Comando), o las tripulaciones de la aviación aliada (Orden de Linchamiento), y a los funcionarios rusos (la Orden Comisario).

La mayoría de mis detractores se han apoyado en pruebas inconsistentes y poco profesionales. Por ejemplo, han ofrecido traducciones alternativas y a menudo engañosas de los discursos de Hitler (al parecer, la Solución Final era demasiado secreta para firmar una orden, pero no para jactarse de ella en público), y se han dedicado a citar documentos aislados a pesar de que muchos historiadores serios los han descartado por falsos e inútiles, como el Informe Gerstein† o las «conversaciones del Búnker» que ya he mencionado antes. Han sido incapaces de aportar pruebas claras, escritas y pertenecientes al período de guerra, la clase de pruebas con las que se podría colgar a un hombre. Así, en su análisis sobre Hitler y la Solución Final (*Hitler and the*

* El relato más espeluznante referente al saqueo y al metódico asesinato en masa de estos judíos en Riga se encuentra en CSDIC (GB), informe SRGG.1158 (en el archivo WO.208/4169 de la Public Record Office): el general de división Walther Bruns, un testigo presencial de los hechos, describe lo sucedido a otros colegas generales el 25 de abril de 1945, siendo prisionero de los ingleses y sin darse cuenta de que unos micrófonos lo están grabando todo. De especial importancia son los escrúpulos que tuvo para comunicar al Führer lo que había visto, así como las órdenes dadas de nuevo por este último para que estos asesinatos cesaran en el acto.

† A propósito del cual véase la magnífica tesis doctoral de Henri Rocques: «*Les "confessions" de Kurt Gerstein. Étude comparative des différentes versions*», presentada en la Universidad de Nantes, Francia, en junio de 1985. Aquí se revela hasta qué punto los historiadores anteriores han caído en el engaño con las diferentes versiones del «informe». El revuelo que se armó fue tal, que a Rocques se le acabó despojando del título de doctor. Me he asegurado de que esta tesis de 372 páginas esté disponible en la Irving Collection, en el Instituto de Historia Contemporánea de Munich.

Final Solution, Londres, 1983), por lo demás bastante tedioso, el profesor Gerald Fleming se ha basado en los testimonios de los juicios por crímenes de guerra, que son cualquier cosa menos fiables; al repasar ese libro, el profesor Gordon Craig llegó a la conclusión de que ni síquiera Fleming había sido capaz de refutar mi hipótesis. El profesor Martin Broszat, director del Instituto de Historia Contemporánea de Munich, arremetió de una forma bastante tosca contra mi libro en un artículo de treinta y siete páginas publicado en la revista del instituto, pero se negó a darme espacio para replicarle.* Ignorante de las fuentes que utilicé y sin darse cuenta de que en muchos casos me había servido de archivos originales a los que él y otros historiadores sólo habían accedido por traducciones inglesas, me acusó de falsear las citas y hasta de inventarlas.† Sin embargo, en medio de estos libelos y calumnias Broszat no tuvo más remedio que reconocer que: «David Irving no se ha equivocado al escribir que, desde su punto de vista, la matanza de los judíos fue en parte una *Verlegenheitslösung*, "la solución de un difícil dilema".»

La conclusión de Broszat, la de que definitivamente no existió ninguna orden directa de Hitler para lo que sucedió, suscitó el escándalo entre los historiadores de todo el mundo, una *Historikerstreit* que va más allá de la lucha política entre la derecha y la izquierda. Mi propia conclusión daba un paso más en la lógica: las dictaduras son fundamentalmente débiles en época de guerra; por muy alerta que esté, el dictador es incapaz de vigilar todas las funciones de sus poderes dentro de su vasto imperio y en este caso concreto, concluía, el peso de la responsabilidad por las matanzas sangrientas e indiscriminadas de judíos ha quedado en hombros de un gran número de alema-

* A propósito del cual véase la magnífica tesis doctoral de Henri Rocques: «*Les "confessions" de Kurt Gerstein. Étude comparative des différentes versions*», presentada en la Universidad de Nantes, Francia, en junio de 1985. Aquí se revela hasta qué punto los historiadores anteriores han caído en el engaño con las diferentes versiones del «informe». El revuelo que se armó fue tal, que a Rocques se le acabó despojando del título de doctor. Me he asegurado de que esta tesis de 372 páginas esté disponible en la Irving Collection, en el instituto de Historia Contemporánea de Munich.

† «Hitler and the Genesis of the Final Solution, an Assessment of David Irving's Thesis», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, núm. 25, 1977, pp, 739–775; publicado de nuevo sin corrección en *Aspects of the Third Reich* (H. W. Koch, Macmillan, N.Y., 1985), pp. 390–429, y en *Yad Vashem Studies*, núm. 13, 1979, pp. 73–125; y de nuevo, todavía sin corregir, en *Nach Hitler: der schwierige Umgang mit unserer Geschichte* (Oldenburg, 1988); y citado extensamente por Charles W. Sydnor en «The Selling of Adolf Hitler», en *Central European History*, núm. 12, 1979, pp. 169–199, 402–405.

nes (y de no alemanes), muchos de los cuales aún viven hoy, y no sólo en los de un «dictador loco» cuya orden tenla que obedecerse sin dilación.

También considero necesario dar un sentido histórico muy diferente a la doctrinal política exterior adoptada por Hitler, desde su evidente renuencia a humillar a Gran Bretaña cuando ésta se encontraba postrada en 1940, hasta su odio enconado e irracional hacia los servios, su excesiva e ilógica admiración por Benito Mussolini, y su mezcla incoherente de emociones con respecto a José Stalin.

Como moderno historiador inglés, sentí una cierta fascinación morbosa en descubrir hasta qué punto Adolf Hitler quiso realmente destruir Gran Bretaña y su imperio: he aquí el principal motivo por el que emprendimos tan ruinosa lucha, motivo que en 1940 sustituyó de manera imperceptible al otro todavía menos plausible que había servido de excusa en agosto de 1939, esto es, liberar a Polonia de la opresión extranjera. Como en los capítulos que siguen se da constancia de pruebas extraídas una y otra vez de las fuentes más personales – como las conversaciones privadas que Hitler sostuvo con sus secretarías en junio de 1940 – y se puede deducir de ellas que en un principio no tenía la menor intención de dañar a Gran Bretaña ni de destruir su imperio, estoy seguro de que el lector inglés se acabará preguntando, por lo menos: «Entonces, ¿por que luchamos?» Teniendo en cuenta que el pueblo inglés se arruinó (hacia diciembre de 1940) y perdió su imperio en su lucha por derrotar a Hitler, habrá que preguntarse si no tenía razón el Führer cuando advirtió que la actitud de Gran Bretaña fue la de decir: «*Après moi le déluge*, con tal de deshacernos de la odiada Alemania nacionalsocialista.»

Libre de la carga doctrinal que conlleva una ideología, el duque de Windsor sospechaba, en julio de 1940, que la guerra continuaba con el único fin de permitir a ciertos estadistas británicos (se refería a Mr. Churchill y compañía) salvar su prestigio, aunque ello comportara arrastrar a su país y al imperio a la ruina económica. Otros afirmaban con pragmatismo que no se podía pactar con Adolf Hitler y los nazis. Pero ¿realmente creían eso los dirigentes políticos británicos? El doctor Bernd Martin de la Universidad de

Friburgo ha revelado hasta dónde llegaron las negociaciones secretas para la paz entre Gran Bretaña y Alemania en octubre de 1939 e incluso después. Curiosamente, los archivos de Mr. Churchill referentes a dichas negociaciones se han sellado oficialmente hasta el siglo XXI, así mismo han desaparecido los documentos de las reuniones ministeriales. Negociaciones parecidas se llevaron a cabo en junio de 1940, cuando incluso Mr. Churchill se mostró dispuesto en las reuniones del consejo de ministros a hacer un trato con Hitler siempre que el precio fuera justo.

Por supuesto, para enjuiciar el valor real de dichas negociaciones y de las intenciones públicamente manifiestas de Hitler, conviene saber lo que el 2 de junio de 1941 admitió ante Walther Hewel: «Soy incapaz de decir una mentira para mi provecho, pero no hay falsedad que no esté dispuesto a cometer en beneficio de Alemania.» A pesar de todo, uno se pregunta cuántos sufrimientos se habría ahorrado el mundo de haber seguido ambas partes con las negociaciones, ¿se habría evitado todo lo que ocurrió después de 1940, como los bombardeos de saturación, los traslados masivos de población, las epidemias, y hasta el mismo holocausto? He aquí la gran duda, pero la moderna historiografía ha preferido ignorar esa posibilidad por considerarla una herejía.

Los hechos que aquí se muestran sobre las acciones, motivaciones y opiniones de Hitler de las que ha quedado constancia, deberían servirnos de base para abrir nuevos debates sobre la cuestión. Los norteamericanos encontrarán mucho material nuevo sobre los meses que precedieron a Pearl Harbor. Los franceses hallarán nuevas pruebas de que el trato que Hitler dio a su derrotada nación estuvo más influido por los recuerdos del trato que Francia dio a Alemania después de la primera guerra mundial, que por la consideración de Hitler hacia los deseos de Mussolini. Los rusos podrán vislumbrar las perspectivas que ante ellos se hubieran abierio si Stalin hubiese aceptado la proposición de Hitler, en noviembre de 1940, de incorporarse al pacto del Eje; o sí Stalin, después de conseguir su «segundo Brest-Litovsk» (tratado de paz propuesto el 28 de junio de 1941), hubiese aceptado la oferta de Hitler de reorganizar el poderío soviético solamente más allá de los Ura-

les; o si Hitler hubiese tomado en serio la supuesta oferia de paz efectuada por Stalin en septiembre de 1944.

¿Para qué han servido estos veinte años de penoso trabajo en los archivos? Hitler seguirá siendo un enigma por mucho que los historiadores hurguemos. Hasta sus más íntimos colaboradores reconocieron que apenas le conocían. Ya he mencionado la confusión que tenía Ribbentrop; pero el general Alfred Jodl, su asesor estratégico de mayor confianza, también escribió en su celda de Nuremberg el 10 de marzo de 1946:

«... pero ahora me pregunto, ¿realmente llegaste a conocer a aquel hombre, a cuyo lado llevaste tan espinosa y ascética existencia? ¿No se dedicó a jugar, tal vez, con tu idealismo, abusando de él en beneficio de oscuras intenciones que guardaba en lo más profundo de sí mismo? ¿Te atreverás a afirmar que conoces a un hombre que no te ha mostrado lo más íntimo de su corazón, tanto en el dolor como en el éxtasis? Ni siquiera ahora sé lo que pensaba, lo que sabía, o lo que de verdad quería. Yo sólo conocía mis propios pensamientos y sospechas. Y si ahora, los velos caídos de la escultura que imaginábamos una obra de arte nos muestran que no era más que una degenerada gárgola, entonces será mejor dejar que los futuros historiadores discutan sobre si ya era así desde el principio, o si cambió con las circunstancias.

»Sigo cometiendo el mismo error: todo lo atribuyo a sus humildes orígenes. Pero no dejo de recordar cuántos hijos de campesinos se han visto bendecidos por la Historia con el sobrenombre de El Grande.»

¿«Hitler el Grande»? No. La historia contemporánea no aceptará semejante epíteto. Desde el primer día en que «tomó el poder», el 30 de enero de 1933, Hitler sabía que sólo podía esperar una muerte violenta en el caso de que no consiguiera devolver la dignidad y el imperio a la Alemania que siguió al tratado de Versalles. Julius Schaub, su íntimo amigo y ayudante, dejó constancia del jubiloso alarde de Hitler ante su Estado Mayor aquella noche, cuando los últimos invitados de la celebración de la victoria se fueron de la Cancillería de Berlín: «¡No existe poder en la tierra capaz de sacarme vivo de este edificio!»

La historia vio esta profecía convertida en realidad cuando el puñado de fieles nazis que quedaba bajó inquieto al estudio subterráneo de Hitler el día 30 de abril de 1945, y contempló sus restos mortales aún calientes, derrumbados sobre un diván, con la sangre goteando de la caída mandíbula, y una herida de bala en la sien derecha, y a todos les llegó el olor de almendras amargas que aún impregnaba el aire. Lo envolvieron en una manta militar de color gris y lo llevaron al jardín de la Cancillería devastado por las bombas. Dejaron el cuerpo en un cráter todavía humeante, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego mientras sus ayudantes le rendían honores apresuradamente y volvían a buscar refugio. Así terminaba la guerra de seis años de Hitler. Ahora veremos cómo empezó.

David Irving
Londres, enero de 1976 y enero de 1989

PRÓLOGO: LA SIMIENTE

¿Cómo llegaremos a saber lo que Hitler ambicionaba de verdad?

Uno de sus colaboradores más próximos, a su servicio como ayudante del Ejército del Aire desde 1937 hasta el mismísimo final, ha advertido que incluso cuando leemos sobre alguna reacción inesperada de Hitler realizada en presencia de sus fieles, y tenemos la impresión de que nos estamos acercando a laverdad, siempre debemos preguntarnos si ése era el verdadero Hitler, o si era sólo una imagen que él queda imponer en ese momento y ante esa audiencia en particular. ¿Trataba quizá de despertar así de su peligroso letargo a su plantilla de satisfechos sátrapas? Tendremos que escarbar hasta el fondo rnismo de la historia para dar con la negra simiente de ambición de la que los últimos seis años de su vida fueron sólo una violenta expresión.

Disponemos de excelentes fuentes, algunas son incluso anteriores al *Mein Kampf*. Los informes confidenciales realizados por la policía sobre veinte discursos del Hitler de la primera época pronunciados en unos salones abarrotados de gente y cargados de humo en el revolucionario Soviet de Munich de 1919 y 1920, nos proporcionan una perspectiva reveladora de sus creencias más fuertes. Este Adolf Hitler, con los treinta años recién cumplidos, no expresaba ninguna gran idea geopolítica. Su campaña giraba en torno a las condiciones impuestas a los «cobardes y corrompidos» representantes de Berlín en Versalles; trataba de convencer a su audiencia de que los culpables de la derrota de la guerra mundial no habían sido los enemigos extranjeros, sino los grupos revolucionarios del país, los políticos de Berlín al servicio de los judíos.

Demagogias aparte, la trascendencia de los discursos radica únicamente en la insistencia por parte de Hitler de que una Alemania desarmada era la presa de la voracidad de sus rapaces vecinos. Exigía que Alemania se convirtiera en una nación sin diferencias de clases en la que el obrero y el intelectual respetaran la contribución del otro. En una ocasión, en abril de 1920, llegó incluso a proclamar: «Necesitamos un dictador que sea un genio si queremos resurgir.»

Ya entonces, sus objetivos no eran nada molestos: iba a restaurar el Reich de Alemania, desde el Niemen en el este hasta Estrasburgo en el oeste, y desde Königsberg hasta Bratislava. En otro discurso secreto pronunciado en Salzburgo – con toda seguridad el 7 u 8 de agosto de 1920 – Hitler animo a sus compatriotas austríacos con los dos mismos ideales: «Primero, *Deutschland über alles in der Welt* (Alemania por encima de todo el mundo); y segundo, los domínios de Alemania llegan allí donde se hable la lengua alemana.»

Este discurso de Salzburgo, del cual sólo nos ha llegado una transcripción taquigrafiada, en un papel descolorido y quebradizo y hasta ahora inédito, es muy revelador en lo que a sus primeros pensamientos y actitudes se refiere:

«Esto es lo primero que debemos exigir y que exigimos: que se dé libertad a nuestro pueblo, que se rompan estas cadenas en mil pedazos, y que Alemania sea otra vez dueña de su alma y señora de sus destinos junto a todo aquel que quiera unirse a Alemania. [Aplausos.]

»El cumplimiento de esta primera exigencia dejará el camino abierio para las demás reformas.

»Y aquí hay algo que tal vez nos distingue de vosotros en lo que a nuestro programa se refiere a pesar de que se palpa en el ambiente: nuestra actitud hacia el problema judío.

»Para nosotros, no se trata de un problema ante el que debamos hacer la vista gorda, ni creemos que deba solucionarse haciendo pequeñas concesiones. Para nosotros, se trata de saber si nuestra nación podrá recuperar su salud, si se puede erradicar el espíritu judío de una vez por todas. No os engañéis pensando que se puede combatir una enfermedad sin acabar con el

portador de ese mal, sin destruir el bacilo. No créais que se puede luchar contra la tuberculosis racial sin que la nación se deshaga del portador de esa tuberculosis racial. Esta contaminación judía no remitirá, ni terminará este envenenamiento de la nación, hasta que el portador del mal, el judío, sea desterrado. [Aplausos.]»

Esta clase de oratoria era bastante eficaz; pero Hitler se dio cuenta en seguida de que éste no era el tipo de lenguaje que las masas querían oír, y exigió que se colgara a los usureros beneficiados por la guerra, y que identificó con los judíos. El 13 de agosto de 1920, según los informes de la policía, dedicó por primera vez un discurso completo al tema de los judíos. Los acusó de ser los responsables de la guerra y de haber hecho ganancias excesivas con ella. El partido nazi, afirmaba, debía iniciar una cruzada contra los judíos. «No queremos estimular una atmósfera de persecución antisemita – advirtió – pero debemos dejar impulsarnos por la decisión implacable de arrancar este mal de raíz y exterminarlo completamente.» Unas semanas más tarde, afirmaba de modo explícito: «No se puede tratar el problema judío con rodeos. Tenemos que solucionarlo.»

Será bastante para nosotros explicar sólo los hechos ocurridos entre 1920 y la toma de poder de Hitler en 1933. Sin embargo, nos será de utilidad reproducír también una parte del documento hasta ahora inédito referente a un encuentro secreto entre Hitler y dos de los apoyos financieros de su Partido, el príncipe Wrede y el cónsul general Scharrer, en el lujoso hotel Regina Palace de Munich, el 21 de diciembre de 1922. El segundo llevó consigo a una taquígrafa que tomó nota de las palabras de Hitler mientras éste ponía de manifiesto sus pretensiones y miras políticas, expresadas a menudo con una franqueza sorprendente.

«Sé muy bien que si el bolchevismo dominara en Alemania – dijo – me acabarían colgando de la farola más cercana o me encerrarían en cualquier sótano. De modo que para mí el problema no es si quiero o no emprender esto, aquello o lo de más allá; el problema es saber si podremos evitar el triunfo de los bolcheviques. Por mi parte, estoy completamente seguro de que nuestro movimiento saldrá ganando. Hace tres años y medio empe-

zamos con sólo seis hombres – afirmó. Hoy puedo decir con seguridad que nuestra causa vencerá.»

Con las recientes prohibiciones contra el partido nazi, siguió diciendo, los diferentes gobiernos provinciales no habían hecho más que ayudar a extender el movimiento más allá de las fronteras de Baviera. Sin embargo, los comunistas se estaban atrincherando por Hamburgo, en el norte de Alemania. «No creo – admitió – que podamos hacer algo importante a tiempo en el norte antes de que ocurra la catástrofe. Si algún incidente provocara ahora un gran conflicto, entonces perderíamos el norte y no tendría salvación. Lo máximo que podemos hacer desde aquí es organizar un contragolpe. Todo lo que se dice sobre las organizaciones nacionalistas del norte es un puro engaño . . . No tienen fuerza ni personalidad. Las ciudades que debedan ser los centros de organización están en manos de nuestros enemigos políticos.»

Después de examinar la debilidad de los Consejos de Soldados («estoy convencido de que el bolchevismo en Munich es una utopía», exclamó), Hitler continuó: «De momento no es necesario recurrir a la fuerza en Baviera, ya que, de todas formas, cada día somos más fuertes. Cada semana tenemos uno o dos *Hundertschaften* [tropas de asalto nazis] más, y un aumento de varios míles de nuevos miembros. En tanto que nuestra fuerza siga creciendo no será necesario optar por el recurso de la víolencia.» A ella recurriría, dijo después confidencialmente, sólo si se daba cuenta de que el Partido no podía extenderse más, y añadió: «No tendremos nada que ganar si nos detenemos.» Tenía la esperanza de que al llegar ese momento el ejército bávaro le proporcionaría las armas necesarias. «Ya tengo diecisiete *Hundertschaften* – dijo en tono jactancioso – con su ayuda puedo borrar de las calles cualquier cosa que no me guste.» Recordó a sus dos adinerados interlocutores cómo Mussolini había provocado una huelga general en Italia con sólo 1800 fascistas. «No hay nada que no sea capaz de suprimir si en el momento crítico lanzo a mis hombres como una fuerza unida y dinámica.»

A continuación, Hitler explicó cómo preveía el desarrollo del nuevo estado alemán: «Primero habrá una guerra civil con una enconada lucha por el poder. Los países europeos interesados en el resurgir de Alemania nos apoyarán, sobre todo Gran Bretaña. Francia se pondrá al lado de los bolchevi-

ques, ya que su mayor interés está en mantener la inestabilidad alemana el mayor tiempo posible con el fin de sacar provecho de la Renania y de la cuenca del Ruhr.»

Hitler esperaba que Gran Bretaña prestara su apoyo a un futuro gobierno alemán – siempre que diera una imagen adecuada de confianza – porque la destrucción de Alemania llevada a la hegemonía francesa en Europa, y Gran Bretaña se vería relegada a un puesto de «potencia mundial de tercera clase».

También esperaba que Italia compartiera el interés de los ingleses – y de los norteamericanos – en detener la expansión del bolchevismo. «Hay que mantener encendido el interés de Italia, y debemos tener cuidado en no desmotivarla con nuestra propaganda de unión [Zusammenschluss] con un Austria que también habla el alemán, ni con la recuperación del sur del Tirol [italiano]. No pienso perder el tiempo – subrayó Hitler desarrollando este punto – con los que quieren dar prioridad en materia de política exterior a la liberación del sur del Tirol . . . Eso nos pondría en una mala situación ante Italia; y no olviden que, si la lucha empezara [con Francia], la única forma de conseguir carbón y materias primas es pasando por Italia. No tengo la menor intención de derramar sangre alemana por culpa del sur del Tirol. No tendremos ningún problema en convencer a los alemanes para que luchen en el Rin, pero sí para que lo hagan en Merano o en Bolzano . . . De momento – subrayó – debemos evitar cualquier enfrentamiento con los pueblos latinos.»

Y más tarde añadió: «Creo que antes de dos o tres décadas empezaremos nuestra lucha contra Francia.»

Sus observaciones sobre Gran Bretaña se caracterizaban por la benevolencia, pero sabía que los ingleses no iban a permitir que Alemania se pusiera en primera posición. «Por mucho que contemos con el favor de Gran Bretaña, nunca dejará que nos convirtamos en una gran potencia, y menos ahora que ya conocen de sobra nuestra capacidad, con nuestras posibilidades científicas antes de la guerra mundial [1914–1918] y la pericia militar que demostramos en el transcurso de la misma.»

« . . . Tan pronto como Alemania recupere la estabilidad, en mayor o menor medida, tendremos que reparar todo el daño que se le ha hecho. Podemos seguir una estrategia mundial [*Weltpolitik*] o bien una estrategia continental. Para la primera, es necesario que contemos con una gran base aquí en el continente. Sí vamos a por una estrategia mundial siempre chocaremos con Gran Bretaña; podríamos haberlo hecho antes de la guerra mundial, pero entonces habríamos roto la alianza con Rusia. Alemania nunca se habría aprovechado de Gran Bretaña de haber acabado ésta en la ruina porque Rusia se habría quedado con la India . . . » Por eso, concluía Hitler, «tal vez sea mejor adoptar una estrategia continental. Debimos habernos aliado con Gran Bretaña en el 99, porque entonces podríamos haber derrotado a Rusia quedando con las manos libres para luchar contra Francia. Con una Alemania dueña y señora de su territorio en el continente, la guerra con Gran Bretaña nunca habna existido».

Refiriéndose a la Unión Soviética, Hitler dirigió estas clarividentes palabras a su reducida y privilegiada audiencia: «El actual gobierno nacional [bolchevique] de Rusia constituye un peligro para nosotros. En cuanto puedan, los rusos cortarán el cuello de los que les hayan ayudado a conseguir el poder. Por eso, será necesario romper el imperio ruso y dividir sus territorios y zonas de cultivo, en donde se harán asentamientos alemanes que trabajarán la tierra con arados alemanes. Después . . . si tuviéramos buenas relaciones con Gran Bretaña podríamos solucionar el problema con Francia sin la intervención de los ingleses.»

A continuación, y sin mencionar la palabra *sin embargo*, trató la cuestión del *Lebensraum* (espacio vital) de Alemania: «En primer lugar», dijo, «debemos procurar conseguir el espacio suficiente; ésa es nuestra prioridad más alta . . . Sólo entonces nuestro gobierno podrá empezar a trabajar de nuevo en interés de la nación hacia una guerra nacionalista. Estoy seguro de que todo esto se llevarla a cabo con éxito. Podemos tornar medidas para cuidar que los secretos necesarios no se conozcan. Antes de la guerra mundial, algunos secretos como el mortero de 42 centímetros y el lanzallamas se mantuvieron rigurosamente en secreto». Si por un lado creía que los ingleses eran demasiado astutos para respetar a Alemania de forma incondicional,

por otro lado esperaba su apoyo para la gran batalla contra Francia siempre que cada país definiera sus intereses mutuos.

En cuanto a la creciente crisis económica de Alemania, Hitler explicó al príncipe y al cónsul general: «Estoy seguro de que la devaluación del marco se frenará el día en que se dejen de imprimir billetes. Pero el gobierno sigue imprimiendo cantidades ingentes de papel moneda para disimular su propia ruina . . . En todas las oficinas del gobierno donde antes había sólo una persona hay ahora tres o cuatro. Esto no puede seguir así. Sólo un gobierno fuerte puede avanzar contra este paraíso de parásitos e inútiles. Se necesita un dictador cuya popularidad personal no signifique nada.» Alemania necesita un nuevo Bismarck, dijo Hitler.

El mísmo se mostraría poco compasivo con sus enemigos sí conseguía el poder: «El dictador puede contar con una huelga general en el momento de su aparición – explicó. Esta huelga general le brindará la mejor oportunidad para purgar los despachos del gobierno. Todo aquel que se niegue a trabajar en las condiciones ímpuestas por el dictador será despedido inmediatamente. Sólo se empleará a los mejores. Sacaremos por las orejas a todas las personas que hayan entrado en los organismos oficiales sólo por ser miembros de algún partido.» Hitler insistió en su convicción de que el pueblo alemán nesesitaba «un ídolo en forma de monarca», pero no un rey blando y escrupuloso, sino un «gobernante enérgico e implacable», un dictador capaz de gobernar con mano de hierro, lo mismo que Oliver Cromwell. Pero no existía ningún hombre con esas características entre los pretendientes al trono en aquel momento. «Cuando, después de gobernar con mano dura durante algunos años, el pueblo añore, una soberanía más moderada, entonces será el momento de sacar a un monarca apacible y benevolente a quien ellos puedan idolatrar. Es como educar a un perro: primero se pone en manos de un amo muy duro, y después, cuando ya se le ha sometido a las pruebas m ás rigurosas, se entrega a una persona amable a quien servirá con la mayor lealtad y devoción.»

Así hablaba Adolf Hitler en diciembre de 1922 cuando contaba treinta y tres años de edad.

En cuanto a la religión, simplemente dijo que el cristianismo era la única base ética posible para Alemania, y que la lucha religiosa era la peor desgracia que podía ocurrirle. Refiriéndose a la justicia, Hitler dijo: «Creo que en un sistema legítimo el único árbitro aceptable es el juez profesional que ejerce bajo juramento», oponiéndose así a los jueces y tribunales inexpertos fueran del color que fuesen.

Naturalmente, el problema judío también le preocupaba y sobre él habló detenidamente para terminar este revelador discurso. Hitler admiraba la solución adoptada por Federico el Grande: «Eliminó [*ausgeschaltet*] a los judíos allí donde se tuviera la certeza de que tenían un efecto nocivo, pero siguió empleándolos en lugares donde podían serle de alguna utilidad. En nuestra vida política – continuó Hitler – los judíos son nocivos sin el menor género de dudas. Están envenenando a nuestro pueblo de un modo sistemático. Antes pensaba que el antisemitismo era algo inhumano, pero mi propia experiencia me ha convertido en un fanático enemigo del judaísmo, al que, por cierto no combato como religión, sino como raza.» Hitler describió a los judíos como unas personas nacidas para destruir, pero no para gobernar; un pueblo sin cultura, ni arte, ni arquitectura propias, «las expresiones más claras de una cultura». «Los pueblos tienen un alma – dijo Hitler – pero los judíos no tienen ninguna: son simples calculadores. Eso explica por qué de todos los pueblos el judío ha sido el único capaz de crear algo como el marxismo, que es la negación y la destrucción del fundamento de toda cultura. Con su marxismo, los judíos esperaban crear una gran masa de gente estúpida y sin inteligencia, un instrumento fácil de manipular.»

¿Hasta cuándo, preguntaba Hitler, tendría que soportar Alemania el yugo judío? «El león es un animal depredador – dijo a modo de respuesta. No puede evitarlo; es algo propio de él. Pero el hombre no tiene por qué dejarse destrozar por el león: tiene que salvar el pellejo como pueda aunque el león se acerque para atacarle. Hay que solucionar el problema judío. Si se puede arreglar con el sentido común, tanto mejor para todos. Si no, sólo hay dos posibilidades: la de una lucha sangrienta o una armenización.» (¿Se refería Hitler a la supuesta liquidación secreta de un millón y medio de armenios por los turcos a comienzos de siglo? No parece muy probable en este contex-

to; todo aquí es demasiado vago.) «Táctica y políticamente – explicó – mi postura es la de querer convencer a mi pueblo de que todo aquel que esté contra nosotros es nuestro mortal enemigo.» Unas semanas después, el 23 de febrero de 1923, la rama de Munich del partido nazi recibió una donación de un millón de marcos del cónsul general Scharrer.

En noviembre de 1923, unos meses después de todo aquello, Hitler fracasó en su intento de lanzar una revolución en Munich; fue juzgado y encarcelado en la forialeza de Landsberg hasta que finalmente se le concedió la libertad. Publicó *Mein Kampf* y dedicó los años siguientes a la reconstrucción del partido hasta convertirlo en una fuerza disciplinada y autoritaria con sus propios tribunales, sus propios guardias de camisas pardas – las SA – y su «guardia pretoriana» de negro uniforme, las SS, hasta que, a la cabeza de un enorme ejército de un millón de miembros del partido, llegó a la Cancillería de Berlín en enero de 1933. Fue una proeza que un cabo en la reserva, desconocido, sin dinero y que había sufrido los efectos de los gases de la guerra, llegara hasta allí sin otros medios que el Poder de la oratoria y una ambición oscura y decidida.

Durante esos años anteriores a 1933, Hitler había dado a sus planes una forma definitiva. Los había repetido de un modo m ás coherente en un manuscrito de 1928 que nunca llegó a publicarse. Las medidas que pensaba tomar en política exterior eran de una brutal simplicidad: quería extender los dominios de Alemania añadiendo más de un millón de kilómetros cuadrados a los 553,000 que ya tenía, a expensas de Rusia y Polonia. Sus contemporáneos eran más modestos, y sólo querían que Alemania recuperara las fronteras de 1914. Para Hitler, se trataba de un «objetivo exterior completamente estúpido», porque era «inadecuado desde el punto de vista patriótico y nada satisfactorio desde el punto de vista militar». No; Alemania debe renunciar a sus trasnochadas aspiraciones en los mercados coloniales de ultramar para volver a «una Raumpolitik clara y sin ambigüedades». Primero, Alemania debe «crear una fuerza de tierra que sea poderosa» para que los extranjeros la tomen en serio. Después, escribió Hitler en 1928, se debe

conseguir una alianza con Gran Bretaña y su imperio con el fin de que «juntos podamos gobernar la historia del resto del mundo».

Durante todos estos años su oratoria se había hecho más convincente. Sus discursos eran largos y *ex tempore*, pero eran lógicos. Su poder de sugestión absorbía la atención de todo aquel que le escuchara. Como Robespierre dijo de Marat en una ocasión, «era un hombre peligroso: creía de verdad en lo que decía».

El poder de Hitler tras 1933 debía consolidarse, como David Lloyd George escribió en 1926, manteniendo las promesas que había hecho. Una vez en el gobierno, aboliría la guerra de clases del siglo XIX para crear una Alemania con igualdad de oporiunidades para obreros e intelectuales, para ricos y pobres. «Le importa muy poco la intelectuafidad – escribió Walther Hewel, su compañero de prisión en Landsberg, el 14 de diciembre de 1924. Los intelectuales siempre ponen mil objeciones ante cualquier decisión. Los que él necesita se acercarán a él por propia convicción y se convertirán en sus jefes.» Veinte años después, en una reunión secreta con sus generales el 27 de enero de 1944, el propio Hitler explicó en términos generales el proceso seudodarwiniano que se le había ocurrido para seleccionar la nueva clase gobernante de Alemania: había utilizado deliberadamente al partido como un vehículo de selección para el futuro material dirigente, hombres con un rigor indispensable que no se arrodillarían cuando empezara la verdadera lucha.

«Pensé y adapté deliberadamente mi manifiesto de combate para atraer a la minoría más dura y decidida del pueblo alemán, sobre todo al principio. Cuando aún éramos pocos y no se nos daba importancia, a menudo repetía a mis seguidores que si este manifiesto se pronunciaba todos los años, después de miles de discursos por toda la nación, actuaría lo mismo que un imán: poco a poco cada trozo de acero se separada del montón para quedarse pegado a este imán, y así llegaría el momento en que habría esta minoría por un lado y la gran mayoría por el otro, pero la historia estaría en manos de esta minoría, porque la mayoría siempre seguirá a una minoría fuerte que guíe el camino.»

Después de 1933, y ya en el poder, Hitler iba a adoptar la misma estrategia básica para reordenar la nación alemana y preparar a sus ochenta millo-

nes de habitantes para la dura prueba que se avecinaba. Su confianza en ellos estaba más que justificada: los alemanes eran trabajadores, inventivos y artísticos; Alemania había producido grandes creadores, compositores, filósofos y científicos. Hitler dijo en una ocasión que el carácter nacional de los alemanes seguía siendo el mismo desde que el historiador romano Tácito describiera a las tribus germánicas que habían recorrido el noroeste de Europa hacía casi dos mil años: «Un pueblo fiero, valiente y generoso de ojos azules.» Hitler afirmó que si, a pesar de todo, la historia había visto a los alemanes vencidos muchas veces por los acontecimientos, ello se debía a la insensatez de unos dirigentes que les habían fallado.

Es difícil definir de antemano los orígenes del éxito que tuvo Hitler fortaleciendo el carácter de su pueblo. Mussolini nunca lo consiguió con los italianos, ni siquiera después de veinte años de gobierno fascista. En 1943, el debilitado fascismo italiano acabó por evaporarse tras unos cuantos bombardeos y la caída de Mussolini. En Alemania, en cambio, después de diez años de adoctrinamiento nazi, los ciudadanos alemanes fueron capaces de resistir los bombardeos aéreos del enemigo – que producían de cincuenta mil a cien mil muertos en una sola noche – con un estoicismo que llegó a exasperar a los aliados. Al final, con una Alemania sumida de nuevo en la derrota, sus enemigos tuvieron que recurrir a unos métodos punitivos totalmente draconianos, como juicios masivos, confiscaciones, expropiaciones, intemamientos y programas de reeducación, para poder arrancar las semillas que Hitler había sembrado.

Adolf Hitler no levantó el movimiento nacionalsocialista en Alemania gracias a un capricho electoral, sino gracias a la gente, la misma que le dio, en su gran mayoría, su apoyo incondicional hasta el último día.

PARTE I

Hacia el poder absoluto

Der Pöbel, pah!
Rienzi ist's, der ihn zu Rittern macht.
Nimm ihm Rienzi, und er ist was er war.

(La chusma, ¡bah! Es Rienzi quien la ha convertido en un caballero. Quita a Rienzi y la chusma volverá a ser lo que era.)

De la ópera *Rienzi*,
de Richard Wagner

DICTADOR POR CONSENSO

Alemania era una ruina internacional en un mundo insolvente cuando el 30 de enero de 1933 Hitler se convertía en canciller. Los trabajadores sin empleo se contaban por millones. El 5 de marzo de 1933 el partido de Hitler aumentó su fuerza en las elecciones consiguiendo 288 escaños de los 647 de que se componía el Reichstag. En seguida se prohibió el partido comunista – una medida que Hitler había desaconsejado en su primera reunión ministerial del 30 de enero por temor a una huelga general («No se puede proscribír a seis millones de hombres») – y empezó a promulgar las leyes que había prometido, incluyendo los decretos por los que los judíos no podían ejercer ninguna profesión en Alemania ni participar en actividades comerciales hasta que un día abandonaran el país.

Los conocimientos de Hitler sobre temas económicos eran mucho más sólidos de lo que la gente se creía. El conde Lutz Schwerin von Krosigk, a quien había heredado como ministro de Finanzas, escribió confidencialmente después de la guerra: «Rechazaba las amenazas de inflación con el comentario – no muy acertado – de que la inflación era imposible bajo un gobierno fuerte. A este respecto, demostró su buen instinto expresando la necesidad de equilibrar los gastos con los ingresos.» Hitler recuperó para su país la confianza en el futuro, que era imprescindible para el resurgimiento económico. Se establecieron controles muy estrictos sobre los precios y los salarios. Entretanto, el doctor Hjalmar Schacht, el autocrático presidente del Reichsbank, empezó a recuperar la solvencia económica de Alemania imponiendo acuerdos comerciales estrictamente bilaterales, y otorgando créditos para los ambiciosos programas de Hitler.

La principal fuerza con la que Hitler podía contar en 1933 era la del trabajo. Entre los papeles de Walther Hewel – aquel estudiante que con diecinueve años había compartido su reclusión en Landsberg – se encuentra esta doctrina escrita con la letra puntiaguda del mismo Hitler:

> *Deben aprender a respetar y a ser respetados. El intelectual debe respetar al obrero y viceversa. El uno no puede vivir sin el otro. De los dos juntos emergerá el nuevo hombre: el hombre del futuro Reich alemán.*
>
> ADOLF HITLER
> Landsberg, 18 de diciembre de 1924
> (prisión en la fortaleza)

Después de 1933 los obreros dejaron de ser los parias de la sociedad. Todos los síntomas cancerosos del desorden industrial – huelgas, cierres, absentismo – se convirtieron en fantasmas del pasado. Tal como dijo Karl Dönitz, el efímero sucesor de Hitler, en 1945: «¿Qué les imporiaba a los obreros lo del problema judío y todo eso? Por fin volvían a tener trabajo y alimento, y eran seres humanos respetados.»

En abril de 1933 Hitler cerró definitivamente los sindicatos; un año más tarde transfirió las plantillas, miembros y fondos al monolítico Frente Obrero Alemán, el DAF. Era el mayor sindicato del mundo, y uno de los más prósperos. El doctor Robert Ley, el rechoncho y tartamudo funcionario del partido que llevó las riendas del DAF durante los siguientes doce años, merece sin duda un elogio más favorable por parte de la historia. El DAF recibía con regularidad el 95 por ciento de las cuotas de suscripción, un ejemplo sin precedentes de la confianza que los treinta millones de miembros tenían en su sindicato. Gracias a estos enormes ingresos, el DAF pudo organizarles vacaciones en cruceros, así como provisión de viviendas, comercios, hoteles y clínicas de reposo; también se financió la fábrica Volkswagen, los astilleros Vulkan, fábricas para la industria de alimentación y el Banco Alemán del Trabajo. Hitler respetaba la capacidad de Ley, y no le importó hacerse una fotografía en compañía de la rubia y atractiva primera esposa de Ley. Éste permanecería junto a Hitler más allá del final. Durante su prisión en Landsberg, Hitler hizo mención de una ambición muy particular, la de construir una red de superautopistas. Schwerin von Krosigk escribiría:

«Hitler hablaba muy a menudo del modo en que los habitantes de las ciudades volvían de sus salidas dominicales, en trenes abarrotados, con la ropa desarreglada, los sombreros aplastados, el buen humor por los suelos, y echando a perder los beneficios de su merecido descanso; y hablaba de la diferencia que habría si los obreros de la ciudad pudieran permitirse tener coche propio para salir los domingos sin necesidad de todo aquello . . . Dijo que la construcción de buenas carreteras siempre había sido el mejor indicio de un gobierno fuerte, desde los romanos hasta Napoleón pasando por los incas.»

Doce días después de tomar el poder en 1933, Hitler anunció su programa de construcción de autopistas; el 28 de junio el consejo de ministros aprobó la ley, y unos días después Hitler mandó llamar al doctor Fritz Todt, un ingeniero que en 1932 había escrito un estudio de 48 páginas sobre los problemas relativos a la construcción de carreteras, y le preguntó si le gustaría el cargo de inspector general para la Construcción de Carreteras Alemanas. Hitler le dijo que siempre había preferido el coche al tren, porque así estaba más cerca de la gente: «Debo de haber hecho unos ochocientos mil kilómetros en mis catorce años de lucha por el poder.» Todt aceptó el trabajo después de una entrevista de apenas trece minutos. El 5 de julio Hitler mandó llamar de nuevo a Todt; estuvo paseando con él una hora y media, y le dijo qué rutas debían formar la primera red de carretera, dispuso la anchura mínima de los carriles, y mandó a Todt que se pusiera a trabajar en seguida (toda esta información sale de los documentos personales del mismo Todt). Se ha exagerado la importancia militar de estas autopistas; el sistema ferroviario alemán era de mucho mayor trascendencia. Por el momento, las autopistas eran el medio por el que Alemania podía consolidar su unidad nacional, ya que Hitler se daba cuenta de que la lucha contra las tendencias separatistas y contra el provincianismo aún iba a durar muchos años.

Simultáneamente Hitler nombró ministro de Propaganda e Instrucción Pública al doctor Josef Goebbels, un elocuente renano de 35 años que cojeaba de un pie. El 11 de marzo de 1933, Hitler explicó a su gabinete:

«Una de las principales tareas del ministerio será la de preparar [a la nación] las decisiones importantes del gobierno . . . No se pondrá en marcha ninguna medida oficial hasta que no haya pasado un cierto período de información pública.»

Hitler veía las disputas gratuitas de los periódicos de las democracias como un desperdicio imperdonable de un recurso nacional muy importante. Sabía que la prensa se podía convertir en un instrumento muy poderoso para la política nacional. La libertad de los editores ya, se había visto gravemente restringida por las medidas de urgencia impuestas por los gobiernos de Heinrich Brüning y de Franz von Papen que precedieron al de Hitler.

Pero Goebbels superó a estos dos en lo referente a silenciar las voces disidentes llevando a las editoriales a su terreno o simplemente cerrándolas. Para que el partido nazi tuviera el monopolio casi absoluto de la prensa, Hitler se sirvió de la editorial Franz Eher que el partido había comprado en 1920. Por aquel entonces la editorial publicaba un periódico de Munich lleno de deudas, el *Völkischer Beobachter*, y que apenas contaba con 7,000 suscriptores; Hitler había nombrado a Max Amann, su sargento mayor en la primera guerra mundial, director de Eher en abril de 1922, tras de lo cual las ventas del periódico empezaron a subir. Con sólo un año en el poder, en 1933 el partido nazi ya controlaba ochenta y seis periódicos con 3,200,000 lectores. Con la promulgación de nuevas leyes se cerraron 120 imprentas socialistas y comunistas que se vendieron después al partido a unos precios regalados. Max Amann no tardó en controlar un imperio de setecientos periódicos.

Se prohibió terminantemente en ejercicio del periodismo a judíos y marxistas. Desde mediados de 1935 la prensa católica pasó por la misma purga que sufrieron los demás credos religiosos. Tal como Goebbels subrayó públicamente: «Rechazo la opinión de que en Alemania haya una prensa católica y una prensa protestante, o de que haya una prensa obrera, o de campesinos, o de la ciudad, o del proletariado. La única prensa que existe es la prensa alemana.»

Al mismo tiempo Hitler organizaba su sistema de policía. El control de las autoridades policíales del Reich fue cayendo progresivamente en manos de Heinrich Himmler, Reichsführer de las SS. Himmler controló en un principio la fuerza policial de Munich después de que Hitler llegara al poder, pero en 1935 ya era el jefe supremo de toda la policía del Reich. Hitler aceptó en seguida la idea de Himmler de que los «campos de concentración» eran indíspensables para la reeducación política de los disidentes, pero también para la reclusión de viciosos, porque hacia 1935 los campos va tenían dentro a más de un desventurado recluido por Hitler para someterle a una cura drástica por culpa de una desagradable debilidad. «El Führer no te castiga para hacerte daño – escribió Himmler a un alcohólico confinado en Dachau el 18 de mayo de 1937 – sino para salvarle del mal camino que os ha llevado a ti y a tu familia al desastre.»

Reinhard Heydrich era el jefe de seguridad. En marzo de 1933 Himmler le encargó con veintinueve años que dirigiera la sección política del cuartel general de la policía de Munich. Heydrich, un oficial alto, rubio y con los clásicos rasgos de la raza aria – y que años después se haría famoso por su sangre fría – debía de encerrar cierto sentido del humor en su oscuro espíritu, porque en 1939 se atrevió a escribir al Reichsführer de las SS que entre los antepasados de Himmler se había descubierto a una bruja que fue quemada en la hoguera en 1629.

Se puede decir muy poco con seguridad sobre el trato que había entre Hitler y Himmler. Éste solía hacer listas, con su estilo pedante y torturado, con los temas que quería tratar con el Führer, a los que a veces añadía las decisiones que Hitler tomaba en cada caso. Estas notas revelan la existencia de unos vacíos tan sorprendentes que podemos arriesgarnos a pensar que Himmler mantenía al Führer en la ignorancia de muchas de sus nefastas actividades.

Una de las armas de vigilancia más importantes del sístema policial de Hitler estaba en manos de Hermann Göring, no en las de Himmler. Se trataba de la Forschungsamt, u «Oficina de Investigación», creada en abril de 1933 y con el monopolio de las operaciones de escuchas telefónicas. La FA se constituyó en un recurso muy eficaz de inteligencia policial, económica y

política. Impresas en las características hojas de papel de color marrón a las que deben su famoso nombre – las «Páginas Marrones» – las escuchas telefónicas se entregaban a los ministros de Hitler en carteras cerradas o en tubos neumáticos con la estricta orden de «urgente». Desgraciadamente, iodos los archivos de la FA se destruyeron en 1945. Los pocos detalles que han sobrevivido demuestran que tenía una eficacia siniestra, al realizar escuchas rutinarias a los actores secundarios de los capítulos que veremos, como el Gauleiter Julius Streicher, Miss Unity Mitford, la princesa Estefanía Hohenlohe, las amantes de Goebbels e incluso Fritz Wiedemann, el ayudante de Hitler. La primera referencia sobre su trabajo data del 29 de marzo de 1933, en una reunión ministerial en la que se dio a Hitler informes exagerados sobre las atrocidades antijudías que se estaban realizando en Alemania. «Estos informes se enviaban principalmente a América por medio de Deuss, el representante en Alemania de la Hearst Press. Todo esto se ha sabido interceptando sus conversaciones telefónicas» (Hitler se mostró de acuerdo en deportar a Deuss). Los elementos de oposición en Alemania también fueron espiados. Una de las famosas «Páginas Marrones» transcribía una conversación telefónica entre la esposa del general Kurt von Schlicher y una amiga, bajo la forma de una adivinanza: «Sin la *i*, nadie quiere serlo; con la *i* todo lo contrario. ¿Qué es?» La solución era *arisch*, ario (la palabra *Arsch* – culo – no es muy cariñosa que digamos).

Hitler tuvo la prudencia de cuidar al venerable presidente de Alemania, el mariscal de campo Von Hindenburg. Hindenburg era jefe supremo de los ejércitos y, además, tenía la potestad de frenar cualquier proyecto de Hitler. Éste procuró ganar su apoyo nombrando al doctor Hans Lammers, un experto en derecho constitucional, jefe de la Cancillería del Reich. Hitler también hizo lo posible por retener al doctor Otto Meissner como jefe de la Cancillería presidencial, y a Franz Seldte como ministro de Trabajo, promesas que respetó hasta su muerte doce años después.

Hitler también luchó para ganarse a la Reichswehr, las fuerzas armadas. Alemania sólo podía disponer de un ejército de cien mil hombres, un número muy inferior al de la mayoría de los países (Italia, por ejemplo, tenía

600,000 soldados). El tratado de Versalles prohibía a Alemania la fabricación de artillería pesada, de aviones militares, de tanques y de armamento antiaéreo; su armada estaba inactiva y no disponía de fuerza aérea. Antes de 1933, Hitler ya se había acercado a la Reichswehr con todo el halago y afectación de un estadista que corteja a la vecina potencia que necesita como aliada. Sin embargo, estos primeros contactos con la Reichswehr fueron decepcionantes. Hitler trató con reverencia al retirado general Hans von Seeckt hasta noviembre de 1932, fecha en que se reunió con él en privado en el piso que Göring tenía en Berlín. Allí Seeckt habló de su compromiso con el Partido del Pueblo Alemán. Hitler se levantó de un salto y le interrumpió: «¡Herr Generaloberst! Creía que estaba hablando con uno de nuestros grandes jefes militares de la guerra mundial. No comprendo cómo puede usted dejarse seducir por un partido político. Eso es todo.»

Las relaciones con el comandante en jefe del ejército, todavía en activo, el vanidoso general Kurt von Hammerstein-Equord, eran igualmente frías. En una ocasión llegó a decir a Hitler: «Herr Hitler, si usted accede al poder legalmente, tanto mejor para todos. Si no, abriré fuego.» Sin embargo, el nuevo ministro de la Guerra nombrado por Hindenburg, el general Werner von Blomberg, había estado al mando del enclave de Prusia Oriental, y había llegado a respetar allí la organización del partido nazi por ser ésta una ayuda suplementaria para defender aquella provincia de la constante amenaza de un ataque polaco. Declaró su lealtad incondicional a Hitler. Reichenau, el jefe del Estado Mayor, también procedía del este de Prusia y no veía con malos ojos la ideología nazi.

Hitler tenía un poderoso argumento para esgrimir ante los generales. Iba a devolver a Alemania toda. su fuerza sin hacer caso de las restricciones de Versalles. Muy poco después de tomar el poder pidió a los generales que se reunieran con él, y para ello tomó prestado el apartamento de Von Hammerstein, en el número 14 de Bendler Strasse. Era el 3 de febrero de 1933. Hitler llegó con Lammers y con Wilhelm Brückner, su imponente ayudante con uniforme de las SA; estaba nervioso y así se mostró durante toda la cena; después pidió silencio golpeando suavemente su copa y pronunció un dis-

curso que el mayor Horst von Mellenthin, el ayudante de Hammerstein, anotó cuidadosamente. He aquí una parte:

«Hay dos formas posibles de superar nuestra desesperada situación: la primera, consiguiendo por la fuerza nuevos mercados para nuestra producción; y la segunda, obteniendo nuevo *Lebensraum* (espacio vital) para nuestro exceso de población.* Pero será difícil que un pueblo pacífico se trague unos objetivos como éstos. Antes habrá que prepararlo.

»Alemania debe recuperar su libertad total de decisión. Y esto no será factible si primero no nos hacemos con el poder político. Por eso, mi objetivo principal es el de restablecer nuestra fuerza política. Mi organización [del partido nazi] es necesaria para volver a dar forma a nuestros ciudadanos. La democracia es una utopía. Es algo imposible. Es algo que no se encuentra ni en la industria ni en las fuerzas armadas, de modo que no es probable que sea de gran utilidad en algo tan complicado como un estado. La democracia es el peor de los males posibles. Sólo un hombre puede y debe dar las órdenes. Llevo trabajando en este ideal desde 1918, y cuando pienso que mi Movimiento – que ha pasado de siete a doce millones de hombres – me ha llevado de simple soldado a canciller del Reich, parece claro que todavía queda mucha gente dispuesta a dejarse convencer por nuestro ideal.

»La gente debe aprender a pensar como una nación. Esto servirá para uniría. Pero no podemos esperar a conseguirlo por persuasión; hay que recurrir a la fuerza. Retorceremos los brazos de todo aquel que no esté de acuerdo con nosotros. Nuestro máximo precepto es mantener la unidad. Ya tenemos bien encaminado este proceso, por eso he levantado mi organización y la he dedicado al estado. Nuestro objetivo es recuperar el poderío alemán. Eso es por lo que estoy luchando con todos los medios a mi alcance. Pero para recuperar nuestro poderío vamos a necesitar a la Wehrmacht, las fuerzas armadas.

» . . . Lo más importante de todo es nuestra defensa, porque hay algo de lo que podemos estar seguros, y es de que tendremos que hacer uso de la

* Otro general presente, Kurt Liebmann, tomó las siguientes notas de sus palabras: «Podemos luchar por nuevos mercados de exportación, o bien podemos – y esto seda mejor – conquistar nuevo *Lebensraum* (espacio vital) en el este y germanizarlo de un modo implacable.»

fuerza para hacer frente a las batallas finales. Yo no creé la organización [del partido nazi] simplemente para llevar armas, sino para educar moralmente al individuo; esto lo consigo luchando contra el marxismo . . . La función de mi organización se reducirá únicamente a la educación ideológica de las masas con el fin de satisfacer las necesidades del ejército fuera y dentro del país. Me comprometo a introducir el servicio militar obligatorio [prohibido por el tratado de Versalles].

»Tardaremos muchos años en recorrer el camino que acabo de explicar. Si Francia cuenta con auténticos estadistas, lo más seguro es que nos ataque durante el periodo preparatorio; tal vez no sea ella misma y se sirva de sus vasallos del este. Por eso, será un error comprometernos demasiado con la idea del equilibrio de armamento. Todos nuestros planes económicos y militares deben realizarse en secreto, para salir a la luz sólo cuando se hayan cumplido al cien por cien. Entonces habremos recuperado la libertad de decisión . . .

»Habrá que decidir entre los mercados extranjeros y las colonias. Yo prefiero las colonias . . . Llegará un día en que podremos contar con un poderoso ejército (e insisto en que bajo ningún concepto me serviré del ejército para combatir a un enemigo interno: ya tengo otros medios para hacerlo).*

»Por eso, les pido que comprendan mis objetivos y que acepten mi ayuda política. Mi movimiento constituye un milagro para la patria. Pero este milagro no se repetirá, de rnodo que tenemos que aprovecharlo.»

Hitler no pudo hablar con más claridad, pero la audiencia cia no pareció quedar muy impresionada. Hubo alguien que murmuró: «¿Y ese hombre quiere ser el Führer del pueblo alemán?» Pero por aquel entonces la revolución de Hitler sólo contaba cuatro días de vida, y todos tenían mucho que aprender.

Cuatro días después el gabinete de ministros estudió las posibilidades de reducir el desempleo. Hitler afirmó: «Todo proyecto financiado por el estado cuyo objetivo sea la creación de empleo debe someterse a una sola consi-

* Las SS. En su primera reunión ministerial del día 30 de enero de 1933, Hitler dispuso que no permitiría la intervención de las fuerzas armadas ni siquiera en el caso de que los comunistas convocaran una huelga general.

deración: ¿es o no necesario para la recuperación de la capacidad combativa de la nación alemana?» Aseguró que para los siguientes cinco años, es decir, hasta 1938, habría un objetivo prioritario: «Todo para la Wehrmacht.» Unos días después, Hitler hizo aprobar el presupuesto para la gran «aviación civil» de Göring. El informe del gabinete daba la siguiente explicación: «El canciller del Reich [Hitler] ha aclarado que . . . se trata de proporcionar a Alemania una nueva fuerza aérea de un modo disimulado, ya que las condiciones del tratado de Versalles todavía lo prohíben.»

Hitler dijo a Blomberg que favorecería a las tropas embrionarias de los panzer y de la Luftwaffe como una élite para los años siguientes. Tenía especial interés en que a los oficiales de la Luftwaffe se les inculcara un «rebelde espíritu de ataque». El «peligro Luftwaffe» debía estar preparado a finales de 1935.

De mayor interés son las instrucciones que Hitler dio a la marina de guerra alemana. El comandante en jefe, el almirante Karl Raeder, fue convocado para una reunión personal con Hitler poco después de que éste llegara al poder. En noviembre de 1932, la armada va había hablado con el predecesor de Blomberg sobre un plan general de construcción naval. Ahora Hitler ordenaba a Raeder que hiciera sus cálculos tomando sólo en cuenta las armadas francesa y rusa. El ayudante de Raeder, el capitán Erich Schulte-Mönting, recordó la entrevista:

«Hitler dijo a Raeder que una coexistencia pacífica con Gran Bretaña era garantía de su futura política exterior, y le propuso hacer realidad esto intentando firmar un acuerdo naval con aquel país. Hitler se conformaba con que la armada alemana fuera relativamente pequeña, va que quería reconocer, el derecho de Gran Bretaña a la supremacía naval de acuerdo con su categoría de potencia mundial. Por lo cual, Hitler propuso llegar a un equilibrio de fuerzas.»

Los alemanes podían comprobar ahora que las promesas de Hitler se estaban haciendo realidad. El 23 de septiembre de 1933, extrajo ceremoniosamente con una pala el primer montón de tierra de la fritura autopista de Fritz Todt en Frankfurt, una ciudad que en 1932 tenía ocho mil obreros sin trabajo. A las siete de la mañana, los primeros setecientos hombres empe-

zaron a marchar cruzando el río Main al son de bandas de música. A las diez, Hitler les dirigió la palabra: «Ya sé que este día de fiesta durará muy poco; que llegarán los días en que la lluvia, el hielo y la nieve habrán de amargaros haciendo más duro el trabajo; pero nadie hará lo que no podamos hacer por nosotros mismos.» Después de marcharse, los obreros se precipitaron sobre el montoncito de tierra que Hitler había cavado para llevárselo a casa como recuerdo. Tanto era el fervor casi religioso que Hitler generaba. El 30 de septiembre de 1933 Todt escribía a un profesor: «Estoy absolutamente convencido de que a un obrero le bastan diez minutos a la semana en compañía del Führer para multiplicar por diez su capacidad de trabajo.»

La red de autopistas se fue extendiendo poco a poco. Seguían unas rutas que hasta los mismos ingenieros habían considerado inaccesibles previamente, atravesando, por ejemplo, grandes páramos como los de la orilla sur del lago Chiemsee de Baviera. Los largos viaductos como el puente Mangfall, de 70 metros de altura, fueron seleccionados por el mismo Hitler de un total de setenta diseños presentados, por sus líneas simples pero sólidas: «Lo que estamos construyendo – explicó – seguirá en pie mucho después de que nosotros nos hayamos marchado.» Hitler visitaba los lugares y hablaba con los obreros. «Cuando tenga la edad de usted – comentó en tono de halago a un obrero de setenta años en Darmstadt – me gustaría poder trabajar como usted trabaja ahora.» En noviembre de 1936 dio las órdenes necesarias para que en las fronteras occidentales del Reich se levantaran monumentos de cuarenta metros de altura en las autopistas.

Con el programa de rearme ya en marcha, Hitler se dispuso a dar el siguiente paso que consistía en romper la Liga de Naciones. Le dijo a Hindenburg que la Liga no era más que una conspiración de los vencedores para asegurarse de que los vencidos cumplían el pago de las sanciones exigidas después de la guerra. El 14 de octubre de 1933, Hitler propuso retirarse de la Liga. Era una decisión arriesgada, pero cuando Hitler envió a Walther Funk, el secretario de Estado de Goebbels, a Prusia oriental para pedir la aprobación del mariscal de campo, Hindenburg exclamó: «¡Por fin hay un horrible con el valor de sus convicciones!» En la reunión ministerial del 13 de octubre, Hitler anunció que al día siguiente también iba a disolver el Reichstag

para que el pueblo tuviera la oportunidad de aprobar sus «medidas de paz» en un plebiscito. El 12 de noviembre, cuarenta rnillones y medio de alemanes se pusieron al lado de Hitler, lo que significaba casi el 95 por ciento de los votos. Dos días después, el vicecanciller Papen felicitó a Hitler en la reunión de ministros:

«Nosotros, sus más cercanos y estimados colegas, estamos hoy aquí conmovidos por el apoyo electoral más extraordinario y abrumador que una nación ha dado nunca a su dirigente. Gracias al genio de sir mando y gracias a los ideales que ha resucitado ante nosotros, en sólo nueve meses ha logrado converlir una nación desgarrada por, la lucha interna y desprovista de esperanza, en un Reich unido con fe y confianza en el futuro . . . »

Apartando a su propio ministerio de Exteriores, Hitler empezó a contar con Joachim von Ribbentrop, el arrogante pero bien relacionado hombre de negocios a quien Rudolf Hess había nombrado jefe de la «oficina de Exteriores» del mismo partido nazi.

Fue significativo que su primera misión diplomática fuera en Gran Bretaña, en noviembre de 1933. En Londres, Ribbentrop se procuró la amistad del primer ministro Ramsay Macdonald y se encontró con importantes políticos como Stanley Baldwin, sir John Simon y Anthony Eden. Hace poco se han encontrado las notas secretas de Ribbentrop con las que éste informó a Hitler de aquellas reuniones. Ribbentrop suavizó los temores de Macdonald sobre el problema judío. «Le dije – escribió en su informe – que una revolución como la nuestra habría costado las vidas de varias decenas de miles de judíos en cualquier otro país; pero que Hitler no estaba sediento de sangre, y que en Alemania nosotros habíamos solucionado este problema con un boicot de veinticuatro horas y tomando las medidas necesarias para no ser arrollados por los judíos.» Ribbentrop no dejó que el primer ministro le interrumpiera, y añadió: «Seguro que nunca se ha solucionado este problema de una forma más humana. No comprendemos cómo es pcsible que el sano pueblo británico haya permitido que los emigrados judíos le den la espalda.» Alemania esperaba que al final el resto del mundo simpatizaría con ella.

El 20 de noviembre de 1933, Ribbentrop vio al dirigente conservador Stanley Baldwin. «[Le] dije – informó – que otra guerra entre Alemania y

Francia era imposible, lo mismo que entre Gran Bretaña y Alemania, y que para el canciller éste es un principio fundamental, no sólo para el período de su vida, sino como testamento para los años futuros.» Ribbentrop aseguró a los ingleses que Hitler no tenía la intención de desarrollar ninguna estrategia marítima, de modo que Alemania y Gran Bretaña podían resolver fácilmente sus diferencias sobre la envergadura de sus respectivas armadas. Ese mismo día el primer ministro se definió a sí mismo, según Ribbentrop informó a Hitler, como un gran partidario de la amistad con la Alemania nazi. Seis días después Macdonald repitió que su gobierno haría todo lo posible para llegar a un acuerdo con Hitler. «Cuando informe al canciller – dijo el primer ministro – por favor, dígale de mi parte que encontraremos el modo de seguir el camino juntos.»

Ribbentrop afirmó que fue gracias a su secreta diplomacia con Baldwin, Simon y Anthony Eden que este último hizo su primera visita a Berlín en febrero de 1934. El embajador británico sir Eric Phipps hizo todo lo posible para mantener a Ribbentrop al margen de las conversaciones. De un modo característico, pues ya se estaba abriendo camino hacia lo más alto del poder, Ribbentrop envió inmediatamente esta queja a Hitler: «Creo que el canciller [Hitler] va a desayunar con Mr. Eden y el embajador británico. Quisiera sugerirle que se recuerde a Mr. Eden que tengo la confianza del canciller para los asuntos exteriores, y que eso es lo único que pido.» El 19 de Febrero volvió a escribir a Hitler instándole a dejar que Eden se marchara con algún triunfo en las manos – el inglés era joven y francófilo, pero habla luchado bien en la guerra y era un político conservador muy prometedor – y le repitió: «También me gustaría recordarle que para el canciller es útil N, necesario mencionar en su conversación con Mr. Eden que soy yo quien tiene su confianza para la política exterior.»

El obstáculo para llegar a un acuerdo con Gran Bretaña seguía siendo Francia. Unas semanas después, tal como muestra el archivo secreto de Ribbentrop, intentó asegurar un trato con los franceses. El 4 de marzo de 1934, tras una reunión en París con Louis Barthou, el ministro de Exteriores de setenta años, Ribbentrop descubrió las «fuerzas oscuras» del Quai d'Orsay, como el vicesecretario de Barthou, Alexis Léger, un convencido antialemán.

Barthou desafió a Ribbentrop a que explicara cómo era posible que Hitler hablara de paz cuando todos los agentes franceses – y aquí señaló un gnieso expediente – informaban que se estaba preparando para la guerra como un loco; Barthou también mencionó en concreto el tipo de entrenamiento paramilitar seguido por las SS y las SA, Ribbentrop contestó que Francia también se estaba preparando para la guerra violando el Tratado de Versalles.

Daba la impresión de que el problema seguiría siendo Francia. El 25 de agosto de 1934, Ribbentrop informó a Hitler sobre la conveniencia de eliminar de alguna forma las tendencias francófilas del ministerio británico de Asuntos Exteriores. Tal vez debían empezar ganándose al rey Jorge v. «En Inglaterra – siguió diciendo – la Corona tiene mucha más influencia de la que pensamos. Dado que la familia real siente ciertas simpatías hacia Alemania, espero que encontremos algún apoyo para nuestra política exterior. Mantendré al canciller al corriente de todo. Informaré por separado – añadió Ribbentrop con su letra rimbombante – sobre el problema fundamental de cómo se debe conseguir un acuerdo con Gran Bretaña.»

En 1933 Hitler aún estaba lejos de tener el poder absoluto, No tenía influencia, por ejemplo, sobre los nombramientos de militares de alta graduación. También veía a la sección de personal del ejército del general Von Schwedler como un «nido de reaccionarios». Pero en febrero de 1934, Hammerstein, general en jefe del ejército, fue sustituido por el barón Werner von Fritsch.

Fritsch usaba un enorme monóculo; tenía un tono de voz grave y pausado, y un modo de sentarse muy erguido apoyando las manos en las rodillas, como siguiendo las instrucciones de un manual militar. Pero Fritsch era un ferviente nacionalista; como muchos alemanes, tenía verdadera aversión hacia los judíos y hacia la «prensa judía», y tenía el convencimiento de que «los pacifistas, los judíos, los demócratas, de la bandera negra, roja y amarilla; y los franceses son todos lo mismo, gente que sólo busca la perdición de Alemania». Fritsch tenía debilidad por Hitler, y en febrero de 1934 ordenó que en la insignia del ejército se incluyera la cruz garnada de los nazis.

De sus documentos manuscritos y cartas personales se deduce claramente que a Fritsch le llegó a gustar trabajar para Hitler, pero tenía tan poco respeto por los «fanáticos» que rodeaban al Führer como éstos por este general conservador, indeciso y cauteloso. El día en que Fritsch se presentó por primera vez ante Hitler, éste le dijo: «Organice un ejército lo más poderoso posible, un ejército uniforme, homogéneo y con el rnayor nivel de preparación posible.»

El triunfo que Hitler obtuvo con su «revolución» en enero de 1933 hizo que el ejército de matones y alborotadores de camisas pardas a las órdenes de Ernst Röhm se convirtiera en algo superfluo. Las SA habían conseguido alcanzar la cifra de dos millones y medio de hombres. Con el estímulo inicial de Blomberg y Reichenau, las SA se habían sometido a un mínimo entrenamiento militar por parte del ejército regular para contentar al partido. Pero a comienzos de 1934, las SA quedan más: no tardó en convertirse en una auténtica amenaza no sólo para el débil ejército regular, sino también para Hitler. Röhm estaba convencido de que Hitler traicionaba el carácter «socialista» de su programa, y pidió la creación de un Ejército del Pueblo basado en las SA.

Hitler ya había visto la amenaza de esta tormenta en el verano de 1933, cuando tuvo que asistir a una reunión conjunta de las SA y de los oficiales de la Reichswehr en la ciudad de Bad Godesberg, a orillas del Rin. Allí explicó que a toda revolución le debe seguir un período de evolución. Este juego de palabras no gustó nada a las SA. La tensión aumentó a pesar de que a mediados de enero de 1934 Blomberg trató de convencer a Röhm para que no empeorara las cosas. El 1 de febrero – el día en que Fritsch tomó posesión del ejército – Röhm respondió con un memorándum en el que pedía nada menos que la incorporación del ejército regular a las SA, con él mismo como comandante en jefe.

Para Röhm al contrario que Fritsch, el «espíritu revolucionario» era de suma importancia. «El ejército se basa en la disciplina – indicó este último a Blomberg el 3 de febrero en una reunión llena de preocupaciones – y no en un "espíritu revolucionario".» Juntos decidieron derrotar a Röhm.

Hitler trató de aplazar el momento decisivo por razones diplomáticas. Cuando el secretario de Asuntos Exteriores inglés, Anthony Eden, visitó Berlín para quejarse sobre la secreta Luftwaffe y sobre las distintas violaciones del tratado de Versalles, Hitler prometió que las gigantescas SA se desmilitarizarían. El 28 de febrero convocó a los diligentes de las SA y a los generales de la Reichswehr en la sede del ministerio de Guerra, y desautorizó con firmeza las aspiraciones de Röhm para la creación de un «Ejército del Pueblo» dependiente de las SA. Kurt Liebmann, uno de los generales del ejército, anotó aquel día:

«H[itler] dijo lo siguiente: "Cuando en enero de 1933 tomé posesión del gobierno, creí que me esperaba un camino ancho y bien pavimentado. Pero este camino no tardó en estrecharse y el estado del firme empeoró. Pronto se convirtió en un estrecho sendero, y hoy tengo la sensación de que avanzo por centímetros en una cuerda floja, soportando nuevas cargas, un día por la derecha y otro día por la izquierda".»

Solamente la Reichswehr, con sus oficiales profesionales, podía satisfacer su principal necesidad; según el testimonio de otro general, Maximilian von Weichs, que tomó notas taquigráficas del discurso, Hitler añadió: «El nuevo ejército debe ser capaz de realizar cualquier forma de defensa en cinco años; y en ocho, debe desarrollar esa misma capacidad en ataque.» Dado que no era muy probable que las potencias extranjeras dejaran que Alemania ganara su *Lebensraum* (espacio vital), habría que recurrir a unas guerras relámpago en el oeste, «para llegar después a las guerras del este».

Hitler supo más tarde, tal vez gracias a las escuchas telefónicas, que Röhm le había ridiculizado ese mismo día llamándole «ese ignorante cabo de la guerra mundial». La Forschungsamt puso micrófonos en los principales teléfonos de las SA. Todos los movimientos de Röhm estaban vigilados. Se le llegó a ver en contacto con el antiguo ministro de la Guerra, Schleicher, y con diplomáticos extranjeros. Uno de éstos, naturalmente un francés, le animó diciéndole que podía convertirse en el «Bonaparte del Tercer Reich». Se supo que las SA estaban almacenando armas para una posible «segunda revolución» en la que Hitler debía ser depuesto.

Hitler decidió castigar a Ernst Röhm de modo ejemplar a pesar de que había sido uno de sus mejores amigos, uno de los pocos privilegiados a quien siempre había tratado con el familiar *du*. Por lo que sabemos, sólo en una ocasión, en septiembre de 1939, Hitler trató en privado sobre lo que ya sabía de las maquinaciones de Röhm, y es muy probable que por esa época se inclinara más por la razón que por el sentimiento:

«Yo sabía que había muchas razones que hacían urgente la intervención, especialmente en Francia; las condicíones del tratado de Versalles bastaban como justificación. Sólo al embajador francés [François-Poncet] he de agradecer que no se llegara a aquello. Yo leía todos sus despachos [interceptados por las FA]. Sabía que Röhm andaba metido en tratos desleales con él y con los franceses. Pero me daba cuenta de que Poncet también aconsejaba confidencialmente a París que no realizara ninguna intervención; Francia debía esperar a que la guerra civil estallara en Alemania, lo cual les facilitaría las cosas.*

»Ésta fue la única razón por la que seguí adelante en 1933 y 1934.»

Pero hay unos hechos claros. Las SA planeaban el modo de derrocar al gobierno de Hitler: ya se habían nombrado ministros para ocupar las carteras de un futuro gobierno. Blomberg enseñó a Hitler una orden aparentemente verdadera firmada por Röhm el 23 de mayo instando a las SA a que se procuraran armas donde fuera posible para que «las SA estén en condiciones de pactar mejor con la Wehrmacht». Era imposible decirlo con más claridad, y Hitler acabó convenciéndose. Más tarde, dijo a los ministros de su gabinete: «Esto confirma la prueba de alta traición.» Sus agentes no tardaron en comunicar que el grupo Berlín-Brandenburgo de las SA, a las órdenes de Karl Ernst, estaba almacenando armas ilegales para una operación que debía realizarse «a finales de junio». Aquello le proporcionó una especie de fecha límite, pero Hitler prefirió esperar a que la conspiración se complicara más. A comienzos de junio, Hitler sostuvo un enfrentamiento de cuatro horas con Röhm. Röhm le dio su palabra de honor de que abandonaría Baviera el

* La Forschungsamt se dedicó a descifrar continuamente los cables diplomáticos franceses; pero los archivos de la diplomacia francesa no contienen, al parecer, ningún informe que indique que Röhm estuviera conspirando con M. François-Poncet, cuestión que este último me ha negado personalmente por correspondencia.

7 de junio, y de que daría un plazo de treinta días para que las SA hicieran lo mismo. Un oficial de alta graduación del ejército, el coronel Eduard Wagner, escribió a su esposa el día 11: «Se oyen rumores de que Röhm no volverá.»

Alguien eligió el último día de junio de 1934, un sábado, para llevar a cabo la purga; a partir de entonces el sábado se convirtió en el día preferido por Hitler para dar sus golpes de teatro. Sin duda, Hitler advirtió en secreto al almirante Raeder sobre los acontecimientos que se avecinaban, ya que el almirante recomendó a su Estado Mayor general un misterioso aplazamiento del crucero de estudio que estaban planeando para esa misma semana sin dar ninguna razón convincente. Tanto Raeder como Göring fueron invitados a cenar con el embajador británico el 16 de junio, durante la estancia de Hitler en Venecia. Göring, según el testimonio de una periodista, llegó con veinte minutos de retraso y cargado con sus ruidosas condecoraciones. «Les ruego que me perdonen – dijo en tono de disculpa. He recibido un mensaje de Venecia diciendo que el Führer quería poner una conferencia, y he tenido que esperar su llamada.» Inclinándose sobre la mesa en dirección a Raeder, añadió: «Estaba ansioso de coger un avión para encontrarme con él por si me necesitaba, pero me ha dicho: "Quédate donde estás, volveré antes de lo que pensaba." Algo está pasando.» Según la periodista, el almirante se mordió el labio; François-Poncet mostró una sonrisa de satisfacción, y el servicio siguió con la cena sin decir ni media palabra.

Los rumores se fueron extendiendo. El día 23, el general Von Fritsch empezó a dar órdenes para que sus unidades del ejército estuvieran prevenidas. Por los pasillos del ministerio de la Guerra empezaron a aparecer nidos de ametralladoras. El ejército trataba con las SS sobre el modo en que éstas podían ayudar para las operaciones contra las SA proporcionándoles armas, municiones y transporte autorizado. En los archivos de la VII Región Militar (o sea, Munich) hay una misteriosa nota con fecha del 28 de junio de 1934: «El ministerio de la Guerra del Reich informa: [. . .] El canciller está convencido de la lealtad del ejército. Reichenau se muestra muy optimista. Orden de Röhm.»

Hitler y Göring abandonaron Berlín ese mismo día en dirección al Ruhr para asistir a la boda de un Gauleiter local. Interrogado por el enemigo en julio de 1945, Göring testificó lo siguiente: «Allí [en Essen] se nos informó de que Röhm había dado órdenes de alerta a las SA, y había convocado a todos los comandantes de las SA para reunirse con él en Wiessee.»

Dando los pasos oportunos para aplastar lo que tenía todo el aspecto de un golpe de estado, Hitler mandó a Göring que fuera rápidamente a Berlín. En la noche del 28 de junio telefoneó al ayudante de Röhm y le dijo que había convocado a los jefes principales de las SA para una reunión en Bad Wiessee, Baviera, el día 30. En la medianoche del 29 de junio, Hitler sorprendió a los suyos con la decisión de volar personalmente hasta Baviera. Brückner especuló más tarde con la posibilidad de que un correo, hubiese traído información muy importante procedente de Berlín. Milch recordó en 1945 que Göring había enviado a su Staatssekretär Paul Körner ame Hitler con muchas grabaciones telefónicas realizadas por la Forschungsamt en donde se demostraba la culpabilidad de Röhm. Antiguos empleados de la Forschungsamt han confirmado que el Regierungsrat Rudolf Popp, jefe de la sección de «misiones» de la FA, desempeñó un papel destacado en el descubrimiento del *putsch* de Röhm. Antes de tomar el avión, Hitler se enteró sin duda de que ya se habían producido algunos incidentes en Baviera, y de que a las SA de Berlín se las había alertado para una operación que debía realizarse a las cuatro de la tarde del día siguiente, el día 30.

Cuando el avión de Hitler aterrizó en Munich en la mañana del 30 de junio, los oficiales del ejército ya le estaban esperando en el aeropuerto para recibirle. Al llegar arrancó la insignia del uniforme de los dos aturdidos jefes locales de las SA, August Schneidhuber y Wilhelm Schmid, y los envió a la prisión de Stadelheim, lugar al que no tardaron en llegar Röhm y un camión cargado con jefes de las SA a quienes Hitler – y no sin cierto riesgo – había sacado personalmente de su hotel en Bad Wiessee. Hacia las ocho de esa misma mañana, Hitler ya había vuelto a Munich.

De gran interés es el documento de las declaraciones de Hitler archivado aquel mismo día por el Cuartel General de Adam:

«Todos los jefes de las SA están encerrados ahora bajo llave excepto el Gruppenführer [Karl] Ernst. Yo [Hitler] ya conocía su debilidad [¿de Röhm?], pero esperaba poder llevar este asunto por buen camino. Pero ya ha pasado todo. Ha sido muy duro para mí romper con unos caniaradas que han luchado durante años por nuestra causa. Estas personas habrían acabado con todas las SA. Tenía que llegar el día en que parara todo esto.

»Lo que vimos durante nuestra redada en Wiessee fue una vergüenza y un escándalo; algo mucho más desagradable de lo que nunca habría podido imaginar.

»Pero ya he decidido con claridad la línea que hay que seguir: se reserva el derecho de llevar armas al ejército. Cualquier hombre, pertenezca o no a las SA, estará en el futuro a disposición del ejército. Cualquier hombre pertenecerá a la Wehrmacht si ésta lo dispone así. Tengo una fe ciega en la Wehrmacht y en el ministro de la guerra del Reich [Blomberg]. Ha sido necesario imponer una línea. Pueden estar seguros de que volveré a poner orden.»

Lo cierto es que había algunos hechos que no encajaban con la versión que Hitler daba de lo sucedido. Lejos de intentar un golpe en Berlín, Ernst, el Gruppenführer de las SA, se encontraba a medio camino del puerto de Bremen, a punto de embarcar para realizar un viaje por mar con su joven novia. En Potsdam, un grupo de hombres irrumpió en casa del general Schleicher y lo mataron a tiros en su mismo escritorio; también mataron a la esposa. Irónicamente, la Forschungsamt de Göring todavía seguía espiando el teléfono de Schleicher; cuando unos detectives del departamento de homicidios de la oficina del fiscal de Potsdam telefonearon al ministerio de Justicia desde la misma casa para informar que Schleicher había sido víctima, sin duda, de un «asesinato político», Göring les contradijo enfurecido y exclamó que la versión oficial iba a ser muY diferente. El general Von Bredow tuvo también un mal final, lo mismo que algunos miembros del Estado Mayor de Papen, incluyendo al controvertido doctor Edgar Jung.*

* Doctor Edgar Jung. Los Archivos Secretos Estatales de Munich revelan que fue un asesino a sueldo del gobierno bávaro, quien entre otros había liquidado al dirigente separatista Heinz-Orbis en 1924.

Hitler entregó una lista de siete nombres a Sepp Dietrich, el bajo pero fuerte comandante del Regimiento de Leibstandarte (guardia de corps) de las SS, con instrucciones de procurar su ejecución en la prisión de Stadelheim. A las ocho de la tarde volvió en avión a Berlín. En el aeropuerto de Tempelhof, Milch tenía preparada una guardia de honor vestida con los uniformes de la nueva Luftwaffe secreta.

Fräulein Christa Schroeder – la secretaria personal de Hitler, a quien había ordenado que le acompañara durante su violenta excursión a Baviera – cuenta que aquella misma tarde se sentó en la Cancillería para tomar su comida vegetariana, cuando Hitler se le unió inesperadamente y exclamó: «¡Bien! Acabo de tomar un baño y me siento tan limpio como un recién nacido.»

En realidad, habían pasado tantas cosas que Hitler se quedó intranquilo. Göring liquidó por capricho y de una forma totalmente innecesaria a Gregor Strasser, el rival de Hitler; y en Baviera se sucedieron toda una serie de asesinatos arbitrarios. Hitler se enteró de que alguien había asesinado a su viejo amigo el pastor Bernhard Stempfle, alguien con quien se veía casi a diario en los primeros años y que le ayudó a preparar las indigestas páginas del *Mein Kampf* para su publicación. El ayudante de Hitler, Wilhem Brückner, describió más tarde en sus papeles personales cómo descargó su enfado sobre Himmler cuando el Reichsführer de las SS se presentó en la Cancillería con la lista definitiva de víctimas, ochenta y dos en total. En los meses siguientes, Viktor Lutze, quien también le había acompañado en la excursión en calidad de sucesor de Röhm, contaba a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle que, en un principio, el Führer había hecho una lista con sólo siete nombres; Hitler ofreció a Röhm la posibilidad de suicidarse, y cuando éste declinó la «oferta», Hitler mandó que le fusilaran.* A pesar de sus instrucciones, los siete nombres se convirtieron en diecisiete, y más tarde en ochenta y dos. «El Führer se vio así en la nada agradable situación de tener que

* En el diario de Martin Bormann, el 30 de junio de 1934, aparecen siete nombres: «Descubierta la conjura de Röhm: Schneidhuber, el conde Spreti, Heines, Hayn, Schmid, Heydebreck, Ernst. Todos fusilados.»

sancionar al final las ochenta y dos muertes», se quejaba Lutze. Lutze no tuvo el menor reparo en echar las culpas a Himmler y a Göring.

En un acto de rara magnanimidad, Hitler ordenó la concesión de pensiones a cargo del estado para los parientes más próximos de las víctimas de «la noche de los cuchillos largos», como se acabada llamando la del 30 de junio de 1934. Los informes médicos de Hitler revelan que las dolencias del estómago ya empezaban a amargarle; pero los grandes beneficios obtenidos parecían compensarle de aquello, ya que había logrado la lealtad incondicional de los generales de la Reichswehr en una especie de «hermandad de sangre». El día 3 de julio Blomberg le dio las gracias como ministro de la Guerra en nombre de todo el gabinete ministerial reunido. El gabinete terminó legitimando la mayoría de los asesinatos bajo la consideración de «actos de emergencia de estado».*

Después de la reunión de ministros, Hitler se dirigió en avión hasta Prusia oriental para informar de todo a un presidente que se consumía por momentos. Hindenburg se mostró comprensivo. «Mi querido canciller – murmuró – quienes hacen la historia deben ser capaces de derramar sangre . . . »

* No todos los asesinatos fueron legitimados. Las actas del gabinete ministerial del día 2 de agosto de 1934 hacen referencia a un número de personas acusadas de haber saldado cuentas personales: en un caso, un litigante había disparado a un hombre el 30 de junio sólo porque había testificado contra él en una demanda civil.

EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD

Antes de que terminara el mes de Julio de 1934, la imagen de Hitler en el extranjero empeoró todavía más. En un inlento poco oportuno de acabar con el régimen dictatorial de Viena, el 25 de julio unos matones de las SS austríacas asesinaron a tiros al canciller Engelbert Dollfuss en su despacho de Viena.

Hitler no dejó de afirmar en los años siguientes que no había tenido nada que ver con el asunto, pero los documentos personales del comandante de la VII Región Militar, la de Baviera, demuestran lo contrario. Este comandante recibió la orden de presentarse aquella mañana ante Hitler, quien se encontraba en Bayreuth asistiendo al festival anual de Wagner. «¡Hoy el ejército austríaco va a derrocar al gobierno!», exclamó Hitler con orgullo. Le reveló que el doctor Anton Rintelen, un destacado político austríaco, iba a sustituir a Dollfuss, y que Rintelen autorizaría el regreso de todos los refugiados austríacos, es decir, de los nazis de Austria que habían huido a Alemania. Adam tenía la misión de equipar a estos «legionarios» austríacos con armas procedentes del ejército alemán.

«Le informaré en cuanto reciba noticias de Viena, y entonces me creerá», le aseguró Hitler. A las tres de la tarde Hitler le llamaba por teléfono. «En Viena todo marcha según lo previsto. Los edificios oficiales están en nuestras manos. Dollfuss ha sufrido heridas; lo demás es demasiado confuso todavía. Volveré a llamar.» Pero no llegó a realizar esa llamada; Dollfuss había muerto, y toda Europa había estallado de indignación.

Un alemán, Theo Habicht, dirigía desde Baviera la sección austríaca del partido. Su conspiración había fracasado por tres motivos. En primer lugar, Habiclit había exagerado el número de sus partidarios en Austria, especial-

mente el apoyo que esperaba obtener del ejército austríaco. En segundo lugar, los preparativos de la conspiración habían llegado a oídos del gabinete de Dollfuss, y más de un ministro se buscó refugio a tiempo. Y en tercer lugar, el movimiento ilegal de las SA de Austria aprovechó la ocasión para negar el apoyo que había prometido como consecuencia de los sucesos ocurridos el 30 de junio en Alemania. El grupo ejecutor de las SS hizo todavía más difíciles las cosas para Hitler dejándose dominar por el miedo y pidiendo ayuda a la legación alemana. Hitler renegó de ellos; cerró la frontera, envió un telegrama de pésame a la viuda de Dollfuss y destituyó a Habicht. Los asesinos fueron ahorcados públicamente en Viena.

Hitler envió a Viena a su vicecanciller Franz von Papen en calidad de «embajador especial», y ordenó que el doctor Hans Lammers fuera a toda prisa a la Prusía oriental para dar noticia de todo al presidente Hindenburg. Lammers volvió diciendo que el anciano presidente se estaba muriendo. El día 1 de agosto Hitler fue en avión hasta Neudeck para despedirse del mariscal de campo. Aquel anciano moribundo tenía dificultades para hablar en su delirio, y en todo momento se dirigió a Hitler llamándole «Su Majestad». Aquella noche Hitler dijo a su gabinete que los médicos no esperaban que Hindenburg viviera más de veinticuatro horas. El gabinete en seguida decretó la siguiente ley:

«El cargo de presidente del Reich se une al de canciller del Reich. En consecuencia, los poderes de que disponía el presidente del Reich pasarán al Führer y canciller del Reich, Adolf Hitler. Él mismo nombrará a su sustituto.»

Hindenburg murió al día siguiente, y dedicó sus últimas palabras a dirigir sus mejores deseos a Herr Hitler. En un plebiscito celebrado el 19 de agosto, el noventa por ciento del pueblo alemán voló en favor de la nueva ley. «Así – dijo Hitler a Blomberg en un tono triunfal – ya he conquistado Alemania.»

El juramento de lealtad de la Wehrmacht se transfería ahora al Führer. Sin embargo, solamente Blomberg podía dar las órdenes por ser el ministro de la Guerra, una formalidad que no desaparecería hasta 1938.

Entretanto, empezaron a aparecer los regimientos de las SS de Himmler; los espectaculares desfiles de aquellas tropas altas y robustas despertaron admiración en el Congreso del Partido celebrado en 1934, El uniforme de las SS era negro y elegante, y había candidatos de sobra para incorporarse a esta élite perfecta que Himmler había creado. Las SS tenían un misticismo forzado y algo ridículo hasta para el mismo Hitler: en la Navidad de 1940, mientras presenciaba la celebración pagana de Yule de los Leibstandarte de las SS, Hitler se dirigió a un ayudante y le comentó en tono socarrón que no había nada como el villancico *Noche de paz*. Comunicó a Blomberg su intención de permitir que las SS tuvieran una única división armada, la Verfügungstruppe, la antecesora de las Waffen SS.

Hitler consideraba las Waffen SS como un cuarto cuerpo armado, como una élite. Esperó hasta 1942 para disponer que en época de paz la proporción de las Waffen SS con respecto al ejército regular debía ser de uno a diez. Sin embargo, el ejército sentía envidia y desconfianza hacia las SS. Ahora que se había acabado con las SA, el general Von Fritsch sospechaba que Himmler estaba intrigando contra él. Los generales se quejaron de que las SS estaban recogiendo información sobre ellos. De hecho, se descubrió la existencia de micrófonos ocultos en el cuartel general del ejército en Munich. En 1938, al descubrir Blomberg que la caja fuerte de su despacho no cerraba bien, se encontró un cable que obstruía la puerta y que estaba conectado a un amplificador escondido bajo las tablas del suelo; la Abwehr descubrió que las escuchas se realizaban en el cuartel general de la Gestapo. La segunda mitad de 1934 quedó marcada por esta abierta hostilidad entre el Partido y la Wehrmacht. El Partido tenía sospechas de que Fritsch estaba preparando un golpe armado contra Hitler. El coronel Karl Bodenschatz escuchó a su jefe Göring discutir este tema con Hitler. Milch también confirmó estos rumores. Es posible que Hitler previera un intento de asesinato. En diciembre de 1934 se preocupó de pensar en nombrar un sucesor. En seguida se empezó una campaña escandalosa que, alimentada por la prensa extranjera y por las organizaciones de emigrados en otros países, anunciaba un inminente baño de sangre.

Hitler estaba tan a punto de perder la paciencia que convocó a los dirigentes del Partido y de la Wehrmacht con poco tiempo de anticipación en el edificio de la ópera estatal de Prusia el 3 de enero de 1935, y en un dramático discurso de dos horas volvió a proclamar su inquebrantable lealtad a la Wehrmacht, a la que se refirió como uno de los pilares del estado, tan importante para el futuro de Alemania como el partido nazi: «Ambas son de igual importancia, y serán invencibles en la medida en que se mantengan unidas.» Werner Best contó mas tarde que el discurso fue una mezcla de amenazas y exhortaciones: «El punto culminante llegó cuando proclamó con desesperación que se pegaría un tiro si las diferentes agencias del Reich se negaban a trabajar juntas.» El almirante Hermann Boehm recuerda que Hitler dijo: «Supongamos que un funcionario del partido viene y me dice: "Todo va muy bien, mein Führer, pero tal general está hablando y actuando contra usted." Entonces, yo contestaré: "No me lo creo." Y si entonces me dice: "Aquí tiene una prueba escrita, mein Führer", la romperé en mil pedazos porque mi fe en la Wehrmacht es inquebrantable.»

«Tras el discurso del Führer – recuerda Fritsch – la caza de brujas de las SS se olvidó por un tiempo.»

Hitler se ocupó de la Wehrmacht en cuerpo y alma. Demostró un verdadero interés hacía la tecnología militar, y podía memorizar los datos y dimensiones que se le proporcionaban de un modo tan sorprendente que era capaz de repetirlas años después sin ningún error. El 6 de febrero de 1935, visitó la estación de investigación militar de Kummersdorf, convirtiéndose así en el primer canciller que lo hacía desde 1890. Blomberg y Reichenau se mostraron decididamente a favor del tanque moderno y de los prototipos de vehículos acorazados que allí les mostró Guderian, pero ni Fritsch ni su jefe de Estado Mayor Ludwig Beck vieron con buenos ojos esta moderna tecnología de guerra. Beck era un tranquilo y abnegado oficial nombrado en octubre de 1933 por sus ideas derechistas. No se mostró en desacuerdo con los sucesos del 30 de junio de 1934, pero rechazó desde un principio la radio y otros aparatos recién inventados.

Después de esta demostración, Hitler decidió que podía doblar los músculos de la nueva Wehrmacht. El 9 de marzo de 1935 – un sábado – anunció oficialmente que Alemania ya había creado una fuerza aérea secreta. Y exactamente el sábado siguiente volvió a imponer el servicio militar obligatorio; Mussolini protestó ante esto y se unió a Francia para insistir, en el transcurso de un encuentro celebrado en Stresa a mediados de abril de 1935, en que cualquier violación alemana de la zona desmilitarizada establecida a lo largo del Rin supondría la intervención británica, italiana y francesa según las condiciones del tratado de Locarno. El general Von Fritsch informó a los generales del ejército de que cualquier violación alemana que se realizara aquel año en la Renania significaría «la gota que colma el vaso».

Sin embargo Hitler se enteró aquel mismo mes de que Francia estaba preparando una alianza con la Unión Soviética, y a la que se acabaría incluyendo Checoslovaquia. Ya se habían iniciado las obras de veinticinco grandes campos de aviación, demasiados para las necesidades legítimas de los checos. El 24 de abril Fritsch aseguró lo siguiente ante sus generales: «El Führer está decidido a evitar la guerra, y no ahorrará esfuerzos para conseguirlo. De nosotros depende que lo logre.» El día 2 de mayo Blomberg hizo circular una orden provisional secreta para la Operación Instrucción (*Schulung*), un posible ataque sorpresa sobre Checoslovaquia pensado para eliminar ese riesgo en caso de estallar en el oeste. El 10 de julio Blomberg dio una orden todavía más importante. En ella se decía que una invasión francesa en la Renania serviría de *casus belli* para Hitler: su misión seda la de contener al enemigo allí mismo hasta que se hubieran volado los puentes del Rin. Después, la Wehrmacht defendería Alemania en el Rin.

Entretanto, Hitler decidió reanudar las conversaciones con Gran Bretaña, para lo cual volvió a nombrar a Joachim von Ribbentrop como intermediario. Tal como aclaró ante una atenta audiencia de generales en una reunión celebrada en Munich el 17 de marzo, «el ministerio de Exteriores no influye en la política exterior, solamente refleja los acontecimientos políticos». En su opinión, «tarde o temprano los ingleses vendrán corriendo hacía nosotros».

Unos días más tarde sir John Simon, el ministro de Exteriores británico, y Anthony Eden se presentaron en Berlín para íntentar asegurar algunas limitaciones referentes al rearme alemán. Hitler los recibió en el salón de reuniones de la Cancillería y se jactó de que su ejército esperaba contar pronto con treinta y seis divisiones, lo cual era cierto, y de que su Luftwaffe ya era tan grande como la RAF, lo cual era mentira. Ribbentrop aconsejó lo siguiente a Hitler el día 3 de abril: «Estoy convencido de que este verano no habrá ningún cambio importante.» Si Alemania llegaba a la primavera de 1936 sin problemas el peligro de una crisis habría pasado. En su opinión, la visita de Simon había ido bien; el ministro había regresado a Londres convencido de los deseos de paz del Führer. En realidad, sir John había hablado de un nuevo imperio colonial alemán, recorriendo un mapa de África con la mano desde el Congo francés hasta la Somalia italiana, pero Hitler le había interrumpido diciendo: «De momento no me interesan las colonias.» Había propuesto al gobiemo británico que consintiera en un desarrollo de la marina alemana hasta un treinta y cinco por ciento del tonelaje de la marina inglesa. Si Gran Bretaña acabó cediendo fue gracias a Ribbentrop. El tratado naval angloalemán que ahora se firmaba dio ánimos a Hitler para pensar que a partir de entonces habría que contar con la posibilidad de una estrecha alianza con Gran Bretaña.

En mayo de 1935 Hitler tuvo que hacer frente a otra preocupación mucho más personal: un pólipo había empezado a obstruirle las cuerdas vocales. Siempre había tenido una obsesión enfermiza por el cáncer, sobre todo después de haber visto morir a su madre víctima de esa enfermedad, y temía en secreto que aquel pólipo resultara ser un tumor canceroso que le cortara fatalmente su carrera justo cuando empezaba. El 5 de mayo el profesor Carl von Eicken, el cirujano de garganta más importante de Berlín, le extirpó el pólipo. Se le prohibió hablar durante tres días, por lo que tenía que dar sus instrucciones por escrito, incluso a Göring, que tuvo que ir a Roma para una conferencia con Mussolini. El 25 de mayo, Hitler se encontraba en Hamburgo, y allí se enteró de que se estaba a punto de firmar el tratado naval angloalemán. También allí le dieron los resultados de los análisis patológicos del pólipo: no se trataba de ningún tumor maligno. «Hoy – dijo con entu-

siasmo al almirante Raeder – es el día más feliz de mi vida. Esta mañana el médico me ha informado de que la infección de mi garganta no es grave; y esta tarde recibo una estupenda noticia política», refiriéndose al tratado naval.

En su último encuentro de agosto de 1934, el moribundo mariscal de campo Hindenburg le había susurrado estas palabras: «Y ahora, Herr Hitler, ¡no se fíe de los italianos!» Hitler transmitió esta advertencia a su gabinete, y añadió – según testimonio de Schwerin von Krosigk – que si alguna vez tenía que elegir entre Gran Bretaña e Italia, las palabras de Hindenburg serían decisivas para su elección. Su secretario personal, Fritz Wiedemann, también afirmó haberle oído decir: «Si tengo que elegir entre Gran Bretaña y Mussolini, la elección está clara: ideológicamente, estamos más cerca de Italia; pero políticamente, el futuro está en aliarse con los ingleses.» Como era de esperar, Hitler pensó que la invasión de Abisinia realizada por Mussolini el 3 de octubre de 1935 era de lo más inoportuna: «Aún está lejos el momento en que las naciones estáticas y las naciones dinámicas deban luchar», declaró. Gran Bretaña y Francia no tardaron en anunciar sanciones contra Italia. Hitler tenía que elegir ahora, y lo hizo en favor de Italia. No podía permitirse el lujo de ver cómo se destruía la Italia fascista. Ante sus principales ministros y generales – como recuerda Keitel – Hitler explicó: «Tal vez llegue el día en que Alemania tenga que alzarse también contra la intervención extranjera y empecemos nosotros a reclamar nuestros legítimos derechos.»

Wiedemann recuerda: «Cuando Hitler estaba preocupado con algún que otro plan, a menudo se encerraba en su cuarto a solas. Se le podía oír dando pasos arriba y abajo con nerviosismo. Las decisiones verdaderamente importantes como la del rearme, la ocupación de la Renania, etc., siempre las tomó en solitario, y en muchas ocasiones desoyendo las palabras de su Estado Mayor y de sus consejeros. Sabía muy bien que sólo él debía llevar el peso de la responsabilidad.»

Muy influido por el doctor Goebbels, Hitler decidió abandonar el camino del estadista y de las políticas responsables para embarcarse en el peligro-

so ascenso hacía la hegemonía de Europa. A mediados de febrero de 1936 decidió reforzar su indefenso régimen con un nuevo golpe: iba a militarizar la Renania alemana violando de nuevo el tratado de Versalles. Como excusa podría alegar la inmínente ratificación del pacto entre Francia y Rusia, diciendo que ese pacto era inconciliable con el tratado de Locarno. El 2 de marzo Blomberg dio las instrucciones prelimínares. Al día siguiente Fritsch mandó que tres batallones de infantería cruzaran el Rin hacia Aquisgrán, Tréveris y Saarbruck en una fecha determinada; pero la orden de Fritsch del día 10 de julio de 1935 dejaba bien claro que si los franceses contratacaban, las tropas alemanas debían retirarse al Rin.

El 4 de marzo los franceses ratificaron el pacto con Rusia. Al día siguiente Blomberg ordenó que la ocupación de la Renania debía realizarse dos días después. El gabinete ministerial dio el visto bueno y la infantería se puso en marcha. El paso dado por Hitler provocó airadas protestas en occidente y despertó la ruidosa patriotería de los franceses. Blomberg se puso nervioso y rogó a Hitler que relirara las tropas antes de que se abriera fuego. Los tres agregados alemanes en Londres mandaron un telegrama conjunto dirigido a Blomberg a modo de advertencia. Pero Hitler aguantó la prueba mucho mejor, y ni Gran Bretaña ni Francia dieron un paso contra él, algo que atribuyó en parte a la intervención del nuevo monarca inglés Eduardo VII.

El pueblo alemán se quedó muy impresionado por los métodos de Hitler, quien a finales de marzo de 1936 recibió otro apoyo contundente del voto popular en las urnas, y esta vez la proporción era de noventa a uno a su favor.

Al ver la posición económica de Alemania en 1936, Hitler se lamentó de haber avanzado tan despacio para conseguir la autosuficiencia del país, un requisito fundamental para empezar una guerra. En el mes de abril mandó a Hermann Göring que se hiciera cargo de los problemas concernientes a las materias primas y a las divisas extranjeras. Impaciente por la lentitud del avance industrial, en el mes de agosto Hitler dictó a su secretaria un confuso memorándum sobre la economía. «Han pasado cuatro años preciosos – dijo en tono de queja – estoy seguro de que ya podríamos haber logrado la total

auto suficiencia en combustible, caucho, e incluso (parcíalmente) en las importaciones de mineral de hierro procedentes del extranjero.»

Alemania, ordenó Hitler, debe ser «capaz de librar una guerra contra la Unión Soviética», porque «una victoria del bolchevismo sobre Alemania significada algo peor que un nuevo tratado de Versalles, significaría la aniquilación final, el exterminio [*Ausrottung*] de la nación alemana». Hitler anunció que debía resolver definitivamente los problemas económicos de Alemania aumentando su *Lebensraum* y, por tanto, también sus recursos de materias primas y de alimentos. En resumen, Hitler exigió dos cosas: «En primer lugar, el ejército alemán debe estar preparado para la acción en cuatro años; y en segundo lugar, también en cuatro años, la economía alemana debe estar preparada para la guerra.»

El mismo Hermann Göring, después de ser llamado al Obersalzberg, se te nombró jefe de este nuevo «plan cuatríenal». Wiedemann recordó después las observaciones que Göring hizo a Hitler a propósito de esto: «Mein Führer, si no me equivoco, dentro de cinco años la guerra será inevitable.» Göring leyó el memorándum de Hitler a los demás miembros del gabinete el 4 de septiembre dejando una cosa bien clara: «Se da por supuesto que la guerra con Rusia es inevitable. También nosotros podemos llegar hasta donde han llegado los rusos.» Paul Körner, el secretario de Göring, escribió a un colega el 7 de septiembre: «Göring ha vuelto del Obersalzberg con ías nuevas directrices de nuestro trabajo para los próximos años. Por desgracia, no puedo decirte más . . . pero cuando vuelvas a Berlín verás muy claro lo que nos queda por delante.»

En otoño de 1936 Hitler ya estaba muy comprometido con la guerra civil española. El 25 de julio, durante el descanso de una función de ópera en Bayreuth, Canaris le presento a los emisarios de un oscuro general español, Francisco Franco. Llevaron una solicitud de ayuda para derrocar al gobierno republicano de Madrid. Franco pedía aviones de transporte alemanes para llevar a las tropas marroquíes procedentes de Tetuán, en el norte de África, hasta tierra española. Hacia el. mes de octubre ya se estaba librando una

guerra civil a gran escala. Gran Bretaña y Francia enviaron voluntarios para luchar en el bando republicano, y se empezaron a ver las primeras bombas y tanques procedentes de Rusia. Después de tratar, el tema con Göring, Milch y Albert Kesselring – el nuevo jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe – Hitler autorizó la intervención de la Luftwaffe. El 6 de noviembre, Göring envió a España un escuadrón de bombarderos al mando del coronel Wolfram von Richthofen.

Hitler veía con buenos ojos esta guerra por varias razones. Podía probar el nuevo armamento alemán en condiciones de combate, así como entrenar sucesivamente a oficiales y soldados. Göring también vio en esta guerra una forma de obtener de España materias primas como tungsteno, cobre y tanino para el plan cuatrienal. Un día o dos después de que Hitler pronunciara un «gran discurso político» ante su gabinete el día 1 de diciembre – y del que no queda nínguna nota – Göring comentó a los jefes de su departamento que la Luftwaffe debía estar preparada «para la acción inmediata al precio que fuera». Hasta 1941, Alemania buscaba la paz, les dijo Göring, «pero no podemos estar seguros de que antes no surja alguna complicación. En cierto sentido, ya estamos en guerra, aunque todavía no se haya abierto fuego».

«UN DÍA, EL MUNDO»

Hacia comienzos de 1937 el estado nazi podía compararse a una estructura atómica: el núcleo era Adolf Hitler, y estaba rodeado por sucesivos anillos de seguidores. El primer anillo lo constituían Göring, Himmler y Goebbels, todos ellos al corriente de sus más secretas ambiciones y de los medios que estaba dispuesto a utilizar para conseguirlas. En los siguientes anillos se encontraban los ministros, generales en jefe y diplomáticos, cada uno con un conocimiento parcial de los planes irradiados desde el núcleo. Más allá de estos últimos se encontraba el pueblo alemán. La estructura entera se ponía en manos de las fuerzas atómicas de la policía estatal, del temor de la Gestapo y de los famosos lugares creados por Himmler en Dachau y en muchos sitios más.

A Hitler le importaba muy poco su propia imagen. A pesar de las buenas intenciones que muchos mostraron en este sentido, él se resistió a cambiar su «gorra de cartero», sus botas arrugadas y aquel bigote pasado de moda y propio de los años treinta. Nunca le gustó la publicidad ni los laureles de la posteridad. En una ocasión escribió a Hans Lammers ordenando que si los ingleses insistían tanto en tener detalles de su vida para el *Who's Who*, sólo debían darse a grandes rasgos. Como explicó años mas tarde durante una reunión secreta con sus generales en 1944, al protestar éstos por la severidad de las decisiones que afectaban al frente ruso: «Me tiene sin cuidado lo que diga la posteridad.»

A comienzos de noviembre de 1937 Hitler dijo a su Estado Mayor que una victoria definitiva de Franco en España no era deseable: «Nos conviene

mantener las tensiones existentes en el Mediterráneo.» El hecho de que Franco estuviera luchando contra unos republicanos apoyados por los comunistas era de importancia secundaria. En abril de 1938, Hitler comentó distraído ante Reinhard Spitzy, el secretario personal de Ribbentrop: «Nos hemos equivocado de bando en España. Habríamos hecho mejor apoyando a los republicanos, Ellos representan al pueblo, Siempre se hubiera podido convertir a esos socialistas en buenos nacionalsocialistas. Franco está rodeado de clérigos reaccionarios, aristócratas y ricachones, gente que no tiene nada que ver con nosotros, los nazis.»

Sus relaciones con Mussolini eran igualmente ilógicas, y estaban animadas por algo tan significativo como lo que había calificado en *Mein Kampf* como su «intensa admiración por este gran hombre del sur de los Alpes». Hitler colmó de regalos al dictador italiano. Henriette Hoffmann ha descrito cómo era posible ver a Hitler en su café favorito de Munich en compañía de un encuadernador, estudiando muestras de piel para obsequiar a Mussolini con las obras completas del filósofo Nietzsche: Hitler frotó las pieles, las olió y finalmente las rechazó con la siguiente opinión: «La piel debe ser de color verde glaciar», refiriéndose al inhóspito verde azulado de los glaciares desde donde el Zarathustra de Nietzsche contemplaba el mundo.

A pesar de la visita oficial que Hitler realizó a Venecia en junio de 1934, Mussolini había seguido su propio camino. Austria era la manzana de la discordia entre ambos países. Pero ahora que eran aliados en España, el Duce empezó a hablar de un «eje» entre Roma y Berlín. En septiembre de 1937, el Duce fue huésped de Hitler durante una semana en la que se llevaron a cabo las mayores maniobras militares realizadas desde 1918. Hitler exhibió las nuevas armas y la nueva maquinaria de Alemania, como las turbinas de vapor de alta presión que se estaban construyendo para el nuevo crucero de guerra *Scharnhorst*. En Berlín el Duce se dirigió a una multitud de setecientas cincuenta mil personas. Más tarde, un chaparrón paralizó el tránsito de Berlín. En el Palacio Presidencial, un Duce totalmente empapado se encontró con la más terca burocracia alemana, viendo que una norma de la casa que se remontaba hasta las brumas de la historia prusiana prohibía a los residentes tener agua caliente para bañarse pasadas las siete de la tarde.

Para el pueblo alemán, el interés mostrado por Hitler hacia Mussolini era tan incomprensible como la política de apoyo al Japón para el Lejano Oriente. Hasta 1937, Blomberg, el ejército y el ministerio de Exteriores le habían persuadido para que mantuviera una misión de influencia en China. La esperanza consistía en que el dirigente chino Chiang Kai-Shek cambiaría materias primas por armas alemanas, munición y fábricas de armas. Pero Hitler vio a Chiang como alguien corrupto y débil, y predijo que su falta de contacto con el pueblo llevaría a China a los brazos de los bolcheviques. En 1936 autorizó que los Estados Mayores de Alemania y del Japón se encontraran varias veces en Berlín gracias a la iniciativa del agregado militar japonés, el general Hiroshi Oshima, y la oficina de Ribbentrop. De nuevo se dejaba al margen de todo al ministro de Exteriores Neurath. Después de que el Japón declarara la guerra a China en junio de 1937, Hitler suprimió la ayuda alemana a China. Ribbentrop pidió un pacto militar tripartito entre Alemania, Japón e Italia, «anticipándonos al inevitable conflicto con las potencias occidentales». El pacto se firmó en Roma el 6 de noviembre de 1937.

Era una prueba muy clara de que Hitler sentía una gran decepción por los ingleses. Desde 1922, Hitler había visto a los ingleses como futuros aliados. Admiraba la dureza con que los ingleses habían dominado su imperio. Se había leído libros enteros sobre la tradición inglesa; sabía que los tres anillos blancos del uniforme de los marinos significaban las victorias del almirante Horatio Nelson. Afirmó en muchas ocasiones que «el colapso del imperio británico será desastroso para Alemania». Y ahora empezaba a airear vagos planes de ayuda a Gran Bretaña si alguna de sus colonias del Lejano Oriente sufría algún ataque.

El diario incompleto y manuscrito del doctor Joseph Goebbels confirma que los dos pilares de la política exterior de Hitler debían ser la conquista alemana de *Lebensraum* en el este, y una firme amistad con el imperio británico. Una noche de enero de 1935, Hitler, a bordo de su tren especial, dijo a Goebbels en tono de confianza: «Espero conseguir una alianza con Gran Bretaña en [unos] años: nosotros somos superiores por tierra, ellos por mar, y hay igualdad por aire.» Siete meses después, tras pasar dos días inspeccio-

nando sus primeros logros arquitectónicos – el edificio de la ópera y el estadio para las manifestaciones del partido en Nuremberg, y el imponente puente de la autopista de Manfall – Goebbels volvió a representar a Hitler trazando confidencialmente su gran estrategia: «Una eterna alianza con Gran Bretaña. Buenas relaciones con Polonia . . . pero expansión en el este. Los países bálticos nos pertenecen.» Estaba seguro de que la guerra entre Rusia y el Japón era inminente: «Después de eso, llegará nuestra oportunidad histórica. Debemos estar preparados para entonces.» Para Goebbels, les esperaba «un grandioso porvenir». Esa misma noche los dos volvieron a Munich por la nueva autopista muy emocionados. El 8 de junio de 1936, Hitler repitió este pronóstico ante Ribbentrop, Papen y Goebbels. Este último escribió: «El Führer ve muy cerca la posibilidad de un conflicto en el Lejano Oriente. Japón acabará con Rusia. Será el fin de este coloso. Y ésa será nuestra gran oportunidad. Tendremos que apropiarnos de toda la tierra que podamos durante un centenar de años. Esperemos que todo esté listo para entonces y que el Führer siga viviendo.»

Ribbentrop compartía estos sentimientos, y ya había presentado muchos ingleses influyentes al Führer. En 1945 los norteamericanos capturaron las transcripciones de algunas de estas audiencias, como la de lord Beaverbrook, propietario del *Daily Express*, el 22 de noviembre de 1935; la del secretario de Stanley Baldwin, Tom Jones, el 17 de mayo de 1936; la del director sir Tbomas Beecham, el 13 de noviembre de 1936; y muchas más. Aunque estos documentos han desaparecido, acaban de salir a la luz las notas que tomó el mismo Ribbentrop. Éste informó a Hitler que le había asegurado una y otra vez a Tom Jones que desde que el Führer había empezado con sólo siete hombres en Munich «la piedra angular de su política exterior siempre había sido la amistad y cooperación absoluta entre Gran Bretaña y Alemania». Ribbentrop explicaría al diplomático turco Acikalin en 1941 que lejos de ser el «genio malo» del Führer, lo cierto era que siempre había aconsejado a Hitler que se inclinara con una reverencia para asegurarse la amistad de Gran Bretaña. Ribbentrop, en calidad de embajador en Londres, intentada ahora ofrecer secretamente a Baldwin una «alianza ofensiva y defensiva».

Fue una tragedia que Hitler conociera sólo a unos pocos ingleses. Había conocido personalmente a los Mitfords, a sir Oswald Mosley, a lord Londonderry y lord Rothermere, al periodista Ward Price y al general J. F. C. Fuller, el famoso experto de tanques inglés, quien también le había visto en privado. En septiembre de 1936, el primer ministro de la época de guerra David Lloyd George pasó dos semanas en Alemania en calidad de huésped, y escribió un arlículo en el *Daily Express* hablando en términos elogiosos del modo en que Hitler había unido a católicos y protestantes, patrones y obreros, ricos y pobres en un solo pueblo: *Ein Volk* (el magnate de la prensa británica Cecil King escribiría cuatro años después en su diario: «Lloyd George hablaba de Hitler como de la mayor figura de Europa desde Napoleón, y posiblemente más grande que él»). Lloyd George reveló que en 1918 los ingleses estuvieron a punto de darse por vencidos cuando el mariscal de campo Earl Haig indicó que la ofensiva aliada no podía durar mucho tiempo. Hitler no se cansada de repetir esto a sus fatigados generales cuando su propia guerra paso por los momentos más sombríos.

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, los ingleses no estaban dispuestos a firmar nada. Hitler se quejó ante Goebbels el 12 de noviembre de 1936 afirmando que, a diferencia de Italia, Gran Bretaña estaba muy mal gobernada. «Ni siquiera un imperio puede sobrevivir a eso durante mucho tiempo.» «El Führer se lamenta amargamente sobre Gran Bretaña – dejó escrito el ministro para la Propaganda. Primero dice que sí y luego dice que no. Su mando carece de instinto.»

En junio de 1937 hubo otro contacto con el inundo anglosajón; el primer ministro canadiense William Mackenzie King estuvo hablando con Hitler durante dos horas (y escribió en su diario las impresiones favorables que tenía de la labor «constructiva» de los nazis). Pero al leer todos los informes procedentes de Londres, Hitler sospechaba que a pesar de su confianza Gran Bretaña se había entregado a un esfuerzo de rearme disimulado, sobre todo con la RAF; por esta razón, Hitler tenía los días contados para llevar a cabo su secreta estrategia en el este. El 19 de febrero de 1937 el agregado militar alemán informó lo siguiente desde Londres: «En caso de guerra, el tiempo

irá en favor de Gran Bretaña, pero sólo si puede sobrevivir a las derrotas iniciales, ya que estas pueden impedirle seguir luchando.»

Hitler ya le había explicado a Ribbentrop en 1935 que no tenía la menor intención de cometer el mismo error del almirante Von Tirpitz complicándose con una carrera armamentística; él iba a conceder la supremacía naval a Gran Bretaña con la esperanza de que los ingleses hicieran alguna concesión parecida sobre los futuros ejércitos de tierra de Alemania. Sin embargo, en septiembre de 1938, el Estado Mayor de la armada alemana resumió con tristeza el asunto: «Tanto la marina como el Führer han empezado a comprender en este último año y medio que, a pesar de lo que el Führer esperaba cuando se firmó el acuerdo naval, no podemos excluir a Gran Bretaña como un posible futuro enemigo.»

Pero Hitler no fue el primero en adelantar esta «separación»; el Führer dijo en privado a Julius Schaub y a otros miembros de su Estado Mayor que todo esto no habría ocurrido si Eduardo VIII no se hubiera visto obligado a abdicar (diciembre de 1936). Su sucesor, el débil e inexperto rey Jorge VI estaba a merced de sus «funestos consejeros antialemanes». Cuando Eduardo, ahora duque de Windsor, visitó Berchtesgaden en octubre de 1937 le dijo a Hitler muchas cosas que confirman esta opinión. Desgraciadamente, los documentos referentes a esa entrevista desaparecerían de los archivos capturados en 1945.

Hay otra razón menos concreta que explica la inquietud de Hitler, y es que se diera cuenta de que los años iban pasando sin ver cumplida su estrategia general. El salón ministerial seguía reuniendo a las mismas caras aburridas. Un funcionario civil de la Gestapo, Werner Best, que asistió a una de estas reuniones en 1937, percibió que el Führer se había vuelto «más nervioso, malhumorado, impaciente, pesimista, áspero, desconfiado, injusto, dogmático e intratable. Escuchaba ceñudo – continúa Best – las sumisiones de los ministros del Reich, a las que replicaba con aspereza. No disimulaba su aversión a ciertos temas, a las rencillas, e incluso a la gente que estaba presente». Hitler tenía la impresión de estar sucumbiendo a la inercia de la burocracia oficial, y empezó a nombrar agentes especiales plenipotenciarios

para llevar a cabo tareas específicas. Las reuniones ministeriales dejaron casi de celebrarse a finales de 1937. En su lugar, Hitler se ocupaba directamente – a través de Lammers – de los asuntos de estado, y empezó a comunicar sus deseos directamente a los ministros y a los generales sin dejar lugar a la réplica.

Con el fin del gobierno ministerial, todo empezó a ir más de prisa en Alemania. Pero ahora se hacía necesaria, desde el punto de vista psicológico, la adecuada preparación de la opinión pública. En noviembre de 1938 afirmó con una sinceridad asombrosa:

«Si poco a poco conseguí asegurar la libertad de acción y el armamento que necesitábamos para dar cada paso, fue gracias a que insistí en el interés de Alemania y en la necesidad de la paz.»

El primer objetivo era Austria. Hitler propuso ganarla pacíficamente si era posible. En julio de 1937 había nombrado un SS-Gruppenführer, el doctor Wilhelm Keppler, como agente especial del partido nazi para asuntos austriacos; pero advirtió a Keppler que en ningún caso pensaría en una solución revolucionaria. Aquel mismo mes Hitler se quedó profundamente emocionado con motivo de la participación de contingentes llegados de las zonas de habla alemana fuera de las fronteras del Reich – en Austria y Checoslovaquia – para el gran festival musical de Breslau. En su discurso mencionó de pasada los «95 millones de alemanes», de los cuales sólo 68 millones pertenecían en realidad a su Reich. El contingente austríaco, con sus trajes típicos de gran colorido, aplaudían desde su tribuna con todas sus fuerzas, y las mujeres eran un mar de lágrimas. Fue una escena a la que Hitler se refirió en privado con frecuencia en los meses siguientes.

En Checoslovaquia también había una gran minoría alemana. Sin contar los 150,000 censados en 1930 en la remota Eslovaquia, había tres millones y medio de alemanes de raza «atrapados» en la Bohemia y en Moravia por culpa de las fronteras artificiales que Checoslovaquia había creado en 1919. Hitler negaba a los checos el derecho de estar en la Bohemia y en Moravia: no empezaron a filtrarse hasta el siglo VI o VII. «Los checos fueron los maestros en el arte de la infiltración – afirmaría Hitler en octubre de 1941. Pongamos como ejemplo a Viena: antes de la guerra mundial, sólo unos 170 de

los 1,800 funcionarios de la corte imperial eran de origen alemán; el resto eran checos.» La mayoría de alemanes de raza vivían en la frontera denominada «territorios de los Sudetes» donde ingenieros checos y franceses habían trabajado durante muchos años para levantar fortificaciones. El presidente checo, doctor Eduard Beneš, había impuesto una implacable «checosificación» de la administración local de estos territorios. El barón Von Neurath hizo todo lo posible para que el presidente suavizara esta política, pero sus esfuerzos fueron en vano.

La cuestión era cuándo iba a atacar Hitler. Spitzy recuerda una escena ocurrida en esos días, en la que Hitler se encontraba estudiando los últimos informes recibidos con sus gafas doradas, cuando Ribbentrop asomó la cabeza por encima del hombro y dijo: «Mein Führer, creo que pronto habrá que desenvainar la espada.» «No, Ribbentrop – le respondió Hitler. Todavía no.»

La última orden de Blomberg dirigida a la Wehrmacht en junio de 1937 tenía un carácter principalmente defensivo. Se había basado en sólo dos posibilidades de tipo secundario: «Otto», un ataque alemán sobre Austria de producirse la restauración de la odiada monarquía de los Habsburgo; y «Verde», un ataque sorpresa sobre Checoslovaquia en el caso de que Francia o Rusia invadieran Alemania (porque había que evitar primero que la fuerza aérea rusa utilizara los campos de aviación recién terminados de Checoslovaquia). El general Von Fritsch, el comandante en jefe del ejército, había ordenado sumisamente al ejército que estudiara todas las formas posibles de romper las fortificaciones checas.

Hitler no dejaba de pensar que a su ejército le faltaba entusiasmo. Lo que de verdad le faltaba era munición y armas para un conflicto prolongado. Alemania estaba paralizada por una carencia grave de acero. A comienzos de 1937 se ordenó que los tres ejércitos recortaran sus presupuestos para armas. La armada se levantó contra cualquier recorte que afectara a la construcción de buques de guerra, y menos ahora que Gran Bretaña se estaba erigiendo como un posible enemigo. Pero era un hueco muy difícil de llenar. Como consecuencia de las botaduras planeadas en 1938 de los dos buques de guerra *Bismarck* y *Tirpitz*, quedaba aplazada toda construcción de barcos a excep-

ción de un crucero y de un portaaviones. La Luftwaffe advirtió que necesitaba 70,000 toneladas de acero al mes. Aconsejado por Blomberg, Hitler llamó al general en jefe a la Cancillería para solucionar el problema.

Éstos fueron los antecedentes de una de las rcumones secretas de más trascendencia celebradas por Hitler: la denominada «reunión de Hossbach» del 5 de noviembre de 1937. Hitler decidió aprovechar esta oportunidad para revelar algunos de sus objetivos secretos (o, como dijo a Göring, «para echar humo a los calzoncillos de Fritsch»). El coronel Fritz Hossbach, su ayudante de la Wehrmacht, escribió cinco días después un sumario de lo que allí se hizo. Una parte ha sobrevivido hasta hoy; lo mismo que un telegrama enviado por el embajador francés en el que se informaba que tenía conocimiento de aquella larga reunión de Hitler y de los numerosos generales y almirantes convocados en la Cancillería.

No se trataba de una reunión oficial del gabinete. El objeto de la reunión era demasiado importante para una audiencia como ésa, explicó Hitler; pero dar un poco de solemnidad al acto (como dijo a Göring) invitó al ministro de Exteriores Von Neurach, junto a Blomberg, Göring, Raeder y Fritsch para que se unieran a él en el invernadero acristalado de su «residencia oficial», una sección de la Cancillería. Las puertas de cristal se cerraron para correr después una gruesa cortina. La docena de expertos en municiones y economía a quienes Blomberg había llamado tuvieron que esperar en el salón de fumar contiguo durante las siguientes cuatro horas porque resultaron perfectamente prescindibles. Al terminar la reunión a las 8.30 de la tarde, la noticia pasó de uno a otro: «La armada ha ganado», y «solamente la armada se lleva veinte mil toneladas».

En esa parte del documento de Hossbach que ha llegado hasta nosotros, Hitler reiteró su decisión de llevar a cabo una guerra en los cinco o seis años siguientes para solucionar los problemas de *Lebensraum* de Alemania. Como primer paso y según las circunstancias, Hitler podía ordenar un «ataque relámpago» sobre la vecina Checoslovaquia durante 1938. Hitler tenía la impresión de que Gran Bretaña ya daba Checoslovaquia por perdida, y que Francía hada lo mismo. Estaba tan decidido que Fritsch le propuso cancelar el viaje que había proyectado hacer a Egipto y que esperaba iniciar en diez

días. Hitler no puso ninguna objeción, ni entonces ni después. El 21 de diciembre, el ministerio de Blomberg dio una orden concerniente a «Verde»: había que mejorar las defensas de la frontera occidental, aunque Hitler trataría de evitar una guerra con dos frentes y cualquier otro riesgo de tipo militar o económico; si la situación política no seguía el camino deseado, «Verde» tenía que aplazarse unos años. Por otro lado, seguía la orden, existía la posibilidad de que Checoslovaquia se quedara sin sus aliados potenciales con la excepción de Rusia: «En tal caso, "Verde" se llevará a cabo incluso antes de que Alemania esté totalmente preparada para la guerra.»

La orden de Blomberg muestra lo poco que apreciaba éste el alcance de las ambiciones de Hitler. Cualquiera que hubiera leído el capítulo 14 del *Mein Kampf* sabía que Hitler había puesto la mirada en objetivos más lejanos. Hitler ya había llamado la atención sobre los espacios abiertos de Rusia desde sus primeros discursos; y si tomamos el único criterio que cabe aplicar aquí, si pensamos detenidamente en la duración de los preparativos bélicos, sólo cabe una conclusión posible: su «sueño», su nuevo imperio, le esperaba en el este. En los archivos del almirantazgo alemán hay un documento que lo confirma; se trata de una carta del comandante de la armada en Pillau, en la Prusia oriental, donde da cuenta de una conversación mantenida entre Hitler y el Gauleiter local del partido, Erich Koch, en junio de 1937: Hitler, decía, le avisó de la importancia que tendría Pillau como base naval «más poderosa todavía que la de Kiel o la de Wilhelmshaven», para dar cabida a una flota más grande en los años venideros. «Según el Führer, llegará un momento (digamos dentro de seis o siete años) en que Alemania cambiará su actual postura defensiva por una política ofensiva. Dentro de Europa, esta clase de despliegue sólo será posible hacia el este.»

Lamentablemente, no se ha encontrado ningún documento de la mayoría de las reuniones importantes que Hitler sostuvo con sus Gauleiters, como esta del 2 de junio de 1937 a la que Koch se estaba refiriendo con toda probabilidad. Un discurso dirigido a los dirigentes del partido ha sobrevivido en discos. Es esta arenga del 23 de noviembre de 1937, Hitler proclamó: «Los ingleses han conseguido su imperio con menos sangre que la que nosotros, los alemanes, perdimos en la guerra mundial . . . Los imperios mundia-

les se vencen sólo con movimientos revolucionarios.» Más tarde, se le oye decir: «Hoy la nación alemana ha logrado por fin lo que le ha faltado durante siglos: una dirección organizada del pueblo.»

A Hitler no le interesaban las conquistas de ultramar. Por eso, cuando lord Halifax, el estadista británico, fue a visitarle a Baviera el 19 de noviembre para tratar de las posibles colonias alemanas en África, fracasó en su intento de despertar el interés del Führer.

A finales de 1937, estaba claro que el año que se avecinaba iba a estar dominado por dos factores: por el ardiente deseo de Hitler de empezar a luchar por el *Lebensraum*; y por la seguridad, cada vez más fundada, de que Gran Bretaña haría todo lo posible para impedirlo. El 27 de diciembre, Ribbentrop, ahora embajador de Hitler en Londres, le presentó un análisis de la postura de Gran Bretaña.* Ésta veía ahora en Alemania a su más feroz enemigo, dijo. Chamberlain estaba ocupado en formular una nueva iniciativa con la esperanza de conseguir la paz en Europa, a cambio de la cual, Gran Bretaña estaba dispuesta a ofrecer colonias y a hacer algunas concesiones en el problema de Austria y Checoslovaquia. Pero, advirtió, aunque la mayoda de los ingleses estaba a favor de lograr un acuerdo duradero con Alemania, había una clase gobernante muy hostil que siempre podía convencer al pueblo inglés sobre la conveniencia de una guerra, difundiendo, por ejemplo, las atrocidades nazis. Había, escribió Ribbentrop, una «heroica» clase gobernante que no se acobardada ante una guerra para proteger sus intereses materiales como potencia mundial. «Cuando Gran Bretaña vea que no hay más remedio, entonces luchará.»

«Si Gran Bretaña sigue cerrando constantemente el paso a Alemania, no hay ninguna duda de que las dos naciones acabarán enfrentadas. Sin embargo, me parece conveniente que nuestras futuras decisiones insistan en seguir luchando por un acuerdo con Gran Bretaña. Por esta razón, la embajada pondrá todo su empeño en conseguir una entente angloalemana.»

* Este documento obtenido por el autor muestra claramente que Ribbentrop advirtió a Hitler de que Gran Bretaña lucharía. Los directores de la publicación oficial aliada *Documents on German Foreign Policy* casualmente «no encontraron» el documento.

El 2 de enero de 1938, Ribbentrop rectificó su opinión de un modo significativo. «Hoy – escribió al Führer – ya no creo en un posible acercamiento. Gran Bretaña no quiere una Alemania poderosa ante la perspectiva de que se convierta en una amenaza constante para sus islas. Por eso luchará.»

Como consecuencia, unos días después Hitler ordenó el reforzamiento de la flota alemana. Antes de finalizar 1944 debía haber cuatro acorazados, y no seis como se había planeado.

El 21 de enero, Hitler dio una de sus muchas conferencias secretas a sus generales. Existe un resumen anónimo de tres páginas donde se muestra que Hitler empezó con una descripción del imperio romano, y siguió explicando cómo el cristianismo había dado a la civilización occidental la unidad interna que necesitaba para rechazar las invasiones procedentes del este. «Sólo un hombre puede tomar la dirección, pero ese hombre carga con todo el peso de la responsabilidad. Es una pesada carga. Créanme, generales . . . tengo los nervios rotos; Alemania me preocupa tanto que ya no puedo dormir.» El problema de los alimentos en Alemania era especialmente grave.

«La situación de Alemania es muy poco prometedora. Me paso el día y la noche buscando solución al problema. Pero hay algo que me hace pensar que aun hay esperanza para la nación Alemana: si miramos detenidamente a las naciones que gobiernan esta tierra – los ingleses, los frariceses y los americanos – las estadísticas muestran que sólo una pequeña parte de ellas, tal vez 40 o 50 millones de ciudadanos de sangre pura, controlan a millones de seres humanos y gigantescas áreas del mundo.

»Sólo hay una nación en la tierra viviendo en el corazón de Europa de forma compacta, muy concentrada y con uniformidad de raza y de lengua: la nación alemana, con 110 millones de alemanes en Europa Central. Esta comparación nos hace tener esperanza. Un día, el mundo entero deberá pertenecer y pertenecerá a este bloque unido de Europa Central.»

LA PRIMERA DAMA

En un extremo de la Ludwig Strasse, el ancho bulevar muniqués, se encuentra el Arco del Triunfo; en el otro, se levanta el sucio y macizo mausoleo de la Feldherrnhalle.

En este lugar, ante una confiada multitud de personas que guardaban cola silenciosamente sobre las heladas aceras en la madrugada del 22 de diciembre de 1937, la Alemania nazi echó a correr ciegamente por el camino que la iba a llevar al desastre final. Esto fue lo que pasó: el general Erich Ludendorff, antiguo jefe del Estado Mayor de Hindenburg en la Gran Guerra, había muerto, y ahora su sencillo ataúd de roble yacía bajo la sombra del Arco del Triunfo envuelto con los colores del Kaiser y rodeado por unos largos postes con velos negros en cuyos extremos ardían llamas de forma permanente. Algunos oficiales de alta graduación de la nueva Wehrmacht – los tres ejércitos – habían permanecido toda la noche de pie y medio congelados en cada una de las esquinas del féretro llevando unos cojines de seda con las ochenta medallas que el difunto guerrero había ganado. Hitler llegó poco antes de las diez de la mañana; Werner von Blomberg – recién ascendido a mariscal de campo – puso el brazo en alto para saludar; el coronel general Hermann Göring, jefe de la Luftwaffe y la persona con más poder después de Hitler y Blomberg, hizo lo mismo. (El comandante del ejército barón Werner von Fritsch seguía de vacaciones en Egipto.) Seis oficiales subieron el ataúd a un coche de artillería ante el redoble apagado de unos tambores.

Las fotografías muestran a un Hitler encabezando en solitario el cortejo fúnebre por delante de jefes militares y ministros, con la cabeza descubierta, poniendo cara de circunstancias y consciente de que cien mil ojos estaban clavados en él. Él sabía que esto era lo que su pueblo quería ver: a su Führer

seguido de sus fieles y rodeado por su gente, todos juntos en un acto común de espectáculo y grandeza. Al terminar los últimos y melancólicos compases de *El fiel camarada*, empezaron a sonar noventa salvas de honor procedentes de la batería que había en el Hofgarten, espantando a las palomas que se perdieron indignadas entre las brumás de la mañana. Hitler y sus ayudantes se dirigieron al patio donde les esperaban los coches.

Blomberg se acercó hasta Hitler y le dijo: «Mein Führer, quisiera hablar con usted en privado.» Sin sospechar nada, Hitler le invitó a su apartamento. A los cinco minutos ya se encontraba en el ascensor del número 16 de la Prinzregenten Platz. Aquí Blomberg le pidió permiso para casarse otra vez. Su prometida era de origen modesto – una secretaria que trabajaba en una oficina del gobierno – pero ¿no era eso lo que al fin y al cabo propugnaba el nacionalsocialismo? Hitler dio su consentimiento inmediatamente.

Hitler se mostró conforme con Blomberg en todo. Él y Göring aceptaron encantados ser los testigos de la boda. La ceremonia fue muy sencilla y se celebró a puerta cerrada en el, ministerio de la Guerra el día 12 de enero de 1938. La novia contaba veinticuatro años, mientras que Blomberg rondaba ya los sesenta. Era, sin lugar a dudas, una joven muy atractiva: era esbelta, rubia, tenía la frente ancha, los ojos de color gris azulado, la nariz pequeña y una boca generosa. La pareja salió inmediatamente en viaje de luna de miel sin saber que aquella unión tan desigual iba a provocar que Hitler diera el paso definitivo hacia el poder absoluto.

La muerte inesperada de la madre de Blomberg interrumpió la luna de miel. El jefe del Estado Mayor general de Blomberg, Wilhelm Keitel, le acompañó al entierro, que se celebró el 20 de enero en Eberswalde, a unos cincuenta kilómetros de Berlín. Cuando el día 24 el mariscal de campo regresó a Berlín, debió de encontrarse con algunas noticias preocupantes, porque en seguida pidió ver urgentemente a Hitler.

Hitler había vuelto a Munich durante un breve espacio de tiempo para inaugurar allí la gran exposición de artes y oficios. Cuando su coche se detuvo ante la Cancillería de Berlín la tarde del 24 de enero, se encontró que Göring le estaba esperando con una carpeta de ante en las manos. «¡Blomberg se ha casado con una puta! – le anunció Göring. Nuestra nueva primera

dama está fichada por la policía. Nos ha engañado utilizándonos como testigos.»

Esto era lo que había pasado en ausencia de Blomberg: tres días antes, el 21 de enero, el jefe de la policía de Berlín, el conde Wolf von Helldorf, había enseñado a Keitel un inofensivo documento de cambio de domicilio, y preguntó a Keitel si podía confirmar que la dama de la fotografía era la nueva Frau von Blomberg. Sin embargo, Keitel sólo la había visto en el entierro medio oculta entre los velos; sugirió que se lo preguntara a Göring, ya que él había presenciado la boda. Helldorf explicó que había descubierto una parte del pasado de esa mujer al registrar ella de forma rutinaria el cambio de su domicilio al apartarnento de Blomberg en el edificio del ministerio de la Guerra. A la mañana siguiente fue a ver a Göring, y le entregó todos los antecedentes policiales de Fräulein Eva Gruhn, su nombre de soltera.

Cuando, el día 24, Hitler abrió la carpeta de ante, se encontró con una buena colección de fichas de archivo, fotografías y una lista de antecedentes. Había fichas con huellas digitales, órdenes de búsqueda, y media docena de fotografías en las que se veía a la mujer en diferentes poses eróticas con una vela. Los antecedentes dados por la policía constituían un crudo reflejo de una sociedad de Berlín hundida por la crisis económica. El padre de Fräulein Gruhn había muerto en la guerra cuando ella contaba sólo cinco años de edad. Su madre era masajista. En 1932, Eva se había marchado de su casa con dieciocho años para irse a vivir con su amante, un judío checo de cuarenta y un años, un tal Heinrich Löwinger. A finales de ese mismo año le ofrecieron unas fotografías pornográficas, y se dio cuenta de que era un negocio fácil. Pagó a un fotógrafo polaco e hicieron las fotografías una tarde de Navidad. Löwinger sólo había vendido ocho cuando fue detenido. El resto del contenido de la carpeta lo constituían varias órdenes de búsqueda que se remontaban a la época en que había abandonado su casa siendo menor de edad, y una ficha policial de 1934 en la que se afirmaba con claridad: «Sin antecedentes criminales.» Según los documentos, había visto a su madre por última vez el 9 de enero en compañía de su futuro esposo: «Y ya sabemos de quién se trata», había escrito alguien en el margen.

La ira de Hitler iba en aumento a medida que iba pasando las páginas. Lanzó los documentos a Göring y exclamó: «¿No hay nada de lo que me pueda librar?»

Hitler aún no se podía creer que Blomberg le hubiera hecho algo así. Naturalmente, como Göring afirmaba ahora, el mariscal de campo no tenía más alternativa que la de dimitir. ¿Pero quién iba a sucederle? Heinrich Himmler, el todopoderoso Reichsführer de las SS de negro uniforme, era un candidato. Göring, por supuesto, era otro.

Sin embargo, el primero de la lista era el general Von Fritsch. En las notas confidenciales que escribió a mano a propósito de estas dramáticas semanas, y que alguien se llevó de Potsdam a Moscú en 1945, Fritsch negaba tenerambición alguna para suceder a Blomberg: «Habría rechazado un nombramiento como aquél, ya que, dada la actitud que el partido mostraba hacia mí, habría encontrado unos obstáculos insalvables.» Hitler tenía muy buen concepto de Fritsch, pero éste tenía un secreto muy comprometedor que no se podía seguir ignorando por más tiempo. Dos años atrás, durante la crisis de 1936 surgida a raíz de la remilitarización de la Renania, Himmler le había mostrado un informe de la policía en el que se relacionaba a Fritsch con un chantajista homosexual. Por aquel entonces, Hitler se había negado a echarle un vistazo, pero no pudo borrar aquella acusación de su cerebro. «A finales de marzo o a comienzos de abril [de 1936] – escribiría el general Von Fritsch tres años más tarde – invité al Führer a que honrara al ejército convirtiéndose en el coronel de honor del noveno regimiento de infantería de Potsdam. El Führer aceptó, y el regimiento debía marchar hacia Berlín el día 20 de abril con ese propósito. El 19 de abril, Hossbach [el ayudante de Hitler] me telefoneó diciendo que el Führer había renunciado al nombramiento honorífico de coronel del noveno regimiento.» Por esa época, Fritsch no pudo comprender aquel misterio. Al día siguiente, con motivo del cumpleaños de Hitler, le envió un telegrama desde su lecho de enfermo en Achterberg: «El ejército y yo le seguiremos con orgullo, confianza y fe por el camino que está abriendo para el futuro de Alemania.» (El 18 de enero de 1939, Fritsch comentó: «Eso era del todo cierto en aquella época. Hoy ya no tengo fe en ese hombre. Hasta qué punto tienen fe en él los oficiales del ejér-

cito, es algo que no puedo saber.») Claro que hacia 1939, Fritsch ya sospechaba la razón de la renuncia de Hitler: «Fue en la primavera de 1939», escribió, « . . . cuando Himmler le proporcionó [primero] al Führer el informe en el que se afirmaba que me habían chantajeado. Tal vez por eso el Führer se negó al nombramiento de coronel. La explicación que dio después alegando que el Partido nunca entendería que se le nombrara coronel de un regimiento no era muy verosímil, o por lo menos no era aceptable. También es posible que pasara lo siguiente: Himmler se entera de que el Führer quiere convertirse en el coronel del noveno regimiento de infantería, y tiene miedo de que esto aumente todavía más la influencia del ejército, y sólo piensa en impedirlo. Ese canalla de Himmler es perfectamente capaz de hacer algo así».

En fecha tan reciente como diciembre de 1937, y mientras Fritsch aún se encontraba en Egipto, Himmler volvió a insistir en los informes subrayando el riesgo que se corría si Fritsch al final resultaba ser homosexual. Pero Hitler sospechaba que el Partido estaba conspirando contra Fritsch, y ordenó la destrucción de los informes.

Desde el regreso de Fritsch, Hitler sólo le había visto en una ocasión, el 15 de enero de 1938, y los dos habían mantenido una discusión de dos horas. El general describe así lo sucedido:

«El Führer empezó a hablar con mucho enfado sobre lo mucho que le preocupaba la difusión de propaganda anarquista en el ejército. Traté de tranquilizarle, pero fue en vano; y le pedí pruebas concretas. El Führer contestó que ya las tenía, pero que no me las podía dar a mí, sólo a Blomberg. En otras palabras, aquello significaba una clara señal de desconfianza hacia mí. Yo no tenía la menor intención de dejar así las cosas. Pensaba pedir al Führer que confiara en mí; en caso negativo, estaba dispuesto a dimitir. Pero nunca llegamos a eso . . . »

El 24 de enero, la situación era distinta. Ahora era Hitler quien quería resolver el problema hablando con Fritsch. Pidió a un secretario que convocara por teléfono al ayudante Hossbach de la Wehrmacht. Pero el coronel estaba en la cama, y se resistió a ir antes de la mañana siguiente. Hitler se quedó despierto hasta el amanecer, con la mirada clavada en el techo y pensan-

do en la manera de evitar su propio desprestigio si este doble escándalo se hacía público.

Al día siguiente, el 25 de enero, Göring informó a las once de la mañana que había visto a Keitel y que le había ordenado hablar con el desventurado ministro de la Guerra sobre el asunto de su esposa. A primeras horas de la tarde, ya había visto personalmente a Blomberg – informó – para decirle que debía dimitir. Göring contó a Hitler que el ministro se había quedado deshecho.

En presencia de Hossbach, ahora era Göring quien presentaba ante Hitler los informes de la Gestapo sobre la implicación homosexual de Fritsch en 1936. Estaba claro que los informes eran fruto de una reconstrucción reciente; consistían en varias copias de interrogatorios en papel carbón, declaraciones juradas y fotografías. En 1936, la policía detuvo a un chantajista llamado Otto Schmidt, que contó las aventuras homosexuales de un tal «general Von Fritsch» tal como las presenció personalmente en noviembre de 1933. Se hizo pasar por el «detective inspector Kröger» y le había amenazado con detenerle. El general en seguida presentó su tarjeta de identificación del ejército y se defendió alegando: «Soy el general Von Fritsch.» Sobornó a Schmidt con 2,500 marcos que recogió de su banco en el barrio berlinés de Lichterfelde. Göring señaló con satisfacción al Führer que el testimonio de Schmidt había demostrado ser verdad en otros sesenta casos. En resumen, el informe era irrecusable.

A pesar de todo, Hitler se mostró indeciso. Ordenó a Göring que interrogara detalladamente a Otto Schmidt, y prohibió a Hossbach que mencionara el asunto a Fritsch. Pero Hossbach le confió a Fritsch incomprensiblemente aquella misma noche que se habían hecho algunas acusaciones contra él referentes a un comportamiento muy poco decoroso realizado con un joven en noviembre de 1933; y este conocimiento incompleto y precipitado iba a tener consecuencias fatales para Fritsch. Llegó a la conclusión de que detrás de la denuncia se escondía un miembro de las Juventudes Hitlerianas: en 1933 había conseguido que un joven berlinés – Fritz Wermelskirch – pudiera hacer su aprendizaje en la fábrica de Mercedes-Benz en Marienfelde. Pero el joven empezó a relacionarse con el mundo del delito, y

cuando se jactaba ante sus amigos del bajo mundo de que tenía un protector de mucha categoría, Fritsch ya había cortado toda relación con él. De eso hacía ya tres años.

A la mañana siguiente, Hossbach admitió ante Hitler que había prevenido a Fritsch: el general había rechazado acaloradamente la acusación tachándola de «miserable mentira» a lo que había añadido: «Si el Führer quiere deshacerse de mí, que me lo diga, y yo dimitiré.» Ante esto, Hitler anunció aliviado: «Entonces todo está bien. El general Von Fritsch podría ocupar un ministerio después de todo.»

Sin embargo, las rivalidades imperaron aquel día. Blomberg entró en la biblioteca de Hitler vestido de civil, y criticó con indignación la manera en que se le había echado. De la ira pasó al lamento, y Hitler – que temía la posibilidad de que Blomberg se suicidara – trató de consolarle. Le insinuó que cuando llegara el momento decisivo para Alemania le gustaría ver a Blomberg otra vez a su lado. En seguida empezaron a hablar de su sucesor. Hitler comentó: «Göring carece de la perseverancia y diligencia necesarias.» En cuanto a Fritsch, dijo Hitler, se sospechaba que era homosexual, aunque Blomberg contestó sin alterarse que no le extrañaba.

Así quedaron enfrentadas la palabra del general en jefe del ejército alemán con la de un convicto, su acusador Otto Schmidt, que ahora contaba treinta y un años y estaba pálido e hinchado por los años de cárcel. El 26 de enero Fritsch fue llamado a la biblioteca. Él mismo escribió esta descripción hasta ahora inédita de la famosa escena:

«Finalmente me hizo pasar a las ocho y media de la tarde. El Führer me anunció inmediatamente que se me había acusado de actividades homosexuales. Dijo que era capaz de comprenderlo todo, pero que quería escuchar la verdad. Si yo admitía los cargos que se me imputaban, entonces debía marcharme de viaje durante un tiempo y no me pasaría nada más. Göring también se dirigió a mí de modo parecido.

»Yo negué tajantemente estar implicado en actividades homosexuales de cualquier tipo y pregunté quién me acusaba de ellas. El Führer contestó que lo de menos era saber la identidad del acusador. Sólo quería conocer si estas acusaciones tenían un mínimo de fundamento.»

Fritsch recordó lo de Wermelskirch. «Mein Führer – contestó – sólo se puede tratar de aquel asunto con el miembro de las juventudes hitlerianas.» Hitler se quedó mudo de asombro ame la respuesta de Fritsch. Otto Schmidt, el sujeto que aparecía en el informe de la Gestapo, no pertenecía a las juventudes hitlerianas. Hitler puso en las manos de Fritsch la carpeta con los informes de un modo violento. El general se apresuró a examinarla, enrojeció de ira y la rechazó diciendo que era una completa fabulación. A una señal de Hitler, se condujo al chantajista hasta la biblioteca. Schmidt señaló sin vacilar al general y exclamó: «Ése es.» Fritsch se quedó sin habla. Palideció y le sacaron de allí.

Hossbach aconsejó a Hitler que preguntara rápidamente al general Ludwig Beck, el jefe del Estado Mayor general, pero hasta la misma llamada telefónica al hogar de Beck en Lichterfelde despertó nuevas sospechas en la torturada cabeza de Hitler: ¿no se había recogido el dinero del chantaje en un banco de Lichterfelde? (Más tarde preguntó a Beck cuándo había dejado el dinero a su general en jefe. El confundido general sólo pudo responder que nunca lo había hecho.) La patética historia escrita por Fritsch aún continúa:

«Le di al Führer mi palabra de honor. Cuando se comparó con las acusaciones de un vulgar ladrón, mi palabra se rechazó como si no tuviera importancia. Se me ordenó que me presentara ante la Gestapo a la mañana siguiente. Muy dolido por la dureza que el Führer y Göring habían mostrado hacia mí, me fui a casa e informé brevemente al comandante [Curt] Siewert [jefe de personal del Estado Mayor] sobre las acusaciones. Poco después también informé al general Beck. Les dije a los dos que tal vez lo mejor era que me pegara un tiro en vista del inaudito insulto recibido del Führer.»

Fritsch exigió y se le prometió la convocatoria de un tribunal militar para limpiar su nombre.

Cuando a la mañana siguiente, el 27 de enero, Hitler volvió a llamar a Blomberg para hablar de su sucesor, el mariscal de campo le recordó que desde la muerte del presidente Hindenburg el Führer era constitucionalmente el general en jefe de la Wehrmacht. Si decidía no nombrar a un nuevo ministro de la Guerra, entonces ejercería el control director sobre las fuerzas armadas.

«Lo pensaré – contestó Hitler. Pero si hago eso necesitaré a un buen jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht.»

«El general Keitel – sugirió Blomberg. Ya ha hecho esa tarea para mí. Trabaja con tenacidad y sabe lo que hace.»

Hitler se hundió ante todo aquello. Su rostro había palidecido dando un aspecto enfermizo, y Goebbels le había visto con lágrimas en los ojos. «El Führer – escribió ese mismo día – parece un cadáver.»

Hitler recibió a Keitel a la una. Era un general alto, apuesto y con un porte inconfundiblemente militar. Keitel había encabezado la rama de organización del ejército en el transcurso de la reciente expansión. Era un acérrimo defensor de un mando unificado para la Wehrmacht, algo muy importante para Hitler. Éste le preguntó quién debía suceder a Blomberg, y Keitel respondió con el nombre de Göring.

«No; bajo ningún concepto – respondió fríamente Hitler. No creo que Göring tenga aptitud para el cargo. Probablemente seré yo mismo quien ocupe el puesto de Blomberg.»

Le pidió a Keitel que le encontrara un nuevo ayudante de la Wehrmacht para sustituir al desobediente Hossbach. Keitel escogió al comandante Rudolf Schmundt. Hitler–Keitel–Schmundt: los eslabones de la histórica cadena de marido de la Wehrmacht se estaban uniendo. Pero sobre la posición de Fritsch, el siguiente eslabón, aún estaba todo por aclarar.

Tal y como Hitler había ordenado, el general Von Fritsch se sometió a un interrogatorio de la Gestapo en la mañana del 27 de enero. Unos micrófonos escondidos grabaron todo lo que allí se dijo, y aún hoy sobrevive una transcripción de 83 páginas en donde se da cuenta del drama a medida que el barón del monóculo se iba enfrentando con el desarrapado chantajista. Schmidt siguió insistiendo en su sucia historia a pesar de la dureza con que Werner Best le advirtió de las graves consecuencias que conllevaba la mentira. El general al que había visto en 1933 se había fumado por lo menos un cigarro durante el regateo del chantaje. Y describió otra vez el pretendido acto homosexual: «Ese tío bávaro – dijo refiriéndose a un sujeto llamado Weingärtner que ejercía la prostitución – permanecía de pie mientras el otro

se arrodillaba delante de él y se la chupaba . . . », ante lo cual Fritsch sólo pudo protestar diciendo: «¡Cómo se atreve a insinuar algo así! ¿He de suponer que ese otro era vo?» Él mismo seguió con parte del interrogatorio. Ni uno solo de los detalles proporcionados por Schmidt se correspondían con él; ni siquiera había fumado un cigarrillo desde 1925. Pero admitió que las pruebas parecían irrecusables. «Debo confesar que si se le está presionando desde algún que otro cuarlel para que diga mentiras, lo está haciendo condenadainente bien.»

También se hizo que otros dos «testigos» se situaran discretamente en el cuartel general de la Gestapo para que pudieran identificarle. Weingärtner, el sujeto que ejercía la prostitución, negó tajantemente que aquél fuera el cliente de 1933. Bücker, el cómplice de Schmidt, sí detectó cierto parecido, pero no como para jurarlo. A Hitler no se le informó de este resultado ambiguo. «Si el Führer se hubiera enterado de estos dos hechos – escribió Fritsch – entonces su decisión habría sido muy diferente, sobre todo porque le había dado mi palabra de honor.»

Sin embargo, Hitler ya había decidido prescindir de Fritsch. El 28 de enero aún seguía estudiando una lista de posibles sucesores para el puesto de general en jefe del ejército. El primer nombre era el del general Walter von Reichenau, el predecesor de Keitel en el ministerio de la Guerra; pero Keitel le previno contra él. Para éste el mejor candidato era el general Walther von Brauchitsch, un oficial flemático y muy respetado que se ganó su reputación siendo comandante del ejército en la Prusia Oriental. De hecho, Keitel ya le había llamado por teléfono para que se apresurara a tomar el primer tren desde Dresde; llegó a las nueve menos cuarto de aquella misma noche. A la mañana siguiente, Keitel repitió ante Hitler las respuestas que le había dado el general sobre los temas más importantes; Brauchitsch, por ejemplo, quería que el ejército dependiera todavía más del estado nazi.

Hitler mandó llamar a Brauchitsch. Pero ahora el general también confesaba tener algunos problemas personales algo delicados: queda divorciarse para contraer matrimonio con una tal Frau Charlotte Rüffer, también divorciada; debía solucionar la estabilidad económica de su primera mujer, y eso era algo que no se podía permitir. Ante esto, la posibilidad de nombrar a

Brauchitsch desapareció por completo. Los interesados en ocupar el puesto de Fritsch volvieron a la carga. Se podía ver a Reichenau rondando el edificio del ministerio de la Guerra. Göring mandó a su leal ayudante el coronel Karl Bodenschatz para que insinuara a los ayudantes de Hitler que Göring también debía hacerse cargo del ejército. El almirante Erich Raeder, el general en jefe de la armada, envió a un mensajero para que propusiera al venerado pero arisco general Gerd von Rundstedt como ocupante provisional del cargo. Hitler rechazó a todos estos contendientes; el Führer sacó el grueso volumen del escalafón del ejército, lo soltó encima de la mesa ante el capitán de la armada y le desafió diciéndole: «¡Proponga usted a alguien!»

Hitler quedó muy afectado por todo aquel episodio. El día 1 de febrero tuvo una charla de dos horas con Goebbels, quien escribió: «Está un poco más tranquilo pero sigue con la misma palidez y agitación. Me ha abierto su corazón . . . ¡Cómo ha visto traicionados todos sus ideales! Blomberg se casa con una furcia a la que no renuncia y al infierno con el Estado. El Führer cree que Blomberg ya lo sabía todo desde el principio . . . Cogió desprevenido al Führer con su matrimonio. Confiaba ciegamente en él. Ése ha sido el gran error. Prácticamente se ha demostrado que Fritsch es homosexual. Aunque fuera hace tres años, el Führer también cree que es verdad . . . Está rendido.»

El 3 de febrero Hitler reconoció con poco convencimiento estar satisfecho con la actitud de Brauchitsch hacia la iglesia, hacia el partido y hacia los problemas militares, y le estrechó oficialmente la mano como sucesor de Fritsch. Aquella misma tarde Hitler solicitó al desventurado general Von Fritsch que presentara su dimisión. Fritsch escribiría más tarde: «Acepté la petición ya que habría sido incapaz de volver a trabajar con este hombre.»

El 4 de febrero Hitler acabó firmando una fría carta dirigida a Fritsch en la que aceptaba formalmente su dimisión «a causa de su debilitada salud». Esta carta se publicó, convirtiéndose al final en el último clavo que cerraba el ataúd de Fritsch.

Entretanto, Hitler había encargado al doctor Hans Lammers que negociara las condiciones de un acuerdo económico para la primera Frau von Brauchitsch con el fin de acordar un divorcio discreto. Finalmente, el Reich

decidió pasarle una pensión de casi 1,300 marcos al mes. Hitler conseguía, de este modo, comprar moralmente al nuevo general en jefe del ejército, y por una suma relativamente pequeña.

Hitler–Keitel–Schmundt–Brauchitsch: la cadena de mando ganaba así otro eslabón. Hitler decidió que Brauchitsch, Göring y Raeder recibieran las órdenes en calidad de generales en jefe de los tres ejércitos de una nueva autoridad superior de mando, el *Oberkommando der Wehrmacht* (OKW), con Wilhelm Keitel a la cabeza del Estado Mayor. El mismo Hitler, se convertida en el comandante supremo con el nuevo OKW funcionando como secretaría militar. El OKW también debía asumir las antiguas funciones ministeriales de Blomberg. Su antigua división de defensa nacional, la *Abteilung Landesverteidigung*, se traspasaba al OKW con la función de estado mayor de operaciones al mando del coronel Max von Viebahn, un oficial del Estado Mayor perteneciente a la generación más antigua.

Keitel se convertía así en el secretario militar más importante de Hitler. Éste nunca se arrepintió de haberlo elegido; la mayor virtud del general consistía en su absoluta disposición a la obediencia. Lo único que necesitaba Hitler era una máquina laboriosa y eficaz que llevara a cabo sus decisiones militares. Hitler confió a Keitel su intención de hacer algo que haría «contener la respiración» a toda Europa; también debía servir para distraer la atención de los problemas que tenía la Wehrmacht. Debía realizar un reordenamiento general al más alto nivel para dar la impresión de que se estaba haciendo acopio de fuerzas, y de que no se trataba de un momento de debilidad.

Se trataba efectivamente de una reconstrucción sin importancia. Hitler cambió a los ministros de Exteriores y de Economía, así como a algunos diplomáticos incómodos como el embajador Ulrich von Hassell, quien tuvo que abandonar a la fuerza su puesto en Roma. Göring fue ascendido a mariscal de campo, mientras se despedían o se trasladaban a unos sesenta generales de la Luftwaffe y del ejército de tierra por viejos, conservadores u obstinados; el hermano más joven de Keitel se convirtió en jefe de personal del ejército.

La mayoría de los infortunados recibió la noticia de estos cambios cuando abrieron atónitos los periódicos de la mañana siguiente. Hacia el 5 de febrero de 1938, Hitler ya sabía que sus tácticas habían triunfado. El lord de la prensa británica, Rothermere, le telegrafió diciéndole: «Y añado, mi querido Führer, mis felicitaciones por los cambios saludables que ha realizado. Su estrella vuela cada vez más alto.» Sin embargo, al ejército alemán no se le podía persuadir con tanta facilidad. La destitución de Fritsch se consideró como una prueba de la influencia que el partido iba ganando día a día. A las cuatro de la tarde del 5 de febrero, Hitler pronunció ante los principales generales del ejército y de la Luftwaffe, reunidos a su alrededor en el ministerio de la Guerra, un discurso de dos horas en el que daba cuenta sin el menor escrúpulo de las acusaciones que hablan motivado las dimisiones de Blomberg y de Fritsch. Hitler leyó en voz alta la opinión jurídica del ministro de Justicia, y citó algunos trozos del expediente de Otto Schmidt.

A las ocho de aquella misma noche, Hitler presidió la que al final se convertiría en la última reunión del gabinete ministerial. Hitler presentó brevemente a Keitel y a Brauchitsch; el primero dirigiría fielmente el Alto Mando de la Wehrmacht hasta el final de la guerra, en 1945; mientras el segundo demostró ser un general en jefe servicial sólo hasta diciembre de 1941, momento en el que él y Hitler se separaron. Tras la reunión ministerial, Hitler partió hacia su refugio de montaña en Baviera en calidad de Führer, canciller del Reich y ahora comandante supremo de las fuerzas armadas, tanto en la teoría como en la práctica.

Pero si algo se demostró con estos escándalos, fue que Adolf Hitler dependía de sus enrevesados seguidores mucho más de lo que podía sospechar. A comienzos de marzo, ya de regreso en Berlín, empezaron a llegarle los primeros rumores de que se había dejado engañar; las SS le habían engañado deliberadamente, y puede que hasta Göring tuviera alguna responsabilidad. Hitler no hizo caso de los rumores. Fritsch se había ido para no volver nunca más, mientras Himmler, las SS y Göring eran indispensables.

Las investigaciones del ejército empezaron en febrero. Fritsch requirió los servicios de un buen abogado, el conde Rüdiger von der Goltz. El día 1 de marzo, Goltz logró demostrar que el chantajista Schmidt nunca llegó a ver a

Fritsch, sino a un capitán de caballería de nombre parecido: Achim von *Frisch*. Éste tuvo el mérito de confesar la felonía; y para corroborarla, incluso presentó el recibo firmado por Schrnidt de los 2,500 marcos que le habían pagado. Además, también reveló que la Gestapo había investigado la cuenta de su banco de Lichterfelde el 15 de enero. ¿Era sólo una coincidencia que esto sucediera tres días después de la boda de Blomberg?

El general Walter Heitz, en representación del tribunal del ejército, llevó esta sorprendente prueba ante Hitler el 3 de marzo, La primera reacción de Hitler fue la de querer suspender la siguiente vista, Pero Heinrich Himmler, que estaba presente, se opuso con la siguiente alegación: «El caso Fritsch y el caso Frisch son dos asuntos completamente distintos. El mismo chantajista Schrnidt ha identificado al general.» Para subrayar este punto en concreto, ahora también se detuvo a Achim von Frisch, quien se había confesado culpable de ofensas homosexuales.

Hitler ordenó que el juicio de Fritsch se iniciara en secreto el 10 de marzo. Unos días después, el mismo Fritsch escribió:

«En un principio tenía la impresión de que Göring [quien presidía] quería un juicio abierto; en otras palabras, que aún no se había demostrado mi culpabilidad, pero que aún era posible hacerlo.

»Pero las pruebas eran tan convincentes que hasta Göring tuvo que anunciar que nadie podía dudar de mi inocencia. Por fin, el testigo clave, el chantajista, confesó que todo lo que había dicho sobre mí era mentira.»

Durante el proceso se supo que en la víspera del juicio el jefe de la sección de investigaciones homosexuales de la Gestapo, el Kriminalrat Josef Meisinger, había amenazado a Schmidt con un mal final si se retractaba de su testimonio jurado. Fritsch fue absuelto.

No hay pruebas de que Hitler estuviera implicado en esta oscura intriga de la Gestapo. Uno de los oficiales de Meisinger había revisado la cuenta bancaria de Lichterfelde en enero, de modo que Meisenger se dio cuenta por fin del error que había cometido. Poco después de que empezara el juicio, Himmler le guardó las espaldas mandándole a Viena; a pesar de aquel error garrafal su prestigio quedó intacto.

No ocurrió lo mismo con el prestigio del general von Fritsch. Un día después de su absolución, escribió a su abogado: «Si el Führer permitirá mi rehabilitación y hasta qué extremo, son cosas que aún están por ver. Me temo que se opondrá con todas sus fuerzas. Las conclusiones finales de Göring parecen confirmarlo en parte.»

Fritsch recordaría en sus notas personales:

«Tanto antes de finalizar el interrogatorio de los testigos como en el momento de leer el veredicto del tribunal, Göring hizo lo que pudo para justificar a la Gestapo . . . Reconoció la tragedia de mi situación, pero dijo que bajo aquellas circunstancias no se podía hacer nada. Estaba muy claro lo que queda decir en realidad: "Gracias a Dios que nos hemos deshecho de él y que no puede volver." Göring no dejó de referirse a mí con énfasis como "el coronel general Von Fritsch (retirado)".»

Hubo que esperar al domingo 20 de marzo para que el general Von Brauchitsch obtuviera una entrevista con Hitler y le pidiera la rehabilitación de Fritsch. «El Führer no parecía muy contrario a mi rehabilitación», escribió Fritsch más tarde. Éste preparó una lista con veinte puntos de los que se podía deducir la existencia de una intriga en la Gestapo. A finales de marzo los incorporó en una carta dirigida a Himmler, que, terminaba con estas palabras: «La actitud de la Gestapo en iodo este asunto ha demostrado que sólo pensaba en demostrar mi culpabilidad», y «por eso te desafío a un duelo con pistolas». Pidió primero a Beck y luego a Rundstedt que llevaran la carta a Himmler en dad de padrinos. Pero los dos fieles partidarios se negaron cortésmente a hacerlo.

Presionado por Brauchitsch, Hitler tomó una de sus hojas privadas de papel timbrado y escribió una carta amable a Fritsch. El general contestó con un dramático sermón sobre la confianza que había creído que existía entre los dos. Hitler le hizo saber que en la siguiente sesión del Reichstag hablaría elogiosamente de él. Pero esto no sucedió, y hacia junio Fritsch fue tan lejos como para escribir una carta abierta a los generales más antiguos informando de su absolución; tal vez esto llegó a oídos de Hitler, porque todos los generales del ejército y de la Luftwaffe que habían asistido a la reunión secreta convocada por Hitler el 5 de febrero, recibieron la orden de ir a un remoto

campo de aviación de Pomerania el 13 de junio para presenciar, en principio, una demostración del equipo de la Luftwaffe. Hitler llegó a mediodía, y más tarde el presidente del tribunal leyó a los generales durante tres horas el fallo del tribunal y las conclusiones del juicio de Fritsch. Más tarde, visiblemente desconceriado, Hitler tomó la palabra: «Caballeros – dijo – he sido víctima de un lamentable error acerca del general Von Fritsch.» Les pidió que se imaginaran el «tormento mental» que le había causado el asunto de Blomberg. En 1936, continuó, no había prestado ninguna importancia al expediente de Schmidt; pero tras el escándalo de Blomberg cualquier cosa le parecía posible. «Las acusaciones contra el general Von Fritsch no han sido fruto de invenciones maliciosas – insistió – sino del error garrafal de un oficial de segunda, eso es todo.» Ordenó que fusilaran al chantajista.

Más de un general se marchó de aquel campo de aviación convencido de que Hitler había dicho la verdad. Brauchitsch informó a Fritsch dos días después de todo lo sucedido. Hitler aceptó el nombramiento honorario de su viejo regimiento, pero de poco sirvió esto para reparar el daño.

«O bien el Führer hace lo posible para que la ley y el orden prevalezcan de nuevo en Alemania – escribió Fritsch – y gente como Himmler y Heydrich se llevan su merecido, o seguirá encubriendo los delitos de esa gente, en cuyo caso temo lo que pueda suceder en el futuro. Ya que el Führer ha sancionado y ha condonado el modo en que la Gestapo actuó en mi caso, siento tener que abandonar la idea de desafiar a Himmler en un duelo. Además, ha pasado tanto tiempo que probablemente parecería algo afectado. Lo que no entiendo y nunca entenderé es la actitud del Führer hacia mí. Tal vez no me perdona que al ser absuelto haya puesto en duda su aura de infalibilidad.»

LA DIOSA DE LA FORTUNA

La mañana del 6 de febrero de 1938 Hitler regresó al Berghof, en lo alto del pueblecito alpino de Berchtesgaden. Aquí venía siempre para reflexionar sobre lo que le esperaba delante.

Desde que había subido por primera vez siguiendo los abruptos senderos de montaña montado en el asiento de atrás de una motocicleta, se había enamorado de aquella ladera de Obersalzberg, una cresta verde cubierta de lagos, pinares, pastos de terciopelo y rebaños de vacas. A finales de los años veinte había comprado aquí una cabaña con los derechos de autor ganados gracias al *Mein Kampf* y a los artículos publicados bajo seudónimo en la Hearst Press y en el *New York Times* de los Estados Unidos. Alrededor de esta cabaña se había construido su Berghof. Allí arriba el aire era limpio y puro. «El aire fresco es el mejor alimento», decía.

Rudolf Hess, su «sustituto», describió la vida que Hitler llevaba diariamente en el Berghof en una larga carta dirigida a su madre fechada el 15 de enero de 1938: «En sus días de descanso al Führer le gusta quedarse despierto hasta muy entrada la noche: Ve alguna película, luego charla un poco – casi siempre sobre asuntos navales si yo estoy con él, porque nos interesan a los dos – y luego lee un rato. Cuando se va a dormir ya es de día. No deja que le despierten antes de la una o las dos de la tarde, a diferencia de Berlín, donde se acuesta casi a la misma hora pero se levanta después de sólo cuatro o cinco horas. Después de un almuerzo en común, normalmente da un paseo con sus invitados duranie media hora o más hasta llegar a un pabellón de té construido hace un año con un panorama estupendo de Salzburgo . . . Es muy acogedor sentarse al calor del enorme hogar en una gran mesa circular que casi ocupa todo el pabellón, también circular, La iluminación la propor-

cionan unas velas repartidas por todas las paredes. [Heinrich] Hoffman [el fotógrafo de Hitler] y señora van por allí muy a menudo – a él le toca hacer de bufón de la corte – también está siempre uno de los médicos del Führer, el doctor [Karl] Brandt o el doctor [Werner] Haase, así como el jefe de prensa, el doctor [Otto] Dietrich, y [los ayudantes Wilhelm] Brückner, [Julius] Schaub, o [Fritz] Wiedemann; a menudo, [Sophie] Stork, a quien ya conoces, anda por allí Eva Braun y su hermana [Gretl]; y a veces también el doctor [Theo] Morell con su esposa [Johanna] y el profesor [Albert] Speer; Speer normalmente se deja ver cuando se planean nuevos edificios. Después de una o dos horas, vamos paseando durante diez minutos hasta llegar a un grupo de vehículos que nos esperan para llevarnos a casa.»

Hitler encargó a Martin Bormann, jefe de personal de Hess, que dirigiera el Berghof. Este puesto hizo que Bormann acabara controlando también la servidumbre de Hitler. Bormann, un antiguo administrador de propiedades procedentes de Mecklemburgo, era muy trabajador y se cuidaba de que Hitler se diera cuenta de ello: por ejemplo, llamaba por teléfono para aceptar la invitación de rutina de almorzar con Hitler, y luego la cancelaba «por el exceso de trabajo». Para los burócratas y soldados perezosos y entregados a los placeres este amor al trabajo convirtió a Bormann en un personaje de lo más detestable. «Desde 1933 he trabajado como un mulo – escribió a unos funcionarios del partido tras la extraña deserción de Hess en 1941. No, mucho más que un mulo; un mulo aún descansa de noche y no trabaja los domingos.»

Cualquier palabra de Hitler se converiía en una orden para Bormann. Bormann adquirió los terrenos adyacentes al Berghof para preservar su intimidad. En una ocasión Hitler mencionó que una finca le estropeaba el panorama: cuando Hitler volvió a ver el paisaje, la finca había desaparecido, el terreno se había nivelado y se había plantado césped. El 13 de junio de 1937, un domingo, Bormann anotó en su diario: «A causa del calor del verano, el Führer expresó su deseo de que hubiera un árbol allí donde pasaba el "desfile" de cada día. Ya he pedido un árbol a Munich.» Cuatro días después ya se había plantado un tilo.

Miles de personas se concentraban cada día en el Berghof para ver a Hitler en persona. «El Führer se encuentra ahora en el Obersalzberg – escribió el arquitecto del plan de autopistas Fritz Todt a un amigo – los días en que no tiene nada especial para hacer deja pasar a su jardín a quien quiera hacerlo después del almuerzo, hacia las dos o las tres de la tarde, y le saluda con la mano. Las de Obersalzberg, son siempre procesiones muy alegres . . . La gente saluda mientras va pasando tranquilamente, pero no se les permite gritar ni hacer nada parecido. Solamente los niños pueden dar saltos en presencia del Führer.»

La parte más sobresaliente del reconstruido Berghof era el Gran Salón, con unos veinte metros de longitud. Una de las paredes se había convertido en toda su superficie en una ventana panorámica. Los que visitaban aquello por primera vez y pasaban al Gran Salón por un momento tenían la extraña sensación de estar mirando un cortinaje de un verde muy vivo, hasta que sus ojos calan en la distancia y en las diferentes formas de los árboles de la montaña de Untersberg.

De las canteras del Untersberg se extraerían después los bloques de mármol rojo con los que Hitler reconstruiría la Cancillería de Berlín. La leyenda decía que en aquella montaña descansaba el emperador medieval Barbarroja, y que allí seguida durante mil años hasta el día en que Alemania le necesitara, y entonces volvería. En el Gran Salón había una mesa muy larga recubierta de mármol rojo procedente del valle. En. ella, cada mañana los ayudantes dejaban el correo, la prensa y los últimos despachos de Berlín. Sobre este mismo mármol rojo pronto se extenderían los mapas de Europa y las cartas de todos los océanos del inundo. Una fotografía de 1940 muestra al Führer inclinado sobre los mapas y rodeado por generales y ayudantes. Las macetas con plantas se han dejado en uno de los extremos de la mesa, justo al lado de la carrera de piel de Schmundt que éste ha dejado distraídamente, Alfred Jodl, jefe de operaciones de la Wehrmacht, permanece de pie con cara inexpresiva y con los brazos cruzados frente a un lujoso tapiz.

En el reverso de la instantánea el mismo Jodl ha escrito con lápiz: «31 de julio de 1940; en el Berghof. El Führer explica con más detalles una decisión tomada poco antes; menos mal que los mapas no se pueden reconocer.» Los

mapas son de la Unión Soviética. Los días iban pasando en el Berghof en medio de una gran monotonía con la casa de gruesos muros envuelta en un silencio monacal interrumpido a veces por los ladridos de dos terriers escoceses propiedad de una joven que vivía anónimamente en el piso de arriba, o por las risas de los hijos de un ayudante que venían de visita. Hitler dormía toda la mañana y, mientras, la servidumbre limpiaba con sigilo las puertas o quitaba el polvo de las obras de arte: aquí un Tintoretto o un Tiépolo, allí un pequeño Schwindt. Hitler presidía siempre el almuerzo con la joven sentada a su ízquierda: la conversación giraba en torno al cine, al teatro o a la moda. Pero las comidas eran de una sencillez puritana. En otra época de su vida Hitler había comido carne, pero se convirtió repentinamente al vegetarianismo tras un suicidio ocurrido en su apartarnento de Munich en 1931; una manía que luego explicó dando varias excusas: que cuando comía carne podía percibir los olores del cuerpo; o que la mandíbula humana estaba hecha para los alimentos vegetarianos. Hitler amenizaba las comidas del Berghof hablando con una exactitud repugnante de los diferentes procesos que había observado en un matadero, y de nada servían los esfuerzos que hacía la joven para que él dejara de torlurar a los inocentes visitantes que iban al Berghof.

Después de cenar se corrían los tapices del Gran Salón y se proyectaba una película. Hitler siguió haciéndolo cada noche hasta que Europa entró en la guerra a una orden suya. Tenía un enorme interés hacia el cine; Bormann le presentaba cada semana listas de películas del ministerio de Propaganda y pedía algunas de las más corrientes como *El perro de Baskerville* y *Rebelión a bordo* para que el Führer siempre se pudiera entretener con ellas en el Berghof.

Fue aquí, en el Berghof, donde Hitler se propuso realizar el siguiente golpe: una entrevista con el canciller austríaco Kurt Schuschnigg. Las relaciones con Austria seguían oficialmente el tratado de julio de 1936. Schuschnigg era un hombre muy independiente y testarudo, y se negaba a aceptar la dura realidad de la política centroeuropea. En una ocasión admitió ante su amigo el jefe de la policía de Viena que el futuro de Austria era «por supues-

to» inseparable del de Alemania. Pero que de ninguna manera iba a permitir que Berlín le impusiera su política exterior.

Schuschnigg llevaba mucho tiempo soñando con aquel encuentro con Hitler: ahora hablaría al canciller del Reich «de hombre a hombre», dijo. Hitler se mostró muy poco entusiasta al principio, pero en la primera semana de enero le dijo a su embajador especial en Viena, Franz von Papen, que el encuentro podía celebrarse a finales de mes. El día 11, en la recepción al cuerpo diplomático con motivo del Año Nuevo, François-Poncet expresó su deseo de que en 1938 no ocurriera ninguna de las «sorpresas sabatinas» de Hitler, a lo que el ministro de Asuntos Exteriores nazi, Neurath, contestó que la situación interna de Austria era preocupante. En una cena celebrada el 21 de enero con el enviado austriaco, Stefan Tauschitz, Neurath se explicó mejor: «Si se deja una caldera hirviendo y no hay ninguna válvula de seguridad, lo más seguro es que estalle.» Se estaba refiriendo al internamiento continuo de nazis austríacos, lo cual era contrario al espíritu del tratado de julio de 1936. El día 22, Viena tuvo noticias de Berlín referentes a que Göring se jactaba en secreto de que las dificultades del Reich para pagar en efectivo la compra a Austria de materias primas terminarían en primavera. El 26 de enero, el mismo día en que el general Von Fritsch y el chantajista se habían enfrentado en la biblioteca de Hitler, Neurath telegrafió a Viena desde Berlín expresando las intenciones del Führer de celebrar el encuentro en el Berghof hacia el 15 de febrero. Cinco días después Alfred Jodl anotó en su diario unas palabras de Keitel: «[El] Führer quiere que el temor a la Wehrmacht llegue muy lejos, que Europa contenga la respiración . . . Schuschnigg haría mejor en temblar y no en animarse.»

Dos días después, el 2 de febrero de 1938, Hitler cruzó el jardín de la Cancillería hasta llegar al ministerio de Exteriores y nombró a Ribbentrop nuevo ministro de Asuntos Exteriores en lugar de Neurath.

Hitler veía en Joachim von Ribbentrop al perfecto ayudante diplomático, alguien fiel y leal que canalizada sus directrices políticas en las misiones del extranjero; pero Ribbentrop ya contaba con otros admiradores. Una voz,

la de un general del ejército (Carl Heinrich von Stülpnagel) resumió las principales objeciones que tenía contra él:

«Es increíblemente vanidoso . . . Su idea de la política exterior es ésta: Hitler le da un tambor y le pide que lo toque con fuerza, y él toca el tambor con todas sus fuerzas. Al cabo de un rato Hitler le quita el tambor y le da una trompeta, de modo que él toca esa trompeta hasta que se le dice basta y la cambia por una flauta. El problema es que no tiene ni idea de por qué se ha puesto a tocar el tambor, la trompeta y la flauta.»

Ribbentrop era un. año más joven que Hitler. Había servido de oficial en un buen regimiento prusiano. En la posguerra había levantado un próspero negocio de importación y exportación de vinos y alcoholes; gracias a los crecientes beneficios que obtenía, pudo comprarse una casa en el elegante barrio berlinés de Dahlem, y estableció lazos familiares con la familia de los champanes Henkel.

Hitler veía a este nuevo rico como alguien con buenos contactos en el extranjero. No hay ninguna duda de que eligió a Ribbentrop, hasta entonces embajador en Londres, para sustituir a Neurath con la esperanza de ganarse a la opinión pública de la capital británica. Parece que Hitler sólo le puso al corriente de sus ambiciones geográficas más inmediatas (Austria, Checoslovaquia, la antigua provincia alemana de Memel tomada por Lituania en 1923, Danzig, y el «corredor polaco»: la franja de tierra que une Polonia con el Báltico pero que separa la Prusia Oriental del resto de Alemania). Por su parte, Ribbentrop respetaba las confidencias de Hitler. Era un caballero con un sentido de lo *korrekt* que en ocasiones alcanzaba proporciones ridículas. Después de la guerra, y ante los investigadores norteamericanos, se negó a hablar de los detalles del pacto secreto con Stalin realizado en agosto de 1939 alegando que seguía siendo secreto, «es una cuestión de cortesía internacional».

Franz von Papen, enviado especial de Hitler a Viena desde 1934, llegó al Berghof el 6 de febrero de 1938, poco después de hacerlo el mismo Hitler. Éste le había llamado personalmente para hacerle volver rápidamente a Viena con instrucciones de invitar al canciller austríaco al Bcrghof el día 12. Pa-

pen se tragó su orgullo y obedeció; durante los días siguientes, él y Schuschnigg hablaron de las peticiones que unos y otros debían hacerse. Schuschnigg accedió en principio a nombrar ministros de Economía y de Seguridad afines a la causa alemana. Hitler aceptó cerrar la sede del partido nazi de Viena. Para esta reunión tan importante Hitler preparó el escenario con el mismo cuidado que un director de escena de Bayreuth. Los barracones de la guardia que había en el camino de llegada al Berghof se llenaron con unidades de la «legión austríaca»: dicha legión contaba con 120,000 hombres, doblando así el número de soldados de que disponía el ejército austríaco. El centinela de las SS que guardaba la puerta de entrada gruñía en el inconfundible dialecto de Carintia. Mientras Hitler bajaba la escalera para recibir el camión semioruga con el pequeño grupo de Schuschnigg en su interior subiendo por caminos helados, se hizo acompañar de Reichenau y del general de la Luftwaffe Hugo Sperrle, «mis dos generales de aspecto más temible», dijo más tarde a sus ayudantes sofocando una risa. El canciller austríaco produjo una mala impresión en el remilgado Führer. Comentó a su Estado Mayor que Schuschnigg no se había afeitado y tenía las uñas sucias.

La atmósfera de aquellas conversaciones queda muy bien reflejada en el modo en que Hitler lo recordó en mayo de 1942: «Jamás olvidaré la forma en que Schuschnigg se arrugó cuando le dije que se deshiciera de esas estúpidas barricadas que separaban nuestras front eras, pues de no hacerlo estaba dispuesto a enviar un par de batallones de ingenieros para quitarlas de en medio.» Hitler dijo que había decidido solucionar el problema austríaco *so oder so* (de todos modos). Sus consejeros le propusieron un plan alternativo y menos marcial. Schuschnigg también debía firmar. «Es la primera vez en mi vida que tengo que cambiar de opinión», dijo Hitler. Schuschnigg ofreció una dura resistencia a pesar de aquella táctica de intimidación descarada. Durante el almuerzo, los generales de Hitler disertaron en voz alta sobre la Luftwaffe y sus nuevas bombas, y Hitler habló sobre las futuras divisiones panzer. Schuschnigg removía la comida de su plato sin apetito. A continuación, Hitler cambió sutilmente de tono y empezó a hablar con entusiasmo de los planes que tenía para reconstruir Hamburgo con unos gigantescos rascacielos mayores que los de Nueva York: mencionó el colosal

puente que él y Todt iban a construir en el río Elba; el puente más largo del mundo, «Un túnel habría sido más barato – confesó. Pero quiero que los americanos que lleguen a Europa vean por sí mismos que todo lo que pueden hacer ellos lo podemos hacer mejor los alemanes.» También anunció que a finales de 1938 se botaría un nuevo buque de guerra con el nombre de *Almirante Tegethoff*, en honor del héroe austríaco que había hundido la flota italiana en la batalla de Lissa en 1866. «Quiero invitarle a usted, como canciller de Austria, y al almirante Horthy a la ceremonia», prometió Hitler a Schuschnigg. Esto provocó tal entusiasmo que cuando Hitler se retiró con Ribbentrop después del almuerzo – para redactar el documento que Schuschnigg debía firmar – algunos de los visitantes austríacos proclamaron en voz alta «Heil Hitler» ante el estupor general.

Esta buena disposición cambió de repente cuando Schuschnigg vio el acuerdo que se proponía. Se le exigía que nombrara al doctor Arthur Seyss-Inquart ministro de Seguridad, y al doctor Hans Fischböck ministro de Economía para preparar la unión económica entre Austria y Alemania. Todos los nazis encarcelados debían ser indultados y rehabilitados. Ribbentrop expresó de modo terminante a Schuschnigg que estas condiciones no eran negociables. Empezaba una nueva batalla. No era nada fácil conseguir la firma de Schuschnigg. En un momento dado Ribbentrop entró y dijo en tono de queja: «Mein Führer, he llegado a un acuerdo con él en todos los puntos excepto uno: no nombrará ministro de Seguridad a Seyss-Inquart.» Hitler contestó secamente diciendo: «¡Dígale que si no accede, ordenaré la invasión ahora mismo!» (pero era una exageración).

Schuschnigg pidió un plazo de seis días ya que sólo el presidente Miklas podía nombrar nuevos ministros. Hitler volvió a llamarle a su estudio y siguió con sus bravatas. «¿Es que quiere que Austria se convierta en otra España?», llegó a decir en tono de amenaza. Luego pidió a Schuschnigg que saliera de allí, y mientras la puerta se abría Hitler gritó en dirección al gran salón: «¡General Keitel!» Keitel se presentó a toda prisa y Hitler le señaló una silla: « Siéntese aquí.» Pasaron diez minutos antes de que terminara esta estúpida farsa y se volviera a hacer entrar a Schuschnigg. Este firmó el borrador final del acuerdo sin poner más objeciones. Había resistido a la influen-

cia hipnótica de Hitler más tiempo de lo que muchos de los más templados generales de la Wehrmacht hicieron después. «Tengo que admitir – dijo Schuschnigg a un amigo vienés dos días más tarde – que Hitler tiene algo de profeta.»

A pesar de la dureza expresada por Hitler no tenía la menor intención de invadir Austria a la fuerza siempre que Schuschnigg no rompiera su parte del acuerdo. Hitler dijo a su ayudante de la Luftwaffe que Austria se aproximaría al Reich por su propio pie – tal vez aquel mismo otoño de 1938 – a no ser que Schuschnigg hiciera entretanto alguna *Dummheit* (tontería). Sin embargo, por si acaso Schuschnigg abrigaba segundas intenciones, ordenó al OKW que fingiera los preparativos de una «invasión»; el vicealmirante Wilhelm Canaris se encargó personalmente de este asunto desde la sede regional de la Abwehr en Munich.

Al principio estos temores parecían infundados. Poco después de su regreso a Berlín, el 15 de febrero Hitler supo que el presidente Miklas había ratificado en su totalidad el acuerdo firmado en el Berghof. Aquella noche Hitler recibía a todo el cuerpo diplomático: el enviado austríaco Stefan Tauschitz informó después a Viena que le habían llovido felicitaciones por parte de Göring, Goebbels y del mismo Hitler. Hitler anunció a los diplomáticos que la «época de las desavenencias» había terminado.

Sin embargo, este buen humor no duró mucho tiempo. Como si hubieran esperado una señal, la prensa británica y francesa empezaron a publicar historias sensacionalistas sobre el «chantaje» llevado a cabo en el Berghof de Hitler. El resultado fue que el 18 de febrero de 1938 la fuerza aérea alemana recibió de Göring su primera orden provisional de investigar posibles operaciones contra Londres y el sur de Inglaterra en caso de que estallara la guerra en Gran Bretaña. La oficina de inteligencia de Ribbentrop, en manos de Rudolf Likus, supo que al llegar a Viena, Schuschnigg y Guido Schmidt habían «recuperado el equilibrio», y que tenían la intención de sabotear el acuerdo del Berghof.

Hitler cumplió lo acordado, aunque cabe pensar que con diligencia. En su siguiente discurso en el Reichstag pronunciado el 20 de febrero habló elogiosamente de Schuschnigg. Al día siguiente mandó llamar al radical nazi

austríaco Josef Leopold a Berlín y le destituyó. Hitler informó al sucesor de Leopold de que en lo sucesivo debía haber una actitud diferente hacia Austria. El 26 de febrero de 1938, y en presencia de Ribbentrop y de cinco nazís austríacos, repitió que había abandonado por completo la idea de usar la fuerza contra Austria. El tiempo, decía, corría a su favor.

El 3 de marzo Hitler recibió al nuevo *chargé d'affaires* norteamericano, Hugh R. Wilson. En una carta personal dirigida al presidente Roosevelt, Wilson señaló la «falta de drama en esta figura excesivamente dramática», y comentó la formalidad del encuentro. Cuando Wilson había conocido al antiguo presidente Friedrich Ebert, los dos habían comido tranquilamente pan negro y cerveza; pero Hitler ahora le recibía con la rigidez de la etiqueta. El Führer tenía mejor aspecto de lo que Wilson esperaba, más fuerte y erguido, aunque pálido. Las primeras impresiones que Wilson comunicó a Roosevelt fueron sobre el carácter del rostro del Führer, las manos artísticas y delicadas, la sencíllez, la franqueza y la modestia.

El mismo día, el 3 de marzo, vio llegar la iniciativa británica anunciada desde hacía ya tiempo. El embajador sir Nevile Henderson trajo la propuesta desde Londres. El mismo Chamberlain la había expuesto ante el comité de política exterior del gabinete el 27 de enero como un trato por el que la Alemania nazi «llegaría a un acuerdo convirtiéndose en una de las potencias coloniales de África». A cambio, Alemania debía limitar su armamento y reconocer el status quo en Europa.

Hitler miraba con ceño al embajador mientras éste exponía la propuesta en diez minutos; al terminar, el Führer se lanzó a una feroz réplica de treinta minutos: no había nada que hacer hasta que cesara la campaña de prensa que había en Inglaterra contra él. Tampoco iba a consentir la interferencia de terceras personas en Europa Central. Se negó a considerar unilateralmente la limitación de armamento, sobre todo mientras el armamento de la Unión Soviética crecía sin restricciones. Henderson le señaló con paciencia las colonias que se le ofrecían aprovechando el globo terráqueo que había en el estudio de Hitler. Hitler preguntó qué dificultad había en devolver a Alemania las colonias africanas «robadas» después de la guerra mundial.

Hitler pidió a Ribbentrop que volviera a Londres para despedirse oficialmente como embajador – un acto pensado para adular – y le dio instrucciones de descubrir si Chamberlain queda de verdad llegar a una entente. Otras instrucciones de carácter más general recibidas de Hitler se reflejaron en las indicaciones que Ribbentrop hizo al barón Ernst von Weizsäcker el 5 de marzo, cuando le pidió que fuera su nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Ribbentrop se refirió a « . . .un "gran programa" que no puede llevarse a cabo sin la espada. Por lo tanto, habrán de pasar tres o cuatro años más antes de que estemos preparados . . . Lo que aún está por saber es dónde tendrá lugar exactamente la lucha y por qué motivos.

»En la medida de lo posible, hay que llegar a un acuerdo con Austria [*liquidiert*] antes de que se termine 1938.»

En Berlín, Hitler vio al ejército muy inquieto por la creación del OKW. Se avecinaba la tormenta.

El Estado Mayor general dio su opinión el 7 de marzo de 1938. El, general Walther von Brauchitsch, general en jefe, firmó el memorándum redactado por el general Ludwig Beck junto con su secretario Erich von Manstein. Su propuesta consistía en que el ejército de tierra debía tener predominio en cualquier orden de la Wehrmacht. A la luz de una guerra mundial librada en su mayor parte por bombarderos y submarinos, el memorándum de Beck resultaba un triste fracaso. Además, en cierio modo insultaba a Hitler de forma gratuita. En épocas pasadas, reconocía el documento, cualquier monarca podía convertirse en jefe militar si así lo quería, como en el caso de Federico el Grande y Napoleón; pero ahora «ni siquiera un genio» podía encargarse de la dirección política y militar al mismo tiempo. Beck alegaba con acierto que en una guerra había que distinguir dos funciones muy diferentes: la organización de la economía de guerra en manos de «un secretario del Reich para la guerra», y la dirección de las operaciones estratégicas a cargo de un «jefe del Estado Mayor general del Reich». Dado que el equilibrio de las futuras guerras estaría en manos del ejército, estaba claro que era el ejército quien debía asumir esa dirección estratégica.

«Cuanto más se perfila la guerra en el este, y que será una cuestión de conquista de territorios . . . se hace más claro que, a la larga, el éxito del ejército decidirá la victoria o la derrota de la nación que luche en esa guerra.

»En cuanto a nuestros enemigos del este, hay que tener en cuenta que no se puede dañar mortalmente a Rusia y a Polonia por mar o por aire; y aunque se destruyan las ciudades y los centros industriales de Checoslovaquia, sólo se la puede obligar a entregar algunos territorios, pero no a entregar por completo su soberanía.»

El documento defendía la idea de que la marina y la Luftwaffe debían limitarse a una función principalmente defensiva para «mantener abiertas las vías marítimas» y para «defender la patria». Beck ni siquiera llegó a pensar en la posibilidad de una guerra naval prolongada, de una campaña submarina, de operaciones como el desembarco de Holanda, del bombardeo de Belgrado y de la destrucción de las fuerzas aéreas polacas, francesas y rusas.

Hitler dijo a sus ayudantes que el documento exigía precisamente lo contrario de lo que había ordenado el 4 de febrero. «Si el ejército hubiera tenido algo que ver con ello – recordó más tarde el mayor Rudolf Schmundt – hoy la Renania no sería libre, ni habríamos podido volver a imponer el servicio militar obligatorio, ni habríamos llevado a cabo el tratado naval, ni habríamos entrado en Austria.»

«Ni habríamos entrado en Austria»: hacia el mediodía del 9 de marzo de 1938, Hitler oyó rumores de que Schuschnigg iba a saltar repentinamente con un plebiscito para decidir el futuro de Austria. Ésta era la *Dummheit* que Hitler estaba esperando. La única pregunta del plebiscito se había formulado de tal modo que cualquier austriaco que votara «no» podía ser acusado después de alta traición (ya que los votantes tenían que poner su nombre y su dirección en las papeletas). Algunos ministros querían que la edad. mínima para votar fuera de dieciocho años, reservando a los miembros del partido el derecho a voto; otros reclamaban que la constitución establecía la mayoría de edad a los veintiún años, pero Schuschnigg la subió arbitrariamente a veinticuatro años para el plebiscito – pensando que los nazis eran sobre todo un partido de jóvenes – y estipuló que los votos debían entregarse a los funcionarios de su propio partido y no en las urnas electorales de costumbre. Si

una de las papeletas con el «sí» se tachaba para poner en su lugar un «no», el voto contaría como un «sí». No había papeletas para el «no».

Hitler envió a su agente Keppler a Viena con instrucciones de detener el plebiscito; si no podía, debía insistir en una cuestión suplementaria tratando de averiguar la actitud del pueblo austríaco hacia la idea de unirse con el Reich. Aquella misma noche Schuschnigg anunció oficialmente el plebiscito. Hitler escuchó la emisión de radio desde Innsbruck, dio un puñetazo a la mesa y exclamó: «¡Hay que hacerlo . . . y hacerlo ahora!» Un mes después Hitler reconoció: «Cuando Herr Schuschnigg rompió el acuerdo el 9 de marzo, sentí en aquel momento la llamada de la Providencia.»

Hacia medianoche Hitler se reunió con los suyos, Göring, Goebbels y Bormann, en la Cancillería y anunció su decisión de forzar una solución rápida al problema de Austria. Reinhard Spitzy, el secretario personal de Ribbentrop, recibió la orden de ir inmediatamente a Londres con una carta pidiéndole que informara inmediatamente sobre cuál podía ser la reacción de Gran Bretaña. La mayor preocupación de Hitler eran los poderosos vecinos y amigos de Austria. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para escribir al día siguiente a Mussolini rogándole su apoyo (el texto completo, encontrado siete años después en el escritorio de Göring, muestra a un Hitler justificando su entrada en Austria, pero también dejando muy claro que el próximo paso iba a ser contra Checoslovaquia). Alfred Jodl anotada en su diario: «Italia constituye el problema más delicado: si no actúa contra nosotros, los demás tampoco lo harán.»

Hacia las diez de la mañana del día 10 de marzo, mientras se reclamaba la presencia de Keitel en la Cancillería, Hitler había decidido provisionalmente invadir Austria en dos días. Neurath, satisfecho de que Hitler le escuchara en ausencia de Ribbentrop, también aconsejó apoderarse rápidamente de Austria. Keitel mandó un mensajero al cuartel general de la Wehrmacht para recoger los planes de la operación. Pero a pesar de la orden que Blomberg había dado en junio de 1937, no existían tales planes, sólo los de «Otto». Entretanto, Keitel fue a buscar al general Beck, y le preguntó qué planes había preparado el Estado Mayor general para la invasión de Austria. Beck contestó conteniendo la respiración: «Ninguno.» Al volver a la Cancillería

repitió lo mismo a Hitler. Como máximo, podía llegar a movilizar dos cuerpos del ejército. Beck exclamó con remilgos: «No puedo responsabilizarme de una invasión de Austria»; a lo que Hitler contestó secamente: «No tiene por qué. Si usted no se mueve, mis SS llevarán a cabo la invasión. Marcharán con bandas musicales. ¿Es eso lo que quiere el ejército?» En octubre, en una carta dirigida a Hossbach, Beck se lamentaba amargamente de que aquélla había sido su primera y última reunión militar con Hitler, y que sólo había durado cinco minutos.

La Luftwaffe no puso ninguna objeción. Göring ofreció inmediatamente 300 aviones para vuelos de propaganda. El cuerpo diplomático también se movió de prisa, como muestra el diario de Weizsäcker:

«6.30 de la tarde; sé por Neurath que vamos a invadir el día 12 de marzo . . . Insisto ante todo en que arreglemos la situación interna de Austria de tal modo que desde allí se nos pida que intervengamos, y entremos con buen pie en la historia. A Neurath le parece una idea nueva, pero logrará implantarla en la Cancillería del Reich.»

Hacia las ocho de la tarde, el nazi austríaco Odilo Globocnig llegó a la Cancillería y convenció a Neurath de que propusiera a Hitler que Seyss-Inquart debía telegrafiar una «llamada» a Berlín pidiéndole intervención alemana. Hitler redactó un texto adecuado. El telegrama (que Seyss-Inquart nunca llegó a ver) pedía a Hitler que mandara tropas para restablecer el orden que la agitación, el asesinato y el derramamiento de sangre habían roto en Viena.

Durante la cena celebrada en su casa, Göring entregó el borrador del telegrama al general austríaco Glaise-Horstenau para llevarlo a Viena. Hitler ya había dado al general un velado ultimátum para que Seyss-Inquart entregara el telegrama al mismo Schuschnigg. A las dos de la mañana dio la orden para la operación de la Wehrmacht, «con el fin de restaurar las condiciones constitucionales» en Austria. «Yo mismo me encargaré de toda la operación . . . »

Hitler no durmió mucho aquella noche. Reinhard Spitzy llegó de Londres a las cuatro de la madrugada (Hitler le había telefoneado personalmente la noche anterior usando un nombre en clave). Hitler le ofreció el

desayuno y le leyó el veredicto de Ribbentrop sobre la probable reacción de Gran Bretaña ante la invasión, «Estoy convencido – había escrito el ministro – de que por ahora Gran Bretaña no hará nada contra nosotros, pero se moverá para tranquilizar a las demás potencias.»

Aquella mañana, la del 11 de marzo, el ayudante de Goebbels, Alfred-Ingemar Berndt, dio órdenes confidenciales a los representantes de la prensa de Berlín: «Hay que dar algo más de énfasis a lo que pasa en Austria; los periódicos de formato reducido deben ponerlo en titulares, y los periódicos políticos lo tratarán a dos columnas. Deben evitar demasiada uniformidad.»

Brauchitsch permaneció en la Cancillería casi todo el día. Cuando el general Heinz Guderian pregunto sí podía adornar sus tanques con banderas y flores para acentuar la naturaleza «pacífica» de su operación, Hitler se mostró entusiasmado con la idea. Las líneas telefónicas entre Berlín y Viena estaban saturadas con las intrigas. Un fallo en el teléfono de la Cancillería incluso obligó a Hitler y a Göring a dirigir sus conversaciones desde una cabina telefónica situada en el invernadero.

El agente especial de Hitler, Wilhem Keppler, no perdía de vista a Seyss-Inquart en Viena para asegurarse de que este vacilante y escrupuloso ministro nazi hacía lo que el Führer le había dicho. Schuschnigg buscó evasivas durante las horas posteriores al plazo límite establecido por Hitler. Se podía oír la voz de Göring desde la cabina telefónica dando órdenes a voz en grito a sus agentes de Viena. La misión de Göring era asegurar que Schuschnigg dimitiera antes del anochecer. Schuschnigg por fin aplazó el plebiscito, pero – después de discutirlo con Hitler – Göring llamó a Seyss-Inquart para decirle que antes de las cinco y media el Führer quería saber con claridad si el presidente Miklas había invitado a Seyss-Inquart a formar el nuevo gabinete. Seyss-Inquart expresó la esperanza de que Austria seguiría siendo independiente aunque mantuviera su carácter nacionalsocialista. Göring le dio una respuesta sin compromisos.

Ya eran más de las cinco y media. Göring ordenó a Seyss-Inquart y al agregado militar, el general Wolfgang Muff, que fueran a ver al presidente: «Díganle que no estamos jugando . . . Si Miklas no ha sido capaz de comprenderlo en cuatro horas, entonces díganle que ahora sólo tiene cuatro mi-

nutos para hacerlo.» Seyss-Inquart respondió con voz débil: «Oh, bien.» A las ocho volvía a llamar desde Viena: nadie había dimitido; el gobierno de Schuschnigg sólo se había «retirado» dejando que las cosas sucedieran por sí mismas.

Durante media hora tuvo lugar una agitada discusión en la Cancillería a propósito de esta extraña posición, con Göring a favor de la intervención militar inmediata, y Hitler que escuchaba pasivo y silencioso. Luego, mientras volvían cabizbajos desde la cabina telefónica a la sala de reuniones, Hitler se dio una, palmada en la pierna, alzó la mirada y anunció: «*Jetzt jeht's los – voran!*» («Bien, será ahora mismo: ¡En marcha!»)

Hacia las ocho y media Hitler firmaba la orden correspondiente, La invasión dada comienzo por la mañana.

Un poco más s tarde, a las 8.48, Keppler llamó por teléfono desde Viena para informar que Miklas había disuelto el Parlamento y había dado órdenes al ejército austríaco para que no ofreciera resistencia. Hacía las diez de la noche, el importantísimo telegrama con la supuesta firma de Seyss-Inquart también había llegado: en nombre del gobierno provisional austríaco, pedía a las tropas alemanas que restauraran el orden. Hacia las diez y media, Hitler también sabía que Mussolini veía con buenos ojos la ocupación alemana de Austria. Un Hitler histérico suplicó por teléfono a su enviado especial en Roma: «¡Diga a Mussolini que nunca le olvidaré por esto! . . . ¡Nunca, nunca, nunca! ¡Pase lo que pase!»; y añadió: «Cuando se acabe este asunto de Austria, estoy dispuesto a apoyarle incondicionalmente.»

Al colgar el teléfono, Hitler confesó a Göring que aquél era el día más feliz de su vida. Por primera vez en casi diez años podría volver a su Austria natal y visitar la tumba de sus padres en Leonding.

Hitler pidió a su ayudante Brückner que se asegurara de que Ribbentrop permaneciera en Londres por lo menos dos o tres días más haciendo de «pararrayos». Si todo iba bien, la próxima reunión con Ribbentrop seda en Viena. Neurath palideció cuando se enteró de esto, y rogó a Hitler que aún no se arriesgara con Viena; con Braunau, el lugar de su nacimiento, tal vez, pero no con Viena. Hitler insistió y le ordenó absoluta discreción.

Por primera vez en dos días, Hitler se retiró a descansar; pero ni a él ni a Keitel se les dejó dormir demasiado, ya que muchos generales y diplomáticos inquietos le telefonearon rogándole que detuviera la operación «antes de un derramamiento de sangre». Brauchitsch y Beck llamaron por teléfono varias veces a Keitel y a Weizsácker aquella noche para pedirles que intervinieran. El jefe de operaciones del OKW, el general Max von Viebahn, bombardeó a Keitel con llamadas telefónicas; y a las dos de la madrugada, Viebahn puso en comunicación al agregado militar, general Muff, con el teléfono del dormitorio de Hitler. A la mañana siguiente, Viebahn sufrió un ataque de nervios y se atrincheró en un despacho del ministerio de la Guerra arrojando tinteros contra la puerta, como un Lutero, pero a lo militar (Jodl ocupó su puesto).

Como de costumbre, todo sucedió en sábado. A las seis de la mañana del día 12 de marzo, Hitler partió de Berlín en avión. En el centro de operaciones de Munich del general Fedor von Bock se le puso al corriente de la marcha de la operación. Las multitudes habían recibido a los «invasores» alemanes llenas de entusiasmo; tropas austríacas y veteranos de la guerra mundial se alineaban por las carreteras saludando y luciendo con orgullo viejas medallas prendidas en los pechos. Checoslovaquia permaneció a la expectativa. Como Hitler comentó irónicamente a Franz Halder, el general que se sentaba a su lado en un mar de lágrimas, parecía que Checoslovaquia tenía un repentino deseo de complacerle. A las cuatro Hitler cruzó la frontera próxima a Braunau y prosiguió la marcha erguido en el asiento delantero de su Mercedes descapotable mientras saludaba y mientras su conductor, Erich Kempka, reducía la velocidad para no atropellar a la multitud histérica que se les echaba encima. Llegaron a Linz al atardecer, en medio del entusiasmo de un millón de austríacos. Hitler salió al balcón del ayuntamiento y se dirigió a la multitud: «Si la Providencia me sacó una vez de esta hermosa ciudad y me escogió para dirigir el Reich, seguramente fue porque había una misión pendiente, y esa misión sólo podía ser una: ¡devolver mi querido país natal al Reich alemán!»

Al día siguiente por la tarde Hitler se dirigió en automóvil hasta Leonding, lugar donde estaban enterrados – y aún hoy lo están – sus padres. Ca-

mino de regreso a su hotel, Hitler dio una forma más clara a una idea que se le había ocurrido durante la noche: en un principio, había previsto la formación de una Austria autónoma gobernada por su propio presidente electo, pero ¿acaso no podía permitirse el lujo de proclamar ahora la unión total de Austria con el Reich, o sea, el *Anschluss*? Estaba claro que el pueblo austríaco le apoyaba de forma abrumadora. Mandó un mensajero por avión para saber la opinión de Göring, y llamó por teléfono a Viena para que Keppler pidiera a Seyss-Inquart la comunicación inmediata de esta idea ante su gabinete. Cuando estos dos últimos llegaron aquella misma noche confirmaron que el gabinete austríaco accedía al *Anschluss* con el Reich. Y así tomó Hitler aquella decisión. «La diosa Fortuna sólo pasa una vez – observó ante sus ayudantes – si no se aprovecha entonces, no habrá una segunda oportunidad.»

No es necesario que sigamos el avance triunfal que Hitler realizó al día siguiente camino de Viena. El cardenal Theodor Innitzer, arzobispo de aquella ciudad, le había llamado por teléfono pidiéndole permiso para hacer doblar todas las campanas de Austria en señal de bienvenida, y pidió estandartes con la cruz gamada para decorar los campanarios mientras Hitler entraba en la capital. A las dos de la tarde del día 15 de marzo, le rindieron honores con un gran desfile militar ante el monumento a María Teresa. Las tropas de la Wehrmacht desfilaron con regimientos austríacos, todos adornados con flores y banderas. Un millar de cazas y bombarderos de las dos fuerzas aéreas – al mando de un oficial alemán y de otro austriaco – tronaron sobre los tejados de la capital. El barón Von Weizsäcker, que había llegado con Ribbentrop, escribió ese mismo día: «¿Quién de nosotros no se acuerda de aquella pregunta que tanto se repitió en los primeros años: de qué nos sirvieron los sacrificios que hicimos en la guerra mundial?»

Ahora tenía la respuesta. La ciudad entera había enloquecido con gritos de entusiasmo. Estaban contemplando el resurgir de la grandeza alemana, de una nación derrotada a pesar de haberse desangrado, de un país dividido por el armisticio, de un país humillado y mutilado por la deuda internacional; y ahora, a pesar de todo, de nuevo surgía en el corazón de Europa

una nación a la que había unido uno de sus hijos mas humildes, un jefe que les prometía una era de grandeza y prosperidad.

La noche caía sobre Viena, ahora una simple capital de provincia, y Hitler se abrochaba el cinturón de seguridad ocupando un asiento a la izquierda del pasillo del Junkers. Volaban hacia poniente, con unos tonos cambiantes de rojo y oro tiñendo el escarpado perfil de los Alpes. A su derecha, el general Keitel podía ver desde ahí arriba la zona de la Bohemia y Moravia. Hitler, con lágrimas en los ojos, llamó su atención sobre Austria, ahora visible en aquel lado del avión. «¡Todo eso vuelve a ser alemán!»

Al cabo de un rato, Hitler volvió a inclinarse sobre el pasillo. Sentado detrás de ellos, el ayudante de Keitel vio a Hitler mostrando un recorte de prensa muy arrugado que no había soltado en ningún momento desde su marcha de, Viena. Se trataba de un mapa con las nuevas fronteras del Reich. Checoslovaquia estaba cercada ahora por tres lados. Hitler puso la mano izquierda sobre el mapa de modo que podía rodear las fronteras de Checoslovaquia con los dedos índice y pulgar. Guiñó el ojo al general del OKW y poco a poco fue uniendo los dos dedos hasta quedar fuertemente apretados.

«VERDE»

Hitler daba comienzo a su nuevo estilo de diplomacia. Vio con satisfacción que a partir de ahora las potencias occidentales no iban a luchar si conseguía hacerles ver cada una de sus exigencias territoriales como algo razonable. Cuando el 9 de marzo de 1938, el general Walther von Brauchitsch le propuso terminar el reforzamiento de las defensas a lo largo de los ríos Mosela y Rin a comienzos de 1939, Hitler no vio ninguna necesidad de alarmarse. El 10 de noviembre explicaría a unos periodistas nazis en una reunión confidencial: «La situación general del mundo nunca nos había sido tan favorable para reclamar nuestros derechos.»

La siguiente víctima, como ya se lo había indicado a Mussolini, iba a ser Checoslovaquia. A través de los servicios de inteligencia, Praga se mostró dispuesta a buscar una solución al problema de los alemanes que vivían en los Sudetes, dentro de sus fronteras. Pero Hitler no tenía la menor intención de aceptar ninguna solución propuesta por los checos. El 19 de marzo se reunió con los principales jefes del partido nazi, y ese mismo día el doctor Goebbels transmitió una circular secreta a la prensa nazi para que utilizaran la palabra *Grossdeutsch* – la gran Alemania – aunque de forma moderada. «Naturalmente, hay otros territorios que pertenecen al mismo Grossdeutsches Reich; ya los reclamaremos en el momento oportuno.» En una conferencia del partido, Hitler manifestó la intención de convocar una votación por toda Alemania y Austria el 10 de abril para confirmar el Anschluss. Ésta era la pregunta: «¿Acepta a Adolf Hitler como nuestro Führer y, por tanto, acepta la reunificación de Austria con el Reich alemán como se efectuó el 13 de marzo de 1938?» El resultado desbordó al mismo Hitler. De los 49,493,028 con derecho a voto, votaron 49,279,104; y de éstos, 48,751,857

adultos (el 99,08%) confirmaron su apoyo a las medidas de Hitler. Tanta unanimidad resultaba casi desconcertante.

La campaña electoral de abril de 1938 le hizo dueño y señor de ambos países. El día 11 inauguró las obras de un nuevo plan de autopistas diseñado para Austria. Su oficial médico, Hanskarl von Hasselbach, escribió más tarde: «Kilómetro tras kilómetro, la gente se arnontonaba a ambos lados de las carreteras con un entusiasmo incontenible. Muchas personas se echaban a llorar al ver a Hitler.»

Hitler dio instrucciones a Ribbentrop para que el ex canciller Schuschnigg recibiera un trato digno y se le proporcionara un refugio tranquilo en cualquier parte. Pero al cabo de unos años – como tantas otras órdenes de Hitler – esto acabó por olvidarse, y Schuschnigg fue internado en un campo de concentración hasta que le liberaron en 1945.

Casi inmediatamente Hitler inició actividades subversivas en los Sudetes. La tarde del 28 de marzo habló de los problemas tácticos con Konrad Henlein, el jefe del partido alemán de los Sudetes. Canaris había «descubierto» a Henlein en 1935, y desde entonces la Abwehr se había encargado de instruirle en operaciones subversivas, logrando una poderosa organización política entre los 3,200,000 alemanes de los Sudetes. Dentro del más alto secreto, Hitler se reunió con él en compañía de Ribbentrop y de Lorenz, el Gruppenführer de las SS, y le confió dos misiones: la primera consistía en formular una serie de demandas a los checos de forma que, aunque fueran razonables, no existiera el peligro de excesiva consideración por parte del dirigente checo doctor Eduard Beneš; la segunda tenía por objetivo persuadir a los ingleses para que no intervinieran usando la influencia que Henlein se había ganado en Londres.

Los preparativos militares empezaron de forma simultánea. El mismo día, el 28 de marzo, Keitel firmó una orden dirigida al ejército de tierra y a las fuerzas aéreas para que modernizaran los principales puentes que cruzaban el Danubio y las carreteras austríacas que llevaban a Checoslovaquia. El día 1 de abril, el Estado Mayor general telefoneó al general Wilhelm von Leeb con las órdenes que debía transmitir a Beck: Leeb estaría al mando del

Séptimo Ejército, que actuaría contra Checoslovaquia desde suelo austríaco. A nadie se le escapaba la aversión que Beck tenía hacia los checos. En una carta fechada el 21 de julio, Manstein se refería al «ansia feroz» con la que Beck esperaba la destrucción de Checoslovaquia. En diciembre de 1937, en una conversación con Jenö Rátz, el jefe del Estado Mayor general húngaro, Beck se había referido a este país como un apéndice del suelo alemán: «Alemania no puede luchar en ninguna guerra mientras siga existiendo.» Pero tambiéri creía que Checoslovaquia era inexpugnable.

Beck parecía no darse cuenta de que los estados modernos eran vulnerables por otros medios, y de que el ejército era sólo un arma más del arsenal de Hitler. Sin embargo, Hitler y el OKW esperaban llevar a cabo las futuras campañas con algo más que cañones y pólvora. A diferencia de sus generales, Hitler ya conocía de antemano muchas de las cartas con las que jugaban sus contrarios. La Forschungsamt de Göring y los descrifradores de Ribbentrop leían con regularidad los telegramas entre Londres, París y sus misiones en el extranjero, así como los mensajes cifrados de los diplomáticos italianos y húngaros de Berlín. Muchas de las decisiones de Hitler que entonces enfurecían a sus generales por su aparente falta de lógica, se pueden explicar por este conocimiento ilícito de los planes de sus oponentes.

Los lazos de unión entre Alemania y la Italia fascista eran ya un hecho, y Hitler esperaba firmar con Mussolini un tratado en toda regla durante la visita oficial que iba a realizar a Italia. El 2 de abril, al despedirse de Hans-Georg von Mackensen, a punto de partir éste hacia Roma en calidad de nuevo embajador, Hitler repitió que había decidido cerrar la disputa por la región del sur del Tirol en favor de Italia; las fronteras alemanas con Italia, Yugoslavia y Hungría eran definitivas. «Nuestras aspiraciones – dijo Hitler – están al norte. Después de los Sudetes alemanes, tendremos nuestro objetivo en el Báltico. Debemos centrar nuestra atención en el Corredor Polaco y, tal vez, en los demás estados bálticos. No es que queramos a otros pueblos no alemanes en nuestros dominios, pero si no hay más remedio, entonces serán los países bálticos.»

Weizsäcker apuntó estas palabras. También dejó constancia de lo que Hitler había dicho a Neurath el 20 de abril, el día de su cumpleaños, a propósito de que se avecinaban muchos y rápidos triunfos en el extranjero. Sólo había que esperar la hora propicia, prepararse convenientemente y, entonces, atacar con la velocidad de un rayo.

Hitler no quiso arriesgarse con el asunto checo hasta estar seguro de que tenía el apoyo de Mussolini. Si, una vez en Roma, Mussolini le confiaba que tenía la intención de aumentar su imperio en África, Hitler podría entonces pedir el apoyo italiano para Checoslovaquia a cambio de ayuda alemana en África. Y así, como expresó ante Schmundt en abril, «volveré de Roma con Checoslovaquia en el bolsillo».

El 21 de abril, dio instrucciones a Keitel para preparar la orden pertinente del OKW. La táctica perfecta consistía en una invasión sorpresa, pero la opinión no la aceptaría a no ser que ocurriera, por ejemplo, algún incidente antialemán como el asesinato de su enviado en Praga. El ejército de tierra y las fuerzas aéreas alemanas debían atacar al mismo tiempo para dejar Checoslovaquia aislada y desmoralizada mientras los tanques alemanes arrollaban Pilsen camino de Praga. Esta batalla principal debía terminar en cuatro días.

Al día siguiente, Hitler mandó llamar al enviado húngaro Döme Sztójay y le confió que gracias a la futura conquista de Checoslovaquia, Hungría podría recuperar el territorio que había perdido después de la guerra mundial, incluyendo a «la antigua ciudad de la coronación húngara»: Bratislava (Pressburg). Sztójay informó de la espléndida noticia a su ministro de Exteriores Kolomán von Kánya en una carta manuscrita y secreta.

El gran desfile militar celebrado con motivo del cuadragésimo noveno aniversario de Hitler no hizo más que recordarle que los años pasaban muy deprisa. Un ayudante le oyó decir por primera vez que sus facultades de decisión estaban al máximo. Por otra parte, siempre existía el peligro de que la bala de un asesino acabara con él. El 23 de abril de 1938 firmó una orden secreta por la que confirmaba a Göring como su sucesor. El 2 de mayo Hitler escribió a mano un testamento por el que se vislumbra extrañamente el ser

humano que pone en orden todas sus cosas, que arregla su propio entierro y lega sus efectos personales a su familia y a su servidumbre.

El gobierno del Reich al completo se reunió en la estación Anhalt de Berlín aquel mismo día para desearle buen viaje a Roma. La última vez que había visto Italia, en 1934, los italianos le había alojado en un tórrido palazzo veneciano con ventanas que no se podían abrir y miriadas de mosquitos. En aquella ocasión había tenido que subirse a una silla en su dormitorio para desenroscar las bombillas ardientes de la araña de luces. Pero esta vez, en mayo de 1938, Mussolini le había preparado una recepción de lujo.

Durante una semana, Hitler pudo examinar el escenario romano y contraponer los poderes del Duce a las prerrogativas del rey. Mientras un tren especial les llevaba por las afueras el día 3 de mayo, Hitler formó a su personal y les advirtió que no debían reírse a carcajadas si veían a una diminuta figura arrodillada en el andén agobiada por el peso de dorados galones, porque se trataba del rey de Italia; y que aunque lo pareciera, no estaba arrodillado: ésa era su estatura. Pero no había forma de eludir al menudo rey Victor Manuel III, ya que técnicamente era el anfitrión de Hitler. La camarilla real no podía haber indignado más a Hitler si hubiera conspirado de verdad para humillar a aquel humilde hijo de un funcionario de aduanas de Braunau. Por un accidente, le cerraron casi en propia cara las puertas de la residencia del rey; y una vez en el palacio, Hitler tuvo que hacer frente por primera vez a la sofocante etiqueta real. El noble italiano que hacía de jefe de protocolo condujo a los huéspedes alemanes por una escalinata larga y poco pronunciada mientras marcaba solemnemente cada paso con un bastón incrustado de oro. Hitler, el nervioso visitante extranjero, rompió el paso y se vio alcanzando al noble uniformado que tenía delante, por lo que se detuvo bruscamente provocando la confusión y el choque de pasos a su espalda; luego reanudó el paso, cada vez más apresurado, hasta que volvió a dar alcance al italiano. Éste hizo como que no se daba cuenta, pero aumentó sensiblemente la velocidad de su propio paso hasta conseguir que toda aquella gente subiera trotando los últimos escalones en una galopada muy poco digna.

No fue el único equívoco. Hitler propuso regalar a los italianos un planetario. Ribbentrop señaló que Italia ya contaba con dos, ambos robados de Alemania como indemnización en la posguerra. «Por eso, me parece – observó Ribbentrop en una nota – que regalar un planetario a Mussoliní no sería muy oportuno.» En una demostración militar celebrada después de las sesiones de trabajo solarriente se habían dispuesto tres sillas doradas para la pareja real, Hitler y Mussolini; forzosamente, los dos dictadores tuvieron que permanecer de pie dejando vacía la tercera silla ante las risas sofocadas de cien mil italianos. Con motivo de un concierto en Villa Borghese, la nobleza ocupó las filas delanteras relegando al fondo a los soldados Rodolfo Graziani, Italo Balbo y Pietro Badoglio. Lo mismo ocurrió en Nápoles, en un desfile militar. Un Hitler grosero tuvo que decir en voz alta que gracias a aquellos generales el rey tenía ahora su imperio de Abisinia; ante lo cual, la fila que tenía atrás se desvaneció para dejar sitio a los generales. Más tarde, como atestiguó Wiedemann a propósito de esto, Hitler exclamó ante Mussolini con evidente mal humor: «Me marcho a casa; no he venido para ver al rey, sino para verle a usted, ¡mi amigo!»

El 10 de mayo volvió a Berlín con unas impresiones algo confusas. Había confirmado sus temores sobre la capacidad militar de Italia. Para los alemanes, el armamento más moderno con el que contaba el Duce, y que había hecho desfilar con orgullo por Roma, ya era anticuado. A Hitler le horrorizaba la ignorancia de Mussolini en cuestiones de tecnología militar; estaría a merced de sus generales, decía, y éstos habían jurado lealtad al rey.

Los italianos eludieron la firma del documento de alianza que Ribbentrop llevaba consigo, y en palabras de Weizsäcker, «nos dieron una bofetada en la cara con un borrador que había improvisado por su cuenta, más afín a un armisticio con el enemigo que a un verdadero vínculo de lealtad firmado entre amigos». Mussolini afirmó que si Alemania y Checoslovaquia llegaban a un conflicto, él permanecería al margen con «la espada envainada». La frase no dejaba de ser ambigua, pero el ayudante de Keitel registró unas palabras pronunciadas por Hitler en una reunión secreía con sus generales el 15 de agosto de 1938: «¿Qué posición tomará Italia? He recibido promesas tranquilizadoras [en la visita a Italia]: ¡nadie va a atacarnos!» Desgraciadamente,

no existe ningún testimonio completo de las indirectas que Hitler evidentemente le soltó a Benito Mussolini a bordo del acorazado *Conte Cavour*. Mussolini le recordó más tarde diciendo que «Alemania se abrirá camino hacia el este por el antiguo camino de los teutones».

Después de su visita a Roma, Hitler ya no tenía ningún respeto por la monarquía. Años atrás, había llegado a insinuar a sus más próximos que un día él se retiraría y cedería el mando supremo a un contendiente de sangre real. Así podría vivir sus últimos años como pensionista en Munich, Ratisbona o Linz, dictando el tercer volumen de sus memorias a Fräulein Johanna Wolf, la más vieja de sus secretarias. En realidad, ya había hablado con el difunto presidente Hindenburg sobre su plan de devolver el trono a un Hohenzollern, con la mirada puesta no tanto en el príncipe heredero, Friedrich Wilhelm, como en tino de los hijos del príncipe.

Después de lo que había visto en Roma, Hitler apartó aquella idea de su cabeza. A su regreso a Berlín, hizo que Göring se pusiera en contacto con los antiguos dirigentes socialdemócratas como Karl Severing, Gustav Noske, Otto Braun y Paul Löbe, y ordenó que aumentaran sus pensiones como reconocimiento por haberse librado de la monarquía. A pesar de todo, el 6 de mayo Hitler envió una rutinaria felicitación de cumpleaños al príncipe heredero Friedrich Wilhelm. El príncipe contestó felicitando a Hitler por su contribución a la paz en Europa. Hitler señaló con sequedad a Wiedemann: «Yo no estoy aquí para asegurar la paz en Europa; lo que yo quiero es que Alemania vuelva a ser grande. Si eso se puede conseguir pacíficamente, tanto mejor. Si no, habrá que buscar otros medios.»

Hitler ya había decidido no esperar más en el tema de Checoslovaquia. Weizsäcker escribió el 13 de mayo a propósito de esto: «Está pensando en solucionar el problema de los Sudetes alemanes antes de que acabe el año, ya que el actual equilibrio de poder [*Konstellation*] puede volverse en cualquier momento contra nosotros.» En seguida se puso en marcha una hábil campaña de propaganda que empezaba por silenciar deliberadamente el problema. Goebbels reunió a los periodistas nazis el día 13: «Vuelvo a recordar-

les que no deben informar sobre ningún incidente de menor importancia en Checoslovaquia.» Había que ganar una guerra sicológica.

Entretanto, Hitler se empleó a fondo en las defensas de la frontera checa que todo el mundo creía inexpugnables. El OKW le informó sobre la envergadura de las fortificaciones: había refugios para cañones contra los que todos los calibres de la artillería no servían para nada, todos dispuestos a intervalos de casi cien metros con nidos de ametralladoras enmedio. Hitler decidió que el ataque debía realizarse desde dentro de las fortificaciones al mismo tiempo que la invasión principal tenía lugar desde fuera. A esto debía seguir una rápida penetración acorazada en Checoslovaquia mientras los bombarderos de la Luftwaffe caían sobre Praga.

La reacción extranjera contra él era ahora mucho más clara. La mayor preocupación era Gran Bretaña. Los agentes de Hitler en Viena habían capturado documentos en los que se revelaba hasta qué punto el enviado británico había predispuesto a Schuschnigg contra Hitler. Cada vez eran más fuertes los lazos de unión entre Inglaterra, Francia y los Estados Unidos: Hitler ya conocía por vía diplomática las conversaciones que mantenían en Londres los Estados Mayores de Inglaterra y Francia; un telegrama descifrado del embajador estadounidense en Londres, Joseph Kennedy, llegó a manos de Hitler a comienzos de mayo; en él se indicaba que si Gran Bretaña estaba preparada para obligar a que los checos aceptaran alguna de las condiciones de Hitler, no iban a darle carta blanca en Europa Central. Después de una conferencia conjunta con la marina el 4 de mayo, el secretario del jefe de operaciones de la Luftwaffe, coronel Hans Jeschonnek, escribió: «La situación política general ha cambiado de un modo radical recientemente, ya que Gran Bretaña surge cada vez más como el principal enemigo de Alemania.» El Führer, por ejemplo, ya se lo había manifestado claramente a Raeder en enero de 1938: «El Führer tiene la impresión de que el programa de construcción naval rio avanza con la rapidez deseada. Compara el esfuerzo de construcción naval con el rápido adelanto de la Luftwaffe y con la energía con la que el mariscal de campo Göring interviene y estimula en sus fábricas.» Pero los astilleros necesitaban obreros especializados, soldadores y materiales específicos; Raeder señaló, además, que el programa de rearme tenía

que competir con el imprudente aumento de proyectos de construcción pública, como las fábricas Volkswagen, el metro de Munich, la reconstrucción de Berlín, de Nuremberg y de Hamburgo, y muchos más.

Hitler hizo caso omiso de aquellas protestas. Su estudiada temeridad con los fondos públicos estaba sacando del estancamiento a la arquitectura alemana anterior a 1933. Ya empezaban a aparecer los nuevos y aparatosos edificios públicos, de cuyo estilo muchas veces se encargaba el mismo Hitler, haciendo esbozos en miniatura de los grandes edificios y avenidas. A Hitler no le gustaba la irregularidad de formas de la vieja escuela de arquitectos alemanes, y nombró arquitecto jefe de Berlín al joven Albert Speer, y lo mismo hizo para Munich con el autodidacta Hermann Giesler. Speer en seguida recibió el encargo de construir una nueva cancillería del Reich, algo ideal, como le comentó Hitler, para recibir e impresionar a las «pequeñas naciones». Pero sus propósitos iban aún más lejos: una noche de octubre de 1941, Hitler explicó lo siguiente en privado:

«Cuando alguien entre en la Cancillería del Reich debe tener la sensación de estar visitando al Dueño del Mundo. Ese alguien tendrá que pasar primero por grandes avenidas en las que se verá el Arco del Triunfo, el Panteón del ejército, la Plaza del Pueblo . . . ¡Cosas que dejen sin aliento! Para todo eso usaremos granito. Con el granito tendremos la seguridad de que nuestros monumentos durarán siempre. Pasarán diez mil años y aún seguirán en pie. Algún día, Berlín será la capital del mundo.»

Hitler también entregó a Speer el proyecto de construcción de un enorme estadio con una capacidad de casi 350,000 espectadores sentados: «En el futuro – dijo – todos los Juegos Olímpicos se celebrarán aquí.»

El 17 de mayo de 1938, el Führer fue hasta Munich en avión en compañía del mayor Schmundt; allí les estaba esperando Martin Bormann con una larga fila de automóviles. El convoy se dirigió hacia el sur, en dirección a Berchtesgaden, a una velocidad considerable, con el sobrecargado Mercedes de Hitler abriendo camino a la escolta y al equipaje, que iban detrás. De vez en cuando Hitler miraba el cuentakilómetros para asegurarse de que no sobrepasaban los ochenta kilómetros por hora, velocidad máxima que él mis-

mo se había impuesto. El ama de llaves y toda la servidumbre habían formado en el patio del Berghof para recibirle. Unos ordenanzas se adelantaron para abrirle la portezuela del coche, y Hitler en seguida desapareció en el interior de la casa. Podía oír a lo lejos los ladridos de los terriers escoceses, y disfrutar del olor familiar de la madera y de la cera pulida, para pasar después al Gran Salón y estremecerse allí ante el espectáculo que ofrecía el mundo extendiéndose bajo sus pies.

Mientras se abría camino por los estrechos senderos de la ladera del Obersalzberg, Hitler empezó a pensar en voz alta ante sus ayudantes de más confianza. A Hitler todavía le inquietaban los generales del ejército de tierra. Fritsch se había ido, pero aún quedaba Ludwig Beck, el jefe del Estado Mayor general, y Beck era uno de esos oficiales que se sentían «más a gusto en sus sillones que en medio de una trinchera», llegó a lamentar Hitler. Además, todavía tenían a Gerd von Rundstedt, el general de más categoría de todo el ejército; pero Rundstedt había ofendido a Hitler hacía poco aconsejándole con muy poco tacto que se olvidara de aquel «estúpido negroide» de Mussolini. Sin embargo, en Austria Hitler había renovado su confianza en el general Franz Halder, el segundo de Beck; ya se había formado una buena opinión de Halder con motivo de las grandes maniobras militares de setiembre de 1937. Hitler decidió que Halder sustituiría a Beck muy pronto.

Días antes, en Berlín, Hitler pidió al OKW que diseñara una orden provisional para la realización de «Verde». El 21 de mayo ya estaba en el Berghof. Empezaba con una alentadora definición de los objetivos de Hitler: «No tengo la intención de destruir Checoslovaquia en un futuro inmediato por una intervención militar a no ser que sea provocada . . . o que los acontecimientos políticos de Europa creen un clima especialmente favorable e irrepetible para hacerlo.» Aquel mismo día Hitler se enteró de que la policía checa había matado a tiros a dos granjeros alemanes de los Sudetes cerca de Eger, y de que el gobierno checo estaba movilizando a 200,000 soldados con el pretexto – completamente falso – de que Alemania ya estaba concentrando tropas para un ataque. Un Hitler indignado ordenó a Keitel y al ministro de Exteriores Ribbentrop que se encontraran con él en Munich. Seis meses después Hitler contó lo siguiente en una reunión secreta: «Pasado el 21 de

mayo, estaba claro que había que acabar en seguida con este problema: *so oder so!* Cualquier aplazamiento lo habría hecho más difícil y habría necesitado una solución todavía más sangrienta.»

Ribbentrop llegó a Munich con un aire muy pesimista. Antes de abandonar Berlín, Brauchitsch le había advertido que el ejército no estaba en condiciones de atacar Checoslovaquía. Schmundt envió a Keitel una lista de problemas planteados por el mismo Hitler: ¿se podía movilizar un número suficiente de soldados sin poner en guardia a las potencías occidentales?, ¿qué capacidad necesitaba una fuerza acorazada alemana para llevar a cabo la invasión por sí misma?, ¿se podía reforzar la frontera occidental?

Las respuestas del OKW llegaron por cable al Berghof: sólo en caso de emergencia había que pensar en una intervención inmediata. Los nuevos cañones pesados de infantería (morteros de trinchera de 15 centímetros) no podían entrar en servicio hasta el otoño, porque no habría munición disponible hasta entonces. Para atacar las defensas del enemigo, Hitler sólo podía contar con veintitrés cañones de 21 centímetros, ocho de los cuales se encontraban en la Prusia oriental. Hitler se pasó toda la semana sin saber qué decidir: atacar ahora o esperar. Se sentía humillado ante el estallido antialemán de la prensa extranjera. Lord Halifax, el secretario de Exteriores británico, tuvo la imprudencia de escribirle instándole a que no empeorara las cosas, como si Hitler lo hubiera empezado todo. Los checos y los ingleses llegaron incluso a manifestar con perversa satisfacción que sólo la orden de movilización de Beneš había obligado a Hitler a echarse atrás.

El miércoles 25 de mayo, Hitler ya había tomado una decisión. Su personal se dio cuenta del esfuerzo mental que había necesitado. Le oían caminar arriba y abajo, hora tras hora, en plena noche. La posibilidad de una guerra con las potencias occidentales se había convenido en una certeza. Su asesor naval, Karl-Jesco von Puttkamer, un capitán que siempre fumaba puros, mandó un cable desde el Berghof al almirante Raeder para que se preparara a reunirse con el Führer en Berlín el viernes 27 de mayo: Puttkamer le comunicó confidencialmente que no se iba a acelerar la construcción de buques de guerra, ya que «el Führer ahora da por sentado que habrá que contar con Francia y Gran Bretaña entre nuestros enemigos».

Hitler volvió a Berlín aquel viernes, e informó a Raeder que los nuevos acorazados *Bismarck* y *Tirpitz* debían terminarse antes de 1940; también ordenó la mejora del armamento de los nuevos cruceros de guerra, el aumento de la capacidad de los varaderos, y la terminación del porcentaje total de submarinos que les permitía el acuerdo firmado con los ingleses en 1935. A pesar de todo, Hitler acabó convenciendo al almirante de que en caso de guerra no habría ningún conflicto naval hasta 1944 o 1945; en eso consistió el plan de contingencia que más tarde analizó el jefe de operaciones navales de Raeder; además, se suponía que el Estado Mayor de la armada había empezado a formular su nuevo programa de construcción de barcos, el *Plan Z*.

Hitler también había decidido empezar la construcción de un muro inexpugnable que recorriera las fronteras occidentales en dos zonas paralelas de defensa; el ejército de tierra debía construir y guarnecer la más adelantada, y de la segunda se encargaría la Luftwaffe. El viernes 27 de mayo, Hitler dio más órdenes al ejército de tierra: debía terminar la construcción de los 1,360 fortines que ya existían, y levantar otros 1,800 fortines más, y 10,000 bunkers antes del 1 de octubre de 1938.

El sábado 28 de mayo, Hitler convocó una reunión de alto nivel con determinados ministros y generales en la Cancillería. Göring, adivinando lo que se estaba tramando, murmuró con recelo a Wiedemann: «¿De verdad se imagina el Führer que los franceses no harán nada si atacamos a los checos? ¿Es que no lee lo que intercepta la Forschungsamt?» Hitler había invitado a Brauchitsch, Beck y Neurath: Ribbentrop no estaba presente, pero su oficial de enlace, Hewel, llegó con el barón Von Weizsäcker. Hitler insistió en que asumía toda la responsabilidad – «sólo una persona puede tomar las decisiones importantes», oyó decirle Beck – y esa decisión que ahora anunciaba es, según testimonio de Wiedemann, la que sigue: «He tomado la decisión irrevocable de borrar Checoslovaquia del mapa de Europa.» Les explicó por qué no había reaccionado en seguida a la provocación que había supuesto la movilización injustificada de Praga: en primer lugar, porque el ejecutivo aún no estaba preparado para romper las defensas de la frontera checa; y en segundo lugar, porque la protección de la retaguardia en el lado occidental de Alemania no bastaba de momento para disuadir a los franceses, Sin embar-

go, dijo, teniendo en cuenta que aún faltan tres años para que los ingleses completen su programa de rearme, y que las fuerzas francesas tampoco están preparadas, tenemos que aprovechar esta oportunidad: «En dos o tres años – dijo – esta debilidad temporal habrá pasado.» Estuvo hablando durante tres horas, pero al terminar todavía no les había indicado exactamente cuándo debla empezar eí ataque contra Checoslovaquia, cuándo se iniciaría «Verde». Había diversidad de opiniones. Neurath dijo a Wiedemann al salir de la Cancillería: «Bueno, por lo menos tenemos otro año. Hasta entonces pueden pasar muchas cosas.»

Aquel mismo sábado por la tarde, Göring dio instrucciones a sus generales de mayor categoría para que se reunieran con él al día siguiente. Por el diario de Fritz Todt, sabemos que éste estuvo almorzando con Hitler el 30 de mayo y el 1 de junio; Hitler le pidió oficialmente que supervisara la construcción del muro occidental. El día 1 de junio, el ministerio del Aire ordenaba la construcción de una zona de defensa aérea en el lado occidental. La marina no se mostró menos activa. Raeder ya había estipulado con Hitler, en su reunión del jueves, que si estallaba la guerra en el oeste, el primer objetivo estratégico de los nazis debía ser aumentar el espacio costero ocupando las neutrales Bélgica y Holanda, porque Hitler mencionó esta condición en la reunión secreta que mantuvo con los ministros y generales al día siguiente, el 28 de mayo.

El Estado Mayor del ejército de tierra obedeció de mala gana. Beck indicó a Brauchitsch que «de momento» era mejor complacer a Hitler. Por su parte, Hitler comentó cínicamente a Göring: «Esos viejos generales sólo llegarán a Checoslovaquia; de todas formas, no les doy más de cuatro o cinco años.»

Las decisiones de Hitler, por tanto, se centraban ahora en destruir Checoslovaquia en cuatro días (Francia necesitaría por lo menos cuatro días para movilizar sus tropas). Explicó a Schmundt cómo había concebido la campaña: el Día Uno, los miembros de la Quinta Columna sabotearían los «centros neurálgicos» checos; entretanto, se romperían las defensas con tácticas a lo caballo de Troya o con bombardeos de la Luftwaffe. En el Día Dos, unas

unidades camufladas tomarían puentes y objetivos vitales entre la frontera alemana y las defensas del enemigo. Por estos puentes pasarían, en el Día Tres, unidades transportadas para ayudar a las tropas atrincheradas entre las fortificaciones; y en el Día Cuatro, entrarían en acción las divisiones que habrían esperado en la frontera; mientras, una formación motorizada y la Segunda División Panzer se abalanzarían hasta el corazón de Checoslovaquia.

La orden final del OKW que Hitler firmó el 30 de mayo no daba la fecha de ataque. Sin embargo, el documento empezaba ahora con esta frase: «He tomado la decisión irrevocable de aplastar Checoslovaquia con una operación militar.»

LA OTRA CARA DE HITLER

Mientras el tornillo alemán se apretaba en Checoslovaquia poco a poco durante el verano del 38, Hitler permanecía en el Berghof entregado a la perezosa rutina campestre rodeado por sus amigos personales y sus mujeres. Se levantaba a las diez, leía los periódicos, daba un paseo, veía una película que él mismo elegía, y se retiraba entre las diez y medianoche. En una ocasión se quedó despierto hasta las tres y cuarto de la madrugada para conocer el resultado del combate de boxeo que se celebraba en los Estados Unidos entre Max Schmeling y el negro Joe Louis; pero su campeón sufrió la derrota, y durante días sus ayudantes le fueron entregando con una sonrisa los telegramas traducidos al pie de la letra que algunos ciudadanos de los Estados Unidos enviaban al Führer. «Herr Adolf Hitler, Berlín, Alemania – decía uno procedente de Colorado. ¿Cómo se siente después de haber visto esta noche la derrota del púgil nazi número uno en manos de un afroamericano?» Y otro, decía: «Sentimos el lamentable espectáculo que Herr Max ha dado esta noche. Ha durado justo lo que usted duraría si nos viéramos las caras con Alemania.»

Los consejeros militares de Hitler se tomaron los permisos normales del verano. Jodl y Schmundt aprovecharoil cinco semanas de permiso hasta finales de julio, y luego se marchó Keitel hasta mediados de agosto. A finales de junio de 1938 llegó un nuevo ayudante naval, un frisio muy cerrado, el comandante Alwin-Broder Albrecht; Puttkamer volvió a ocuparse de los destructores. El pulcro ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, seguía en su puesto, como el nuevo ayudante del ejército de tierra, el impetuoso y guasón Gerhard Engel. Himmler también proporcionó a Hitler un Obersturmführer de las SS joven y de aspecto impecable como edecán, Max

Wünsche; el diario de Wünsche nos da una imagen muy viva de la vida del dictador y de los decretos de cada día, y también prueba la casi completa ausencia de Gauleiters y otros dignatarios del partido nazi en el Berghof. En una ocasión, el jefe del Estado Mayor de las SA Viktor Lutze se coló en el Berghof sin ser invitado. A partir de entonces, Hitler ordenó a la guardia que negaran el acceso a todo aquel que quisiera verle sin cita previa. El Berghof era su residencia privada, y varias veces, en el transcurso de las crisis que iban a llegar, Bormann o Lammers se vieron en la obligación de recordárselo a todo el mundo para que respetaran su intimidad. Aquí, su Führer podía alternar en paz con su fotógrafo Heinrich Hoffmann o con las diferentes damas que le caían en gracia. El diario de Wünsche habla del joven arquitecto Albert Speer como un asiduo visitante, y de cómo llamaba para informar del nacimiento de una hija como queriendo congraciarse con Hitler. También refiere cómo en una ocasión Hitler ordenó a Bormann que alquilara un coche privado, con la intención de emprender un viaje especial a algún lugar «incógnito».

Hitler no disimulaba su desprecio por los abogados. En 1935 se había enterado de que el Tribunal Supremo había anulado el testamento de una anciana sólo porque lo había escrito en papel de cartas; Hitler mandó llamar a Franz Gürtner y esbozó una ley especial que corregía las absurdas disposiciones vigentes, pero cuando él tuvo que redactar su propio testamento en mayo de 1938 lo escribió todo a mano (lo cual no impidió que los abogados de la posguerra lo invalidaran siguiendo las instrucciones del gobierno). En una orden de agosto de 1942 que Lammers transmitió a Gürtner, Hitler muestra lo que pensaba sobre los abogados: «En muchos casos – había decidido – será necesario determinar si había o no relaciones sexuales entre dos personas. Pero si esto ya se sabe, es una pérdida de tiempo demostrar detalladamente cómo y dónde tuvo lugar la relación sexual. Especialmente, hay que acabar con los interrogatorios a las mujeres – continuaba Lammers. Cada vez que la policía o los jueces interrogan a alguien para corroborar el modo y el lugar de la relación sexual, el Führer se ha acabado convenciendo de que si esto se hace es por la misma razón que en un confesionario se hace el mismo tipo de preguntas íntimas.»

El diario de Max Wünsche muestra otros asuntos que eran motivo de preocupación para Hitler en el verano del 38. El 17 de junio, «el Führer ordena que se cambie el pedestal del busto de Strauss». El 7 de julio, «el Führer dispuso que los soportes de las banderas que se utilizaran más de una vez debían ser permanentes». Cinco días despué s, «camino del Berghof entregaron una carta al Führer; en ella un hombre se quejaba de que había enviado una carta hacía dos años (cancillería de Bouhler) y seguía sin recibir contestación. El Führer está muy molesto y ha ordenado que debe considerarse urgente todo asunto dirigido a él». El día 14 vemos a Hitler «estudiando la posibilidad de fabricar los cigarrillos sin nicotina»; unos cuantos días después «decide que no se fumará más en el Berghof». Extendió su preocupación a la seguridad vial: «A las 4.45 de la tarde, el Führer ha confiscado el permiso de conducir al chófer del Gruppenführer de las SS [Fritz] Weitzel por un periodo de seis meses, y ha dado instrucciones al Reichsführer para que sea muy estricto contra los infractores de tráfico.» Pero el diario de Wünsche también da constancia de unos actos de humanidad pequeños y sin buscar publicidad: «El Führer será el padrino de los trillizos de Frau Feil de Kirchanschörung, Se ha pedido un cochecito de niño a Munich y se han enviado 300 marcos a la madre. También se encargará de la cuenta del médico.» El 21 de julio Wünsche escribió: «Almuerzo en la Hostería. El Führer ha dispuesto que hay que ayudar a la mujer que le entregó la carta al volver del Obersalzberg. Ha entregado 300 marcos al coronel de las SS [Hans] Rattenhuber con este fin.»

Éste era el «dictador del pueblo», amigo de las artes, benefactor de los necesitados, defensor del inocente, perseguidor del delincuente. En una de las primeras reuniones ministeriales celebrada el 8 de junio de 1933, se había mostrado contrario a la pena de muerte por sabotaje económico alegando lo siguiente: «Soy contrario al uso de la pena máxima porque es irreversible. La pena de muerte debería reservarse sólo para los crímenes más graves, especialmente los políticos.» Sin embargo, hacia junio de 1938, se mostró con menos escrúpulos. «El Führer ha firmado la nueva ley que sentencia a muerte a los salteadores de caminos»; y exactamente una semana después, «el Führer autoriza con su firma la sentencia de muerle impuesta al salteador de

caminos Götze». También interfería descaradamente en procesos judiciales. «El Führer – escribió Wünsche – ha ordenado que se debe sentenciar lo más rápido posible a Salzberger, el asesino de mujeres. Ya se ha informado de esto al ministro de Justicia Gürtner.»

Cualquier miembro del personal de Hitler que tuviera la intención de casarse antes debía pedirle permiso, desde el más augusto mariscal de campo hasta el más humilde cabo. Se interesaba personalmente en las futuras esposas, pidiendo ver sus fotografías y riendo a carcajadas muchas veces ante la singularidad de algunos partidos. Cuando en agosto de 1936, Kempka, el chófer de Hitler, expresó su intención de casarse con una tal Rosel Bubestinger, Schaub en seguida escribió a las autoridades de las SS solicitando rapidez en el papeleo, hasta que se descubrió que ella tenía una ascendencia algo torcida, y entonces Schaub volvió a telefonearles para que no se dieran ninguna prisa y «alargaran el asunto para evitar ese matrimonio. Así lo ordena con claridad una persona importante», añadió refiriéndose naturalmente a Hitler.

Hitler no queda casarse. Había proclamado que era un deber para toda familia alemana engendrar cuatro hijos, pero tenía razones de escéptico para permanecer soltero. Tenía que pensar en el voto femenino, y le gustaba decir que él estaba casado con Alemania. En los años veinte se había relacionado con mujeres sin preocuparse y como diversión de una sola noche. Emil Maurice, su conductor, contó en una ocasión a los secretarios de Hitler que solía llevarle hasta Berlín y «prepararle» chicas para él. El primer romance que le dejó una huella imborrable lo tuvo con su sobrina Geli Raubal, hija de su hermanastra Angela. La trágica muerte de Geli ocurrida en una habitación cerrada del apartamento de Hitler en Munich marcó un momento decisivo en su carrera, y a partir de entonces se prepararía para resistir la lucha del futuro renunciando a los placeres de la carne en el sentido más literal de las palabras. Su médico, Karl Brandt, escribiría afectuosamente sobre el alivio moral y el apoyo que supuso esta joven para Hitler en los años de lucha: «Recuerdo la emoción con la que Hitler hablaba de ella en los primeros años, la adoraba igual que a una Virgen.» Geli tenía el espíritu alegre y decidido que Hitler apreciaba en una mujer, pero era muy celosa con respecto a

las otras chicas. En 1930 convenció a Hitler para que la llevara a la Oktoberfest de Munich; mientras Hitler devoraba un pollo asado y cerveza ella vio llegar a Heinrich Hoffmann en compañía de una rubia de aspecto agradable a quien fue presentando entre risas como «mi sobrina». Geli sospechó que se estaba riendo de ella. La siguiente vez que vio a la chica fue en una fotografía en la que aparecía sonriendo desde la ventana del estudio de Hoffmann en la Amalien Strasse de Munich, cuando los Schaubs fueron en mayo de 1931 para hacerse sus fotos de boda. Aquella joven se llamaba Eva Braun, con veintiún años de edad, y era una de las ayudantes más elegantes de Hoffmann. En los meses siguientes, Eva empezó a deslizar cartas amorosas en los inocentes bolsillos de Hitler. En una ocasión, Geli vio el mensaje antes que él.

En setiembre de 1931 el torturado amor de Geli con Hitler terminó con su suicidio. Se disparó en el corazón con la pistola del mismo Hitler, una Walther de 6,35 milímetros. Hitler nunca se recuperó del daño emocional sufrido. ordenó que cerraran su habitación con llave y la dejaran como estaba, con su disfraz de carnaval, sus libros, sus muebles de color blanco y otros enseres esparcidos por todas partes como el día en que ella murió. Hitler dispuso en el testamento de mayo de 1938: «El contenido de la habitación de mi casa de Munich donde solía vivir mi sobrina Geli Raubal debe pasar a manos de mi hermana Angela», es decir, la madre de Geli.

Unos días después de la muerte de Geli, Hitler encontró en el bolsillo otra nota de Eva en la que le daba el pésame.

Eva Braun tenía poco del carácter de Geli. «Cuanto más grande es un hombre – había sentenciado Hitler en 1934 – más insignificante debería ser su esposa.» La sencilla Eva encajaba perfectamente en esto. A pesar de haber estudiado con las monjas, había ganado confianza en si misma y encanto mientras había ido creciendo. Al principio Hitler sólo la invitaba a tomar té a su apartamento de Munich y ella tuvo que utilizar toda su habilidad femenina para ganárselo, Escribió una falsa amenaza de suicidio en su propio diario de mayo de 1935, y lo dejó a la vista de Hitler para que él lo encontrara (se había enfurecido con los rumores que hablaban de la baronesa Sigrid Laffert, una de las bellezas más notables de la sociedad alemana, como una asidua visitante del Berghof). Eva ingirió una dosis – en ningún caso una

sobredosis – de somníferos y se la llevaron «rápidamente al hospital». Hitler en seguida se presentó en Munich horrorizado ante la idea de ver su nombre mezclado con un segundo escándalo de suicidio. Le mostraron el supuesto diario de Eva Braun. Cuando le dieron de alta del hospital, la astuta joven se echó polvos en la cara para dar un aspecto enfermizo y siguió su comedia ante él mientras sus amigas se desternillaban de risa en el piso de arriba.

Y así se gano a su Adolf. En 1933 asistió a la concentración de Nuremberg. En el hotel Kaiserhof, Frau Angela Raubal, la desconsolada madre de Geli, se encontró con ella cara a cara. La indignada madre puso a la mitad de las damas del hotel a su favor, mientras el resto apoyaba a Eva. Aquello se convirtió en una guerra abierta hasta que Hitler intervino y ordeñó a su hermanastra que abandonara Nuremberg y desocupara en el acto el Berghof donde disponía de unas habitaciones. Eva Braun se, mudó al Berghof, pero aquel lugar se convirtió para ella en una jaula de oro. Cuando había huéspedes oficiales ella se retiraba a sus habitaciones del ático y se entregaba a unas viejas revistas de cine. Ella sabía que Hitler nunca la presentaría en público como su esposa. Pero con los años Eva y Adolf intercambiaron cientos de cartas manuscritas (con las que llenaron un baúl, que fue saqueado en agosto de 1945 por un oficial del CIC norteamericano).* Y con los años Hitler siempre permaneció fiel a ella. En los últimos diez años de su vida su natural libido acabó algo disminuida: los documentos médicos muestran que en su suero sanguíneo sólo había la mitad de secreción normal de hormonas para los testículos, algo comparable a lo que le pasa a un ejecutivo con exceso de trabajo o a una persona que cumple una condena muy larga en prisión. Su personal conocía la existencia de Eva, pero guardaba muy bien el secreto. Emmy Göring nunca llegó a conocerla. El personal se refería a ella como «E.B.» y se dirigían a ella llamándola «madame», y le besaban la mano. Hitler la llamaba «Patscherl»; y ella siempre le llamaba «Jefe». Él siguió pagando su salario mensual a los estudios Hoffmann hasta el final de sus vidas.

* La agencia de prensa Dana anunció el 22 de noviembre de 1945: «Entre los efectos personales de Eva Braun se han encontrado una chaqueta desgarrada de color gris y un par de pantalones negros hechos jirones, el uniforme que Hitler llevaba en el atentado del 20 de julio de 1944. Varias cajas, álbumes de fotografías y extractos de cartas que ella había escrito a Hitler se encuentran ahora bajo custodia militar.» La información procedía del G-2 de Eisenhower, el general en jefe Edwin L. Sibert. Los norteamericanos quemaron ceremoniosamente el uniforme en 1948.

Había una fuerte afinidad entre los dos, y de una intensidad muy poco documentada excepto en la manera con que eligieron prescindir de ella: el mutuo suicidio de 1945. Ella fue su anónima sombra hasta el final.

Aparte de Eva, la única mujer cuya compañía apreciaba era Gerti, la joven viuda del arquitecto profesor Ludwig Troost. Él se convirtió en su protector, la hizo profesora y le consultaba los colores que debían llevar las nuevas edificaciones de Alemania. Habla conocido a su marido en un salón de Frau Bruckmann en 11928, y aquel mismo día comunicó al arquitecto lo siguiente: «Cuando alcance el poder, usted será mi arquitecto. Tengo grandes planes en la cabeza y estoy convencido de que usted es el único que puede llevarlos a cabo para mí.» Pero Troost no vivió mucho tiempo. Cuando Hitler dio los tres golpes obligatorios a la primera piedra de la Casa del Arte (todavía presente en la moderna Munich), se rompió el mango del martillo de plata que utilizaba, uno de los peores presagios de mala suerte, y el arquitecto local Schiedermayer murmuró al Führer en su dialecto: «*Dös bedeudt a Unglück*.»

Como de costumbre, el mismo Hitler había hecho un esbozo para la Casa del Arte, sirviéndose del reverso del menú de una fonda en 1931, un museo del más austero estilo griego del que aún hoy se habla en broma como la «estación Atenas» de Munich. El museo se inauguró en 1936, y hacia 1938 el partido ya lo había reconocido como el rompeolas conservador, nazi, y estable, opuesto a la corriente del arte judío y decadente. Hitler atesoraba en su apartamento un libro de fotos del palacio de Knosos de Creta, y esto influyó en sus gustos arquitectónicos. Esbozó a tinta cientos de monumentos, memoriales, arcos, puentes y edificaciones con formas de templos, con una notable habilidad para las proporciones y las perspectivas, aunque demasiado propenso a los diseños excesivamente suntuosos, como los de Gottfried Semper, quien había levantado muchos edificios en Viena en el siglo XIX. Fue Troost quien más influyó en Hitler hacia las ideas neoclásicas, en las inmensas columnas de mármol y granito, y en los edificios desproporcionadamente bajos y rectangulares que iban a caracterizar los doce años del régimen nazi.

Albert Speer ocupó el lugar de Troost como arquitecto jefe de Hitler. Speer, quien se había construido próvidamente una residencia-estudio en lo más alto del Obersalzberg, escribió en un memorándum el 31 de agosto de 1938:

«Sólo unos pocos conocen el alcance de los planes del Führer para la remodelación de Berlín, Nuremberg, Munich y Hamburgo. Estas cuatro ciudades tendrán en los próximos diez años unos edificios capaces de aprovechar una mayor capacidad comercial, mientras que nuestra actual producción de bloques de piedra está muy lejos de las necesidades de estos edificios.»

Speer señaló que no había suficientes arquitectos familiarizados con el estilo de Hitler:

«Gracias a que ha ido impartiendo sus ideas básicas de diseño, gracias a que ha intervenido personalmente en muchas ocasiones, y a las innumerables mejoras personales que ha realizado, el Führer ha creado una nueva escuela artística que sin duda tiene los elementos de un estilo arquitectónico viable y general. Pero de momento son muy pocos los arquitectos que difunden las ideas del Führer, estos arquitectos saben lo que le importa al Führer gracias a su proximidad con él . . . »

A partir de 1937, Hitler se interesó especialmente en el puente del Elba. El 29 de marzo de 1938, Todt escribió en su diario: «He hablado con el Führer sobre el puente suspendido de Hamburgo.» Hitler también planeaba la construcción de un enorme Palacio de Congresos, un edificio tan grande que para ver a un conferenciante había que colocar una pantalla de televisión encima del podio. Hasta los últimos días de su vida, este aspirante a arquitecto no dejaría de diseñar edificios y fachadas mientras su leal Speer los convertía en modelos a escala reducida para terminar construyendo de verdad. Hitler quería que los monumentos del renacimiento nazi duraran miles de años. El 17 de diciembre de 1938, cuando Todt le presentó el proyecto del profesor Wilhelm Thorak para la construcción de un gigantesco monumento al trabajo, la idea se hizo muy clara. «El Führer – escribió Todt – expresó sus reservas sobre la utilización de la piedra de Untersberg . . . El Führer nos invitó a considerar si debía o no utilizarse un granito rojizo o algo parecido,

materiales de gran consistencia, para que este gigantesco monumento siguiera en pie al cabo de mil años manteniendo toda su nobleza a pesar de la erosión atmosférica.»

Hitler vio su sueño convertido en realidad viajando por toda Alemania. Le gustaba ver la cara y las manos de los obreros alemanes. En una ocasión, Wiedemann le murmuró en 1935: «El pueblo todavía está con usted: la pregunta es: ¿hasta cuánto tiempo?» Hitler le contestó indignado: «Me apoyan más que nunca, no "todavía". Acompáñeme a Stuttgart, Wiesbaden, y verá el entusiasmo que muestra la gente.»

Sin embargo, no aceptaba la crítica. A comienzos de 1939, Wiedemann escribió un esbozo de lo que se hablaba en la mesa de Hitler:

«Cualquier argumento, por mucho que se razonara, resultaba casi imposible . . . El Führer acostumbraba a contar anécdotas de la guerra mundial . . . y de su infancia y juventud, y revelaba muchas cosas de lo que en aquellos momentos le estuviera preocupando, de modo que gracias a aquellos almuerzos, antes de un discurso importante se podía tener una idea muy aproximada de lo que iba a decir. En los primeros años, a menudo me sorprendía por la dureza de sus observaciones sobre los judíos, la Iglesia, la burguesía, el servicio civil y los monárquicos. Luego dejaron de producirme emoción alguna, porque siempre era lo mismo.»

AFILANDO LA ESPADA

Aquel verano del 38 los que menos visitaron el Berghof fueron los militares. De vez en cuando se veía a algunos generales del ejército de tierra y del aire, o a expertos en fortificaciones, reunidos en el Gran Salón, esperando de pie sobre la alfombra de color rojo terracota o con la mirada perdida en el artesonado de roble del techo, hasta que el Führer bajaba y les atendía. Hitler no conseguía comprender demasiado a sus generales. Para él, la primera guerra de una nueva nación constituía algo tan importante como extraer los primeros dientes a un niño pequeño. Justo después de seis años, el 22 de junio de 1944, explicada esta filosofía tan decidida ame una secreta audiencia de generales recién ascendidos: «Todo lo que nace en este mundo debe sufrir dolor con su llegada. La primera señal de vida que da un niño cuando sale del seno de su madre no es un llanto de alegria, sino un llanto de dolor. También la madre siente sólo dolor. Y todas las naciones que emergen en este mundo deben pasar también por pruebas y sufrimientos; así son las cosas . . . El certificado de nacimiento de las naciones debe escribirse siempre con sangre.»

La Luftwaffe se empleó a fondo todo el verano planeando bombardeos aéreos sobre las ciudades checas, así como otras operaciones aerotransportadas. Pero los viejos y cansados generales de la Reichswehr no quedan ni oír hablar de todo esto, sobre todo Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor general. Beck dedicó todo el verano a difundir unos prolijos memorándums alegando falsos argumentos contra «Verde». Aun en el caso de que Hungría atacara al mismo tiempo, la campaña duraría por lo menos tres semanas; pero el nuevo muro occidental no aguantaría más de dos semanas un ataque francés. El plan de emergencia consistente en armar a los batallones de obreros para guarnecer el. muro occidental era «una imposibilidad militar». Beck

estaba totalmente de acuerdo con la idea de destruir Checoslovaquia, pero alguien tan prudente como él prefería esperar a que todo llegara «en el futuro», y no ahora, cuando era precisamente el jefe del Estado Mayor general. Sus memorandos se hacían cada vez más chillones y pesimistas, hasta que a mediados de julio de 1938 amenazó a Brauchitsch con invitar a que los principales generales dimitieran con él si el Führer no abandonaba sus propósitos. Brauchitsch mostró el documento al Führer.

Las argumentaciones de Beck estaban plagadas de auténticas falacias, como por ejemplo, que nunca se podría incrementar la producción alemana de armas, o que todos los aliados de Alemania eran débiles y dignos de poca confianza mientras sus enemigos eran fuertes y decididos. Hitlcr hizo pedazos todas aquellas argumentaciones ante una audiencia tan favorable como Todt, Schmundt, y Engel: por ejemplo, Beck había contado con la *garde mobile* de Francia, con la policía y la gendarmería unidas a su ejército regular, pero no había añadido al equivalente de las SA, SS, o los batallones de policía al poderío del ejército alemán. «Beck no debería tomarme por un estúpido», se lamentó. Cuando todo hubo terminado volvió a coniar en secreto ante unos periodistas nazis escogidos a dedo en qué consistía esta lucha interna:

«Pueden creerme, caballeros, si les digo que no ha sido nada fácil tomar decisiones como ésta, ni siquiera dejarlas a un lado, porque naturalmente no toda la nación está dispuesta a seguirlas, y mucho menos los intelectuales: hay, por supuesto, muchas personas con talento – o por lo menos así es como ellas se consideran – y ellas ponen más obstáculos que entusiasmo a propósito de estas decisiones. Por eso era fundamental que siguiera adelante con las decisiones que tomé en mayo, y que las llevara a cabo con mano de hierro a pesar de toda oposición.»

Hitler tampoco tenía una buena opinión de los ingenieros del ejército. Consideraba que el inspector de ingenieros y de fortificaciones del ejército, el general Otto Förster, era bastante ignorante en todo lo referente al diseño de bunkers y a la tecnología del armamento moderno. Dada esta desconfianza, hizo que Göring y algunos expertos de la Luftwaffe inspeccionaran las obras del ejército en el muro occidental a comienzos de junio. Al empe-

zar 1938 sólo se habían terminado 640 fortines de hormigón en esta zona, y – hasta que Hitler exigió la construcción de otros 12,000 – el ejército sólo había pensado añadir 1,360 más durante 1938. El 14 de junio Göring se presentó en el Berghof y entregó en compañía de Todt un devastador informe sobre las obras que hasta entonces había realizado el ejército. No se había hecho prácticamente nada, alegó: por ejemplo, en todo el Bloque Istein sólo había dos insignificantes ametralladoras.

Al sexagenario Generaloberst Adam aquellas comparaciones no le parecían justas, porque primero tenía que solucionar todos los problemas derivados del alojamiento, la alimentación y la contratación de la enorme fuerza de construcción. Y si la producción masiva de los primeros fortines de Todt no debía empezar hasta comienzos de agosto, también era cierto que el ejército estaba entregado a unas obras mucho más completas. Hitler había enfurecido; Brauchitsch pidió a Adam que hiciera una visita al Berghof el día 30 de junio. Adam no se ando con remilgos; tachó de imposible la orden de Hitler de levantar 12,000 bunkers antes del 1 de octubre. «Está escrita en las estrellas la cantidad de bunkers que habremos terminado antes del otoño», afirmó. A lo que Hitler contestó secamente: «¡[Todt] no conoce la palabra "imposible"!» Al mismo Todt le extrañaba todo este rencor del ejército, y ese mismo día escribió a Alfred Leitgen, el ayudante de Rudolf Hess: «Francamente, uno tiene que aguantar muchas cosas que no se esperan después de cinco años de nacionalsocialismo.»

Todo esto tuvo como resultado un singular documento que Hitler dictó a su secretaria Christa Schroeder: un prolijo estudio sobre el diseño de fortificaciones y la psicología de la infantería. En él insistía en que el muro occidental debía proteger la capacidad combativa de sus defensores, no sólo sus pellejos. Ponía en ridículo al monstruoso *Infanteriewerk* diseñado por los ingenieros del ejército. El ideal de Hitler consistía en un pequeño fortín con luz de gas que se pudiera producir en masa con facilidad para distribuirlo después a lo largo de toda la línea defensiva y proteger así a su infantería del bombardeo enemigo. Una vez finalizado el bombardeo, los soldados saldrían de estos fortines con las armas intactas para hacer frente al posterior ataque de la infantería francesa. «Morir así es un honor – explicó Hitler –

pero salir huyendo de un fortín es, además de una cobardía, una estupidez.» Él sabía que el soldado de infantería era un ser humano con unos miedos moriales y necesidades de descanso, alimento, agua fresca y refugio. Sabía que muchos de sus camaradas de la guerra mundial habían muerto sin necesidad mientras se dirigían a las letrinas, sólo porque los Otio Försters de entonces habían sido lo bastante cortos de vista como para no ponerlas en los bunkers. «Particularmente, los soldados mas jovenes que entren en combate por primera vez necesitarán cubrir sus necesidades con más frecuencia», dictó Hitler. En otra parte de su estudio, Hitler observaba: «Sólo alguien que haya luchado en una batalla defensiva durante semanas o meses enteros conoce el verdadero valor de una botella con agua potable, y sabe la felicidad que siente la tropa cuando puede disponer de un poco de té o café.»

El 4 de julio ordenó a Fritz Todt que las construcciones que no se pudieran llevar a cabo aquel año debían aplazarse en beneficio del muro, «un proyecto que hará posible seguir, con los trabajos en tiempo de paz», como comunicó Todt al secretario de Estado Werner Willikens al día siguiente.

Los ayudantes de Hitler vieron cómo se pasaba todo el verano esbozando nuevos diseños de bunkers, en los que establecía el espesor del hormigón, la cantidad de metal de refuerzo y la posición de cada una de las vigas. Los esbozos se convertían en proyectos, y los proyectos en armazones de madera y redes metálicas de refuerzo, a los que se acabó añadiendo millones de toneladas de cemento para que, a una velocidad de setenta construcciones por día, finalmente tomara forma el muro occidental. A finales de agosto se emplearon 148,000 obreros de construcción, y los ingenieros del ejército proporcionaron otros 50,000. Un centenar de trenes transportaba cada día los materiales de construcción hasta el oeste. Se dispuso la colocación de seis baterías de antiguos cañones navales de 170 milímetros para poder bombardear así las ciudades francesas de Estrasburgo, Colmar y Mulhouse para tomar represalias en caso de un ataque francés sobre ciudades alemanas. El 12 de agosto, Hitler volvió a llamar a Todt al Berghof y le ordenó que construyera una posición intermedia con los cientos de puestos fortificados que él, mismo habla diseñado. Todt decidió cerrar las obras de varias secciones de la red de autopistas para obtener los obreros y capataces que necesitaba.

Nunca sabremos hasta qué punto todo esto era comedia. El mismo Spitzy presenció un número después de un excelente almuerzo con él y su personal: un sirviente acababa de anunciar la llegada de un noble emisario británico. Hitler se incorporó bruscamente y exclamó: «*Gott im Himmel!* ¡Que espere; todavía estoy de buen humor!» A continuación, Y en presencia de su personal, empezó a entrar por su cuenta en una furia provocada y artificial: ensombreció el rostro, aumentó el ritmo de la respiración y adoptó una mirada feroz. Luego pasó a la habitación de al lado y empezó a gritar al desdichado lord en una representación tan exagerada que desde la mesa del almuerzo se pudo escuchar todo. Al cabo de diez minutos volvió con la frente llena de sudor. Luego cerró cuidadosamente la puerta y dijo sofocando una risa: «Caballeros, necesito una taza de té; ¡le he convencido de que estoy furioso!»

Hitler también fue uno de los maestros de la guerra sicológica. «Gracias a Dios que todos comprenden el alemán y leen nuestros periódicos», dijo con una risa irónica en noviembre a propósito de sus enemigos. En el mes de agosto, explicó a sus generales cuál era su método: «¡Hay que asustarles! ¡Hay que enseñarles los dientes!» Cada día examinaba las últimas escuchas que la Forschungsamt hacía en las conversaciones telefónicas entre Praga y los diplomáticos checos del extranjero, para saber si su táctica tenía éxito. Hitler hizo correr rumores sobre la fecha de invasión. El 22 de mayo recibió a Henlein en secreto; al cabo de dos días Henlein confiaba lo siguiente a Eszterhazy, el agregado militar húngaro de Praga: «El Führer me ha asegurado que el hueco que queda en el muro occidental se cerrará dentro de ocho o diez semanas, y que entonces abordará el problema checo.» El 15 de julio dio instrucciones a Wiedemann, de quien sabía por las escuchas que hablaba por los codos, que le dijera a lord Halifax en su próximo viaje a Londres que la fecha límite era marzo de 1939. El 9 de agosto insistió a Fritz Todt que las obras del muro occidental debían continuar por lo menos hasta el 1 de octubre, «e incluso hasta el 15 de octubre; o sea, hasta que suenen los primeros disparos». Dos días después ordenó a Halder que tuviera las seis baterías de 170 milímetros listas para abrir fuego antes del último día de setiembre.

Como Hitler explicó a Wiedemann de un modo algo innecesario antes de su partida, él era un revolucionario, y como tal, con él eran inútiles las técnicas de la vieja diplomacia. El 12 de julio dio instrucciones a Ribbentrop para que «hablara con dureza» a Checoslovaquia; tenía que decir que la Luftwaffe de Göring era invencible. Él mismo, le dijo a Ribbentrop en otra ocasión, estaría en uno de los primeros tanques que iban a invadir Checoslovaquia. El 14 de julio, Albert Forster, el Gauleiter de Danzig se encontró con Mr. Winston Churchill, y le dijo que «si Gran Bretaña y Alemania llegaban a un acuerdo, podrían repartirse el mundo entre los dos».

Cuatro días después, el 18 de julio, Wiedemann volvía de Londres a Berchtesgaden en avión. Lord Halifax, dijo, le había confesado que antes de morir quería ver cumplida la principal ambición de, su vida: ver al Führer «al lado del rey de Inglaterra dirigiéndose al Palacio de Buckingham entre las aclamaciones de la multitud».

Hitler se dio cuenta de que los generales del ejército veían el futuro inmediato con bastante menos regocijo.

A comienzos de agosto de 1938 se enteró por el general Von Reichenau que los generales más antiguos habían celebrado una reunión el 4 de agosto. Beck expuso su último memorándum y pidió que el ejército de tierra coordinara su oposición (como Hitler contó a su personal en tono de mofa, Beck sólo era capaz de tomar una decisión cuando esa decisión iba en contra de hacer algo).

Hitler convocó en el Gran Salón del Berghof a los generales jefes del Estado Mayor y les habló durante tres horas. Cuando en un momento dado Hitler se refirió al muro occidental, el general Gustav von Wietersheim repitió lo que ya había dicho su superior, el general Adam, sobre que el muro sólo podría defenderse como máximo durante tres semanas. Hitler empezó a hojear sus notas y le interrumpió bruscamente con una lluvia de cifras y detalles sobre la cantidad de hormigón, hierro y acero que se había dedicado a las fortificaciones. Hitler exclamó: «Le aseguro, general, que no mantendremos la posición durante tres semanas, sino durante tres años.» Al día siguiente de la reunión, el general Von Leeb se enteró de todo por su jefe de

Estado Mayor, Manstein. «Acaba de estar con el Führer – escribió Leeb en su diario el 11 de agosto – cree que ya están hechas las apuestas.»

«¿Qué clase de generales son éstos, que en lugar de detenerlos tengo que empujarlos a la guerra?», preguntó Hitler en un momento de exasperación. Había que encontrar un antídoto con urgencia. Hitler invitó a los generales mayores del ejército a una exhibición en la escuela de artillería de Jüterbog el día 15 de agosto. De hecho, ya había planeado realizar varias exhibiciones de artillería como aquélla. El 10 de noviembre explicaría a sus sumisos periodistas nazis: «Estaba seguro de que todos estos meses de actividad poco a poco acabarían poniendo nerviosos a los caballeros de Praga.» En Jüterbog, los obreros habían construido una reproducción exacta de las fortificaciones de la frontera checa. El coronel Walter Model, jefe de la sección experimental del Estado Mayor general, las probó llevando a cabo un asalto de infantería sobre ellas. Según Curt Liebmann, todo aquello era «puro teatro, con muchos *donner und blitzen* y muchos vivas. El general Beck estaba furioso pero no podía decir nada. Luego Hitler ordenó que sus morteros de 150 milímetros abrieran fuego contra los «bunkers checos», para seguir a continuación con otros cañones, incluyendo las baterías antiaéreas de 88 milímetros y alta velocidad de los que ya había puesto un centenar a disposición del ejército de tierra para realizar el ataque. Cuando hubo pasado todo aquel estrépito, Hitler se abrió camino entre el humo y los restos de hormigón mientras el ayudante de Keitel iba encendiendo cerillas para poder ver en la oscuridad. Solamente los impactos que habían dado justo en las cañoneras habían tenido un efecto contundente. Pero Hitler emergió de la confusión con una sonrisa; se sacudió el polvo de la chaqueta color marrón del partido y mostró a todos su sorpresa ante toda aquella devastación.

En la cantina, Hitler habló con los generales. Erhard Milch hizo un breve apunte en su diario: «15 de agosto de 1938; discurso del Führer a los generales, de 2.45 a 4.15 de la tarde. Ha dejado entrever lo que piensa; está decidido.» Eberhard, el ayudante de Keitel, hizo una referencia más completa; en ella se muestra que Hitler volvió a plantear de nuevo el problema del *Lebensraum*: «Sólo tengo miedo de una cosa, y es de que me ocurra algo antes de que pueda poner en marcha las decisiones que son necesarias», explicó. Ya

había dado los siete primeros pasos: había fundado el partido para «limpiar» Alemania; había conseguido la unidad política en 1933; había sacado a Alemania de la Liga de Naciones recuperando así su libertad de acción; además, había iniciado el rearme, había vuelto a imponer el servicio militar obligatorio y había conseguido la remilitarización de la Renania alemana y la unión de Austria con el Reich. Ahora quedaba el octavo paso: «pase lo que pase, antes que nada hay que eliminar Checoslovaquia». «En política, la Diosa Fortuna sólo pasa una vez – exclamó – hay que aprovechar esa oportunidad porque nunca pasa dos veces.»

Hitler señaló que Gran Bretaña sólo llevaba un año con el programa de rearme. «Retrocederán sólo si no damos muestras de debilidad.» La eficacia de la artillería y de la fuerza aérea francesas era más que dudosa. Hitler tampoco tenía miedo de Rusia. En cuanto a la misma Checoslovaquia, creía que una guerra de nervios podía ser lo más eficaz del mundo. «Si se obliga a alguien a vigilar a su vecino durante tres meses mientras éste afila su espada . . . » (Hitler dejó la frase sin terminar.) Según él, después de un período de resistencia fanática («husita»),* llegaría el fin de Checoslovaquia. Hitler terminó su discurso diciendo: «Estoy firmemente convencido de que Alemania ganará y de que nuestra formación nacionalsocialista nos será de gran ayuda.» Y añadió: «Creo que antes de que termine el año, todos volveremos la cabeza atrás para contemplar una gran victoria.»

Beck estaba horrorizado ante todo esto. Al día siguiente, el 16 de agosto, el general Leeb escribía en Berlín en su diario personal: «Las cartas sobre la mesa. El Führer esta convencido de que Gran Bretaña y Francia no intervendrán. Beck opina lo contrario, muy pesimista.» En Jüterbog, Beck había dicho al general Adam: «Con tantos alardes, lo único que conseguirá ese hombre [Hitler] es perder aún más los estribos.» Dijo que iba a esperar a que Hitler «le echara», a pesar de lo cual, el día 18 pidió a Brauchitsch que considerara su dimisión. Hitler le pidió a su vez que se quedara de momento por «razones de política exterior», a lo que Beck accedió sumisamente. Probablemente esperaba que le dieran el mando de algún cuerpo del ejército, pero Hitler estaba muy lejos de pensar algo así.

A finales de agosto de 1938, el general Franz Halder, un bávaro de cincuenta y cuatro años, sumiso, apacible y de constitución débil, se hacía cargo del Estado Mayor general. Se echó a Beck de un modo fulminante.

Durante todo aquel mes, agosto de 1938, se siguió «afilando la espada». Cuando al jefe de las fuerzas aéreas francesas, el general Joseph Vuillemin, le mostraron las instalaciones de la Luftwaffe, Göring preparó una demostración militar muy espectacular pero engañosa de una punta a otra de Alemania. La delegación francesa llamó en secreto a París para comunicar que las fuerzas aéreas francesas no durarían muchos días contra la Luftwaffe de Hitler. Pero cuando Hitler trató de sobornar a los húngaros para hacerles prometer que apoyarían sin reservas la invasión de Checoslovaquia, el resultado fue decepcionante. Hungría se había desmembrado después de la guerra mundial y había perdido algunos territorios en beneficio de Checoslovaquia. Pero a pesar de agasajar a los húngaros en una visita de estado que éstos hicieron durante una semana, y de la botadura del crucero de batalla *Prinz Eugen*, bautizado así en su honor,† no se consiguió de su regente, el almirante Nikolaus von Horthy, más que unos compromisos sujetos a condiciones. Aún no estaban preparados para la guerra. Beck va había indicado en 1937 que el año ideal era 1940 y, como el ministro de Defensa húngaro confió a Keitel el 22 de agosto de 1938, Hungría había hecho todos sus planes de acuerdo con esa fecha.

Hitler se sirvió de todas sus artes perversas para impresíonar a los visitantes. Sabiendo que madame Horthy era muy católica, mandó colocar un reclinatorio y un crucifijo en sus habitaciones, así como un gran ramo de sus flores preferidas, lirios de los valles. También hizo que Horthy y su personal subieran a bordo del yate del estado alemán *Grille* para que el viejo almirante volviera a sentir las vibraciones de los motores y la fuerza de las olas bajo sus pies.

---

* Referencia a Jan Hus, patriota y revolucionario checo.

† Italia se había opuesto al nombre que Hitler propuso en un principio a Schuschnigg: *Almirante Tegethoff*.

Las reuniones secretas empezaron el 23 de agosto, durante un viaje por mar hasta Heligoland, pero fueron algo tormentosas. Hitler habló en privado con Horthy por la mañana. El regente se declaró dispuesto en principio a participar en «Verde», pero dijo que 1938 era una fecha demasiado temprana. Horthy recordó al Führer que Hungría tenía «150 campamentos yugoslavos» repartidos por sus otras fronteras. Cuando se refirió al riesgo de que «Verde» desencadenaría una guerra mundial con la consiguiente derrota de Alemania a manos de la armada británica, Hitler le interrumpió bruscamente: «¡Tonterías! ¡Cállese!» No podía comprender que Hungría se resistiera a luchar para recuperar la parte de Eslovaquia que le pertenecía. Como dijo a Imrédy en tono áspero aquella misma tarde: «Esto será un bufet frío. No habrá ningún camarero. Que cada cual se sirva como pueda.»

El 24 de agosto volvieron a Berlín en trenes distintos. En el tren, el almirante Raeder procuró entrevistarse en privado con Hitler y le preguntó sobre las posibilidades de una guerra naval con Gran Bretaña. Raeder empezó a hablar de los grandes problemas estratégicos con los que debería enfrentarse Alemania si llegaba el caso. Hitler le escuchó atentamente, y al cabo de una hora terminó la entrevista con la siguiente observación: «Herr almirante, todo lo que usted y yo hemos estado hablando es pura especulación. Gran Bretaña no luchará.»

Hitler siguió presionando a los visitantes húngaros. El 25 de agosto, Keitel fue a visitar a Rátz a su hotel, según un testimonio húngaro, y volvió a insistir en la firme resolución de Hitler a invadir Checoslovaquia; añadió que lo único incierto era la fecha. Cuando Rátz preguntó al Führer al día siguiente qué se podía considerar una provocación checa, Hitler le contestó: «El asesinato de ciudadanos alemanes.»

El 26 de agosto de 1938, Hitler partió de Berlín protegido por dos mil agentes de seguridad para inspeccionar el muro occidental, visita a la que se dio mucha publicidad. El general Adam fue a su encuentro en Aquisgrán, cerca de la frontera belga, y le indicó que tenía que decirle algo en secreto; pidió que Himmler, el jefe del cuerpo de trabajo Konstantin Hierl y Fritz Todt se retiraran de la mesa, dejando a los generales Brauchitsch, Keitel y

Jodl. Adam empezó a hablar con resolución: «Como general al mando del frente occidental es natural que conozca la situación mucho mejor que nadie y que, en consecuencia, mis preocupaciones sean mucho mayores.» Hitler le interrumpió en un tono amenazador: «¡Sin rodeos!» Adam explicó con toda suerte de detalles que cuando llegaran las heladas de invierno no habrían terminado más de un tercio del muro occidental como máximo; y que él, por estar al mando, debía tener en cuenta el peor de los casos, principalmente la entrada de las potencias occidentales. No sabía lo que podía pasar después. Hitler volvió a interrumpirle, esta vez para dar por terminada la reunión.

En un convoy formado por vehículos de tres ejes y todo terreno, Hitler inspeccionó las obras con los jefes de cada sector a las órdenes de Adam. A la estrechez de los caminos se unía el amontonamiento de miles de camiones pesados transportando arena, grava, acero y cemento, y de unos objetos con cubiertas alquitranadas que no eran otra cosa que armas y municiones, al oeste del muro. Hitler volvió al tren para celebrar más reuniones y para dormir. Los documentos del Estado Mayor general muestran que Hitler trató de convencer a los generales de que Francia no se arriesgaría con una intervención seria mientras Italia siguiera siendo una amenaza para el norte de África y toda la frontera alpina. El general Adam seguía mostrándose pesimista. Hitler exclamó con terquedad: «No aplazaré el ataque a Checoslovaquia.»

El día 29, el último de esta visita de inspección, Hitler exclamó ante los generales: «¡Sólo un canalla seria incapaz de mantener este frente!» El general Adam permaneció en pie con el rabo entre piernas, según testimonio de Eberhard, el ayudante de Keitel. Hitler reprendió al desdichado comandante del frente occidental diciéndole: «¡Sólo lamento ser el Führer y el canciller, y no el general en jefe del frente occidental!» Keitel sabía que los días de mando de Adam estaban contados.

MUNICH

Cuando el 22 de agosto de 1938 el general Franz Halder se presentó ante el Führer en calidad de nuevo jefe del Estado Mayor general a bordo del *Grille*, Hitler le dijo en tono guasón: «Nunca sabrá qué es lo que pienso de verdad. Ni siquiera mis colaboradores más próximos, y eso que ellos están convencidos de saberlo.»

Pero una cosa estaba clara: aquel verano Hitler quería firmemente una guerra, ya fuera para escribir con sangre el «certificado de nacimiento» de su nuevo Reich, o para «convertir a los austríacos en un componente valioso de la Wehrmacht alemana», como ya había explicado a sus generales el 15 de agosto. «Clausewitz tenía razón», exclamó ante sus ayudantes unos días después al salir de otra exhibición militar celebrada en la Prusia oriental: «La guerra es la madre de todas las cosas.» Ésta era la cita favorita de Hitler. Volvió a repetirla en las reuniones secretas del 20 de mayo de 1942, 27 de enero de 1944, 22 de junio de 1944 y en la conferencia de guerra del 9 de enero de 1945, cuando hacía tiempo que hasta sus más ardientes seguidores se habían cansado de la guerra de Hitler. En 1938 también dijo a sus generales que quería que los soldados de más edad, entre los treinta y treinta y cinco años, participaran en alguna acción de combate en esta campaña checa; los más jóvenes ya probarían el sabor de la sangre en la siguiente campaña.

En las más altas esferas todavía había división de opiniones sobre si Hitler hablaba o no en serio. El 1 de setiembre, Weizsäcker escribió en un apunte personal: «A pesar de todo esto, estaría dispuesto a hacer una (pequeña) apuesta aun sabiendo que mantendremos la paz en 1938.» Pero al cabo de tres días Ribbentrop volvió a informarle que «Verde» daria comienzo «en seis semanas». En cualquier caso, «Verde» no podía iniciarse antes

del 1 de octubre por razones técnicas; aunque no debía retrasarse más allá del día catorce para sacar provecho de las condiciones meteorológicas.

El dirigente del partido alemán de los Sudetes, Konrad Henlein, se constituyó en el «arma secreta» de Hitler para socavar las fortificaciones checas. Hitler se había reunido varias veces en secreto durante julio y agosto de 1938 con Henlein y sus lugartenientes. Henlein no estaba nada convencido de «Verde». El 23 de julio, en Bayreuth, trató en vano de convencer a Hitler para que no utilizara la fuerza; Hitler contestó que su joven Wehrmacht necesitaba un bautizo de fuego. Una semana después, volvieron a reunirse con motivo de los festivales gimnásticos de Breslau; Hitler le invitó a la habitación de su hotel. Explicó a Henlein que nada tenía que añadir a las instrucciones que hacía tiempo ya le había dado. Claro que todo era un montaje pensado para los periodistas que llamaban al hotel. A mediados de agosto, Karl-Hermann Frank, el tosco secretario de Henlein, fue a la Cancillería para tratar de convencer a Hitler de que según la distribución de la población alemana y checa que aparecía en los mapas, bastaba con proclamar la «autodeterminación» para poner Checoslovaquia en manos de Hitler. Pero se dio cuenta de que estaba hablando con una pared. Hitler quería sangre.

Por aquel entonces, el Führer ya había empezado a estudiar con el personal del OKW el modo de controlar la crisis que desencadenaría «Verde». El 26 de agosto ordenó a Frank que se dispusiera a provocar agitaciones en los Sudetes. El problema residía en la legación negociadora británica, que ahora se encontraba en Praga con el venerable par liberal lord Runciman. Hitler tenía que dar la impresión de estar escuchando por fuera las propuestas británicas. Pero él quería, naturalmente, la totalidad de Checoslovaquia, no sólo el control de los Sudetes. Esto explica por qué se irritó Hitler cuando el agente de Henlein en Berlín, Fritz Bürger, llevó a Munich las propuestas de Runciman el día 29 de agosto. «¿Qué les importará este asunto a los ingleses?», exclamó Hitler. «Harían mejor en ocuparse de sus judíos de Palestina.»

El día 1 de setiembre llegaba al Berghof un Konrad Henlein muy inquieto. Hitler le enseñó la granja modelo de Bormann, pensada para suministrar leche a los cuarteles de las SS, y que había costado muchísimo dinero («Sabe

Dios lo que costará un litro de su leche», acostumbraba a soltarle Hitler). Le dijo a Henlein en tono de broma: «He aquí a las representantes del club de las vacas nacionalsocialistas.» Estaba de muy buen humor, cosa que a Henlein no le ocurría. Hitler repitió que seguía pensando en la solución militar: «este setiembre» debía eliminarse Checoslovaquia. Henlein debía seguir negociando con Praga, y empezar a provocar «incidentes» a partir del día cuatro. Dicen que un minuto después de ver marchar a Henlein del Berghof a las 3.30 de la tarde, Hitler se echó a reír y exclamó: «Viva la guerra, aunque dure ocho años.»

Es posible que nada de todo esto fuera en serio. Hay indicios de que Hitler estaba utilizando a Henlein como una poderosa arma sicológica; por ejemplo, unos días después la prensa nazi recibió una orden secreta: «Va a celebrarse una recepción en Nuremberg . . . A Henlein no se le mencionará en el informe oficial, pero no hay ninguna objeción para que se publiquen fotografías donde aparezca asistiendo a la recepción.»

Pero alguien más compartía las inquietudes de Henlein. El ministro conservador nazi, conde Schwerin von Krosig, envió un memorándum a Hitler redactado de forma muy inteligente: al pueblo alemán le faltaba la resolución íntima necesaria para luchar en otra guerra. «No será capaz de soportar por mucho tiempo las penurias de la guerra, sean grandes o pequeñas, como las tarjetas de racionamiento, los bombardeos aéreos o la pérdida de esposos e hijos.» Esto fue lo que Krosig escribió el 1 de setiembre en su memorándum. En una reunión celebrada dos meses después con los responsables de prensa nazis, Hitler se referiría a «la histeria de los diez mil de más arriba».

Hitler también hizo caso omiso de lo que decian sus propios diplomáticos. Se negó a ver al moderado Konstantin von Neurath cuando éste intentó verle. Hitler también se negó a recibir a su embajador en Londres cuando éste trató de hacerle llegar un mensaje personal escrito por Neville Chamberlain. Cuando su embajador en París comunicó a Berlín la clara amenaza del ministro de Exteriores francés referente a que Francia apoyaría a Checoslovaquia, Hitler se deshizo del telegrama diciendo que aquello no le interesaba. Hans Dieckhoff, su embajador en Washington, recibió el mismo

trato arrogante. Los tres embajadores exigieron ver a Hitler, pero éste no condescendió hasta que se celebró la concentración del Partido; se dirigió a Wiedemann y le dijo: «Bien, que pasen esos *Arschlöcher* [cabrones].» Siguiendo los consejos de Ribbentrop, ordenó a los tres embajadores que de momento no volvieran a sus puestos. Weizsäcker escribió lleno de indignación: «Después de escuchar a los señores Dieckhoff, von Dirksen, conde Welczek, [Hans Adolf] von Moltke [embajador en Varsovia] y [Hans Georg] von Mackensen [Roma] el día 7 de setiembre, informé lo siguiente a Herr von Ribbentrop el día 8: "La opinión de todos estos caballeros es, con alguna que otra diferencia, claramente opuesta a la de Herr von Ribbentrop, puesto que no creen que las democracias occidentales se mantengan al margen en caso de un conflicto germanocheco." Añadí que Herr von Ribbentrop conocía perfectamente cuál era mi opinión.»

La vida cotidiana de Hitler se parecía muy poco a la de un dictador que preparaba una guerra. Un día se le vio visitando museos de Munich: inspeccionó los modelos de Speer para el edificio de la nueva cancillería, así como los cuadros que debían ir al «Edificio del Führer» (*Führerbau*), el cuartel general del Partido. Hitler pasó la noche tranquilamente en el Berghof viendo dos películas de Hollywood que no le convencieron nada y que ordenó parar a mitad de la cinta.

Después de la medianoche del 30 al 31 de agosto, el comandante Schmundt trajo los planes relativos a los falsos «incidentes» que debían servir para justificar «Verde». El OKW pedía que el principal «incidente» tuviera lugar cuando el tiempo fuera favorable para la Luftwaffe; además, la orden debía llegar al cuartel general del OKW antes del mediodía del día anterior a la invasión nazi. Eso pondría a los alemanes que estuvieran en territorio enemigo a merced de los checos y evitaría cualquier aviso a las misiones diplomáticas de Praga antes del primer bombardeo aéreo, pero se beneficiarían de algo que Hitler consideraba como condición necesaria para tener éxito: la sorpresa.

Halder explicó el plan del Estado Mayor general ante Hitler y Keitel a bordo del *Grille* en Kiel sirviéndose de un mapa de Checoslovaquia. E país

sería dividido en dos por su franja más estrecha. Pero a Hitler le parecía un error: eso era precisamente lo que el enemigo iba a esperar, Pidió a Halder que le dejara el mapa, y después de volver a Berlín dio instrucciones a Brauchitsch para que se utilizaran los tanques de otra forma, concentrados en una sola fuerza que se dirigiría en dirección noreste desde Nuremberg atravesando las fortificaciones checas, cruzando Pilsen para llegar directamente hasta Praga. El objetivo político consistía en tomar Praga, la capital checa, lo antes posible.

El Estado Mayor general no estaba de acuerdo con el plan de Hitler. Llamó a Brauchitsch al Berghof el 3 de setiembre y una vez más le preguntó por qué insistía en su propio plan. Originariamente, dijo, los checos no habían preparado su sistema defensivo anticipándose a un ataque procedente de Austria; por lo tanto, sus fortificaciones frente a Rundstedt en la Silesia eran mucho más considerables; «el segundo ejército podría haberse metido en un segundo Verdún. Si atacamos por allí nos van a aniquilar intentando lo imposible». Lo que los checos no esperarían era el ataque que Hitler planeaba hacer con Reichenau y una considerable cantidad de tanques. «Un ejército que se introduzca en el corazón de la Bohemia zanjará el asunto.» El Estado Mayor general ignoraba el plan de Hitler. Halder dijo a Keitel que ya se habían dado las órdenes y que ya era demasiado tarde para cambiarlas. Keitel se trasladó en avión a Berlín en las primeras horas del 8 de setiembre y urgió a Brauchitsch que obedeciera. Pero cuando el jefe del OKW volvió al lado de Hitler en Nuremberg – donde la concentración del Partido se acercaba ya a su espectacular punto culminante – al día siguiente por la mañana todo lo que pudo comunicar fue que tanto Brauchitsch como Halder se negaban en redondo a cambiar sus planes. Los dos obstinados generales recibieron la orden inmediata de Berlín para que se presentaran aquella noche en el hotel de Nuremberg donde estaba Hitler, el Deutscher Hof.

La discusión duró cinco horas. Halder defendió el punto de vista del Estado Mayor General, Hitler contestó que terifan que hacer unos planes que previeran los movimientos más probables del enemigo. «Sin duda», concedió, «la operación tenaza planeada es la solución ideal. Pero su resultado es demasiado inseguro para que nosotros confiemos en ella, sobre todo porque

por razones políticas tenemos que obtener una victoria rápida». Les recordó que, la historia siempre demostraba lo difícil que era cancelar una operación que sólo había tenido éxito a medias . . . Era el tipo de situación que conducía a horrores como el de Verdún. Se desperdiciarían tanques poco a poco y cuando se necesitaran para las siguientes operaciones de profundizacíón no estarían allí.

Todo esto ahora parece la evidencia misma, pero en aquella época, en setiembre de 1938, distaba mucho de estar claro que Hitler tuviera razón. Los dos generales seguían negándose a dar su brazo a torcer. En las primeras horas de la madrugada, finalmente Hitler dejó de discutir con ellos y les *ordenó* que desplegaran los tanques como les había dicho . . . Les daba tiempo hasta fines de mes. Halder se encogió de hombros; pero Brauchitsch sorprendió a todos con una efusiva declaración de lealtad. Cuando se hubieron ido, Hitler participó a Keitel su cólera respecto a aquellos generales cobardes y vacilantes: «Es una lástima que no pueda dar un ejército a cada uno de mis Gauleiters . . . Tienen agallas y creen en mí.»

Para avergonzar, a estos generales derrotistas Hitler les aludió en términos mordaces en la concentración de Nuremberg, mientras ellos permanecían impasibles en las primeras filas. Anunció la concesión del premio nacional a Fritz Todt, por haber construido el muro occidental . . . un desaire gratuito para los ingenieros del ejército.

Solamente unos cuarenta mil reclutas del servicio de trabajo habían podido participar en la concentración, los demás estaban trabajando en el muro. Durante cinco horas del día 11, Hitler estuvo de pie en su automóvil en la Adolf-Hitler Platz con la cabeza descubierta bajo el terrible sol de setiembre, saludando a los 120,000 hombres de las SA y las SS que desfilaban ante él adoptando el espectacular paso de la oca cuando llegaban cerca de su Führer. Estuvo bromeando benévolamente con los diplomáticos en su solemne recepción, e incluso toleró que el embajador francés le pusiera un lirio en las manos, el símbolo de Francia. «También es un símbolo de paz», explicó elocuentemente François-Poncet, «y es propio que lo lleven quienes deseen luchar por la paz». Hitler se deshizo del lirio tan pronto como le fue posible.

Los titulares del periódico alemán decían: AUTODETERMINACIÓN PARA LOS SUDETES. EL FÜHRER QUIERE PONER FIN A LA ESCLAVITUD.

El 13 de setiembre, Praga decretaba la ley marcial en torno a la ciudad de Eger. Todo sucedía tal como Hitler lo había planeado. Al día siguiente la prensa nazi proclamaba: EL TERROR ASESINO DE LOS CHECOS PONE AL PAÍS AL BORDE DE LA ANARQUÍA. ASESINATO DE ALEMANES A MANOS DE LOS CHECOS. Desde la ciudad sudete de Asch al atardecer del día 14, Karl Frank telefoneó a Hitler para pedirle que tropas y tanques alemanes intervinieran inmediatamente. Hitler respondió: «Frank, espere la hora propicia. Aún no ha llegado el momento.»

Desde luego aún no había llegado. A última hora de la noche anterior, 13 de setiembre, el embajador británico había entregado al barón von Weizsäcker una carta en la cual Neville Chamberlain, que contaba setenta años, se ofrecía para ir a ver a Hitler en avión con objeto de encontrar una solución pacífica. Hitler no podía dejar de aceptar el ofrecimiento de Chamberlain, y se sintió contrariado por haber perdido así la iniciativa, aunque sólo fuese por poco tiempo.

Las «páginas marrones» – las transcripciones telefónicas de alto secreto de la Forschungsamt de Göring – llegaron al Berghof por mensajero el día 14. Aquella misma mañana, Jan Masaryk, el volátil enviado checo en Londres, habló con su ministerio de Exteriores de Praga. « . . . Pero si él [Hitler] se mueve», Praga le había preguntado: «entonces todos los demás también se moverán, ¿no?». Masaryk no lo veía tan claro: «Supongo que algo después se moverán. Pero la gente de aquí no está a la altura. Sólo son gente de lo peor.» La voz de Praga exclamaba: «No, imposible.» «Sólo son unos estúpidos que han conseguido quince cruceros», explicó Masaryk, «tienen mucho miedo de perderlos». Y en cuanto a Francia comentó: «Allí también hay unos cuantos granujas.»

El tono de estos comentarios no podía ser más explícito para Hitler respecto a las actitudes de Londres y Praga. El conocimiento ilícito que tenía Hitler de estas conversaciones justifica gran parte de su confianza. Las transcripciones demostraban significativamente que Chamberlain estaba retras-

ando la llegada de los telegramas de Praga dirigidos a Masaryk durante días enteros. Así, irónicamente, Masaryk se veía obligado a depender aún mucho más de las líneas telefónicas que le unían con Praga. Las transcripciones diarias de estas conversaciones mostraban al enviado checo dirigiendo feroces insultos a los políticos occidentales, pidiendo urgentemente a Praga más dinero y conspirando en unión de Churchill y de su colega de París en favor de la próxima caída de los regímenes de Chamberlain y Daladier.

A las 9.50 de la noche del 14 de setiembre de 1938, Masaryk llamó urgentemente al mismo Dr. Beneš. «¿Sabe ya lo de Chamberlain?» «No.» «Mañana, a las 8.30 de la mañana viajará a Berchtesgaden.» La transcripción telefónica seguía. « . . . Tras una larga pausa Beneš exclamó claramente asustado: «¡No es posible!» Masaryk contestó que a Chamberlain le iba a acompañar «ese cerdo» de Sir Horace Wilson.

Al día siguiente, una guardia de honor compuesta por treinta hombres de las SS formó en el patio del Berghof. La comitiva inglesa llegó a las seis. Chamberlain vestía su acostumbrado traje oscuro y cuello duro, con una corbata de color claro y la cadena de un reloj cruzando el chaleco.

Ya en su estudio, Hitler empezó con la diatriba de siempre sobre la creciente campaña de terror checo. Se quejó de que ya habían muerto 300 alemanes de los Sudetes. Pero Chamberlain no había venido para hablar de guerra. «Si Herr Hitler no quiere nada más que los Sudetes alemanes», dijo, «entonces se los puede quedar». Hitler, cogido de improviso, le aseguró que todo lo que no fuera alemán no le interesaba. Chamberlain metía un palo en la rueda de «Verde». Pero Hitler se mostró muy optimista al hablar de aquella conversación esa noche con Ribbentrop y Weizsäcker. Este último escribió el siguiente testimonio:

«Gracias a que no ha vacilado en su brutal propósito de solucionar el problema checo inmediatamente – aún a riesgo de desencadenar una guerra europea generalizada – alegando que sólo así estaría satisfecho, él [Hitler] ha empujado a Ch[amberlain] a dar los pasos necesarios para conseguir la cesión de los Sudetes a Alemania. Él, el Führer, no ha podido negarse a la propuesta de un plebiscito. Si los checos se pronuncian en contra, quedará vía libre para la invasión alemana; pero si los checos ceden, entonces habrá que

esperar para tomar el resto de Checoslovaquia, por ejemplo, en la próxima primavera. En realidad, la primera posibilidad de disponer de los Sudetes alemanes de forma amistosa tiene varias ventajas.

»En esta conversación privada, el Führer no ha ocultado que piensa en la posibilidad de una futura guerra, y ya tiene en mente algunos planes mucho más ambiciosos. Ha alegado motivos nacionalistas para esto, pero también otros que podrían llamarse de educación, o de latente dinamismo. Muestra una gran confianza en si mismo y mucha seguridad en política exterior y de guerra, y ha hablado con bastante claridad de su propia responsabilidad para guiar a Alemania en lo que le queda de vida por el ineludible camino de la guerra con sus enemigos.

»El Führer ha contado algunos detalles de su conversación con Chamberlain; ha mencionado las pequeñas artimañas con las que ha acorralado a su interlocutor.»

Un año después Weizsäcker recordaba: «Desde la Cancillería del Reich salía la consigna de que la juventud de Alemania necesitaba una guerra para fortalecerse. La guerra contra Checoslovaquia fue adquiriendo así un carácter de *l'art pour l'art* [el arte por el arte].»

De hecho, Chamberlain y los franceses propusieron a Hitler la concesión de todas las zonas con casi el 50 por ciento de la población alemana. Tras el regreso de Chamberlain a Londres, es lógico que Jan Masaryk telefoneara muy inquieto al Dr. Beneš quejándose de que el «Tío» aún no había dicho nada a nadie sobre su conversación con Hitler en el Berghof. El enviado checo añadía con delicadeza: «¿Puedo pedir que me envíen dinero por si hay que hacer algo? . . . Sólo la cantidad justa, ¿me comprende?» Beneš accedió: «Me ocuparé de eso en seguida.»

El testimonio de Weizsäcker deja bien claro que Hitler no tenía la menor intención de dejarse convencer por Chamberlain sólo por los Sudetes. Pero tenía que actuar con mucho cuidado. Cuando Canaris telefoneó al Berghof para preguntar si su guerrilla y sus unidades de sabotaje podían empezar su trabajo sucio, Keitel le ordenó: «No, por ahora no.» Hitler disponía de algo más seguro: un cuerpo de voluntarios reclutados entre los molestos alemanes de los Sudetes dentro del territorio checo. En realidad, casi diez mil

seguidores de Henlein habían llegado a Alemania en la última semana. Hitler ordenó que la Wehrmacht les proporcionara armas adecuadas – fusiles Männlicher de procedencia austríaca – para que volvieran a Checoslovaquia aprovechando la oscuridad de la noche. Estas tropas de irregulares contarían con la ayuda del ejército regular alemán y de oficiales y consejeros de las SA, así como del Partido, que les dada vehículos motorizados. Hitler reveló el plan a Karl-Hermann Frank el 16 de setiembre en una reunión de dos horas. Los voluntarios de Henlein llevarían a cabo acciones de comando todas las noches en las posiciones de la frontera checa. Su objetivo sería – como Schmundt telegrafió al OKW al día siguiente – «mantener el nivel de luchas y disturbios».

En verano de 1937 Martin Bormann había observado que a su jefe le gustaba ir paseando hasta el pabellón de té, y decidió construir otro para el Führer que pudiera compararse con el mejor del mundo. Ese mismo agosto Bormann habla elegido la escarpada cumbre del monte Kehlstein, de 1,600 metros de altura y no muy lejos del Berghof; él mismo marcó el terreno con estacas ayudado por Fritz Todt. El 16 de setiembre de 1938 este «Nido de las Águilas» ya estaba terminado. A las cuatro de la tarde Hitler, Todt y Bormann se dirigieron en automóvil hasta la nueva aguilera, Bormann muy orgulloso y Hitler escéptico. Cuando se enteró de la sorpresa de Bormann ya era demasiado tarde; según Julius Schaub, Hitler echó la culpa a los delirios de grandeza de Bormann, pero le sonrió con indulgencia y él mismo se dejó convencer de que serviría para impresionar a los visitantes extranjeros.

La nueva carretera finalizaba a poca distancia de la cumbre del Kehlstein. Se habían utilizado cargas explosivas para abrir una zona de estacionamiento de vehículos en la superficie de la roca, en la que también colocaron unas enormes puertas de bronce coronadas con una losa de granito donde se podía leer: «Construido en 1938.» Las puertas se abrieron y el coche se adentró por el interior de la montaña en un túnel de unos 150 metros y lo bastante ancho como para que pasaran dos vehículos al mismo tiempo. El túnel terminaba en una bóveda circular no muy distinta de la de una iglesia: delante de ellos había unas puertas correderas de bronce. Bormann invitó a

Hitler a pasar al cuarto sin ventanas que había detrás de las puertas: un ascensor con paredes de latón pulido, espejos y sillas tapizadas. El ascensor les llevó hasta la misma cumbre del Kehlstein. Hitler salió de su interior y se encontró con una panorámica mucho más majestuosa que la del Berghof. Hitler se pasó una hora aquí arriba. En realidad, se sentía algo alarmado por la rapidez con que latía su corazón en aquella altitud, y respiraba con dificultad (algo que más tarde contaría a sus médicos). Volvió a visitar el lugar otras dos veces en los siguientes días, y sólo en contadas ocasiones a partir de entonces.

Ahora faltaban sólo dos semanas para «Verde». En las zonas de entrenamiento de la periferia de Checoslovaquia se iniciaron maniobras militares cuidadosamente organizadas.

Chamberlain había prometido volver con el acuerdo de su gabinete. Hitler conocía muy bien lo que pasaba en Londres. Sabía que el primer ministro francés Édouard Daladier y el ministro de Exteriores Georges Bonnet habían llegado a Londres el día 18. A la 1.20 de la tarde del día 19 Masaryk telefoneó entre lamentos a Beneš: «Los tíos están reunidos y todavía no han soltado una sola palabra a nadie.» Beneš habló de los rumores que había oído referentes a Hungría y a la zona de los Cárpatos-Ucrania.

Según él aún no había nada claro sobre esos planes, pero Masaryk lo confirmó: «Están hablando sobre la cesión de territorios y cosas así, ya sabe.» Al cabo de un rato Masaryk añadió vehementemente: «No tengo la menor intención de presentarme allí [a Downing Street]. No me han invitado; ¡que se j_____, Sr. Presidente!» Aquella misma tarde el plan anglofrancés se comunicó por fin a Beneš, pero no a Masaryk. Prácticamente se pedía a Beneš que se rindiera: debía ceder a Hitler todas las zonas con más del 50 por ciento de población alemana. Beneš le contó a Masaryk lo esencial por teléfono a las 7 de la tarde, y le preguntó qué pensaba la gente como Churchill. Masaryk respondió: «Han dicho que . . . esperan que no aceptemos sin protestar.» Y añadió: «El 75 por ciento es una cosa, pero el 50 por ciento . . . es imposible.» «¡Espantoso!», suspiró Beneš.

Durante los dos días siguientes Praga permaneció oficialmente en silencio. Al parecer, Beneš explicó a Masaryk que estaba buscando la solución intermedia, ni sí ni no, que le permitiera una negociación honrosa. Masaryk se refirió con desdén a la próxima visita de Chamberlain a Alemania: «El viejo está haciendo otra vez las maletas; está bastante nervioso.» De nuevo pedía dinero para que se lo enviaran urgentemente a Londres: «El globo saldrá volando y yo me encontraré otra vez sin un penique.»

El 19 de setiembre los voluntarios de Henlein y sus escuadrones del terror empezaron sus operaciones. El ejército checo se acercó más a la frontera. Los propios generales de Hitler le convencieron de que debía limitar las operaciones del Cuerpo de Irregulares a comandos de doce hombres o menos. Aquel día volvió a la tarea de halagar a los húngaros. Horthy – que se encontraba de nuevo en Alemania como huésped de Göring para una cacería – escribió una nota personal a Hitler en la que expresaba su inquietud ante las noticias de los periódicos referentes a que Beneš estaba a punto de ceder al Reich las regiones de habla alemana, «dejando el resto como estaba» (la carta se encuentra entre los documentos de Horthy en Budapest). Hitler habló del asunto con Imrédy y Kánya el 20 de setiembre en el Berghof.

A las cuatro de la tarde del mismo día, Hitler recibió a Josef Lipski, el embajador de Polonia en Berlín. Hitler llevaba desde mediados de julio procurando ganarse el favor de Polonia, el otro vecino de Checoslovaquia; Goebbels había ordenado a los responsables de prensa nazis que no informaran «de momento» sobre ningún incidente antialemán en Polonia. El 6 de setiembre, Hans Fritzsche había repetido la misma orden de Goebbels: «No se publicará ninguna noticia sobre incidentes en Polonia . . . por mucho que no nos guste.» Tres días después se había añadido esta contundente explicación: «Es un principio básico de la política exterior del Tercer Reich no emprender más de una cosa al mismo tiempo.» Ahora Hitler veía recompensada su paciencia: el embajador polaco confirmó tímidamente el interés que el gobierno de Varsovia tenía en Tešin y aseguró a Hitler que los polacos «no vacilarían en usar la fuerza».

Las cosas no podían ir mejor. Hitler y Ribbentrop se dirigieron complacidos hasta Pullach y pasaron la tarde en casa de Bormann. Hacia media-

noche Hitler supo que Chamberlain iría a Bad Godesberg para encontrarse con él el día veintidós.

A las dos de la madrugada del 21 de setiembre, los enviados británicos y franceses en Praga invitaron conjuntamente a Beneš a que aceptara el plan anglofrancés «antes de originar una situación de la que Francia y Gran Bretaña no se responsabilizarían». Seis horas después los agentes de Göring interceptaron una conversación telefónica secreta entre Praga y París. Desde Praga se decía que se habían visto obligados a aceptar el plan ya que Gran Bretaña y Francia habían amenazado con dejar plantada a Checoslovaquia. Las transcripciones indicaban que Churchill estaba prometiendo a Masaryk la caída de Chamberlain antes de aquella misma tarde, que tres ministros franceses de París habían expresado por escrito su protesta a Daladier, y que «ese zoquete» de Bonnet también iba a durar muy poco. Los amigos ingleses de Masaryk pidieron a Praga que retrasara cualquier decisión oficial sobre el plan por lo menos hasta el día veintiséis. Masaryk habló por teléfono con Beneš en tono suplicante:

«Sr. presidente, hay algo muy importante . . . El apoyo de la opinión pública se está propagando aquí como la pólvora . . . Eso es lo que Churchill, Eden y el arzobispo quieren que usted sepa.»

Pero ahora Hitler también lo sabía, y un hombre prevenido valía por dos. Al enterarse en un principio de que Praga estaba dispuesta a aceptar, había dado instrucciones a su OKW para que estudiara el problema administrativo derivado de una ocupación sin resistencia de las zonas de habla alemana. Pero ahora, y gracias a las escuchas de la FA, Hitler cambiaba de opinión. Parecía que Beneš iba a tratar de ganar tiempo.

El 22 de setiembre Chamberlain llegó al aeropuerto de Colonia acompañado, como en la ocasión anterior, de Sir Horace Wilson («ese cerdo»). En el Hotel Dreesen de Godesberg Chamberlain recordó a Hitler el acuerdo al que hablan llegado en su Berghof. Hitler exclamó solemnemente: «*Es tut mir furchtbar leid, aber das geht nicht mehr* (lo lamento muchísimo, pero va no sirve para nada).» Ahora insistía en que la Wehrmacht pudiera ocupar inmediatamente las zonas de habla alemana de Checoslovaquia. Chamberlain protestó diciendo que Hitler habla roto su palabra. Después de estar es-

cuchando las prolijas argumentaciones de Hitler durante tres horas, Chamberlain se reclinó en un sofá y dijo que había hecho todo lo posible y que tenía la conciencia tranquila. Como ninguna parte estaba dispuesta a ceder, las conversaciones se interrumpieron y la delegación inglesa volvió en barco a su espléndido Hotel Petersberg. En mayo de 1942, Hitler se refirió al «doble» juego de los ingleses a propósito de este tema; gracias a las escuchas de la FA Hitler ya sabía que de puertas adentro los ingleses estaban dispuestos a hacer las concesiones que pedía, pero en público seguían mostrándose reacios a todo. La estudiada insolencia de la delegación británica así como el desaliño de sus ropas todavía irritaron más a Hitler. Más tarde dijo a Henderson en tono de censura: «Si alguien más viene a verme con trajes como esos, haré que mi embajador en Londres vaya a visitar a su rey con un vulgar jersey: dígaselo a su gobierno.»

Hitler retrasó el siguiente encuentro durante unas horas para poder descifrar entretanto el informe secreto que Chamberlain había enviado a su gabinete. Por eso, el siguiente paso dado por Chamberlain no fue nada inesperado: el 23 de setiembre envió una nota a Hitler exponiendo que la opinión pública británica no iba a tolerar las nuevas exigencias alemanas. Hitler contestó que no se fiaba de los checos porque trataban de ganar tiempo. Chamberlain reaccionó con brusquedad y pidió al Führer que redactara un memorándum con sus proposiciones. Chamberlain recibió el documento en mano al volver al hotel de Hitler a las diez de aquella noche. Casi al mismo tiempo, a las 10.30, un mensajero entregaba una nota a Hitler: «Beneš acaba de anunciar la movilización general por la radio checa.» Aquello aumentó la tensión del encuentro. Hitler se levantó y exclamó que qué significaba aquello. Chamberlain también se levantó y se dispuso a salir tranquilamente.

Eso no era lo que Hitler quería; Ribbentrop salvó la situación sugiriendo que dado que los ingleses habían pedido el memorándum por lo menos debían leerlo. Volvieron a sentarse. El documento establecía una fecha límite: los checos debían empezar a evacuar las zonas alemanas el día veintiséis para finalizarla antes del veintiocho. Chamberlain se opuso alegando con razón que se trataba de un *Diktat*. Hitler contestó con un aire satisfecho: «En absoluto. Mire, ahí pone "memorándum." Sin embargo, ante la presión de los

otros, consintió en aplazar la fecha límite hasta el día 1 de octubre (su secreto día-X para llevar a cabo «Verde»). «¿Sabe?», dijo a Chamberlain en tono de adulación, «es usted la primera persona a la que hago una concesión» (lo mismo le había dicho a Schuschnigg en el Berghof en el mes de febrero). A la una y cuarto de la madrugada el Führer se despidió de él. Le aseguró que era la última exigencia territorial que hacía en Europa. Chamberlain contestó: «Auf Wiedersehen.»

Hitler se quedó sentado en el jardín del hotel durante un rato viendo correr las aguas del Rin. Luego se volvió y dio las gracias a Ribbentrop por haber intervenido: «Ha salvado usted el día.»

Al día siguiente por la tarde Chamberlain daba cuenta de todo a su gabinete.* Masaryk telefoneó a Beneš desde Londres en un tono de desprecio: «Los alemanes han hecho lo que han querido con él de tal forma que esta mañana apenas ha podido balbucir una palabra.» Cuando Masaryk habló del rumor referente a que Hitler pedía a los checos que dejaran entrar a la Wehrmacht en seguida, Beneš montó en cólera: «¡De ninguna manera! . . . ¡No debemos darnos por vencidos!»

Hitler veía con buenos ojos que Praga se mantuviera firme. Pero Francia también había iniciado una movilización parcial, algo con lo que no había contado hasta el mismo día-X. Además, una parte de la flota británica se había hecho a la mar. El día 25 de setiembre, Francia, Gran Bretaña y Checoslovaquia rechazaban el «memorándum» de Godesberg de Hitler. Como Beneš aclaró a Masaryk al anunciar la decisión a Londres, el mapa enviado por Chamberlain con el memorándum «significaría ni más ni menos que la entrega inmediata de toda nuestra nación en manos de Hitler». Y añadió: «Muéstreles con el mapa en la mano cómo se va a destruir nuestra nación.» Pero Masaryk contestó: «Hasta ahora no me han dado el mapa. Están jugando sucio.»

* A las 3.30 de la tarde Chamberlain dijo a parte de su gabinete que creía haber «conseguido cierto grado de influencia personal sobre Herr Hitler»; creía que Hitler no se retractaría. A las 5 de la tarde dijo al gabinete en pleno que Hitler tenía «una gran preocupación por asegurar la amistad con Gran Bretaña . . . sería una tragedia que perdiéramos la oportunidad de llegar a un entendimiento con Alemania». Estaba seguro de que ahora Hitler confiaba en él.

El 26 de setiembre Hitler convocó a Keitel y le dijo que «Verde» se iniciaría el día 30. Vistas las escuchas que la FA había realizado sobre Masaryk, con sus casi intraducibles obscenidades sobre Chamberlain y Horace Wilson, Hitler vio la posibilidad de sembrar la discordia en campo enemigo. Dio instrucciones a Göring para que revelara todo lo que se había interceptado al embajador Henderson. Cuando Wilson le expuso la última propuesta de Chamberlain, Hitler – que ya la conocía gracias a la locuacidad telefónica de Masaryk – la rechazó sin darle ningún valor mientras Praga no aceptara las condiciones de Godesberg. Afirmó a Henderson que dada de plazo a Beneš hasta el miércoles veintiocho. «¿El miércoles a medianoche?» Preguntó el embajador británico de una forma un tanto ambigua. «No, antes de las dos de la tarde», contestó Hitler dando así el ultimátum oficial.

Pero el Führer cada vez tenía que enfrentarse a más presiones. Lord Rothermere le envió un cable personal invitándole a que pensara dos veces antes de pronunciar su discurso aquella noche en el Sportpalast de Berlín. El discurso fue duro y provocativo. Hitler declaró que sus tropas ocuparían las zonas de los Sudetes alemanes en cinco días, el 1 de octubre. «Nosotros estamos decididos. Ahora todo depende de Herr Beneš.»

Poco después de que sir Horace Wilson se marchara a la mañana siguiente, Hitler mandó a Schmundt ante Keitel con instrucciones escritas referentes a que las tropas de asalto debían ocupar una línea desde donde atacar el día 30. También ordenó que el cuerpo de voluntarios aumentara sus actividades terroristas.

¿Aún quería la guerra? Weizsäcker, que apareció pasada la medianoche, encontró al Führer sentado en compañía de Ribbentrop. Hitler le anunció con brusquedad que iba a destruir Checoslovaquia. Weizsäcker anotó unos días después: «Esto lo dijo delante de Ribbentrop y de mí . . . De modo que seda un error creer que el Führer nos estaba soltando una enorme y monstruosa mentira. El resentimiento que le produjo lo sucedido el 22 de mayo – cuando los ingleses se mofaron de él por "echarse atrás" – le estaba empujando por el camino de la guerra.» Pero es muy posible que Hitler ya supiera

por las escuchas de la FA que Weizsäcker tenía tratos con los diplomáticos británicos.

Hitler queda que las SS desempeñaran un papel importante en el conflicto que se avecinaba. Dispuso que dos de los batallones de la calavera fueran armados con cañones de campaña y armas antitanques para proteger a un «gobierno autónomo alemán de los Sudetes» establecido en Asch, ahora enteramente en manos de las tropas de Henlein. Éste ya se había hecho con el poder en el enclave de Jauernig al sur de Breslau. Himmler tomaría el mando del cuerpo de voluntarios de Henlein el mismo día en que empezara «Verde».

El ultimátum de Hitler expiraba a las dos de la tarde del día siguiente, el 28. Su agregado militar en París calculo que Francia podía reunir sus primeras sesenta y cinco divisiones en el muro occidental al sexto día de la movilizacion. Göring reconoció impasible que la guerra parecía inevitable y que podía durar siete años. El día 28 por la mañana el agregado naval telefoneó desde Londres: fuentes bien informadas le acababan de asegurar que el rey Jorge VI, en cuya «indecisión» Hitler había estado confíando, ya había firmado la orden de movilización. Sólo faltaba precisar la fecha.

A las diez de la mañana Brauchitsch vio a Keitel y le rogó que persuadiera al Führer para que no invadiera mas que las zonas de los Sudetes. Canaris estaba seguro de que acabarían entrando en guerra con occidente. Al general Halder, nuevo jefe del Estado Mayor general, se le vio eri un estado de colapso nervioso, sollozando desconsoladamente. Peor aún, a mediodía Berlín se enteró de que la flota británica ya se había movilizado. Ahora Hitler se daba cuenta sin duda de que ya no podía sacar más provecho del chantaje; fue esta noticia de la movilización de la Royal Navy, como parece que admitió más tarde ante Göring, lo que le hizo inclinar la balanza.

En la mañana del 28 el embajador francés François-Poncet pidió ver a Hitler para presentarle unas nuevas propuestas secretas procedentes de Bonnet y de las que los checos aún no sabían nada. Se convino en celebrar una entrevista a mediodía. Poco antes de esa hora, Hitler se encontraba reunido con Ribbentrop cuando llegó Göring con la noticia – conseguida probablemente gracias a su Forschungsamt – de que unos minutos antes de las

once Mussolini había llamado por teléfono al embajador italiano en Berlín para decirle que Chamberlain acababa de hablar con él; Mussolini quería que el Führer supiera que contaba con su apoyo incondicional, pero ¿estaría dispuesto Hitler a aplazar la movilización veinticuatro horas? Se produjo una acalorada discusión en el despacho de Hitler. Göring acusó a Ribbentrop de estar deseando la guerra. Hitler hizo callar a los dos bruscamente.

A mediodía hicieron pasar a François-Poncet. El nuevo plan de Bonnet era mejor que el anterior, pero no lo suficiente. Casi al mismo tiempo un ayudante entregó a Hitler una nota doblada: el embajador italiano le estaba esperando. «Me llaman al teléfono», dijo Hitler excusándose, y salió a recibir el mensaje que le enviaba Mussolini. Estaba de acuerdo en reirasar un día la fecha límite. Los ingleses también se estaban moviendo: se sabe que la FA interceptó la llamada que Chamberlain había hecho a su embajada en Berlín a las 11.30 anunciando que estaba listo para ir otra vez a Alemania.

Hitler volvió a ocuparse de François-Poncet pero el embajador italiano no tardó nada en volver: Mussolini había llamado diciendo que Chamberlain tenía otra propuesta que constituiría una «victoria grandiosa». A las 12.30, mientras François-Poncet se iba, llegó Henderson con la propuesta oficial de Chamberlain de que las cinco potencias celebraran una conferencia: «Estoy listo para ir yo mismo a Berlín», escribió el viejo primer ministro británico. Hitler dictó un breve sumario con las exigencias fundamentales para que el embajador italiano se lo entregara a Mussolini. De este modo, la paz parecía asegurada.

El embajador Attolico volvió a las 2.40, mientras Hitler se encontraba comiendo. Fue a recibir al italiano con la boca todavía llena. Attolico hizo un esfuerzo por hablar en alemán: «*Morgen 11 Uhr München!*» (a las 11 de la mañana en Munich). Hitler soltó una carcajada. Durante la tarde se invitó oficialmente a las otras dos potencias, Gran Bretaña y Francia, a la conferencia. Las dos aceptaron. Checoslovaquia no recibió la invitación.

A las 8.50 de la tarde de aquel 28 de setiembre, el tren especial de Hitler salía de la estación Anhalt de Berlín camino de Munich y su histórica conferencia.

A las 9.30 de la mañana Hitler se encontraba esperando el tren de Mussolini en la pequeña estación fronteriza alemana. El Duce subió al vagón del Führer con el conde Ciano. Mientras el tren se ponía en marcha en dirección a Munich, Hitler mostró su satisfacción refiriéndose al modo en que «dos revolucionarios» como ellos estaban logrando sembrar la discordia en Europa alternativamente. Keitel explicó confidencialmente al Duce la situación militar. Hitler le tranquilizó asegurándole que las potencias extranjeras no iban a intervenir. Mussolini pidió un mapa de Checoslovaquia y le dieron uno coloreado con la situacíón actual del país. Hitler explicó que no estaba dispuesto a perder el tiempo con plebiscitos en las zonas en litigio. Por otro lado, dijo, no quería ni una sola aldea checa.

En el «Edificio del Führer» de Munich, adornado para la ocasión con las banderas de las cuatro potencias, la tensión fue menor de la esperada. El plan de Chamberlain llegó por la mañana. Hitler le esperó en el salón de fumar en comparna de Mussolini y del primer minístro francés Édouard Daladier. Su mayordomo había dejado preparados unos sandwiches y cerveza. Ya que solamente pedía las zonas de habla alemana y las otras tres potencias estaban de acuerdo con esto, lo único que quedaba por tratar era el modo de llevar a cabo la cesión; y como el borrador del acuerdo que el día anterior había entregado a Attolico lo estaba leyendo ahora Mussolini en italiano como si fuera suyo, el resultado ya se sabía de antemano. El único obstáculo lo constituía la evacuación inmediata de los territorios por parte de los checos que Hitler exigía de un modo tajante; y Chamberlain, igualmente obstinado, se puso a defender la posición checa. Hitler estuvo jugueteando toda la mañana con un reloj – que debió de pedir prestado para la ocasión, ya que no llevaba nunca ninguno – como insinuando que aún estaba a tiempo de ordenar la movilización a las dos de la tarde. Entre las sesiones de esta lánguida y desordenada conferencia, los ministros se tumbaban en los sofás o llamaban por teléfono a sus capitales; en un momento determinado, Daladier y Hitler empezaron a contarse anécdotas de las trincheras de la guerra mundial, y en otro momento Chamberlain le entretuvo con historias de pesca de fin de semana.

A las tres de la tarde Hitler se retiró a su apartamento para almorzar con Himmler y los italianos. Hitler echaba pestes de la obstinación de Chamberlain: «Daladier es un abogado que ve las cosas tal como son y que saca las consecuencias adecuadas. Pero ese Chamberlain . . . ha regateado hasta el último pueblo discutiendo sobre los detalles más nimios lo mismo que un vendedor de mercado, ¡mejor habría sido hablar con los checos! ¿Qué tiene que perder en la Bohemia? ¡A él qué le importa!», exclamó Hitler, «yo nunca me voy de fin de semana . . . ¡y odio pescar!».

La sensación de triunfo daba a sus palabras un tono más agrio: «Ya es hora de que Gran Bretaña deje de jugar a ser la institutriz de Europa», se quejó. «Si no puede dejar correr esa actitud de guardiana, a la larga la guerra será imposible de evitar. Y yo haré esta guerra mientras usted y yo seamos jóvenes, Duce, porque esta guerra será una gigantesca prueba de fuerza para nuestros dos países.»

La conferencia se reanudo aquella misma tarde. En las primeras horas de la madrugada se firmaba el acuerdo de Munich.

Antes de irse, Chamberlain preguntó si podía ver a Hitler. Éste le esperó en su piso de Prinz Regenten Platz con curiosidad, por no decir impaciencia, porque el ascensor en el que subía el inglés jadeaba como si fuese a pararse entre piso y piso. Chamberlain pidió a Hitler una garantía de que – suponiendo que los checos fueran tan arrogantes como para rechazar el acuerdo de Munich – la aviación alemana no bombardearía blancos civiles. Hitler se la dio. Entonces Chamberlain sacó una hoja de papel que contenía una declaración mecanografiada y pidió a Hitler que la firmara, diciéndole que aquello robustecería mucho su posición en Londres. Hitler la firmó sin demostrar un gran entusiasmo, Concluía con las siguientes palabras:

« . . . Consideramos el acuerdo firmado la pasada noche y el tratado naval angloalemán como símbolo del deseo de que nuestros dos pueblos no vuelvan a enfrentarse nunca más en una guerra.»

Cuando el inglés ya se hubo ido, Ribbentrop llegó al Edificio del Führer. Posteriormente, mientras bajaba con él los largos tramos de escaleras, Ribbentrop comentó que no estaba seguro de que Hitler hubiese actuado pru-

dentemente al firmar aquel documento. Spitzy llegó a oír la respuesta de Hitler en un susurro: «Ach, de todas formas ese papel no significa nada.»

EL PRIMER PASO DE UN LARGO CAMINO

Hitler salió de Berlín el 2 de octubre de 1938, junio con Brauchitsch, Milch y Todt para hacer un recorrido aéreo de los recién ganados territorios de los Sudetes, En las antiguas plazas de los mercados de Asch y Eger, tumultuosas multitudes aclamaron su victoria. «La magnitud de todo aquello», fanfarroneó cinco semanas después, «sólo la comprendí en el momento en que me vi por vez primera en medio de la línea fortificada checa: me di cuenta. de lo que significaba haber tomado todo un frente de casi dos mil quilómetros de fortificaciones sin haber disparado ni un solo tiro».

En realidad, la victoria de Hitler no habla sido tan incruenta. El cuerpo de voluntarios de Henlein había perdido un centenar de hombres en sus aproximadamente doscientas incursiones de comandos. Mientras Hitler regresaba a Asch y Eger, algunas ciudades parecían haber sufrido una guerra en gran escala: edificios semiderruidos, líneas telefónicas cortadas, cristales rotos por todas partes, colas para conseguir comida y cocinas ambulantes. Los hombres del cuerpo armado de voluntarios que podían verse parecían francamente duros, es lo mínimo que podía decirse de ellos, como escribió un oficial alemán: «No eran el tipo de personas que uno quisiera encontrar en una noche oscura.»

El pensamiento de Hitler no se apartaba del resto de Checoslovaquia que se le había escapado de las manos, según él creía, porque Chamberlain y Munich, al menos por ahora, no le habían dejado conquistarlo. Praga había sido la sede de la primera universidad germánica. La Bohemia y Moravia pertenecieron al primer Reich. Pero las inseguras fronteras de la Europa Central durante varias semanas aún dieron quebraderos de cabeza a Hitler.

Los polacos no sólo ocupaban Tešin, sino que además reclamaban Ostrau, en la Moravia, y unas grandes ciudades con una considerable población de habla alemana como Witkowitz y Oderberg.

Hungría había tardado mucho en exponer sus peticiones. Ahora, cuando empezaba a moverse reivindicando Eslovaquia y la totalidad de la Ucrania carpática, Hitler se negaba a escucharles. Aquel invierno, su ambición primordial consistía en ocupar Bohemia y Moravia. Favorecer la independencia eslovaca era un medio fácil de provocar la desintegración de Checoslovaquia. Una vez tomada esta decisión, Hitler no dudó en emplear un lenguaje enérgico para rechazar las aspiraciones de Hungría respecto a Eslovaquia. Cuando Kolomán Darányi, el antiguo primer ministro húngaro, llevó una carta personal de Horthy pidiendo ayuda el 14 de octubre, Hitler se limitó a decir: «Ya se lo dije.» La nota de Hewel sobre la reunión dice:

«El Führer recordó que ya había hablado a los húngaros con mucha energía, tanto a bordo del barco [en agosto] como cuando Imrédy y Kánya le visitaron en el Obersalzberg [en setiembre]: les había dicho con toda claridad que estaba planeando resolver el problema checo *so oder so* en octubre. Polonia había visto su oportunidad, se decidió a seguir adelante y obtuvo lo que quería. Este tipo de problemas sólo se pueden resolver negociando si uno está decidido a pelear de otra forma. Éste era el secreto que hacía que el Führer siempre lograse lo que quería. Pero el señor Kánya estaba atenazado de dudas, aunque el Führer ya le había dicho que ni Gran Bretaña ni Francia irían a la guerra.»

A mediados de octubre Hitler decía a Darányi que «los dirigentes eslovacos de todas las tendencias políticas nos habían estado asediando durante días enteros clamando que no querían incorporarse a Hungría». Esto era la pura verdad. El 25 de setiembre, el ingeniero eslovaco Franz Karmasin, jefe del partido carpático alemán, visitó a Göring en Carinhall, su residencia campestre. Karmasin consiguió que el diputado primer ministro, Dr. Ferdinand Durcanský, se entrevistara con Göring el 12 de octubre; el primer ministro aseguró al mariscal de campo alemán que su pueblo nunca había querido incorporarse a Hungría . . . y que sólo los judíos eslovacos eran partidarios de Hungría. «Los eslovacos quieren plena autonomía, con una fuerte

dependencia política, económica y militar respecto a Alemania», dijo. Aseguró a Göring que Eslovaquia resolvería el problema judío de un modo semejante al de Alemania. Posteriormente Göring anotó para su archivo que «las aspiracíones autonómicas eslovacas tienen que ser debidamente apoyadas. Los checos, sin la Eslovaquia, aún quedarán mucho más que ahora a nuestra merced. Eslovaquia será muy importante para nosotros como base aérea para las operaciones del este», añadió refiriéndose a Rusia.

Ahora también los checos se dirigieron a Hitler pidiendo su protección. Beneš se había ido a los Estados Unidos, y los moderados sustituyeron a sus ministros, ansiosos de mantener buenas relaciones con Hitler. A pesar de ello, Hitler sólo muy de mala gana renunció a «Verde». El ayudante de Keitel registró una llamada telefónica desde el Estado Mayor de Hitler que decía: «Schmundt pregunta cuándo volverá a ponerse en marcha "Verde", y cuánto falta para "Rojo"» («Rojo» era el plan contra Francia). Checoslovaquia aún daba preocupaciones militares. Todavía podía hacer frente a veinticinco divisiones alemanas. Pero políticamente ya no era la amenaza que había sido en otro tiempo, El 12 de octubre el emisario checo Voytech Mastný aseguró en privado a Göring que su país había efectuado «un cambio total de orientación» . . . Checoslovaquia adaptaría su política exterior a la alemana, seguiría el modelo del Reich en cuanto a la manera de tratar a judíos y comunistas, y proporcionaría ayuda industrial a Alemania. «El destino y la vida de *Tschechei* están en manos alemanas», escribió más tarde Göring en un satisfecho párrafo de su diario. «[Mastný] pide que no reduzcamos el país a la miseria.»

No obstante, cuando el nuevo ministro de Asuntos Exteriores checo Frantisek Chvalkovský visitó a Hitler dos días después, el Führer representó para él uno de sus famosos efectos teatrales. Según las notas del político checo, «[Hitler] no ocultó que él no era un hombre al que pudiera engañarse, y que la catástrofe final se produciría. en nuestro país con la rapidez de un rayo, si llegábamos a apartarnos de lo previsto y volvíamos a nuestros malos hábitos de antes. Veinticuatro . . . ocho; hizo chasquear los dedos». (Hitler amenazaba con destruir Checoslovaquia en veinticuatro horas, o incluso ocho, y chasqueó los dedos para dar más énfasis a su amenaza.) «Por lo que

se refiere a una garantía, dijo, la única que podía tener algún valor tenía que darla él, y no estaba dispuesto a darla [a Checoslovaquia] mientras no tuviera seguridades.»

En la mañana del 14 de octubre de 1938 Hitler regresó de un segundo recorrido acompañado por una considerable propaganda por el muro occidental que había empezado el día 9 en Saarbrücken. Allí, en un discurso dirigido a los trabajadores del muro occidental ya había asestado el primer golpe al espíritu de Munich. Había anunciado que no estaba dispuesto a bajar la guardia, dado que, en las democracias, los estadistas que trabajaban sinceramente por la paz siempre podían ser sustituidos de la noche a la mañana por unos belicistas: «Bastaría con que Mr. Duff Cooper o Mr. Eden o Mr. Churchill ocuparan el poder en lugar de Chamberlain para que pudiéramos estar completamente seguros de que su objetivo seda comenzar una nueva guerra. No hablan con subterfugios acerca de ello, lo admiten abiertamente.»

El tono de este discurso, al cabo de tan poco tiempo después de Munich, era un revés para el gobierno Chamberlain de Londres. Pero Hitler una semana más tarde manifestaba su pesar a François-Poncet por haber firmado «el papelito» de Chamberlain. Cuando se trata con los franceses, dijo aduladoramente al embajador, uno siempre sabe que le van a dar un honrado sí o no. «Sin embargo, con los ingleses es diferente. Usted les da un papel. Hay un debate tormentoso, se votan miles de millones para rearmarse, y al final, resulta que uno no ha progresado nada.»

De todas formas, durante algún tiempo no pudo lanzarse a otras grandes aventuras. No podía permitírselo. Pero a pesar de las dificultades económicas, no interrumpió el inmenso esfuerzo armamentista ante la sospecha de que Gran Bretaña sólo deseaba ganar tiempo. Las escuchas telefónicas de la Forschungsamt indicaban que tanto París como Londres estaban tratando de sabotear el acuerdo de Munich. Allí se había sacado la conclusión de que Alemania estaría en guerra con Gran Bretaña hacia 1942. Aun antes de salir de Munich, el 30 de setiembre, Keitel había dado instrucciones a su encargado principal de obtención de armas, el coronel Georg Thomas, para que ac-

tuara de acuerdo con estas previsiones. En el momento oportuno podían fabricarse municiones suficientes: lo que Hitler necesitaba acumular ahora eran nuevos tanques, cañones y aviones. Ordenó a Göring que iniciase un «gigantesco programa de armamento de la Wehrmacht» que hiciese olvidar todos los precedentes. Desde luego, Göring dio prioridad a su fuerza aérea: la Luftwaffe iba a quíntuplicar sus efectivos. El plan de la Luftwaffe fue aprobado por Göring en el curso de aquel mismo mes. Insistía en el papel de los bombarderos pesados Heinkel 177 de cuatro motores; el objetivo era conseguir cuatro escuadrones – *Geschwader* – de estos aviones para 1942, formando en total unos quinientos aparatos.

La marina elaboró un plan más prudente para completar dos nuevos acorazados, más submarinos y varios barcos de guerra menores para fines de 1943. El almirante Raeder presentó el plan a Hitler el día primero de noviembre. Hitler lo hizo pedazos y criticó acerbamente el escaso armamento y protección de los dos nuevos acorazados *Bismarck* y *Tirpitz*, y perdió los estribos cuando Raeder le anunció con calma que la mayoría de los demás barcos de guerra alemanes eran completamente inadecuados para una guerra naval con Gran Bretaña. Hitler ya no le engañó con seguridades verbales de que Gran Bretaña no iba a luchar. Insistió en que cumpliera estrictamente el programa de expansión naval previsto, añadiendo que era «un asunto de máxima urgencia», y advirtiéndole que queda además que se incorporasen al programa «otros tipos de barco que tuvieran especial eficacia e imporiancia para futuras operaciones bélicas». La consecuencia de esta entrevista fue el comienzo del Plan Z, según el cual la marina habría construido a fines de 1943 seis acorazados de 35,000 toneladas, armados con cañones de 420 milímetros. El Plan Z iba a violar inevitablemente el acuerdo naval angloalemán; pero ya a fines de 1939 hacía ya tiempo que Hitler había desautorizado aquel «pedazo de papel», argumentando que en el fondo era fruto de una concesión realizada solamente de forma unilateral.

En la soledad del Obersalzberg aquel otoño de 1938 Hitler se entregó a sus reflexiones. El 17 de octubre ya había decidido mentalmente los nuevos pasos que quería dar. Aquella tarde, según los papeles de Fritz Todt, tele-

foneó a Todt a la región de los Sudetes y «especificó claramente qué cantidad de trabajo tenía que hacerse [en el muro occidental] en tres fechas concretas: fines de octubre, 15 de diciembre y 20 de marzo».

Al día siguiente, el 18 de octubre, François-Poncet tomó el avión hasta Berchtesgaden y llegó al Berghof a las tres de la tarde. Desde allí le condujeron a la presencia de Hitler y de Ribbentrop, quienes le esperaban en un saloncito lateral del espectacular pabellón de la cumbre montañosa del Kehlstein. Ahora el Führer le sorprendía proponiéndole un inmediato pacto con Francia. En esta ocasión François-Poncet creyó que aquello sonaba a verdadero. «Habló de nuestra "cultura blanca" como de un valor precioso que tenía que defenderse», contó el francés. «Parecía sinceramente ofendido por el antagonismo que persistía aún después de Munich, y en su opinión la actitud de Gran Bretaña no podía ser más clara en este sentido. Es evidente que le preocupa la posibilidad de una próxima crisis y de una guerra general.» No obstante, el embajador probablemente adivinó las intenciones de Hitler al escribir:

«A pesar de todo eso podemos tener la seguridad de que el Führer sigue teniendo la intención de desunir a ingleses y franceses, y de establecer la paz en el oeste sólo para tener las manos libres en el este. ¿Qué plan estará madurando ya? ¿Será Polonia o Rusia? ¿O serán los países bálticos aquellos a cuya costa tienen que realizarse tales planes? ¿Lo sabe él mismo?»

Hitler reanudó sus representaciones públicas. Dos días después volvía a presentarse en el territorio de los Sudetes. Le vieron salir del hotel de Linz con el coronel Schmundt, quien se lamentaba en voz alta de que Munich hubiera estropeado sus planes bélicos. Todos entraron en una posada de pueblo para almorzar; Hitler, rodeado por una veintena de personas, codo con codo en la mesa en forma de herradura, mientras los aldeanos y el personal de cocina contemplaban la escena por puertas y ventanas. El general Leeb anotó en su diario: «Enorme excitación en la gente. El Führer muy hostil a los ingleses.» Un teniente coronel, Helmut Groscurth, escribió en su informe: «Menudearon sus ataques contra los ingleses, los franceses y sobre todo los húngaros . . . a los que tachó de cobardes y canallas.» Hitler imitó sarcásticamente los gestos de los diplomáticos húngaros, y dedicó grandes

elogios a los polacos. Polonia, dijo, era una gran nación, y Josef Lipski un excelente embajador.

Aquel día se alinearon por las carreteras representaciones de la ciudad cervecera de Budweis. Ésta tenía una considerable población alemana, pero había quedado al otro lado de las nuevas fronteras checas. Agitaban pancartas donde podía leerse: ¡BUDWEIS QUIERE SU FÜHRER! Pero Hitler no les había olvidado.

El 21 de octubre, el pabellón de té de Kehlstein fue testigo de otra escena no menos notable. Magda Goebbels, la bella esposa rubia platino del ministro de Propaganda, había ido hasta allí para abrir su corazón a Hitler.

Joseph Goebbels había tomado Berlín a los comunistas en los años veinte; fue él quien también creó la imagen del «Führer», y había convertido las industrias periodística y cinematográfica en poderosos instrumentos de la política nazi. Hitler había admitido ante Otto Wagener y sus propias secretarias que se sentía atraído por Magda; según la esposa de Otto Meissner, Magda le había dicho en una ocasión que su hijo Hellmut en realidad había sido engendrado por Hitler durante unas vacaciones en el Báltico del año 1934. Sin embargo, hacia 1938 Goebbels había caído en desgracia. Al parecer Himmler había proporcionado al Führer todo un dossier de declaraciones recogidas por la Gestapo de mujeres que aseguraban haber sido coaccionadas sexualmente por Goebbels. «Solemos polemizar contra los patronos judíos que molestan a sus empleadas», protestó Himmler, «pero ahora se trata del doctor Goebbels». En los últimos tiempos Goebbels tenía una aventura con una escultural actriz checa, Lida Baarova. Toda Alemania comentaba los aspectos más escandalosos del asunto. Magda dijo a Hitler que quería separarse de su marido. En el pabellón Kehlstein Hitler la convenció de que no hiciera tal cosa. Dos días después invitó a los Goebbels al pabellón (Martin Bormann anotó la visita de reconciliación en su diario con un signo de admiración) y les convenció para que siguieran viviendo juntos, aunque sólo fuera por el bien de sus hijos. Dolido por los reproches de Hitler, Goebbels decidió en su fuero interno hacer algo espectacular para recobrar el favor del Führer.

La actitud reaccionaria del ejército alemán ante Munich era algo que seguía preocupando a Hitler. (Blomberg le había dicho en una ocasión: «En el ejército la desobediencia cesa de los generales para arriba.») Que la hostilidad militar continuase aun después del triunfo incruento de Munich era algo que enfurecía a Hitler, y decidió actuar. A mediados de octubre los colaboradores de Keitel redactaron un notable documento destinado a comunicar las opiniones del Führer a todos los oficiales:

«La condición previa para la victoria política y militar de un estado es la obediencia, la lealtad y la confianza en el mando. Como todo oficial sabe, cualquier unidad de soldados que carezca de estas cualidades es inútil. La indiferencia y la obediencia pasiva no bastan. Así no se provocará entusiasmo ni se inspirará sacrificio y el afán necesario para dominar cada una de las tareas sucesivas. El destino de Alemania ha sido siempre el de luchar en condiciones de inferioridad. Donde hemos triunfado había fuerzas abstractas que resultaron mucho más poderosas que cualquier superioridad numérica o material sobre el enemigo.

»El único deber de un oficial no es medir su propia fuerza numérica con la del enemigo, ignorando o menospreciando todos los demás factores que siempre han sido decisivos para la derrota o la victoria en tiempos pasados.»

En una evidente alusión a los argumentos del general Beck, el documento continuaba:

«No es propio de un soldado y es además síntoma de mala formación militar no atribuir al propio bando lo que uno supone al enemigo, o minimizar el potencial propio al tiempo que se exagera el del enemigo. Situar los factores militares en su perspectiva adecuada al decidir el objetivo político es tarea que sólo corresponde al estadista. Si tuviera que esperar a que sus fuerzas armadas estuvieran completamente dispuestas para la guerra, nunca actuaría porque las fuerzas armádas nunca están dispuestas . . . , ni nunca tienen que considerarse dispuestas. Sé muy bien que en los últimos meses la gran mayoría de los oficiales ha cumplido con su deber en un espíritu de audaz fe y determinación. Pero espero que este hecho y su confirmación por nuestro triunfo [es decir, Munich] sea aceptado por todos mis oficiales, y sea

también adecuadamente subrayado en la formación y preparación de nuevos oficiales.»

Con este estado de ánimo agresivo Hitler convocó a Brauchitsch en calidad de general en jefe del ejército en Berchtesgaden el 24 de octubre: La glacial entrevista comenzó a las 12.30 de la mañana en el Gran Salón del Berghof y se prolongó hasta las seis después del almuerzo en lo alto del pabellón de té del Kehlstein. Hitler terminó exigiendo la baja de una gran cantidad de oficiales de cierta edad dignos de poca confianza. Podemos tener una idea del carácter de aquella entrevista gracias a la siguiente anotación que el ayudante de Keitel, Wolf Eberhard, hizo en su diario: «El Führer ha mostrado una sinceridad abrumadora dejando ver su desprecio por los jefes militares: precisan una rápida y urgente reorganización dada la absoluta falta de confianza en la dirección política y la aprensión que muestran sobre su propia debilidad. Se exagera la capacidad del enemigo. Última advertencia al general en jefe del ejército para que cumpla con su deber y ponga manos a la obra sin más dilación. ¡Su "misión histórica"!» Eberhard comentó en privado: «Esperemos que ésta sea la última vez que el Führer se ve obligado a hablar así a sus soldados.»

El 28 de octubre Brauchitsch y Göring lograron, tras grandes esfuerzos, redactar la lista final de nombres, lista que Göring presentó a Hitler dos días después. Entre aquellos nombres se encontraban los generales Curt Liebmann, Wilhelm Adam, Hermann Geyer, Wilhelm Ulex y, por supuesto, Rundstedt y Beck. El 1 de noviembre de 1938 Hitler anunció esta sacudida en el seno del ejército de tierra, a lo que siguió, mostrando quizá muy poco tacto, una serie de ascensos en la Luftwaffe.

A comienzos de noviembre de 1938 la lealtad inquebrantable de Hitler hacia los de su Partido se vio puesta a prueba por un incidente revelador de los problemas raciales que la Europa Central llevaba sufriendo desde hacía muchos años. El mayor problema lo constituían los judíos. En Checoslovaquia, por ejemplo, había 259,000 judíos; no eran muy populares y el nuevo régimen optó por satisfacer los deseos de su poderoso vecino. El presidente Emil Hácha, el venerable abogado que había sucedido a Beneš, empe-

zó a tomar una serie de medidas antijudías como la de obligar a los industriales judíos a la renuncia de sus puestos. El flujo de refugiados judíos procedentes de los territorios de los Sudetes llevó también a un nuevo antisemitismo, sobre todo en los ambientes universitarios checos que exigieron públicamente la expulsión de aquellos «inmigrantes». En la Bohemia y en Moravia había alrededor de 99,000 judíos; en Eslovaquia 87,000, y en la diminuta Ucrania carpática no había menos de 66,000 (el 12 por ciento de la población). Eslovaquia en seguida promulgó los decretos antijudíos que el Reich exigía. Pronto empezaron las deportaciones.

Pero nadie quería dar refugio a todos estos judíos errantes. Cuando Ribbentrop fue a París en diciembre entre una gran pompa para firmar la declaración conjunta que Hitler había propuesto a François-Poncet, el ministro de Exteriores George Bonnet le rogó que no inundara Francia con judíos alemanes porque ya tenían bastante con los suyos («De hecho», informó Ribbentrop a Hitler de un modo muy expresivo, «están pensando en la posibilidad de enviarlos a Madagascar»). La postura de Polonia no fue mucho más solidaria. Después de que Hitler ocupara Austria, el gobierno polaco temía que se repatriaran los miles de judíos polacos que vivían en Viena, por lo que en el mes de marzo Varsovia se apresuró a aprobar una Ley de Expatriación con el fin de privar a estos judíos de la ciudadanía polaca. Varsovia se quedó aterrada después del acuerdo de Munich ante la ley que prohibía a los expatriados polacos volver a su país sin un visado especial de entrada a partir del 31 de octubre. En los últimos días del mes de octubre la frontera fue testigo de situaciones delirantes. Mientras los guardias fronterizos polacos dormían, unos trenes especiales cargados de judíos y vigilados por la Gestapo iban llegando tranquilamente a lo largo de toda la línea fronteriza. Sólo desde Hannover 484 judíos polacos fueron «repatriados» de este modo tan degradante.

Entre estas 484 personas se encontraban los padres y las hermanas de un joven judío de diecisiete años que entonces vivía en París, Herschel Grynszpan. El día 3 de noviembre, como más tarde se informaría a Hitler, Grynszpan recibió una postal de su hermana con una breve descripción de la «repatriación» de la familia a Polonia. El joven juró vengarse y decidió asesinar al

embajador alemán en París, el conde Von Welczek. Al ver la imposibilidad de realizarlo, Grynszpan mató en su lugar al consejero Ernst von Rath el 7 de noviembre.

Hitler no se puso demasiado nervioso al principio con este incidente. Tampoco lo mencionó en ninguno de los discursos que pronunció en los días siguientes. En el mediodía del día 9 se volvió a representar solemnemente la ceremonia anual de la Marcha al Feldherrnhalle. Allí se depositaron guirnaldas en los templos de honor donde Hitler había decretado que fuera a descansar su cuerpo llegado el día. Aquella misma noche se encontraba en su modesto apartamento muniqués de la Prinz-Regenten Strasse cuando le llegó la noticia de que el consejero Von Rath acababa de morir por la herida de bala sufrida en el atentado. Según Goebbels, le comunicó a Hitler que se habían producido manifestaciones antijudías en dos provincias. Hitler dispuso, según dijo Goebbels más tarde, que el Partido no debía organizar más manifestaciones como aquellas pero que tampoco iba a reprimirlas si surgían de un modo espontáneo (sólo contamos con el testimonio de Goebbels al respecto, testimonio dado con motivo de una posterior investigación interna del Partido). A continuación, Goebbels dejó a Hitler con el fin de hablar en una asamblea de miembros importantes del Partido en el viejo ayuntamiento de Munich. Según una versión, el ministro dio instrucciones a sus oyentes para que organizaran más manifestaciones de aquel tipo siempre que el Partido Nazi no apareciera bajo ningún concepto como responsable de ellas. Un informe posterior realizado por el jefe del Grupo *Nordmark* de las SA afirmaría lo siguiente:

«Hacia las 10 de la noche del 9 de noviembre un miembro anónimo de la *Reichsleitung* [directiva del Reich] del partido nazi expuso la necesidad de llevar a cabo la operación ante un número determinado de Gauleiters reunidos en el Hotel Schottenhammel de Munich. En seguida ofrecí los servicios de mi Grupo *Nordmark* de las SA al Gauleiter [de Schleswig-Holstein] Hinrich Lohse. Hacia las 10.30 llamó por teléfono a su jefe de personal en Kiel: «Un judío ha disparado. Un diplomático alemán ha muerto. Se están produciendo concentraciones totalmente innecesarias en Friedrichstadt, Kiel y Lübeck; y esa gente todavía ronda por ahí como si nada. No quiero que haya

saqueos ni linchamientos. Que nadie moleste a los judíos extranjeros. Utilicen sus armas si encuentran alguna resistencia. La operación debe llevarse a cabo sin ropa militar y debe finalizar antes de las cinco de la mañana.»

Hacia medianoche Hitler se dispuso a salir de su apartamento para asistir a la espectacular ceremonia de juramento de las SS. Himmler se encontraba con él. Karl Wolff, jefe de personal de Himmler, llegó con un indignado mensaje de Heydrich, quien se encontraba en el Hotel Vier Jahreszeiten: el cuartel general local de la Gestapo acababa de comunicar por teléfono que las oficinas de propaganda de Goebbels estaban promoviendo manifestaciones antijudías por todas partes así como ordenando a la policía – la policía de Himmler – que no interviniera. Himmler pidió el consejo de Hitler y éste contestó que la Gestapo debía proteger las propiedades y las vidas de los judíos. Himmler sabía muy bien que al Führer todo aquel asunto le caía como una bomba. Tras la ceremonia de medianoche, de vuelta a su apartamento, un ayudante de la Wehrmacht le informó a la una de la mañana que acababan de llamar del hotel Vier Jahreszeiten pidiendo que fueran a salvar sus equipajes ya que la sinagoga de al lado estaba en llamas.

Julius Schaub, el ayudante personal de Hitler, escribió un relato muy gráfico de la noche de horror que iba a seguir. Empezaron a llegar llamadas telefónicas de muchos ciudadanos por las que se informaba de nuevos incendios provocados y de saqueos de tiendas judías por todo Munich. Hitler mandó llamar al Gruppenführer de las SS Friedrich Karl von Eberstein, el jefe de policía de la ciudad, y le ordenó que restaurara el orden inmediatamente. También llamó por teléfono a Goebbels para preguntarle qué estaba pasando. Mandó a Schaub y a otros miembros de su personal para que detuvieran los saqueos y los incendios. Ordenó que dieran protección especial a los famosos anticuarios Bernheimer. A las 2.56 de la madrugada Rudolf Hess mandó un telex en calidad de «sustituto» del Führer – que se entregó a todos los Gauleiters como la Ordenanza del Partido número 174 – prohibiendo todas aquellas manifestaciones: «Según órdenes expresas del más alto nivel deben cesar los incendios y demás, sea lo que sea y bajo ninguna cir-

cunstancia, contra los negocios judíos.»* A las 3.45 de la madrugada la Gestapo de Berlín repitió la prohibición. Goebbels, sin dudar ya de qué lado estaba Hitler, se pasó toda la noche al teléfono tratando de sofocar la conflagración que su lengua venenosa había provocado.

Sin embargo, el daño ya estaba hecho, y Ribbentrop se lo dejó bien claro a Hitler. Göring también protestó sobre el hecho de que las compañías aseguradoras alemanas tendrían que pagar las indemnizaciones a los judíos; el coste en moneda extranjera seda muy grande, ya que los cristales rotos tendrían que cambiarse por otros importados de Bélgica. Hitler no quiso castigar a Goebbels como pedía el Reichsführer de las SS. Ni tampoco, excepto en los casos más salvajes, a los más humildes miembros del Partido que habían llevado a cabo los atropellos, a pesar de que aquella noche se había asesinado a 91 judíos. Goebbels argumentó felizmente a Hitler después del almuerzo que el pogrom había demostrado a la comunidad judía internacional que los asesinos judíos no podían jugar con los alemanes residentes en el extranjero.

Consumado el hecho, así consintió Hitler los excesos de los suyos. Cuando Göring le envió una severa cana de protesta Hitler le contestó que debía olvidarse del asunto; pero, a modo de concesión, Hitler dispuso que el mariscal de campo se encargara de la coordinación de las futuras acciones relacionadas con el problema judío. Como consecuencia del asesinato la comunidad judía tuvo que pagar una multa colectiva de mil millones de marcos.

En los días siguientes Hitler se dejó ver y fotografiar con Goebbels muy a menudo. Goebbels era para él uno de los héroes silenciosos de Munich. En un discurso largo y sorprendentemente sincero pronunciado ante cuatrocientos responsables de prensa nazis en Munich el día 10 de noviembre de

* Los historiadores revisionistas sostienen ahora que los nazis habían caído en una trampa de los sionistas. Los miembros de la organización Haganá con quienes Adolf Eichmann negoció su viaje a Palestina en noviembre de 1937 habían insinuado que si los judíos de Alemania tenía problemas todo iría en beneficio de sus intereses, ya que se aceleraría la emigración judía a Palestina. Cabe decir que Grynszpan, aunque era un joven que vivía en la miseria, pudo pagarse un hotel en el que vivir en 1938 y comprarse una pistola por 250 francos; además, su abogado defensor Moro Giafferi era el mejor que podía comprar el dinero de la Liga Internacional contra el Antisemitismo (LICA); la oficina de la LICA en París estaba al lado del hotel de Grynszpan.

1938, Hitler explicó con cinismo lo mucho que debía a la guerra sicológica. También habló de su admiración por Ribbentrop. «Hasta el mismo Bismarck tuvo que batallar contra la burocracia», dijo. «Al gobierno nacionalsocialista de hoy todavía le ahoga el papeleo. Sobre todo en el ministerio de Asuntos Exteriores, Los diplomáticos no representan a sus propios países, sino a una especie de sociedad internacional. No podemos extirpar el mal que aqueja al ministerio de Exteriores de la noche a la mañana. Habrá que esperar diez o quince años para que podamos contar con una nueva generación de buenos diplomáticos nacional socialistas. Hasta ahora, el primer y único diplomático del que el Tercer Reich se siente orgulloso en el exterior ha sido Ribbentrop. Él representa la imagen perfecta de lo que yo, como Führer, creo que debería ser un diplomático. En estos últimos meses ha demostrado tener energía, tenacidad, valor y sangre fría.»

Hitler aún seguía pensando por dentro en el lema de la Bohemia y Moravia. De vez en cuando estos pensamientos emergían de lo más profundo como burbujas de gas en un pantano. En el transcurso de una cena celebrada en Nuremberg el 14 de noviembre con una docena de funcionarios locales del partido, empezaron a hablar del inmenso Palacio del Congreso que se estaba construyendo muy cerca de allí; Hitler comentó que necesitaba, una gran cantidad de granito, y cuando alguien recordó que las canteras más ricas se encontraban en Checoslovaquia, Hitler se rió entre dientes y comentó con malicia: «¡Un motivo más!»

Pero a propósito de lo que a continuación debía hacerse sus ideas diferían de las de los consejeros de Ribbentrop. A primeros de diciembre de 1938 Weizsäcker aconsejó al ministro del Exterior que desviara la atención del Führer del sudeste al noreste: mejor sería que el Reich se hiciera primero con Memel y Danzig en la costa báltica y con una ancha franja de tierra que cruzara el «Corredor Polaco» hasta el este de Prusia. Polonia, según Weizsäcker, gozaba de muy poca o de ninguna simpatía internacional por el momento. Hitler podía reducir Polonia a un tamaño manejable de modo que ningún otro país movería un solo dedo para ayudarla. Ribbentrop no quiso comprometerse a nada, ya que ni siquiera él conocía qué intenciones guardaba Hitler en lo más profundo de sí mismo.

No es que Hitler estuviera planeando tomar Checoslovaquia con la guerra, como dejó bien claro durante otra de sus visitas por las fortificaciones de la frontera checa a principios de diciembre de 1938. Tras almorzar en la fonda de un pueblo en presencia de cuarenta generales del ejército y de la Luftwaffe escuchándole, Hitler se dirigió a los presentes para comunicarles su intención de incluir la Bohemía y Moravia en el Reich, pero procurando un proceso político al margen de la guerra. Diez días después, el 17 de diciembre, Keitel confirmó las órdenes de Hitler dirigidas a la Wehrmacht para que se preparara con discreción a la ocupación prácticamente sir, resistencia de Checoslovaquia.

Hitler todavía no se había decidido con claridad sobre el paso que debía dar después de aquello. ¿Tendría que pactar con las potencias occidentales antes de marchar hacia el este? El 24 de octubre, en el pabellón de té del Kehlstein, había vuelto a confesar a Ribbentrop que la guerra en occidente sería inevitable en cuatro o cinco años. En una reunión con Keitel y Brauchitsch para tratar en secreto todos los problemas en la mansión de Goebbels de Schwanenwerder, celebrada el 16 de noviembre – la Cancillería estaba entonces en manos de los constructores de Speer – Hitler pensó en todas las posibilidades. Sus planes en occidente dependerían de un tratado con Mussolini. De este modo, Alemania e Italia harían frente a las democracias occidentales cada una en un escenario de guerra diferente, por lo que a Italia le correspondería el Mediterráneo y el norte de África. Hitler abordada primero Francia, siguió imaginándose: su derrota dejaría a Gran Bretaña sin una base estratégica en el continente europeo. Se respetada, dijo, la neutralidad de Suiza, Bélgica y Holanda. Las fortificaciones fronterizas francesas no le impresionaban. «No será difícil romper la Línea Maginot», declaró. «Ya lo hemos demostrado con los bombardeos de prueba contra las fortificaciones checas, que se construyeron de la misma forma que la Línea Maginot».

Hitler se refirió a unos planes para convocar al gabinete ministerial en diciembre, pero acabó abandonando la idea. En su lugar, ordenó a Göring que convocara y hablara al «Consejo de Defensa del Reich». Y así lo hizo por espacio de tres horas el 18 de noviembre de 1938: allí estaban todos los minis-

tros y secretarios de estado del Reich, así como Brauchitsch, Raeder, Bormann, y también Heydrich. Göring anunció que Hitler había decidido triplicar el armamento del Reich, pero les avisó de que debido a los sucesos de aquel verano la economía del Reich se encontraba casi en estado de bancarrota. Y añadió: «Los grandes proyectos arquitectónicos del Führer seguirán adelante porque tienen un gran valor moral y sicológico.» Lo único que iba a ayudar al presupuesto del Reich ante esta crisis inmediata era, irónicamente, los mil millones de marcos de multa que tuvo que pagar la comunidad judía, explicó Göring.

Los judíos empezaban a tener las horas contadas. El 5 de enero, en una conversación con el coronel Józef Beck, ministro de Exteriores polaco, Hitler se lamentó de que las potencias occidentales no hubieran considerado las reclamaciones coloniales de Alemania: «De haberlo hecho», dijo, «yo podría haber ayudado a solucionar el problema judío poniendo un territorio de África a disposición de los judíos alemanes y también polacos para su asentamiento». El día 21 pronunció estas palabras amenazadoras al ministro de exteriores checo Chvalkovský: «Aquí van a acabar con los judíos.» El checo se mostró de acuerdo y Hitler continuó diciendo: «La ayuda sólo puede llegar de otros países como Gran Bretaña y los Estados Unidos, quienes cuentan con áreas ilimitadas que podrían poner a disposición de los judios.» En un discurso pronunciado en el Reichstag el 30 de enero de 1939, Hitler soltó una clarísima amenaza:

«En el transcurso de mi lucha por el poder fueron principalmente los judíos los que se reían cuando me oían profetizar que algún día me convertiría en el jefe de estado y asumiría por ello la dirección de todo el pueblo, y de que entonces buscaría entre otras cosas una solución para el problema judío. Espero que esas carcajadas de entonces se hayan ahogado ahora en las gargantas de los judíos alemanes.

»Hoy quiero volver a profetizar algo: si la financiera judía internacional de dentro y fuera de Europa consiguiera otra vez arrastrar a nuestros pueblos a una guerra mundial, el resultado no seda la bolchevizacíón del mundo con la consiguiente victoria de los judíos, sino la destrucción de la raza judía en Europa.»

Esta situación tan poco estimulante aceleró el éxodo masivo de judíos que continuó durante 1939 y sólo remitió en octubre de 1940, aunque para entonces Heydrich ya había conseguido deshacerse con éxito de casi dos tercios de los judíos del Reich: alrededor de 300,000 de Alemania, 130,000 de Austria, 30,000 de la Bohemia y Moravia; unos 70,000 de ellos lograron llegar a Palestina gracias a la impía comunidad de intereses que en un determinado momento existió entre la SD de Heydrich y los sionistas.

Hitler evitó el área de la Cancillería de Berlín durante muchas semanas porque estaba llena de obreros de Speer. Se ocupaba de los asuntos de estado por teléfono, generalmente desde el Berghof. Hitler tenía la obligación constitucional de considerar las peticiones de clemencia en los casos de pena de muerte y de firmar las órdenes de ejecución. En otros tiempos el condenado a muerte había tenido el derecho tradicional de comprobar la firma del Kaiser en la orden de ejecución antes de subir al patíbulo. En la época de Hitler los usos eran menos pintorescos. Schaub llamaba por teléfono a Lammers en Berlín: «El Führer ha rechazado la petición de clemencia», y esto bastaba para estampar un sello con la firma del Führer en la orden de ejecución. En una ocasión el documento presentado a Hitler afirmaba simplemente que la Cancillería de Berlín «daría los pasos necesarios» si antes de las diez de aquella misma noche no comunicaba su decisión. En la Alemania de Hitler la vida humana cada vez tenía menos valor.

Hitler tuvo que hacer frente a los problemas derivados de la inflación todo aquel verano. Blomberg confesada más tarde en un interrogatorio que al volver de su exilio forzoso en enero de 1939 detectó un gran deterioro del nivel de vida. En mayo de 1938 dio comienzo una inflación muy grave. Hacia finales de 1938 había 8,223 millones de marcos en circulación, que se podían comparar con los 5,278 millones de marzo de 1938 y los 3,560 millones de 1933. El 7 de enero de 1939, el doctor Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank, y siete directores banqueros firmaron una dura advertencia dirigida a Hitler a propósito del deterioro inflacionista resultante de las últimas «operaciones exteriores». Hitler se quedó muy sorprendido por esta especie de motín. En una reunión secreta celebrada en febrero con sus corone-

les dio la siguiente advertencia: «Es imposible que alguien llegue ni siquiera a pensar que existe en Alemania alguna institución con una opinión distinta a la expresada por el Führer.» Hitler ya sospechaba – acertadamente – que Schacht mantenía contactos clandestinos con gobiernos extranjeros.* Convocó a Schacht en la Cancillería el 19 de enero y le entregó un documento en el que se anunciaba su destitución. Como sucesor de Schacht se nombró al ministro de Economía Walter Funk, un fofo homosexual. El mismo día Hitler también se deshizo de su ayudante personal Fritz Wiedemann, de quien sospechaba que divulgaba secretos de estado. Su última entrevista fue tan breve como cruel: «Siempre ha querido ser cónsul general en San Francisco», le recordó Hitler a Wiedemann. «Ya tiene lo que quería.»

Casi simultáneamente Keitel envió una nota a Franz Halder, jefe del Estado Mayor general, diciéndole que el ejército de tierra tendría hasta 1943 para completar su expansión, y que no habría movilizaciones hasta entonces. Siguiendo el consejo del OKW, Hitler decidió interrumpir la producción de armas del ejército de tierra durante 1939 para que la Luftwaffe y los programas de construcción naval siguieran adelante. Así, hacia 1944, los tres ejércitos tendrían el mismo nivel.

El 17 de enero de 1939 el almirante Raeder se presentó en la Cancillería para llevar a Hitler el borrador final del Plan Z de la marina. Diez días después Hitler dio la orden de dar al programa de expansión naval prioridad absoluta sobre los otros dos ejércitos. Hitler volvió a asegurar a Raeder que no necesitada la armada alemana durante algunos años.

Pero ¿de qué le servían a Alemania las mejores armas si los generales se resistían a utilizarlas? «Los valientes lucharán a cualquier precio», dijo Hitler el 18 de enero. «Pero por muchas armas que se den a los cobardes siempre encontrarán alguna razón para rechazarlas.» Éste era el daño que, según Hitler, Beck y su Estado Mayor general habían causado a la oficialidad. A

* Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra entre 1920 y 1944, dijo al embajador norteamericano en Londres que Schacht estuvo dieciséis años informándole continuamente sobre la precaria situación económica de Alemania (el embajador norteamericano Joseph Kennedy informó a Washington el 27 de febrero de 1939).

comienzos de 1939 Hitler decidió reparar este daño por su cuenta sirviéndose del mejor de sus dones: el poder de su oratoria.

Todos sus generales y consejeros admitían que gozaba de ese poder. Hechizaba de igual modo a grandes masas de público, tanto si hablaba ayudándose con un guión cuidadosamente preparado y que había pulido y adornado basta bien entrada la noche, como *ex tempore*, cronometrando cada gesto y pausa cómica para adueñarse de la audiencia. Nadie que asistiera al discurso pronunciado por Hitler con motivo de la entrega de despachos a nuevos oficiales en Berlín en febrero de 1942 mientras el ejército alemán se debatía desesperadamente en el gélido frente ruso, y presenciara el afecto que inspiraba – un Hitler con expresión severa, interrumpido cuando estaba a punto de marcharse por el súbito estallido de vítores de diez mil oficiales del ejército, y que dio pie a que todos entonaran espontáneamente el himmo nacional – nadie podía dudar de que el dirigente de Alemania hechizaba como pocos lo habían hecho en el pasado y como nadie de la época.

Por un extraño azar, los tres discursos secretos de enero y febrero de 1939 por los que Hitler preparó a sus oficiales para la guerra han sobrevivido. No es posible reproducir su atmósfera con un breve extracto. Eran de una sinceridad brutal. Hitler sentaba los argumentos raciales de la *Weltanschauung* nazi, las razones económicas por las que Alemania se veía obligada a abrirse paso en Europa central, y el carácter inevitable de la guerra. En esta guerra iba a esperar que sus oficiales le sirvieran sin vacilación, que murieran con honor e hicieran gala de auténticas dotes de mando ante sus hombres. Expresó abiertamente su desprecio por el espíritu de la vieja Reichswehr, incluso en el primero de los discursos, pronunciado ante 3,600 tenientes del ejército comprimidos en el Salón Mosaico de la nueva Cancillería de Speer el 18 de enero de 1939, en presencia de Keitel y de tres generales en jefe. Les pidió que cultivaran el optimismo porque el pesimismo era su peor enemigo: traía como consecuencia el derrotismo y la rendición. «¿Qué es lo que os estoy pidiendo?» les dijo a modo de desafío. «Os pido, mis jóvenes oficiales, que creáis firmemente en que un día nuestra Alemania, nuestro Reich alemán, será la potencia dominante de Europa, de modo que ninguna otra potencia estará en condiciones de detenernos ni tampoco de hundimos.» Diez minu-

tos después aún iba más lejos: «Tengo el firme propósito de que la Wehrmacht alemana se convierta en la fuerza más poderosa de toda la tierra.» Finalmente les dijo: «Por encima de todo, mis oficiales, debéis de ser capaces e inflexibles hasta en la adversidad. A los verdaderos soldados no se les reconoce por sus victorias, sino después de sus derrotas.»

El segundo discurso tenía más el aspecto de una conferencia y fue pronunciado en presencia de 217 oficiales incluyendo todos los generales y almirantes más antiguos de Alemania, el 25 de enero. Les puso al imperio británico como ejemplo, y se refirió a las cualidades humanas que había ganado.

«Todos los imperios del mundo se han ganado con la audacia y se han perdido por el pacifismo. Si, en todos los siglos de su existencia, al imperio británico lo hubiesen gobernado las fuerzas y los valores que ahora intenta preservar, el imperio nunca se habría dejado ganar el primer puesto.»

Hitler expuso a su audiencia el mismo objetivo final: lo que el nuevo Reich sería algún día. Sus legiones tendrían una ventaja sobre todas las generaciones precedentes de guerreros alemanes: «Ellos partieron hacia una tierra prometida que probablemente muy pocos podían visualizar y que nadie llegaría a ver nunca, cuando nosotros ya tenemos ese objetivo a la vista.»

El tercer discurso surgió a instancias del coronel Schmundt. Hitler tomó la palabra a las seis de la tarde del 10 de febrero de 1939 en presencia de todos los coroneles del ejército de tierra con mandos activos tras las puertas cerradas del teatro de la ópera Kroll de Berlín. En esta ocasión hasta su propio personal se quedó sorprendido por la franqueza con que reveló sus futuras intenciones. El Führer se refirió a la decepción que le había causado la falta de entendimiento de algunos oficiles por las acciones de 1938, y trató de mostrar que Munich era sólo un eslabón de una cadena cuidadosamente planeada. «Aunque 1938 ha finalizado tal vez con el mayor triunfo de nuestra historia reciente, caballeros, huelga decir que constituye sólo un paso por el largo camino que se abre ante nosotros.»

Algunos de sus argumentos ya eran familiares; la necesidad de evitar que las futuras generaciones alemanas pasaran hambre, el hecho de que ningún futuro dirigente tendría su misma autoridad, y que a pesar de que los enemigos de Alemania eran superiores en número no pertenecían a ninguna

entidad racial. Ahora, dijo, su tarea era nada menos que la de arreglar tres siglos de decadencia. Desde la Paz de Westfalia, argumentó Hitler, Alemania había sucumbido a la impotencia política. Ahora, en 1939, él había puesto otra vez a Alemania en el umbral de una nueva era. «Créanme, caballeros, los triunfos de estos últimos años se han conseguido gracias a que no hemos desperdiciado ninguna oportunidad . . . He tomado sobre mis espaldas la tarea de solucionar el problema alemán.» Y añadió: «Es decir, el problema de espacio de Alemania. Tomen buena nota de eso: este ideal gobernará cada uno de mis actos mientras viva. Y sepan esto: en el momento en que crea que puedo causar una matanza siempre actuaré sin dilación y no dudaré en llegar hasta las últimas consecuencias. Estoy convencido de que este problema se debe resolver *so oder so*, y nunca me encogeré de hombros para decir: "Oh, bueno, dejaré eso para quien venga después de mí."»

Dijo a estos coroneles de la Wehrmacht que quería que sus oficiales fueran a la batalla con la espada y la Weltanschauung como si blandieran la espada y la Biblia:

«De modo que no se sorprendan si en los años venideros aprovecho todas las oportunidades para lograr estos objetivos alemanes, y les ruego que me brinden su apoyo incondicional. Ante todo, no olviden que siempre estudiaré estos asuntos desde todos los puntos de vista posibles, y que una vez anuncie mi decisión para actuar de este o de otro modo, esta decisión será irrevocable y haré que se cumpla por la fuerza a pesar de cualquier circunstancia adversa.»

Así habló Adolf Hitler ante su Wehrmacht en febrero de 1939.

PARTE II

Hacia la tierra prometida

Colonna (heimlich):
Er ist der Götze dieses Volks,
Das er durch Trug verzaubert hält.

(Colonna [en voz baja]: Es el ídolo
de este pueblo, que le ha embrujado
por medio del engaño.)

De la ópera *Rienzi*,
de Richard Wagner

EN LA CANCILLERÍA DE HITLER

Cuando el 8 de enero de 1939 Hitler regresó a Berlín, la nueva Cancillería del Reich de Speer ya estaba terminada. La gran fachada de estuco amarillo y piedra gris podía contemplarse a cientos de metros de distancia por la Voss Strasse. Empequeñecidos por las enormes columnas cuadradas, los estáticos centinelas de uniforme gris se confundían con los edificios haciéndose invisibles hasta que presentaban armas a los oficiales de paso. Las cuatrocientas habitaciones albergaban el Servicio Civil y la organización del Partido. A la izquierda se encontraban las oficinas de Hans Lammers, y a la derecha la Cancillería Presidencial de Otto Meissner. En la planta más alta estaba la «Cancillería del Führer del partido Nazi» de Philipp Bouhler. Por todas partes se podían ver unos letreros amarillos que indicaban la situación de los refugios en caso de bombardeo aéreo. Actualmente ya no queda nada de la Cancillería de Hitler, sólo una tabla de mármol rojo que decora anónimamente el hogar de un antiguo general o miembro de su personal.

Las Dependencias de Estado se encontraban en la primera planta. Los visitantes llegaban en limosina a la zona de recepción, y desde allí se les conducía por toda una serie de salones, a cual más lujoso, hasta llegar al despacho del propio Führer, un cuarto muy grande con pesadas arañas de luces y una inmensa alfombra de color pastel. En la parte frontal de su gran escritorio había tres cabezas de adorno: una de ellas era la de Medusa, completada con unas serpientes que se retorcían y que emergían de sus cabellos.

Sin embargo, a Hitler se le veía muy pocas veces en la nueva Cancillería. Siguió viviendo y trabajando en el antiguo edificio, que sobrevivió a los ángulos rectos de la nueva estructura de Speer. Aquí, en el primer piso de la vieja Cancillería, Hitler tenía su residencia. Un vestíbulo y un «cuarto jar-

dín» con cuatro dependencias más se abrían a un viejo jardín en el que se respiraba una soledad casi monástica. Aquí se encontraba la estatua ecuestre de Federico el Grande – regalo de François-Poncet – y el retrato de Bismarck obra de Lenbach. En este edificio también se encontraba el verdadero despacho de Hitler. Las paredes estaban decoradas con un papel de un rojo terciopelo. Un robusto juego de sillas Troost había sustituido al frágil mobiliario de estilo Luis XIV tras un desafortunado incidente con un voluminoso maharajá indio cuatro años atrás.

El 12 de enero de 1939 tuvo lugar un episodio de cierta importancia en el nuevo edificio de Speer durante la recepción diplomática de Año Nuevo que – con la celebración del cumpleaños de Göring – inauguraba el año para la burocracia berlinesa. Vestido con la chaqueta parda del Partido Hitler esperaba en su cuarto ministerial. Desde ahí podía oír la llegada de los diplomáticos con la instrucción de la guardia de honor y los sonidos familiares del protocolo. Hitler había empezado a tomarle gusto a toda esta fanfarria; en julio de 1938 había dado instrucciones para que se recibiera al ministro egipcio con toda una guardia de honor, mientras decidió no dar ningún honor al embajador soviético dada su condición de paria.

A mediodía Hitler caminó por el gran salón de recepción donde los diplomáticos habían formado a propósito un semicírculo, y se detuvo bajo dos arañas de cristal de modo que pudiera leer su discurso sin necesidad de gafas. Estrechó la mano de cada uno de los diplomáticos con brevedad, pero cuando le tocó el turno al diplomático ruso Alexei Merekalov, Hitler se detuvo y empezó a hablar con él. En el celoso mundo diplomático el contenido era lo de menos, lo importante era el tiempo transcurrido. Hitler habló con Merekalov durante varios minutos; de este modo daba a entender a Moscú que podía olvidar fácilmente las rencillas del pasado (el 22 de agosto, en la víspera del histórico pacto con Stalin, Hitler se jactaría ante sus generales de haberse puesto manos a la obra en esa misma recepción).

Las relaciones rusoalemanas se habían caracterizado por la mutua desconfianza desde hacía dos décadas. La prudente cooperación iniciada en Rapallo en 1922 había sobrevivido hasta 1933: Alemania había proporcionado equipos especiales y la experiencia para utilizarlos; Rusia había colaborado

con materias primas y espacio para el entrenamiento clandestino de la Reichswehr. Ésta había proporcionado a los rusos manuales alemanes de entrenamiento, prototipos de armas y una escuela de entrenamiento en Alemania. La revolución nazi de 1933 había frustrado momentáneamente las aspiraciones que Moscú tenía en Alemania; al fin y al cabo, Adolf Hitler era el autor de *Mein Kampf*, y el capítulo 14 seguía dejando muy claro el odio patológico que sentía hacia la Unión Soviética y sus intenciones de conquistar aquellas tierras. Hitler admiraba moderadamente a Stalin por el modo en que el bolchevismo había puesto a los eslavos subhumanos – como les llamaba – bajo «la tiranía de una pandilla gobernante de judíos», estableciendo la clase de dirección de *élite* que él precisamente estaba tratando de conseguir para Alemania. Pero ambos lados siguieron preparándose para hacerse la guerra el uno al otro. En marzo de 1936 Hitler habló claramente en el Reichstag sobre las vastas llanuras fértiles de Ucrania en la que los alemanes algún día «nadarían en la abundancia». En sus discursos secretos de 1938 siempre se refirió al poder militar de la Unión Soviética como una *quantité négligible*. Pero al darse cuenta de que Polonia no estaba dispuesta a convertirse en un complemento, a Hiller se le ocurrió que la ayuda de Stalin podía serle útil.

Desde el tratado de Munich Hitler había realizado su primera exigencia sobre Polonia con precaución para la devolución de Danzig y del acceso por tierra hacia el este de Prusia. Pero Polonia se había negado en redondo. Hitler no podía aplazar indefinidamente el problema polaco. El este de Prusia era de vital importancia para su *Ostpolitik*: la futura cruzada en el este. La capital Königsberg era alemana por los cuatro costados: en su catedral del siglo XIV yacían los restos del filósofo Immanuel Kant y muchos príncipes Hohenzollern. Pero la provincia contaba con una población empobrecida y en declive (tal como lo expuso el 12 de mayo de 1942, era consecuencia de la locura de los pasados gobiernos prusianos al tenerla como una colonia penal para maestros, funcionarios del estado y oficiales que no alcanzaran el nivel deseado en su lugar de origen). Es muy significativo el hecho de que Hitler decidiera acabar con esta carencia el 1 de febrero de 1939 decretando en secreto el «reforzamiento de los territorios fronterizos del este», y tomando

unas medidas económicas destinadas a frenar la salida de mano de obra y de capital procedentes del este de Prusia. Hacía ya tiempo que se había prometido recuperar Danzig, la «Nuremberg del norte», para Alemania. Se había hecho grabar el escudo de Danzig – un barco de plata sobre olas azules – en los gemelos de sus camisas. Desde setiembre de 1938 había abrigado la esperanza de que podía llegar a un trato con Polonia para recuperar pacíficamente Danzig a cambio de la Ucrania carpática que codiciaban los polacos. Ribbentrop hizo saber esta idea al embajador polaco Josef Lipski el 24 de octubre. Lipski había respondido con evasivas. Hitler no se desanimó e invitó al ministro de Exteriores polaco, el coronel Józef Beck, a que le visitara por Año Nuevo. Aquel secreto encuentro tuvo lugar en el Berghof el 5 de enero de 1939. Beck se negó a picar el anzuelo. Por esta razón Hitler abandonó Berlín dos días después decidido a buscar la ayuda de Stalin. El primer paso lo constituyó el largo coqueteo con Merekalov; la negativa de atacar a la URSS expresada en el discurso de su aniversario el día 30 de enero fue el segundo.

En Berlín Hitler mantenía un horario más o menos regular, recibiendo a ministros del gabinete durante la mañana y comiendo tarde, a las tres o a las cuatro. Bromeaba a propósito de su comedor diciendo que merecía llamarse «El Alegre Canciller». Las mujeres no podían entrar. Esta especie de asamblea de sobremesa era lo que más se llegó a parecer a una reunión ministerial después de 1938 (aunque en una ocasión, en febrero de 1939, accedió a la sugerencia de Lammers de convocar una, pero Göring se encontraba en Italia recuperándose de una cura de adelgazamiento, y abandonó la idea). Por el diario de Todt sabemos que fue en nueve ocasiones (incluyendo la del 27 de enero de 1939, para mostrar a Hitler los planes del inmenso puente colgante de Hamburgo).

Después del almuerzo Hitler leía los periódicos que un ayudante le compraba cada día en un quiosco del cercano Hotel Kaiserhof. En los años anteriores tenía la costumbre de tomar el té en el Kaiserhof: al verle entrar, la pequeña orquesta empezaba a tocar la «Donkey Serenade», la canción de Hollywood que más prefería. Se confesaba un ferviente admirador de Shirley Temple y de Jeannette MacDonald. Podía ver las películas que quería, pero

no se ahorraba improperios si la película no le gustaba desde la primera bobina: «¡Pero qué porquería! Debería prohibirse.» «¿Cómo es posible que el Doctor permita una película como ésta? ¿Quién es el director?» Los ayudantes de las SS del Führer reunían sumisamente tan breves y expresivos análisis y los enviaban al ministerio de Propaganda. Sus juicios tenían carácter de ley y ¡ay de la película que mereciera la reprobación definitiva del Führer «interrumpida a mitad de la proyección»! Películas como *Prairie Hyenas*, *Tip-Off Girls*, *King of Arizona*, *Bluebeard's Eighth Wife*, *The Great Gambini*, *Shanghai*, tuvieron un final fatal en la Cancillería de Hitler. Cuando se proyectó *Marie Antoinette*, Hitler se levantó y se marchó muy ofendido.

El 13 de febrero de 1939 el tren especial de Hitler le llevó hasta Hamburgo. Aquí, el mayor acorazado nazi, con 35,000 toneladas blindadas, esperaba su botadura. Primero, y a modo de homenaje, se detuvo en la cercana Friedrichsruh para visitar la tumba de Bismarck, el hombre de estado cuyo nombre había elegido para el primer gran barco de guerra del Reich. A la mañana siguiente, mientras unas bandas de música entretenían a los cincuenta mil espectadores allí presentes, un transbordador verde llevó al Führer por el Elba desde el embarcadero de Saint-Pauli hasta el astillero de Blohm & Voss. En Hamburgo se declaró día festivo. Las bandas de música se callaron mientras Hitler se dirigía al alto andamio y pronunciaba un discurso preparado de antemano en el que se dedicó a elogiar las obras de su gran predecesor al fundar el Segundo Reich, El mismo Hitler había decidido la posición de todas las cámaras de los noticiarios, y había prohibido la asistencia de corresponsales de periódicos extranjeros. Cuando terminó su discurso al cabo de diez minutos, una pequeña luz roja se encendió en su tribuna anunciando que se estaban retirando las últimas escoras y que el coloso estaba a punto de moverse. El nuevo acorazado *Bismarck* se precipitó hacia el Elba en medio de un gran estrépito y al son del himno nacional alemán.

Resulta muy reveladora la nota personal escrita por el barón Von Weizsäcker sobre las observaciones que hizo el Führer en la sobremesa de una comida íntima en el sepulcro de Bismark en Friedrichsruh aquel mismo día, el 13 de febrero:

«Para los que ya sabemos que en aproximadamente cuatro semanas lo que queda de Checoslovaquia recibirá su golpe mortal, era interesante oír decir al Führer que siempre había preferido las tácticas de sorpresa, pero que ahora las abandonaba por haber agotado sus posibilidades.

»El Führer se refirió a la crisis del setiembre del pasado año de este modo: "Debo mi triunfo a la firmeza de mi postura, que dejó al otro lado a un paso de la guerra si yo lo creía necesario."»

La situación para la probable invasión de Checoslovaquia aún no se había producido, ni tampoco se había encontrado una fórmula que la hiciera grata a las potencias occidentales. El mismo Weizsäcker, en una nota. sin fecha, describió el probable desarrollo de los hechos: Eslovaquia se separaría del gobierno de Praga por una disputa inducida artificialmente; entonces Alemania aconseja a Hungría que «restaure el orden» en la Ucrania carpática; el gobierno eslovaco pide a Hitler que garantice la inviolabilidad de sus fronteras; los alemanes de la Bohemia piden protección, y se lanza un ultimátum a Praga para que firme un tratado con el Reich que, en caso de no llevarse a cabo, trae como consecuencia la invasión de la Wehrmacht. La máquina propagandística de Goebbels echada la culpa a los checos, dada énfasis a la moderación de la intervención alemana y enumerada episodios similares de la historia.

Desde la época de Munich los agentes de Hitler se habían infiltrado en lo más profundo del sistema eslovaco. Agentes anónimos de las SS de Himmler, del ministerio de Goebbels, de la oficina del Plan Cuatrienal de Göring, y de la Organización Extranjera nazi (AO) se habían desparramado por toda Eslovaquia. Hacia el 21 de enero de 1939, coincidiendo con una dura entrevista mantenida entre Hitler y el ministro checo Chvalkovský, estaba claro que ya había tomado una decisión. Hitler pidió la absoluta neutralidad checa así como una considerable reducción de las fuerzas checas. Chvalkovský prometió obedecer.

Voytech Tuka, un agitador eslovaco que había sufrido muchos años de prisión checa y que se acababa de beneficiar de una amnistía tras la marcha de Beneš, mandó un telegrama a Hitler instándole exageradamente a que protegiera a los eslovacos y los aceptara como compañeros económicos y

culturales de la «ilustre nación alemana». Hacia el 10 de febrero los hombres que Karmasin tenía en Bratislava recibieron la confidencia de que Hitler iba a derrocar el. régimen de Praga en un mes. Tuka fue a ver a Hitler el día 12, y dejó oficialmente el destino de Eslovaquia. en sus manos. «Mi pueblo», dijo, «espera de ustedes la liberación completa». Hitler insinuó que Eslovaquia debía declararse independiente de Praga, la primera escena del guión que Weizsäcker había desarrollado (si no propuesto). Wilhelm Keppler mandó a su colaborador más próximo doctor Edmund Veesenmayer a Bratislava para. decir a los eslovacos que se apresuraran, ya que «de no hacerlo, Hungría obtendría nuestro permiso para ocupar Eslovaquia pasado el 15 de marzo». Cuando Durcanský y su ministro de economía fueron a ver a Göring el 28 de febrero, el mariscal de campo les recibió con estas palabras: «¿Y ahora qué? ¿Cuándo van a declarar la independencia para que no tengamos que dejarles en manos de los húngaros?»

Lo sucedido el 10 de marzo de 1939 cogió a Hitler totalmente desprevenido, A las 5.20 de la mañana Walther Hewel recibió una llamada telefónica de Viena con la noticia de que las tropas checas habían tomado Bratislava. El Padre Tiso, el primer ministro eslovaco, se había refugiado en un colegio jesuita. Las notas de Hewel dan constancia de unas conversaciones mantenidas toda la mañana con Ribbentrop, Heydrich, Schmundt, y Keppler. A las 11.50 de la mañana escribe: «Keppler llama por teléfono: han detenido a Tuka. El teléfono se ha cortado. Es la Ley Marcial. Las tropas lo ocupan todo. Puede que también hayan detenido a Karmasin.» Y a las 11.55: «Schaub informa que hablará con el Führer.» Y a las doce del mediodía: «Conversación con el jefe [Ribbentrop]: irá a ver al Führer en seguida.» A la una de la tarde también se mandó llamar a Keitel. Para amortiguar la alarma de la prensa extranjera, los responsables de la prensa nazi recibieron instrucciones en secreto aquella misma mañana para no dedicar más de dos columnas a la crisis checa. El regimiento de guardia de corps de las SS de Hitler (Leibstandarte) fue puesto sobre aviso con la orden de ponerse los uniformes de campaña de color gris. En una reunión secreta con miembros licenciados del personal a última hora del día 11, Hitler explicó: «La estructura de un estado exige que los Herrenvolk se encarguen de la organización en tanto

que una clase inferior de gente – llamémosles *dominados* – se postran ante esa dirección.» La historia, se aventuró a decir Hitler, proporcionaba mas de un ejemplo de un estrato relativamente pequeño de dominadores que organizaban a una gran masa de esclavos.

Durante unos días en Checoslovaquia no hubo más que confusión. El presidente Emil Hácha dispuso que el doctor Karol Sidor ocupara el lugar de Tiso en Eslovaquia. Hitler envió a su agente Keppler a Bratislava. Keppler recuperó a Tiso y se lo llevó de vuelta a Berlín el 13 de marzo. Hitler fue directo al grano y le dijo a Tiso que proclamara la independencia de Eslovaquia con respecto a Praga y que lo hiciera inmediatamente. Ordenó que la Wehrmacht estuviera preparada para la invasión a las 6 de la mañana del día 15. El OKW redactó un ultimátum adecuado para presentárselo a los checos. A mediodía del 14 de marzo Keitel informó a Hitler que la Wehrmacht estaba en condiciones de lanzarse al ataque en la frontera checa. Para enfriar las críticas procedentes del extranjero, Hitler informó a Praga que sería de «gran ayuda» para Checoslovaquia si el doctor Hácha viajaba a Berlín a pesar de su edad y de su debilidad. A las 2.15 de la tarde la legación alemana de Praga confirmó que Hácha se dirigiría a Berlín aquella misma noche, pero en tren, ya que su corazón no resistida la tensión de un vuelo. Hitler ordenó confidencialmente al ejército de tierra que llevara a cabo la invasión a las 6 de la mañana, y dio instrucciones a Keitel para que volviera a la Cancillería a las 9 de la noche. El coronel Eduard Wagner expresó el entusíasmo de todo el Estado Mayor general en una carta personal aquella misma noche: «No creo que pasen demasiadas cosas. Las potencias extranjeras se han desinteresado por el asunto. ¡Se acabó Checoslovaquia! ¡Hace tiempo que lo estaban pidiendo!»

Hitler ordenó que a la llegada del presidente checo se le rindieran honores militares. La hija de Hácha le acompañaba como enfermera; Hitler hizo que un ayudante llenara la habitación de la hija del hotel Adlon con rosas amarillas, y le puso una nota escrita de su puño y letra.

Protegidas por la oscuridad, las primeras unidades armadas alemanas penetraron tranquilamente en Checoslovaquia. La guardia de corps de las SS había recibido instrucciones de infiltrarse en la ciudad de Ostrava en la Mo-

ravia antes de que los polacos pusieran sus garras sobre las modernas fábricas de acero de Witkowitz.

Después de cenar aquella noche del 14 de marzo de 1939, Hitler se retiró al salón de música para ver la última película: *Ein Hoffnungloser Fall* (*Un caso desesperado*). Al cabo de muy poco Ribbentrop informó que el tren de Hácha acababa de llegar. Hitler se miró las uñas y dijo suavemente que dejarían descansar al viejo amigo una o dos horas. No fue hasta las 11 de la noche cuando Meissner hizo pasar al diminuto presidente checo. Hitler ordenó que todos salieran a excepción de Ribbentrop y de Hewel, quien puso por escrito todo lo que se dijo.

Con una voz temblorosa y emocionada Hácha soltó un prolijo discurso sobre su carrera de abogado del estado en Viena; conocía y admiraba las ideas de Hitler, y estaba convencido de que Checoslovaquia estaría segura en las manos del Führer. Hitler se iba poniendo cada vez más nervioso a medida que el monólogo avanzaba: «Cuanto más divagaba Hácha sobre el carácter trabajador y concienzudo de los checos», contaría Hitler en mayo de 1942, «se hacía mayor en mí la sensación de estar sentado sobre unas brasas, consciente de que ya se había dado la orden de invasión». A las 6 de la mañana Hitler le dijo que la Wehrmacht iba a invadir la Bohemia y Moravia, pero que la autonomía del país estaba asegurada. Si Hácha firmaba en el lugar correspondiente no habría derramamiento de sangre. «Casi me avergüenza decir que contamos con una división por cada batallón checo.»

Keitel le interrumpió en dos ocasiones, y Hitler le contestó en las dos ocasiones con un brusco asentimiento de cabeza. La representación fue efectiva. Hácha y su ministro de Exteriores se retiraron a otra habitación para consultar a Praga por teléfono. El sonido era defectuoso y el pobre hombre tuvo que hablar a gritos; hacia las tres de la madrugada sufrió un ataque al corazón. Fue necesario que el médico personal de Hitler, el profesor Morell, le pusiera una inyección para que recobrara el sentido. El tiempo apremiaba. Hitler recordó a Hácha la situación militar; la Wehrmacht ya estaba en marcha. Göring, que aquella misma noche había vuelto a toda prisa de sus vaca-

ciones en San Remo, intervino diciendo que, al amanecer, su Luftwaffe ya estaría sobrevolando las calles de Praga. Finalmente, Hácha se vino abajo.

El acuerdo principal se firmó poco antes de las 4 de la mañana. En un segundo documento Hácha aprobaba la entrega inmediata a los alemanes de la aviación y el armamento checos. Pero los problemas no se acababan ahí. Hitler exigió que Chvalkovský refrendara el acuerdo, pero Hácha se negó en redondo. El Führer más tarde recordaría haber pensado en esos momentos: «Ten cuidado; tienes delante a un abogado. Tal vez haya una ley en Checoslovaquia que no da por válido un acuerdo como éste si no lo refrenda el ministro correspondiente.»

Los huéspedes de Hitler abandonaron su despacho por un camino, mientras al Padre Tiso, el primer ministro eslovaco se le hacía pasar por otro para informarle del resultado.

Después de eso, Hitler debió de llamar a Wilhelm Keppler. Éste escribió a Himmler unas horas después: «Cuando estuvimos con el Führer anoche, después de haber firmado el acuerdo, el Führer dedicó sus elogios a los que habían arriesgado sus vidas en el frente en misiones muy peligrosas. Después de lo cual, Ribbentrop declaró que todo se había llevado a cabo a la perfección gracias a las SS . . . » Hitler se quedó solo durante un rato. Luego se volvió, abrió la pueria que se disimulaba detrás de aquel monolítico escritorio y entró en el pequeño despacho donde sus secretarias Christa Schroeder y Gerda Daranowski llevaban esperando toda la noche a que terminara aquella conferencia. Los ojos de Hitler echaban chispas y soltó una carcajada. «¡Bien, niñas! Ahora poneos una aquí y otra ahí», dijo y les dio unas tímidas palmaditas en las mejillas. «¡Un beso a cada una!» Las atónitas secretarias accedieron. «Hoy es el día más maravilloso de mi vida», explicó Hitler. «Acabo de conseguir algo por lo que otros lucharon en vano durante siglos. La Bohemia y Moravia vuelven a ser del Reich. Pasaré a la historia como el alemán más grande de todos los tiempos.»

Mientras empezaba su invasión de Checoslovaquia, a las 8.02 de la mañana el tren especial de Hitler salía de la estación de Anhalt. Hácha y los suyos aún seguían durmiendo en el hotel Adlon. El teniente coronel Kurt Zeitzler, del personal de Keitel, mantenía informado a Hitler sobre el avance

del ejército. Hacia las 9 de la mañana éste ya se encontraba en las calles de Praga. No hubo derramamiento de sangre. Unos patriotas checos se atrincheraron en un puente de carretera impidiendo el paso y cantando el himno nacional; el comandante de la compañia alemana que fue a su encuentro detuvo a su columna con discreción, esperó a que terminaran de cantar el himno nacional, y ordenó que presentaran las armas.

A las 2.03 de la tarde el tren de Hitler llegó a la pequeña estación fronteriza de Leipa situada en la Bohemia; allí le esperaban el general al mando de la divisiones Panzer, Erich Hoepner, y el coronel Erwin Rommel (que acabaría al mando del «Cuartel General del Führer»). Ante el estupor de Himmler y del servicio de seguridad, Hitler decidió ir directo a Praga. A las 4 de la tarde, levantaron la barrera de la frontera para que Hitler entrara en Checoslovaquia, y en medio de una tormenta de nieve su convoy tomó camino de la capital. Se mantuvo erguido en su coche abierto saludando a sus regimientos a medida que pasaban. Llegó a Praga al atardecer. Al principio nadie supo dónde se encontraba el Castillo de Hradcany, la residencia oficial de Hácha. Los conductores de Hitler finalmente accedieron a él por una entrada trasera. Allí encontraron a un lacayo de palacio para guiarles a la parte donde los inesperados visitantes podían dormir, pero Hitler aún no queda descansar. Empezó a dictar una ley que establecía un sistema de «Protectorado» alemán sobre la Bohemia y Moravia. A las 2 de la mañana se sirvió una cena fría proporcionada por el Centro Alemán de la localidad. Allí pudieron beber cerveza de Pilsen; aunque Hitler se dejó persuadir para que la probara en un pequeño vaso, terminó haciendo una mueca de desagrado y, sin terminarse el vaso, se fue a dormir. Lo primero que los ciudadanos de Praga supieron de su presencia entre ellos fue a la mañana siguiente, cuando espiaron su bandera personal con la esvástica ondeando en lo alto del tejado del palacio, ahora cubierto de nieve.

La primera reacción procedente de Londres fue la de tomarse este asunto como si no fuera de su incumbencia, pero el pueblo británico no quiso aceptar la «anexión» de la Bohemia y Moravia llevada a cabo por Hitler, y Chamberlain se vio en la obligación de pronunciar un duro discurso en Birmingham pidiendo lo siguiente: «¿Es éste en realidad un ejemplo de su

intento de dominar el mundo por la fuerza?» Sin embargo, una semana después, Chamberlain se sirvió de un intermediario para asegurar a Hitler que estaba a favor de la acción que había llevado a cabo Alemania aunque no podía decirlo en público por encontrarse a merced de airados ataques de Churchill y compañía.

Las ventajas de esta nueva conquista compensaban de sobra el oprobio que podían sentir las potencias occidentales: el control de Praga puso a disposición de Hitler las reservas de oro que necesitaba para superar el enorme déficit presupuestario del Reich; le proporcionaba, además, campos de aviación con los que amenazar a Polonia y a Rusia; y un frente con una reducción de mil seiscientos quilómetros para defender. Le proporcionaba tanques, artillería y aviación checos; además, ponía a Rumania y a Yugoslavia en sus manos porque los ejércitos de estos países se equipaban en gran parte gracias a la fábrica de armas Škoda de Pilsen. Los oficiales de Hitler se quedaron maravillados ante esta nueva hazaña, y muchos débiles que en los tiempos más duros se pasarían al «movimiento de resistencia», en marzo de 1939 escribieron palabras de admiración en sus diarios personales y cartas a amigos.

Sorprendentemente, el «protectorado» también benefició a los checos. Se estabilizó la. econorma y el desempleo desapareció. Los hombres no tuvieron que reclutarse para luchar en coalición con Hitler. Las fuerzas armadas fueron disueltas, y los oficiales recibieron pensiones del estado por decisión de Hitler (para comprar su dependencia y complicidad). Los industriales checos aceptaron provechosos contratos del Reich y acabaron aprendiendo a mimar la *pax teutonica* impuesta por Reinhard Heydrich en 1941. Era la paz del cementerio, pero Heydrich se ganó el afecto de los obreros checos hasta tal punto – introduciendo, por ejemplo, la primera seguridad social y el primer sistema de pensiones de estilo Bismarck – que 30,000 checos se reunieron en masa en la plaza Wenceslas de Praga para manifestarse contra su asesinato en 1942. Nadie había pedido a los checos que vendieran sus almas, y eso fue lo que Hitler le había prometido a Hácha en Berlín. El mismo Hácha jamás tuvo un motivo de queja. Pidió información a Morell sobre la receta que le había inyectado y que a partir de entonces obtuvo de

forma regular de la farmacia de Morell. Al final moriría olvidado de todos en una prisión aliada en 1945; Tiso y Tuka fueron ahorcados.

El 16 de marzo de 1939, el ministro de Propaganda de Hitler dio otro aviso confidencial a los responsables de prensa nazis: «No es conveniente el uso del término Grossdeutsches Reich. Este término se reserva para posteriores ocasiones.»

Los siguientes objetivos en la lista de Hitler eran, por supuesto, Memel, Danzig y el Corredor Polaco. Siguiendo sus instrucciones, Ribbentrop convocó al embajador polaco Lipski el 21 de marzo y le repitió la oferta del pasado octubre. Ribbentrop llegó incluso a sugerir que Eslovaquia podía ser objeto de posteriores conversaciones con Polonia . . . tras haber solucionado la entrega de Danzig. Lipski acudió a Varsovia en busca de respuesta. El diario de Goebbels deja bien claro que Hitler no esperaba tener problemas con Polonia. El 23 de marzo escribió: «El Führer desarrolla su futura política exterior. Ahora quiere paz y tranquilidad para recuperar la confianza. Después plantearemos el problema de nuestras colonias. El viejo "tira y afloja".» Dos días después vemos a Goebbels escribiendo: «El Führer está preocupado por encontrar una solución para el problema de Danzig. Piensa presionar un poco a Polonia y tiene la esperanza de que los polacos se muestren predispuestos. Pero tendremos que morder la bala y garantizar las fronteras polacas.» El día 25 Hitler aseguró en privado al general Von Brauchitsch que no quería recurrir a la fuerza con Polonia. El edecán de Brauchitsch anotó las siguientes palabras de Hitler: «La posibilidad de tomar militarmente Danzig sólo se tendrá en cuenta si L[ipski] nos da a entender que el gobierno polaco será incapaz de explicar a su propio pueblo la entrega voluntaria de Danzig, y que llevando a cabo un hecho consumado por nuestra parte les ayudará a encontrar una solución.» Curiosamente, Hitler tenía la seguridad de que podían llegar a un acuerdo bajo mano. El 27 de marzo Raeder dio el visto bueno al borrador de un plan según el cual Hitler embarcaría en el crucero *Deutschland* y se presentaría frente a Danzig con la práctica totalidad de la flota de guerra; luego una torpedera le llevaría a tierra y entraría triunfal-

mente en el centro de la ciudad. Para ser unos planes no estaba mal, pero la entrada que realizó en Danzig seis meses después fue bastante diferente.

Lituania resultó ser más maleable para la consecución de Memel. La antigua ciudad teutónica había sido anexionada por Lituania después de la guerra mundial. Un ultimátum alemán hizo que el ministro de Exteriores lituano se apresurara a ir a Berlín para firmar los documentos necesarios después de que Ribbentrop y Weizsäcker hubieran apretado bien las tuercas. Hitler llegó a Memel a bordo del *Deutschland* a primera hora del 23 de marzo y dio un paseo simbólico por la ciudad – en compañía de Rommel, como comandante del cuartel general, y de Milch, quien sustituía a Göring al volver éste a San Remo – y regresó a Berlín.

Ante este nuevo triunfo de Hitler los polacos reaccionaron con agresividad y ordenaron la mobilización parcial, tal y como Canaris informó el 25 de marzo. Cuando Hitler se marchó de Berlín aquella misma noche, según Brauchitsch, señaló: «No quiero estar presente cuando vuelva L[ipski]. R[ibbentrop] debe tratar con él al principio.» Lipski volvió de Varsovia, como se había previsto, el día 26 rechazando con dureza la exigencia alemana de Danzig, a lo que añadió la amenaza verbal de que si Hitler persistía ello significaría la guerra. El 27 de marzo Weizsäcker resumió en su diario:

«Ya no será posible solucionar el problema de Danzig, ahora que en política exterior va hemos agotado nuestra buena voluntad con Praga y Memel. Un conflicto germanopolaco desencadenaría una avalancha contra nosotros. De momento el único modo de tratar con la postura insolente de los polacos y su altivo rechazo a la oferta que les hemos hecho es el de hundir el ánimo polaco.»

Paseando por la ladera del monte Obersalzberg Hitler reflexionaba sobre el próximo paso que debía dar, como en 1938 cuando había tenido que resolver el problema de «Verde». El 25 de marzo aseguró a Brauchitsch que no abordaría todavía el problema polaco excepto en lo tocante a Danzig. Primero tenían que darse unas circunstancias políticas especialmente favorables: «Luego golpearía Polonia de un modo tan contundente que, políticamente hablando, sería como si no existiera durante décadas enteras.» El Reich re-

cuperaría así la frontera oriental de 1914, desde el este de Prusia hasta la Silesia oriental.

Entretanto, Stalin lanzaba una dura invectiva contra las democracias occidentales con motivo de un congreso en Moscú. Hitler estudió las películas de los noticiarios y exclamó que Stalin parecía bastante «simpático». Hitler regresó a Berlín a última hora del 30 de marzo. A la mañana siguiente le esperaba un golpe inesperado: desde Londres le llegó la noticia de que Neville Chamberlain estaba a punto de anunciar en el parlamento que «en el caso de producirse cualquier acción que amenace claramente la independencia polaca y, en consecuencia, el gobierno polaco consídere necesario oponer resistencia . . . El gobierno de Su Majestad se sentirá inmediatamente obligado a prestar al gobierno polaco toda la ayuda que esté en sus manos».

Ésta fue la primera de las afirmaciones irreflexivas que iban a salir de los británicos. El efecto no fue el que había esperado Chamberlain. A las 12.45 de la noche Hitler mandó llamar a Keitel. Fuera cual fuera el motivo de la afirmación de Inglaterra, ala hora en que Hitler abandonaba Berlín – esto es, a las 8.47 de la noche del 31 de marzo – ya había dado órdenes al OKW para que hiciera todos los preparativos necesarios para llevar a cabo una guerra con Polonia bajo el nombre en clave de «Blanco». A la mañana siguiente, en Wilhelmshaven, asistió a la botadura de un segundo acorazado de 35,000 toneladas: el *Tirpitz*.

Hay que señalar que todavía no había dado ninguna orden efectiva para la guerra. La nueva orden relativa a «Blanco» dada el 3 de abril al OKW simplemente explicaba en términos generales una situación política que podía hacer necesario un ataque sobre Polonia el día 1 de setiembre, o después. Mientras, decía el OKW, había que evitar cualquier fricción con Polonia, algo difícil teniendo en cuenta que los polacos no habían sido muy amables con la minoría étnica alemana. Durante todo abril – y también en mayo – de 1939, todos los responsables de prensa nazis recibieron órdenes explícitas de no hacer comparaciones entre lo que estaba pasando en Polonia y lo que había pasado en Checoslovaquia en 1938.

Seguramente Hitler esperaba que bastaría con «afilar la espada» para que los polacos se vieran obligados a pensarselo de nuevo. Como el general Von

Reichenau comentó admirablemente el 3 de octubre de 1938: «Si el Führer fuera jugador de póquer ganaría miles de marcos todas las noches.» En abril de 1939 esta imagen de jugador de póquer también le vino a la cabeza al barón Von Weizsäcker; el diplomático creía que Hitler estaba jugando la baza con apuestas muy altas, pero que en el momento preciso se llevaría todas las ganancias y dejaría el juego. A mediados de abril predijo lo siguiente en privado: «Estamos en una crisis muy lenta, pero no lejos de la guerra. Que cada cual cumpla con su obligación.»

Curiosamente, Hitler no había consultado a Göring sobre «Blanco». El mariscal de campo no volvió de su retiro italiano hasta las 6 de la tarde del 18 de abril. Mientras Hitler cenaba se presentó ante él con aspecto bronceado y en forma. Hitler le habló de su determinación a forzar una solución referente a Danzig. Göring se quedó desconcertado: «¿Qué debo entender con eso?» El Führer contestó que si todo resultaba en vano para recuperar Danzig, entonces recurriría a la fuerza. Göring le advirtió que el mundo no se lo permitida. Hitler le tranquilizó argumentando que ya había salido airoso de otras situaciones pasadas, y que Polonia no iba a ser una excepción. El ayudante de Göring, el general de la Luftwaffe Karl Bodenschatz, dejó ver claramente al agregado militar polaco que si Hitler sentía que le estaban acorralando se aliaría con el mismo demonio. «Y tanto usted como yo sabemos muy bien quién es el demonio», le amenazó Bodenschatz haciendo una clara referencia a la Unión Soviética.

En un principio, Hitler se sirvió de su acercamiento al Kremlin a modo de palanca diplomática sobre Polonia, pero no había ninguna duda de que Stalin también estaba interesado. Rudolf Likus informó el 1 de abril que el ministro de Guerra soviético, general K. E. Voroshilov, había sugerido en una conversación con la esposa del embajador alemán que Hitler y Stalin debían revisar la actitud que mantenían el uno con el otro. Poco después, Ribbentrop supo por él que un alto funcionario de la embajada soviética había señalado que Alemania y la Unión Soviética podían llegar a un gran entendimiento político «codo con codo». Hitler aún dudaba en ir más allá de esta fina capa de hielo, y Ribbentrop dio instrucciones a su agente para

que no procurara este diálogo. Sin embargo, a finales de abril Hitler omitió en otro gran discurso las acostumbradas referencias hostiles al régimen soviético. Stalin respondió el 3 de mayo destituyendo a Maxim Litvinov, el ministro de Exteriores judío que habría sido un gran obstáculo para cualquier entendimiento con la Alemania nazi. Ante lo cual, Hitler se incorporó en su asiento y tomó nota de ello. Ordenó a los funcionarios clave de la embajada en Moscú que se presentaran ante él en Alemania. El resultado fue que ordenó a su embajador el conde Werner von der Schulenberg que hiciera un prudente sondeo a Vyacheslav Molotov, el nuevo ministro de Exteriores, para llegar a un posible acercamiento y para reanudar las negociaciones comerciales. El día 5 Goebbels dio instrucciones confidenciales a los responsables de prensa nazis para que no lanzaran diatribas contra el bolchevismo o contra la Unión Soviética «hasta próximo aviso».

Al día siguiente Karl Bodenschatz volvió a hacer una curiosa insinuación, esta vez dirigida al agregado aéreo francés Paul Stehlin: «Pronto descubrirá», dijo el general de la Luftwaffe, «que algo se está tramando en el este».

CINCUENTA

Casi todo el mundo mide la edad que tiene por los años ya pasados. Hitler medía mentalmente la suya por los años que aún le quedaban por delante. Al contemplar las entregas semanales de los noticieros filmados se daba cuenta de que iba envejeciendo. El 20 de abril de 1939 Hitler llegó al meridiano de la vida: los cincuenta. Muy pocas veces se había visto una exhibición de musculatura tan poco elegante como la que la Alemania nazi llevó a cabo para celebrar el cumpleamos del Führer, con 1,600 notables del Partido llenando en un instante el Salón Mosaico, y con los Portadores de la Insignia de Sangre – veteranos del intento de golpe de estado de 1923 – apíñados impacientemente delante de la Galería de Mármol. Aquella noche, mientras sonaba la Marcha de Badenweiler con el falso convencimiento de que era su marcha favorita, Hitler se dirigió en coche con Speer a lo largo del nuevo e imponente bulevar Este–Oeste para inaugurarlo, y unos fuegos de artificio dibujaron en el cielo la imagen de una gigantesca bandera con la esvástica. En una posición privilegiada se encontraban los excombatientes de las guerras alemanas del siglo XIX, supervivientes de unas generaciones que habían marchado en vano hacia esa tierra prometida que ahora «estaba a la vista».

Al volver a la Cancillería Hitler se encontró con cientos de regalos expuestos para él, incluyendo una maqueta del arco de triunfo que había planeado levantar en el nuevo eje Norte–Sur. En la piedra del monumento se grabarían los nombres de todos los alemanes y austríacos muertos en la guerra mundial. Su secretaria Christa Schroeder escribió al día siguiente:

«El número y valor de los regalos de este año es abrumador. Hay cuadros de Defregger, Waldmüller, Lenbach, y hasta un magnífico Ticiano; también hay estupendas figurillas de porcelana de Meissen, servicios de mesa de pla-

ta, libros preciosos, jarrones, dibujos, alfombras, obras de artesanía, globos del mundo, radios, relojes, etc., etc., etc. . . . También hay modelos en miniatura de barcos y aviones, y objetos militares de todo tipo; éstas son las cosas que más le entusiasman. Se entretiene con ellas igual que un muchacho.»

Unidades procedentes de toda Alemania se concentraron en Berlín para realizar el desfile con motivo del cumpleaños. En total, seis divisiones del ejército – unos 40,000 hombres con 600 tanques – desfilarían delante de él. Una banda de la guardia de corps le despertó a las ocho de la mañana tocando una serenata al pie de su ventana. Los hijos de los doctores y ayudantes se acercaron tímidamente hasta él para felicitarle, para entregarle ramilletes de flores que habían confeccionado con ayuda de Frau Anneliese Schmundt – la esposa del principal ayudante de Hitler – y para recitarle algunos poemas. Hitler quiso que aquel día fuese tan grande para aquellos niños que luego lo pudiesen recordar ante sus nietos.

Antes de dar comienzo al desfile militar, Hitler recibió brevemente a sus tres generales en jefe – Góring, Raeder y Brauchitsch – junto con Keitel en su despacho de lujoso artesanado. Al entrar los oficiales Hitler les esperaba de espaldas a su enorme escritorio. Keitel tropezó ligeramente con la gruesa alfombra de color ocre mientras todos formaban en línea. Las palabras de Hitler no duraron más de diez minutos; pero, al terminar, la selecta audiencia reconoció en seguida que Alemania se dirigía inevitablemente hacia la guerra, no necesariamente en 1939, pero pronto.

El mismo desfile de cumpleaños demostró la gran capacidad de resistencia física que tenía Hitler. Las tropas, los transportes, la artillería y los tanques, marcharon durante cuatro horas en medio de un gran estruendo por delante de su tribuna. Su secretaria Christa Schroeder escribiría después: «El desfile de ayer fue gigantesco y parecía que no se acababa nunca . . . No dejo de preguntarme de dónde demonios saca las fuerzas, porque debe de ser condenadamente agotador estar de pie saludando durante cuatro horas. Estábamos rendidos sólo de mirarle . . . por lo menos yo.»

No hay ninguna duda de que en 1939 Hitler gozaba de una salud de hierro.

Los archivos médicos que hay sobre él muestran que su sangre era del tipo A. Tenía la piel pálida y de textura fina; tenía el pecho y la espalda blancos y sin vello. El cráneo pertenecía a la clasificación de «ligeramente dolicocéfalo». El rostro era pálido y simétrico, con una expresión que, según sus médicos, tenía «una intensidad que dominaba y cautivaba». El ojo izquierdo era un poco más grande que el derecho: tenía los ojos azules con una leve sombra de color gris. Siempre tuvo un poco de exoftalmia, salida de los globos oculares.

Cuando en 1945 se interrogó a los médicos que habían tratado a Hitler todos fueron unánimes al decir que conservó su buen juicio hasta el último día. Uno de ellos, el profesor Hanskarl von Hasselbach observada más tarde: «El pueblo alemán tendría que haber estado loco para dar su apoyo casi incondicional a un hombre como el Hitler que hoy se quiere pintar.» Clínicamente no presentaba ningún síntoma de anormalidad. Nunca demostró sufrir defectos mentales como euforia inoportuna, incontinencia, anosmia (pérdida del olfato) o cambios de personalidad. Los exámenes que realizaron sobre su cerebro no revelaron ninguna «afasia sensorial» ni «estados de sueños». Las pruebas realizadas sobre sus centros reflejos y sobre las funciones de la columna vertebral no revelaron ninguna anormalidad. Los médicos dejarían constancia que su sentido de la orientación en lo relativo al tiempo, a los lugares y a las personas era excelente. A lo que añaden: «Era inconstante, unas veces inquieto y otras peculiar, pero por otra parte siempre estaba dispuesto a ayudar y no se distraía con facilidad. Emocionalmente era muy lábil; sus predilecciones y aversiones eran muy pronunciadas. El flujo de su pensamiento mostraba continuidad. Su forma de hablar no era lenta ni rápida y siempre era apropiada.» No presentaba ningún síntoma común de demencia. Los médicos concluían diciendo que en Hitler «no estaban presentes alucinaciones, ilusiones, ni inclinaciones paranoicas».

¿Quiénes eran estos médicos? El doctor Karl Brandt le había atendido desde 1934. Era un joven y apuesto médico de cabello oscuro y rasgos bien proporcionados que había nacido en la Alsacia alemana, pero que había sufrido la deportación a manos de los franceses siendo un muchacho de quince años cuando éstos ocuparon la provincia en 1919. Brandt tenía un gran

sentido del decoro y siempre se negó a hablar de la vida sexual de Hitler con sus interrogadores norteamericanos. Había estudiado cirugía en un hospital del Ruhr. Su prometida era la campeona de natación Anni Rehborn, una de las estrellas del firmamento femenino que rodeó a Hitler en los años veinte. Ella le presentó a Hitler en 1932. Hitler se dio cuenta de que un cirujano que viajara podía serle muy útil, y Brandt le acompañó a Venecia en 1934. Éste nombró a su colega del Ruhr, el profesor Werner Haase, como suplente, y a Hanskarl von Hasselbach como su sustituto en el personal de Hitler en 1936.

A finales de ese mismo año otro médico entró en el círculo de Hitler, alguien que se convertiría en el más controvertido de todos los médicos de Hitler. Tres años mayor que Hitler, el doctor Theodore Morell era un hombre corpulento, calvo y de tez morena. Sus ojos de color castaño oscuro pestañeaban de miopía detrás de unas gafas de gruesos cristales; tenía las manos grandes y con mucho vello. Se había erigido en principal médico del mundo Kurfürstendamm de las estrellas de teatro y de cine. El mundo cinematográfico hizo que conociera al fotógrafo de Hitler Heinrich Hoffmann, y fue en casa de Hoffmann donde Morell conoció por vez primera a Hitler en mayo de 1936. En aquella ocasión vio que Hitler estaba muy preocupado por la muerte de su chófer Julius Schreck hacía unos días a causa de una meningitis. Morell le dio la clara impresión de que él, Morell, podía haber salvado la vida de Schreck.

Hitler sufrió agudos calambres de estómago casi hasta el final de su vida. El 1 de diciembre de 1944, Morell resumiría de esta forma el difícil historial médico de su paciente: «Ha sufrido grandes espasmos después de una violenta recaída emocional; por ejemplo, el juicio [por traición] de 1924, un asunto de vida o muerte; la fecha límite de 1929 para el pago del préstamo al *Völkischer Beobachter* y la Editorial Eher; y la crisis de desconfianza militar de 1935/1936.»* En mayo de 1936 el profesor Von Eicken le sometió a examen; hoy disponemos de las notas de esta consulta.

* Se refiere ala rivalidad existente entre las SS y laWehrmacht en 1935 y a la remilitarización de la Renania en 1936. El diario de Morell continúa con el resumen: «A esto hay que añadir la disbacteria originada probablemente por los espasmos. Más espasmos en 1943 antes de su encuentro con el Duce en Feltre [el 18 de julio]; para entonces ya presentía, o ya sabía de antemano, que el ejército italiano iba a traicionarle; más espasmos en 1944 después del atentado.»

«*20 de mayo*. Consulta en la Cancillería del Reich en compañía del doctor Brandt. [El Führer sufre de] un fuerte dolor en los oídos desde hace varios días, acompañado de un agudo sonido metálico en el oído izquierdo por las noches. Es evidente que ha trabajado demasiado. Está preocupado (por el chófer Schreck).»

«Duerme muy poco . . . no consigue conciliar el sueño. [Le recomiendo:] dar paseos cada noche antes de irse a la cama, baños fríos y calientes para los pies, suaves sedantes. Tiempo libre. Siempre se encuentra mejor en Wachenfeld [es decir, el Berghof].»

«La Navidad de 1934, el doctor Ernst-Robert Grawitz trató a M.F. [Mein Führer] con Neo-Balestol, que contiene aceite de fusel, por una aguda intoxicación. Dolores de cabeza, vértigos, dolor en los oídos.»

Esas Navidades, Hitler invitó a los Morell a quedarse con él en el Obersalzberg. Mientras los inquilinos de la casa se distraían con una competición en la bolera del Berghof, Hitler se llevó a Morell aparte y le contó su triste problema: cómo nadie le podía curar los terribles calambres de estómago. «Es usted mi última esperanza», le dijo a Morell. «Si me libra de los dolores de estómago le regalaré una bonita casa.» Morell se lo prometió: «En un año le dejaré sano y en forma.» Y así fue. Morell tuvo la casa, una estupenda villa en la isla de Schwanenwerder. Y dirigiéndose a los posteriores detractores de Morell – que eran legión – el Führer aclaró con lealtad: «Morell me hizo una promesa: un año . . . »

El primer examen clínico que Morell realizó a Hitler el 3 de enero de 1937, indicó que los calambres de estómago no eran de origen nervioso. Hitler sufría un grave eccema en la pierna izquierda, probablemente a consecuencia de sus problemas dietéticos. «Morell», recordó Hitler en 1944, «me impuso una rutina diaria que fuera saludable, controló mi dicta, y sobre todo me permitió volver a comer de nuevo. Volvió a los principios fundamentales. Primero examinó las bacterias intestinales, y luego me dijo que tenía que recuperar mis colíbacilos.» El profesor A. Nissle, director del instituto de investigación bacteriológica de Friburgo, preparó una medicina para el tra-

tamiento llamada «Mutaflor», una emulsión de una cierta cantidad de *coli communis bacillus*, que tenía la propiedad de colonizar el canal intestinal. «Me dio estas cápsulas, además de una gran cantidad de vitaminas así como extractos de corazon y de hígado», contó Hitler. Empezó a encontrarse mejor. Él se mudó al Berghof. «Después de seis meses», dijo Hitler, «el eccema había desaparecido, y en nueve meses estaba completamente recuperado». En setiembre de 1937, Morell fue un invitado de honor en la concentración del Partido: Hitler podía ponerse otra vez las botas.

Morell empezó a tratar a Hitler con medicinas de su invencion que luego se fabricaban en una de sus compañías farmacéuticas. Hitler le pagaba un anticipo anual de 36,000 marcos. Toda la camarilla de Hitler en seguida se incorporó a la lista de pacientes de Morell: Funk, Ley, Speer, Goebbels, los Ribbentrop, los viejos ayudantes de Hitler, generales como Kleist, Jodl, Heusinger, y famosos nombres relacionados con el teatro como Richard Tauber y O. E. Hasse. No es difícil pensar en la hostilidad que produjo esta situación. Los ayudantes más jóvenes hacían todo lo posible para que se sintiera incómodo, y Morell se encontraba excluido de sus listas de cumpleaños y otras invitaciones. Es cierto que los hábitos personales de Morell eran poco decorosos. Se lavaba muy pocas veces y en ese sentido era inaccesible. Hitler le defendía: «Yo no retengo a Morell para olerle», dijo en una ocasión, «sino para que me mantenga en forma». En julio de 1939 el médico se encontraba entre los invitados en casa de Frau Winifred Wagner en Bayreuth. Cuando Hitler preguntó a una de las hijas por qué no estaba comiendo, ella le señaló el inquietante espectáculo del gordo doctor devorando con toda clase de ruidos una naranja entera con ambas manos y sorbiendo el contenido gracias a un pequeño orificio que había practicado en la cáscara.

Tal como lo describió Morell, el historial médico del Führer era del todo corriente. De niño había desarrollado una patología apicopulmonar que desapareció años después. Morell advirtió la existencia de una cicatriz en el muslo izquierdo de Hitler causada por metralla en la guerra. Durante el golpe de Munich de 1923, el agonizante Scheubner-Richter había empujado a Hitler provocándole una fractura en el omóplato izquierdo.

En 1938 y 1939 Hitler se encontraba en su mejor momento de salud. Según los documentos del propio Morell, está claro que la mayoría de sus medicinas se le administraban con una jeringa hipodérmica. Morell acostumbraba a inyectarle dosis inofensivas de dextrosa, hormonas o vitaminas. También le administraba generosas cantidades de sulfamidas para curarle hasta un vulgar resfriado. Hitler estaba muy impresionado. «Sin Morell», dijo en una ocasión, «no seña capaz de hacer ni la mitad de lo que hago. No me vería con fuerzas de sobrellevar la carga física y mental». La controvertida inyección diaria de glucosa y de su compuesto particular, Vitamultin – consistente en ácido ascórbico, calcio y nicotinamida, con cafeína o bien cacao como edulcorante – dejaba en Hitler una euforia de corta duración. Así, la capacidad de resistencia interior del cuerpo se sustituía por inyecciones de substancias que no eran narcóticas, pero que creaban hábito. En un campo de prisioneros en 1945, Brandt censurada a Morell: «Su comportamiento ha traído la desgracia sobre toda la profesión médica.» Sin embargo, Hitler, el paciente de Morell, sobrevivió a Neville Chamberlain y a Franklin D. Roosevelt.

Y ahora volvemos a las acciones de Chamberlain y Roosevelt de abril de 1939, puesto que – a finales de aquel mismo mes – Europa dio un paso más hacia la guerra. Por razones de política doméstica, Chamberlain volvió a introducir el National Service (servicio militar) en Gran Bretaña el día 26. En Londres empezó una fuerte campana de prensa contra Hitler. El día 25 de abril el embajador Henderson mandó un telegrama al ministerio de Exteriores británico que fue interceptado por la Forschungsamt: «La prensa británica me está haciendo la vida imposible.» Las escuchas telefónicas realizadas al día siguiente por la FA revelaban que el ministerio británico de Exteriores le instó a que avisara a Hitler por adelantado del anuncio relativo al servicio militar obligatorio ordenado por Chamberlain y que le asegurara que el National Service no debía interpretarse como algo dirigido contra Alemania.

Hasta ahora Hitler se había sentido capaz de ignorar las incursiones de Roosevelt en la política europea. Culpaba a Roosevelt de seguir influencias

judías, y creía que el aislacionismo era todavía una fuerza poderosa en los Estados Unidos. En abril de 1939 Hitler fue el destinatario de una carta abierta de Roosevelt por la que le instaba a garantizar públicamente que no atacada a ninguno de los treinta y un países que especificaba. Las escuchas realizadas a la embajada norteamericana de Berlín revelaron que el personal de allí consideraba esta llamada una metedura de pata. Hitler dio esas garantías el día 28 en un sarcástico discurso pronunciado en el Reichstag. En el teatro Kroll de la ópera la audiencia soltó una carcajada cuando Hitler añadió irónicamente la solemne promesa de que el Reich tampoco estaba planeando la invasión de los Estados Unidos. Por las escuchas de la FA se sabía que el personal de la embajada norteamericana admitía que el Führer había ganado «la partida». En el mismo discurso del Reichstag Hitler revocó el pacto de 1934 de no agresión con Polonia y también el tratado naval de 1935 con Gran Bretaña. En privado Hitler justificó el endurecimiento de su postura hacia Gran Bretaña por los documentos secretos recién encontrados en los archivos de Praga. «Algún día los haremos públicos para todo el mundo, y demostraremos la falsedad de Gran Bretaña», le soltó Bodenschatz a un diplomático francés.

Algunos alemanes bien informados aún dudaban de que fuera a producirse una guerra. El barón Von Weizsäcker comentó en una carta el día 29 de abril: «Evidentemente, no vamos a librarnos de alguna que otra situación dramática, pero no creo que las potencias del Eje tengan intenciones agresivas, ni tampoco que el otro lado se lance deliberadamente en una guerra preventiva. Sólo hay un peligro, y es el desbocamiento de algunos polacos que están aporreando arriba y abajo el teclado de Europa con una megalomanía auténticamente eslava.» Siguiendo órdenes expresas de Goebbels los responsables de prensa siguieron dando poca importancia en sus informaciones sobre estos «incidentes» de Polonia. Pero el ejército alemán seguía preparándose para «Blanco». A finales de abril Halder mostró a Hitler un primer programa aproximado para llevar a cabo la invasión. El estado mayor general propuso que las tropas se trasladaran a la frontera polaca con el pretexto de trabajar en las obras del muro oriental y de preparar maniobras en otoño. Luego podían llevarse más fuerzas al enclave del este de Prusia pa-

ra realizar aparentemente el gran desfile militar con motivo del vigésimo quinto aniversario de la batalla de Tannenberg, que debía celebrarse el 27 de agosto de 1939.

En la tercera semana de mayo Hitler partió para inspeccionar de nuevo el Muro Occidental del ejército y la zona de defensa antiaérea de la Luftwaffe que iba desde la frontera belga hasta Suiza. De nuevo le seguía una multitud de miembros del partido y cámaras de los noticiarios. Las fortificaciones habían avanzado de un modo significativo, y el general Erwin von Witzleben, el sustituto de Adam al mando del área occidental, no ahorró elocuencia para dar efecto. El contacto con los trabajadores y los renanos locales fue como un reconstituyente para Hitler. Mientras él almorzaba en una fonda del pueblo, su ayudante Brückner tuvo que salir para tranquilizar a las multitudes que allí se apiñaban y asegurarles que el Führer reaparecería en seguida. Las mujeres le tendían sus hijos, un acto sencillo que era la mayor muestra de respeto que se podía dar a un dirigente, como Hitler señaló a sus ayudantes.

Éste era el escudo que protegía a Hitler en 1939: era un dictador por consenso; a un asesino jamás le habrían perdonado ni comprendido. Esta férrea solidaridad entre el Führer y el pueblo persistió hasta el final, a pesar de lo que han fingido las generaciones posteriores.

Un mes antes la Unión Soviética había iniciado conversaciones con Gran Bretaña y Francia, pero Stalin sabía que Hitler tenía más que ofrecer. El 25 de mayo, las escuchas realizadas por la FA al corresponsal de *The Times* en Berlín, Mr. James Holburn, mostraban que durante su estancia en Londres se había enterado de que Chamberlain no tenía la intención de aliarse con Stalin: aún esperaba reanudar algún día el contacto directo con Hitler. El 17 de mayo, el encargado soviético de negocios en Berlín, Astakhov, había insinuado que «por ahora» las conversaciones iban en contra de los británicos. Tres días después el mismo Molotov declaró al embajador de Hitler que las negociaciones comerciales con Alemania podían reanudarse tan pronto como se hubiera establecido la «base política» necesaria: Ribbentrop habló en profundidad con Hitler sobre el modo en que podía interpretarse esta vaga

observación. El resultado fue que Weizsäcker recibió la orden de Hitler de que comunicara este mensaje a Astakhov: «Pueden ser nuestros amigos o nuestros enemigos. Ustedes eligen.»

Unos cuantos días después, el 23 de mayo, Hitler pronuncio un discurso de cuatro horas a sus generales en jefe en su enorme despacho. Permaneció de pie ante un atril dirigiéndose también a una docena de oficiales sentados en tres filas: Raeder, Milch, Brauchitsch y Keitel formaban la primera hilera (Göring no estaba presente), mientras sus jefes y ayudantes ocupaban las otras dos. Hitler volvió a afirmar que Danzig no constituía su último objetivo; éste era el de asegurar el Lebensraum en el este para alimentar los ochenta millones de habitantes de Alemania. «Si el destino nos obliga a combatir en occidente», les dijo Hitler, «será mejor que primero ganemos más en el este». Por esta razón había decidido «tomar Polonia en la primera ocasión que se presentará». Ahora, el objetivo inmediato era el de aislar Polonia, explicó. «Es de vital importancia que logremos aislarla.» El único apunte que nos ha llegado es uno realizado por el coronel Schmundt, pero enumera a los oficiales presentes incluyendo a Göring y Warlimont, quienes no se encontraban allí; además, contiene varios anacronismos. Halder, respondiendo a unas preguntas que le hicieron a mediados de 1945, recordaba muy bien las afirmaciones de Hitler sobre que mantendría a las potencias occidentales al margen de «Blanco»: «Tendría que ser un completo idiota para caer en una guerra mundial – igual que los bobos de 1914 – por el maldito Corredor Polaco.»

Dado que Hitler había dejado a Mussolini sin participar en «Blanco», los italianos querían firmar oficialmente una alianza con él. El 6 de mayo Ribbentrop aseguró al ministro de Exteriores italiano Ciano que Italia podía dar por sentado que la paz se mantendría tres años más por lo menos. Ciano fue a Berlín para firmar el «Pacto de Acero» el día 22, y el general Milch firmó otro pacto concerniente a las fuerzas aéreas en Roma dos días después. Sin embargo, Milch volvió ante Hitler con el aviso de que Mussolini había insistido en que Italia no estaría lista para la guerra hasta 1942; en un memorándum dirigido al Führer el Duce llegaba incluso a hablar de 1943.

Hitler también dedicó un breve cortejo al otro vecino al sur del Reich: Yugoslavia. El 1 de junio el príncipe regente Pablo y su esposa de origen inglés recibieron la bienvenida en Berlín con un desfile militar. Se les agasajó con un banquete celebrado en su honor seguido de una representación de gala de Wagner en el Teatro de la Ópera Estatal de Prusia. Más tarde, Hitler les mostró las maquetas de los nuevos monumentos y edificios oficiales de Alemania. Muy a pesar suyo, el príncipe Pablo viajó después a Londres sin ni siquiera habérselo insinuado en Berlín; a Hitler no le gustaba que le engañaran, y no pudo quitarse aquello de la cabeza durante varios días; el príncipe Pablo no tenía condiciones ni para ocupar el puesto de conservador de un museo, dijo, y había demostrado ser tan escurridizo como una anguila: cada vez que Hitler creía que podía conseguir de él la firma de un acuerdo, el príncipe se escudaba detrás de su Parlamento. Sin embargo, Olga habla sucumbido totalmente a las tretas de Hitler. El enviado norteamericano en Belgrado informó:

«La princesa Olga se refirió a Herr Hitler diciendo que no podía comprender por qué se le comprendía tan mal en Inglaterra, y que deseaba que las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania pudieran ser mejores ... Cuando se habla de niños, decía ella, las lágrimas asoman en los ojos de Hitler. Describió sus ojos como extraordinarios, azul cielo y sinceros. Él le dijo que tenía una doble personalidad, que su verdadera personalidad era la de artista y arquitecto, pero que el destino había dispuesto que también se convirtiera en político, en un hombre de armas, y en el constructor de una nueva Alemania.»

En mayo de 1939 un grupo de estudio dirigido por el general Gerd von Rundstedt había predicho que los polacos tenían que proyectar su campaña de defensa de modo que pudieran contener a los alemanes el tiempo suficiente hasta la llegada de la ayuda rusa u occidental. El principal problema estratégico de la Wehrmacht era el de evitar la retirada del ejército polaco, pero se creía que los polacos no adoptarían tal estrategia por razones políticas. El plan final de Rundstedt, con fecha del 15 de junio, aceptaba la petición de Hitler de iniciar «Blanco» con ataques sorpresa. Los ejércitos polacos al oeste de los ríos Vistula y Narev se destruirían con ataques realizados des-

de Silesia en el sur y desde Pomerania y el este de Prusia en el norte; el factor del este de Prusia, la estocada que llevaría a Varsovia, se incluyó en el plan ante la insistencia de Hitler y en contra de la opinión del Estado Mayor general. Empezaron a enviarse refuerzos por mar al este de Prusia.

El 7 de junio Hitler se marchó de Berlín para pasar el verano en el Obersalzberg. Desde allí viajó en coche hasta Viena, y el 12 de junio fue a ver en privado en medio de una gran melancolía la tumba de Geli Raubal (sus restos se acabaron trasladando a una fosa común sin identificar). Una semana después todos los ministros y Gauleiters recibieron una circular en la que se les pedía que «se abstengan de realizar cualquier tipo de visita [al Berghof] sin previa invitación». Los generales Von Brauchitsch y Köstring, el agregado militar en Moscú, recibieron una de estas invitaciones. Llegaron el 21 de junio para tratar sobre el desarrollo de «Blanco» y sobre el estancamiento de las relaciones anglosoviéticas. Cuando los dos generales se marcharon, Hitler se relajó con su cuadernillo de dibujo, y se puso a esbozar con habilidad un futuro Foro del Partido que adornaría Munich después de su muerte: una plaza de armas, los edificios oficiales del Partido Nazi, un puente sobre la Gabelsberger Strasse, y su propio mausoleo, empequeñeciendo la famosa Frauenkirche y construido para «durar hasta el fin de los tiempos». Era una clara muestra del optimismo con que veía el futuro.

A Hitler le gustaba rodearse de caras familiares, aunque toleró la presencia de oficiales de sangre azul como Von Below y Von Puttkamer. Su primer ayudante, Wilhelm Brückner, de cincuenta y cuatro años de edad, había sido un fornido ametrallador con el que había marchado en 1923. Otro antiguo ayudante personal era el exfarmacéutico Julius Schaub, un lisiado más bien mediocre sobre el que Hitler se había fijado hacía años al verle cojeando con sus muletas en las reuniones del Partido; no tardó en darle un cargo, y acabó tomándole aprecio. A la cabeza de la Cancillería Privada de Hitler se encontraba Albert Bormann, un pacífico bávaro de rostro franco que contaba treinta y seis años. Su hermano mayor Martin creía que Albert se había casado con una mujer de posición social inferior a la de la familia, y desde entonces no le dirigía la palabra. Si Martin quería comunicar algo a Albert,

llamaba a un ordenanza y le entregaba una nota por escrito. Si Albert contaba un chiste, el único que no se reía era Martin. La secretaria preferida de Hitler era Johanna Wolf, que contaba treinta y nueve años. Llevaba trabajando con él desde 1930, pero se ponía enferma muy a menudo. Ella alternaba con Christa Schroeder, una mujer de treinta y un años, impasible y con una lengua muy afilada: sus comentarios felinos sobre el desarrollo de la guerra de Hitler muy a menudo dejaban a sus colegas con la boca abierta. En 1938 el Führer empleó a una tercera secretaria, Gerda Daranowski, de veinticinco años. Era hermosa e inteligente, y Hitler supo apreciar ambas cualidades. Todas las secretarias permanecieron a su lado hasta el final y demostraron más lealtad que muchos de los ministros y generales de Hitler.

El otro único miembro de importancia del personal privado de Hitler era Walther Hewel, un apuesto soltero de la Renania que contaba treinta y cinco años. Igual que Brückner y Schaub, había compartido la prisión de Landsberg. En 1926 emigró por espacio de diez años trabajando primero en Gran Bretaña y convirtiéndose después en plantador de quinina, té y caucho en las Indias orientales holandesas. Volvió a petición de Hitler en 1936, y camino de regreso pasó por China, Japón, Hawai, y por las costas este y oeste de los Estados Unidos, para convertirse en 1938 en el oficial de enlace de Ribbentrop con Hitler. Durante veinte años Hewel nunca perdió la fe que había puesto en Hitler, y moriría igual que Hitler.

Desde febrero de 1938 el control del personal militar de Hitler se puso en manos de Rudolf Schmundt. Este coronel del ejército con orejas muy grandes y nacido en Metz hacía cuarenta y dos años había recibido una preparación impecable en un famoso regimiento de Potsdam, y se mostraba muy inclinado hacial el nacionalsocialismo. Tenía una gran veneración por Ludwig Beck hasta que la disputa suscitada por el general contra el sistema de mando del OKW hizo imposible que siguiera con aquella admiración. Desde junio de 1937 el ayudante de Hitler para la Luftwaffe fue el capitán Nicolaus von Below, un tranquilo pomerano de treinta y un años que había recibido en secreto un entrenamiento de vuelo en Lipetsk, en la Unión Soviética, y que en 1935 se convirtió en el ayudante del escuadrón de Richthofen. A par-

tir de mayo de 1938 Hitler tuvo como ayudante del ejército de tierra al capitán de treinta y tres años Gerhard Engel; con su descaro y buen humor se ganó el favor de los mandos más bajos, pero no siempre tuvo el de Hitler (que le enviaría al frente en 1943).

El cuarto hombre del equipo era el ayudante naval, un puesto sobre el que hay mucho que decir. En junio de 1938 el ayudante naval de Hitler se había sustituido de modo rutinario por el capitán de corbeta Alwin Broder Albrecht, quien contaba treinta y cinco años. En 1939 Albrecht se casó con una joven maestra de Kiel que, según todos, era «muy conocida» en la guarnición naval de la localidad; las esposas de otros oficiales de la marina pusieron el grito en el cielo. Albrecht se vio obligado a demandar a una de las que se quejaban, y desgraciadamente perdió el juicio. El almirante Raeder le dio un permiso «por matrimonio» y se presentó sin previo aviso en el Berghof para insistir en la destitución del oficial como ayudante por haber contraído un matrimonio tan deshonroso. Con gran disgusto de Raeder, Hitler se negó a hacerlo. Estuvieron discutiendo en el Gran Salón durante dos horas y en un tono de voz lo bastante elevado como para que todo el mundo les oyera. Raeder se refirió indignado al caso como un nuevo asunto Blomberg. A pesar de todo, a Hitler ya le habían cogido antes por sorpresa, y pidió pruebas. Dijo con desprecio: «¡Cuántas de esas esposas de oficiales de la marina que hacen gala de virtuosas no habrán tenido sus propios líos! . . . El caso Blomberg era muy diferente.» El almirante Raeder anunció fríamente que dimitiría si Albrecht no se marchaba. El Führer le contestó que hiciera lo que quisiera. Hitler invitó a Frau Grete Albrecht al Obersalzberg para someterla a una inspección personal. Al día siguiente Engel la acompañó desde el hotel Berchtesgadener Hof. Hitler no pudo negar que la alta y rubia maestra tenía un encanto femenino considerable, y pensó que Albrecht había hecho muy bien casándose con ella.

Todo esto fue de una importancia extraordinaria. Raeder siguió protestando, y destituyó a Albrecht como ayudante naval de Hitler. Éste se vengó convirtiendo a Albrecht en ayudante personal (los documentos del oficial muestran que abandonó la marina el 30 de junio de 1939, convirtiéndose al día siguiente en Oberführer o general de brigada en el Motor Korps nazi).

Raeder respondió negándose a nombrar un nuevo ayudante naval en su lugar. Hitler se desquitó rehusando con malhumor asistir a la próxima ceremonia de botadura de la marina que iba a celebrarse en Bremen el 1 de julio. La marina acudió al lado de Raeder: Albrecht recibía invitaciones de sociedad, pero no su nueva esposa Grete. (Ella completó el absurdo juntándose con un antiguo amante, y en 1940 el desdichado ayudante tuvo que divorciarse de ella.) Albrecht nunca olvidó la lealtad que le había mostrado Hitler; se convirtió en un convencido nacionalsocialista y antepuso el deber a todo lo demás, como muestran las últimas y conmovedoras cartas que escribiría desde Berlín en 1945. Murió con una ametralladora en las manos cuando los rusos tomaron la Cancillería del Reich en 1945.

Raeder nunca olvidó el «insulto» de Hitler de junio de 1939. Se instaló durante dos meses en el almirantazgo de Berlín y se negó a conferenciar más con el Führer. Sólo el estallido de la guerra le persuadió para recuperar el trato personal con Hitler.

LA EXTREMAUNCIÓN

La actitud mostrada por Adolf Hitler hacia la Iglesia fue ambivalente. Incluso ahora que se había erigido en dictador absoluto aún dudaba en lanzar una cruzada definitiva contra ella. Había prohibido expresamente a los perrodicos cualquier referencia a los cismas existentes entre las distintas religiones; a los transgresores de esta prohibición se les castigaba con dureza. En abril de 1938 todos los responsables de prensa recibieron una circular procedente del ministerio de propaganda: «La prohibición para polemizar contra el Cristianismo y contra la Iglesia sigue vigente.» Cuando en 1939 surgió una controversia debida al deseo de las iglesias de celebrar que el Führer cumplía cincuenta años haciendo doblar las campanas, Hitler dispuso lo siguiente: «Nadie impedirá que las iglesias quieran celebrar el acontecimiento. Pero tampoco se les obligará a ello.»

Durante veinte años había intentado mantener al Partido al margen de cualquier asunto relacionado con el conflicto de las confesiones. «Tenemos que aprender a luchar por lo que nos une para descartar cualquier disputa que nos divida», había dicho en una conferencia de 1920 cuando contaba treinta y un años. Es verdad que, con los años, acabó sucumbiendo a un malicioso cinismo. En un discurso pronunciado a miembros del Partido el 23 de noviembre de 1937, dispuso que había que dar libertad a las iglesias para que retrataran al Señor con la imagen que quisieran, ya que ni ellos ni el partido nazi podían decidir quién tenía o no razón: «Pero quiero dejar algo muy claro. Las iglesias pueden decidir lo que les ocurrirá a los alemanes en la otra vida, pero es la nación alemana y su Führer los que ahora deciden.» «Nuestra nación», tronó su voz, «no fue creada por Dios para que el clero la rompa en pedazos».

Hitler aireaba de vez en cuando en sus conversaciones privadas sus opiniones sobre el otro mundo. Creía firmemente en algo a lo que normalmente se refería como «Providencia», a la que atribuía la misma capacidad mística de explicar lo inexplicable igual que los cristianos hacen con Dios. La profunda aversión que Hitler tenía por el clero se pudo deber quizá al profesor de religión de su escuela, de quien podía contar un montón de anécdotas nada agradables. A su mente despierta le gustaba ocuparse de las controversias religiosas. Sus profesores de religión fueron incapaces de explicar por qué se enseñaba historia sagrada del Antiguo Testamento a las 10 de la mañana para que una hora después el profesor de ciencias les ofreciera una versión completamente diferente. Lo cual era cierto, ya que desde las enseñanzas de Charles Darwin los matices eran diferentes, y los profesores de religión ahora tenían el permiso para ofrecer explicaciones por las que – señalada Hitler sofocando una risa – les habrían quemado hace cuatrocientos años «al son de himnos piadosos».

En 1939 Hitler pensaba en la Iglesia como en una sociedad vasta e impersonal que sobrevivía siguiendo unos métodos sin escrúpulos y que conseguía unas subvenciones colosales del estado. Hitler ridiculizaba en privado su astuta amalgama de hipocresía y de gran negocio. «Dios hizo al hombre», dijo en una ocasión, «y el hombre nació para el pecado. El hombre recibió de Dios la libertad para hacerlo. Durante medio millón de años Dios se queda mirando mientras los hombres se arrancan los ojos los unos a los otros, y sólo entonces se le pasa por la cabeza enviar a su único Hijo. Pues sí que se hizo esperar. Todo esto parece de una torpeza colosal». Y unos días después añadió:

«Me parece absurdo hacer del Cielo algo atractivo si la misma Iglesia nos dice que sólo los que no lo han hecho tan bien en la vida podrán entrar en él, como por ejemplo los retrasados mentales y similares. No será muy bonito que cuando entremos en él encontremos a toda esa gente que – a pesar de su Beatitud: "Bienaventurados los pobres de espíritu" – ya ha sido una bendita molestia cuando estaba viva. Qué clase de atractivo es éste si ahí arriba no vamos a encontrar más que mujeres feas y mentalmente insípidas.»

En cuanto a la Biblia, «ese artefacto judío», Hitler se lamentaba de que se hubiera traducido al alemán. «Cualquier alemán en su sano juicio sólo puede llevarse las manos a la cabeza viendo cómo esta muestra de efusión judía, este balbuceo sacerdotal, ha convencido a otros alemanes para que hagan las mismas cabriolas que solíamos ridiculizar a propósito de los derviches de Turquía y de las razas negras.» En 1942 Hitler comentada: «El Mandamiento de "No matarás" lo imponemos ejecutando al asesino sin más. Pero la Iglesia – siempre que ha tenido en sus manos las riendas del poder – lo ha matado con horribles torturas, descuartizándole o haciendo cosas por el estilo.»

Ahora que tenía el poder, el problema no dejaba descansar a Hitler. Christa Schroeder escribió en una carta personal el 21 de abril de 1939:

«Una noche de éstas el Jefe estaba muy interesado por el problema de la Iglesia . . . El Cristianismo se basa en un conocimiento de dos mil años de antigüedad; es un conocimiento oscurecido y confundido por el misticismo y el sentido de lo oculto (como las parábolas bíblicas). La pregunta es la siguiente: ¿Por qué no se pueden actualizar las ideas cristianas utilizando el conocimiento de hoy en día? Lutero luchó por una Reforma que no se ha comprendido bien porque la reforma no es algo que se haga de una vez, sino que se trata de un proceso de constante renovación; no se trata de ir señalando el tiempo sino de mantenerlo con los acontecimientos de la época.

»El Jefe sabe muy bien que el problema de la Iglesia es muy delicado, y que si estalla la guerra puede volverse contra él en casa. Tengo la impresión de que él se alegraría mucho si encontrara una forma respetable de solucionarlo.»

En los primeros años la única forma que se le ocurría a Hitler para solucionarlo significaba el uso de la dinamita. Pero la madurez le llevó a reconocer que también podía dejar que las iglesias «se pudrieran como un brazo gangrenoso» hasta que en los púlpitos sólo quedaran inocentones, y en los bancos sólo señoras viejas: «La juventud más sana estará con nosotros», predijo Hitler lleno de confianza. La Providencia, decía, había dado al hombre la capacidad de juzgar por sí mismo: «Ese juicio me enseña que es esta tiranía de la mentira lo que se debe destruir. Pero también me enseña que eso

aún no se puede hacer.» El 29 de junio de 1941 Hewel anotó otra conversación con Hitler sobre el tema de la religión: «El Partido no debe aspirar nunca a sustituir a la religión. No se debe luchar contra la religión sino que hay que dejar que se muera por su propia cuenta.» En agosto de ese mismo año aseguró a Goebbels que sólo había aplazado el momento decisivo; y en febrero de 1942, refiriéndose a los «clérigos sediciosos», comentó a su circulo: «Aún no sé qué voy a hacer con esa gente, pero cada vez hay más en mi librito negro.»

Hitler hablaba a menudo sobre religión. Anneliese Schmundt escribiría en su diario el 8 de junio de 1941: «Largas conversaciones en la noche sobre religión y Cristianismo: retroceso cultural desde el arte grecorromano.» Hewel escribió más extensamente aquella noche:

«Después de cenar, ha habido una charla maravillosa [por parte de Hitler] sobre el Imperio Romano y su sustitución por el Cristianismo . . . El Cristianismo ha significado un largo acto de engaños y contradicciones. Predica la bondad, la humildad y el amor al prójimo, pero bajo esta frase se han quemado y asesinado a millones de personas al son de piadosos proverbios. Los antiguos confesaban abierlamente que mataban para protegerse, para vengarse, o para castigar. Los cristianos lo hacen sólo por amor . . . Sólo el Cristianismo ha creado un Dios vengador que envía al hombre al Infierno justo cuando empieza a utilizar la inteligencia que Dios le ha dado.

»El período clásico constituyó una época de ilustración. Con el comienzo del Cristianismo se detuvo la investigación científica, y en su lugar se empezó a investigar en las visiones de los santos, y no en las cosas que Dios nos ha dado. Investigar la naturaleza se convirtió en un pecado.

»Lo trágico es que hoy en día hay miles de personas "instruidas" que corren por el mundo creyendo en toda esta farándula: ellos niegan que la Naturaleza es todopoderosa, glorifican al débil, al enfermo, al tullido y al estúpido. En el mundo ideal de [el Pastor Friedrich von] Bodelschwingh los sanos sólo encuentran la vida eterna si han dedicado sus vidas al débil, al idiota y gente parecida; los enfermos están para que podamos hacer Buenas Obras. Si esto sigue así durante mucho tiempo, pronto habrá más enfermos que sanos. Hoy ya hay mil millones de ellos.

»En cuanto a la crueldad, el Cristianismo tiene todos los récords. El Cristianismo es la venganza del judío errante. Dónde estaríamos hoy si no hubiera existido el Cristianismo: tendríamos la misma inteligencia, pero nos habríamos evitado un vacío de mil quinientos años . . . Lo terrible es que millones de personas creen, o actúan como si creyeran, en todo esto: fingen creerlo todo. Si hubiéramos sido mahometanos, hoy el mundo sería nuestro.»

Los extractos como éstos de testimonios inéditos muestran que las creencias de Hitler se inspiraban en el más puro darwinismo: la supervivencia del más fuerte sin dejar lugar al consuelo moral que proporcionan las enseñanzas religiosas. «La libertad, la igualdad y la fraternidad son una verdadera tontería», había dicho aquella misma noche. «La libertad excluye automáticamente la igualdad, porque la libertad conduce automáticamente al adelanto de los más sanos, de los mejores y de los más hábiles, y por eso hay menos igualdad.»

Pero Hitler seguía previniendo al Partido de llevar la persecución de la Iglesia demasiado lejos. Ni siquiera había optado por separarse de su iglesia, la católica. En una ocasión Bormann tuvo la desgracia de ordenar la clausura de un convento en el que vivía una tía monja de Eva Braun. Hitler canceló la orden y después comentó a Schaub que Bormann era «un poco obstinado»: no tenía la menor idea del daño que podían producir tales medidas.

Siguiendo el consejo de Papen había puesto en orden las relaciones nazis con el Vaticano en julio de 1933 con un concordato. Éste, el primer acuerdo internacional que firmaba, dio un gran prestigio al régimen nazi. Los conventos y monasterios fueron disueltos y sus propiedades confiscadas. Sólo los benedictinos gozaron de cierta inmunidad al principio gracias a la estima personal que tenía Hitler por el abad Albanus Schachleitner: se habían conocido en una manifestación contra la ocupación francesa del Ruhr, en la Königs-Platz de Munich, y Schachleitner se convirtió en seguidor del Partido. Su iglesia le expulsó y murió en la penuria: Hitler ordenó un funeral de estado en su honor en Munich (un trato de favor que aseguró después que la Iglesia desenterrara los huesos y los volviera a enterrar en un lugar menos

santo, cuando Hitler ya no pudo interceder más). Los dirigentes católicos impresionaban a Hitler por su diplomacia o por el valor de sus convicciones. Entre ellos se encontraba Michael, cardenal Von Faulhaber, arzobispo de Munich, a quien recibió en privado en el Berghof para oírle hablar valientemente contra los juicios de sacerdotes con acusaciones de homosexualidad. También se encontraba Theodore, cardenal Innitzer, de Viena, a quien Hitler había recibido en su entrada triunfal de 1938: el cardenal se introdujo en el vestíbulo del hotel Imperial de Viena, y cuando Hitler besó sumisamente su anillo, él respondió con la señal de la cruz realizada con un crucifijo sobre la cabeza del Führer. Hitler no podía más que admirar el brío de estos cardenales.

Fueron las iglesias reformadas y luterana de Alemania las que le dieron los mayores dolores de cabeza. Sus primeros años en el poder se caracterizaron por sus vanos intentos de reconciliar las treinta facciones protestantes opuestas entre sí, y de reunirlas bajo una misma autoridad. Una facción hostil se había formado en un ala de la iglesia: la «Iglesia Confesional» del pastor Martin Niemöller. Niemöller había sido comandante de un submarino en la Guerra Mundial y había predicado desde 1931 en Dahlem, Berlín. Fue «el primer sacerdote nazi». Él fue uno de los primeros en enviar un telegrama de felicitación al Führer cuando Alemania se separó de la Liga de Naciones en 1933. Su principal ambición era la de convertirse en Obispo del Reich nombrado por los nazis para la Iglesia Protestante de Alemania. Durante el verano de 1933 las diferentes facciones protestantes se habían peleado buscando el adecuado Obispo del Reich; pero el Partido no aceptó ninguno de los nombres propuestos, incluyendo el de Bodelschwingh. Finalmente, en setiembre de 1933, un sínodo celebrado en Wittenberg eligió a Ludwig Müller para el puesto. Müller había sido capellán de guarnición en Königsberg, y fue recomendado por el general Von Blomberg por amistad personal. El mismo Schwerin von Krosigk oyó a Niemöller proponer a Bodelschwingh y a otros una noche aquel mismo invierno que la única solución que tenían era la de hacer una visita a Müller en una noche oscura con unos cuantos muchachos fornidos de su congregación de Dahlem y «atizar al Obispo del Reich de tal forma que ni su propia madre le pudiera reconocer».

Cansado de estos ataques contra Müller, Hitler ordenó a una docena de dirigentes protestantes que fueran a la Cancillería el 25 de enero de 1934. Antes de esa fecha, Göring empezó a proporcionar a Hitler las escuchas telefónicas realizadas por la FA sobre Niemöller. Una de ellas mostraba una reciente conversación entre Niemöller y un hermano pastor; en ella se discutía la audiencia que acababan de tener con Hindenburg para hacer campaña a favor de la sustitución de Müller. «Esta vez que al viejo le hemos dado la extremaunción», había exclamado Niemöller con una risotada. «Le hemos servido tanto óleo sagrado que echará a ese bastardo [Müller] de una patada.» Al escuchar las riñas de los doce pastores protestantes en el despacho de su Cancillería, Hitler perdió la paciencia. Les permitió que le pidieran la destitución de Müller «muy circunspectos y citando mucho las Escrituras», como Hitler describió en una ocasión, o «con un lenguaje muy afectado», como señaló en otra, y luego hizo que Göring leyera en voz alta las transcripciones de las escuchas telefónicas realizadas por la FA. Niemöller negó haber pronunciado aquellas palabras. Según Lammers, Hitler se indignó al ver mentir a un hombre del clero. Después de aquello, se abrió una guerra entre Niemöller y el régimen nazi.

En julio de 1935 Hitler intentó por última vez que las aguas volvieran a su cauce, y dispuso la creación del Ministerio de la Iglesia del Reich bajo la dirección de Hans Kerrl. Éste creó el Consejo de la Iglesia del Reich aquel mismo octubre, pero otra vez se frustraron estos esfuerzos por culpa de las peleas entre los cristianos alemanes y la Iglesia Confesional de Niemöller En los meses siguientes, esta última sufrió una oleada de arrestos y redadas policíales. Niemöller se dejó al margen el principio, pero empezó a lanzar desde su púlpito tan encendidos ataques contra Kerrl, que Franz Gürtner, el ministro de Justicia, le advirtió que cesaran las invectivas. Hitler no quería convertirle en un mártir, pero el 1 de julio de 1937 hizo detener a Niemöller por sedición.

El juicio, que se celebró en febrero de 1938, levantó un gran escándalo. Ayudado por la brillante defensa de tres abogados, Niemöller se sirvió del banco de los testigos para denunciar a Hitler y a su régimen. «En el futuro», se lamentó Hitler años después, «sólo permitiré los duelos entre los caballe-

ros del clero y de la abogacía». Niemöller fue sentenciado a siete meses que ya había cumplido; sin embargo, ante la satisfacción de Hitler, Niemöller se negó a dar al tribunal las acostumbradas garantías de buen comportamiento, por lo que se le volvió a arrestar y se le acabó internando en un campo de concentración. Aquí se consumiría el turbulento sacerdote, aunque bien alimentado y debidamente acomodado, hasta 1945. En Munich, en setiembre de 1938, Mussolini trató de interceder por él; Hitler contestó con una inflexible negativa: «En el campo de concentración se le cuida bien y goza del máximo de libertad, pero nunca volverá a ver el exterior.»

LA SOLUCIÓN FINAL

Con una historia y una inclinación claramente alemanas, el puerto de Danzig se puso bajo el mandato de la Liga de Naciones por disposición de los vencedores en Versalles. Los polacos, en calidad de protectores, tenían ciertos derechos, con dependencias diplomáticas, fronterizas y militares. El sistema ferroviario, alrededor de 120 funcionarios de aduanas, y un gran edificio de correos, también pertenecían a Polonia. En el momento en que Hitler pusiera en marcha «Blanco», durante algunos días Danzig sería un lugar muy vulnerable, como advirtió el general Fedor von Bock, comandante del cuerpo del ejército del norte. El 27 de mayo de 1939, recomendó al Estado Mayor general que se reclutara, aunque ilegalmente, una brigada secreta de los 12,000 alemanes con experiencia militar en Danzig y también con miembros de la policía de la ciudad; también sugirió que el mismo día de lanzar «Blanco» una fuerza naval alemana podría encontrarse «por casualidad» visitando Danzig; podía desembarcar un batallón de tropas para ayudar a asegurar la ciudad.

El 11 de junio Hitler aprobó las ideas de Bock. El general de división Friedrich Georg Eberhardt fue enviado hasta allí sin uniforme militar para organizar un cuerpo de voluntarios. Unos cargamentos con armas y municiones que aparentemente debían llegar a Königsberg sufrieron durante el transporte «problemas con los motores» y se depositaron en un muelle de Danzig en espera de la reparación; allí, al abrigo de la noche, se desembarcó todo el equipo de Eberhardt, desde un clavo hasta un cañón de 150 milímetros. Las SS llegaron a Danzig con la excusa de una exhibición deportiva, pero sus tropas se quedaron después de su celebración. Cuando «Blanco» estuviera en marcha Eberhardt estaría al mando de dos regimientos de infante-

ría, de un batallón de artillería y de los guerrilleros de las SS. Se reforzaron los puentes, se levantaron cuarteles y se formaron reservas de pontones.

Hitler se jactó en privado: «Me debían 100 marcos; ya he recogido 99 y voy a conseguir la última moneda.» Dio la autorización a Goebbels para que pronunciara un discurso duro y provocativo en Danzig el 17 de junio. Goebbels convocó confidencialmente a los responsables de prensa nazis: «Será como lanzar un globo sonda para comprobar la atmósfera internacional con relación al arreglo del problema de Danzig.»

Berlín empezaba a sofocarse de calor. El 3 de julio Hitler y Göring asistieron a una exhibición secreta del nuevo equipo de la Luftwaffe en la estación aérea de Rechlin. Allí mostraron a Hitler un prototipo de caza Heinkel propulsado por cohetes. Unas unidades de despegue por cohetes elevaron por los aires un bombardero Heinkel 111 aparentemente sin esfuerzo a pesar de que llevaba mucha carga. También vio los últimos radares de aviso inmediato, y las cabinas presurizadas para los aviones que volaban a gran altitud; en el laboratorio asistió a una demostración de los sencillos métodos que había para poner los motores en marcha a temperaturas bajo cero, y pudo ver el nuevo cañón de 30 milímetros instalado en el extremo de un caza Messerschmitt 110. Todo aquello contribuyó a que se hiciera excesivas ilusiones, y tuvo consecuencias fatales. Hitler decidió apropiarse de algo más en Polonia aparte de Danzig y del Corredor. En mayo de 1942, Göring exclamaría: «El Führer tomó las decisiones más importantes después de aquella exhibición. Fue un milagro que las cosas salieran tan bien y que las consecuencias no fueran mucho peores.»

A medida que avanzaba el verano los ministros de Hitler fueron abandonando Berlín. El 9 de julio Ribbentrop se marchó de vacaciones al lago Fuschl, no lejos del Berghof. Brauchitsch asistió aquel día a las celebraciones con motivo del Día del Ejército en Karlshorst, y luego tomó un permiso de varias semanas. Göring se encontraba recorriendo los canales en su yate.

Hitler podía permitirse el lujo de esperar. Sabía que el Reich tenía mucho que ofrecer a Stalin a cambio de un pacto. A mediados de junio de 1939 los soviéticos habían vuelto a insinuar – esta vez por medio del enviado búl-

garo en Berlín – que preferían tratar con el Reich siempre que Hitler firmara un pacto de no agresión.

Entretanto, Hitler tomó el control directo de cada una de las fases de los preparativos estratégicos hablando con Heydrich, Goebbels, y – como no tenía ayudante naval – con el almirantazgo en persona. Albert Forster, Gauleiter de Danzig, apareció varias veces por el Berghof. El 13 de julio tuvo con Hitler lo que su periódico, el *Danziger Vorposten*, denominó «una larguísima discusión»; después de volver a encontrarse al cabo de unas semanas Forster dijo a su propio personal:

«El Führer dice que . . . este verano sólo queda hacerse con Danzig. Pero el sentido común le ha aconsejado que la solución de este asunto debería ir ligada a la del problema germanopolaco en su conjunto y en el momento adecuado.»

Forster explicó la solución que se habían puesto como objetivo y que consistía en la recuperación de las fronteras orientales del Reich tal y como hablan estado en 1914. El 22 de julio Hitler llamó por teléfono al almirantazgo y ordenó que se preparara a enviar el viejo crucero *Nuremberg* a Danzig en cuanto diera el aviso.

Dos días después, el 24 de julio de 1939, fue en automóvil hasta Bayreuth en su peregrinación wagneriana de todos los años. Allí se entregó a las efusiones de Wagner con *El holandés errante*, *Parsifal*, y el ciclo completo del Anillo. Hitler había pertenecido de joven a un coro en Lambach, en la Alta Austria. Siendo un muchacho desarraigado y romántico, fue ahorrando dinero poco a poco para asistir a la ópera de Linz, y fue al ver el inicio de la ópera de Wagner *Rienzi* en 1906 cuando se despertó el otro yo de Hitler, el demagogo que dormía dentro del artista. En cierto modo, *Rienzi* acabaría siendo la vida del propio Hitler. Llegó a reconocerlo en 1945, y recitó a Schaub los versos de la ópera que quería que grabaran en su mausoleo. *Rienzi* es la historia real del pueblo de Roma que se ve reprimido por los *nobili* sin escrúpulos hasta que aparece el joven notario Rienzi (1313–1354), un desconocido ciudadano que les infunde ánimo, que les libera y les guía hasta que los mismos *nobili* le proclaman su señor. «¡Salve, Rienzi! ¡Salve, tribuno del pueblo!» Luego surge una conspiración entre los *nobili*, los más leales

abandonan a Rienzi, y de los suyos sale la mano que acabará con él. Hitler se sintió subyugado por el drama de Rienzi: abandonó el teatro pasada la medianoche con un compañero de escuela, August Kubizek, y ambos subieron a un cerro en las afueras de Linz. Hitler empezó a hablar de repente sobre el pacto que un día el pueblo haría con él para librarlo de su yugo y guiarlo hasta las cumbres de la libertad. Pasó la noche al aire libre. Tal vez, su amigo Kubizek le habría podido decir: «¡Oye, Rienzi! ¿En qué piensas? / Te veo poderoso ante mí . . . dime / ¿para qué necesitas esta nueva fuerza?» Pero no lo hizo. Volvió a encontrar a Hitler en Bayreuth en julio de 1939 y cenaron juntos en la casa de Frau Winifred Wagner, «Wahnfried»; le recordó a Hitler aquella noche de 1906 en un cerro austríaco. Hitler le interrumpió, se volvió hacia Frau Wagner y le contó toda la historia. «Así empezó todo», les dijo.

Hitler fomentó las artes como ya habían hecho algunos de sus más recientes predecesores. Había escuchado *Die Meistersinger* cuarenta veces; Schaub decía que era la obra favorita de Hitler porque constituía un himno a la capacidad artística alemana. «Wahnfried», en Bayreuth, era como el segundo hogar de Hitler. Frau Wagner, una inglesa madura y corpulenta viuda del hijo del gran compositor, fue como una segunda madre para él. De 1925 a 1933 Hitler se mantuvo alejado de Bayreuth para no causarle ningún problema; luego recuperaría aquella amistad, y a menudo la llamaba por teléfono con el apodo de «el lobo que dirige la manada». Esta extraordinaria viuda mantendría su admiración por Hitler hasta su muerte. A veces ella intercedía en favor de los judíos o de los músicos perseguidos. Hitler explicó que tendría que escribirle a través del doctor Brandt. «Si sus cartas caen en manos del Reichsleiter Bormann», dijo, «no es nada seguro que me lleguen a mí».

Mientras Hitler permanecía en Bayreuth en julio de 1939, el clamor del extranjero iba en aumento. El embajador Herbert von Dirksen informó desde Londres que la prensa británica seguía poniendo el grito en el cielo desde la anexión de Austria. Pero a Hitler le interesaba más lo que las fuentes autorizadas decían desde Londres sobre que Chamberlain estaba buscando el modo de renunciar a las delicadas garantías dadas a Polonia. Después de que

el rey Jorge VI contestara efusivarnente al comunicado de pésame enviado por Hitler a propósito de la pérdida del submarino *Thetis*, Hitler comentó a Walther Hewel en el mes de junio que sólo si se encontraba con algún inglés con categoría que pudiera hablar en alemán, en seguida arreglaría las diferencias que quedaban entre los dos países. A finales de julio todo parecía indicar que Chamberlain y sus consejeros estaban dispuestos a un segundo Munich. Por iniciativa británica, ya se habían celebrado conversaciones entre Sir Horace Wilson, uno de los consejeros más conciliadores de Chamberlain, y el doctor Helmuth Wohlthat, miembro del personal de economía de Göring. Wilson había propuesto un profundo acuerdo político, económico y militar con Hitler, a cambio de ciertas garantías. «Tal vez soy demasiado optimista», dijo el inglés, «y tal vez la solución parecerá muy poco realista a muchos observadores de la situación actual. Pero he tenido la oportunidad de estudiar al Führer, y creo que el Führer puede llegar a unos logros mucho mayores, como hombre de estado que lucha por la paz, que los que ya ha conseguido en la construcción de su Gross-Deutschland».

Faltaba poco tiempo para que entrara en vigor el programa del OKW pensado para «Blanco»: es verdad que no hacía falta tomar ninguna decisión militar de importancia hasta el 12 de agosto, pero el Estado Mayor general había dispuesto que la fecha óptima para atacar Polonia era la del 25 de agosto, por lo que Hitler tenía que decidirse a favor o en contra de «Blanco» el día 15. Esto le dejaba un margen de apenas dos semanas para conseguir que Stalin firmara un pacto, y nadie creía que Ribbentrop lograra a tiempo semejante hazaña. «No creo que las conversaciones de Moscú resulten un fracaso», escribió Weizsäcker en su diario el 30 de julio, «pero tampoco creo que se llegue a un acuerdo en los próximos catorce días, como estamos intentando. Yo aconsejo que en Moscú se hable con toda claridad sobre el reparto de Polonia; Ribbentrop sugiere hablar con Moscú sobre el reparto de los países del Báltico, de modo que los rusos se queden con todo lo que hay en el norte de Riga mientras nosotros nos quedamos con lo que hay al sur, ¡pero me opongo a esto!».

Hitler permaneció en Bayreuth preocupándose únicamente de los asuntos relacionados con los miembros del Partido. Magda Goebbels se había

lanzado a una lamentable relación amorosa con un joven y apuesto funcionario del ministerio de Propaganda, Karl Hanke. Hitler forzó la reconciliación entre los Goebbels en medio de un gran enfado y les pidió que asistieran juntos a la ópera el 26 de julio; pero de todas las óperas, esa noche representaban justamente la tragedia romántica de *Tristán e Isolda*, y Frau Goebbels no dejó de llorar a lágrima viva mientras Hitler y su pálido ministro de Propaganda fingían no darse cuenta.

Muy distinto fue el sufrimiento que le produjo Robert Ley, el dirigente del Frente del Trabajo. En el elegante salón de Winifred Wagner, Ley propuso que en la concentración de Nuremberg podían prescindir de la acostumbrada fanfarria de la ópera *Aida* de Verdi para tocar en su lugar una pequeña pieza que él había compuesto para la ocasión. Ley puso pudorosamente un disco con su fanfarria en el gramófono. Hitler esperó a oír los últimos y espantosos acordes, y exclamó bruscamente: «¡Nos quedamos con *Aida*!»

Fue aquí, en Bayreuth, donde Hitler abordó efusivamente a Neurath con estas palabras: «Lo que voy a decirle va a dejarle muy asombrado: ¿qué le parece si llegamos a un acuerdo con Rusia?» Neurath se quedó aturdido, pero respondió favorablemente. «Probablemente será difícil conseguir la adhesión de los leales de mi Partido», conjeturó Hitler. Neurath contestó con un halago: «El Partido es como masilla en sus manos, mein Führer.»

Pero Hitler seguía temiendo un desaire del dictador soviético. Siguiendo sus instrucciones, el 2 de agosto Ribbentrop insinuó al encargado soviético de negocios que Moscú y Berlín debían decidir entre sí el destino de Polonia; y añadió, a modo de cebo tentador, que no había «ningún problema entre el Báltico y el Mar Negro» que no pudiera solucionarse. Ribbentrop insistió en que Alemania aún no tenía ninguna prisa, afirmación que debió de pronunciar con una angustiosa impasibilidad dada la rigidez del programa que ya había impuesto el OKW. La cuenta atrás había empezado, pero Moscú no debía enterarse.

Hitler abandonó Bayreuth el 3 de agosto, visitó el estadio de Nuremberg – como si nada fuera a impedir la apertura de la concentración del Partido que se iba a celebrar allí en un mes – y el día 4 tomó camino de Munich por la autopista. Al llegar a su apartamento de Munich Hitler se puso un traje de

color azul marino y recibió en el salón al general Keitel. El jefe del OKW trajo consigo el programa definitivo para «Blanco». El ejército seguía manteniendo el 25 de agosto como fecha para el día-X, ya que las lluvias de mediados de setiembre podían entorpecer el movimiento de los panzer en Polonia, dejando en desventaja a la fuerza aérea alemana. Hitler hizo que Keitel y su oficial del Estado Mayor el comandante Bernd von Lossberg se acomodaran en unos sillones, y les volvió a explicar en un afable dialecto austríaco que dejó bastante sorprendido a Lossberg, por qué tenía que solucionarse inmediatamente el problema polaco. Echó la culpa de que Varsovia hubiera endurecido su oposición a las inconscientes garantías dadas por Chamberlain a Polonia. «Esos caballeros de Londres y París tampoco harán nada contra nosotros en esta ocasión», aseguró a los oficiales. Luego dejó su dialecto austríaco para articular el imperioso alemán gutural propio de Hitler: «Estoy seguro. Este conflicto polaco nunca, nunca, nunca llevará a Europa a la guerra.»

Aquella misma noche se dirigió en automóvil al Berghof, escenario de los decisivos acontecimientos que se desarrollarían en las siguientes tres semanas.

Las noticias procedentes de Londres volvían a ser conciliadoras. El 4 de agosto Neville Chamberlain suspendía por dos meses las sesiones del Parlamento. Simultáneamente, se arriesgó a dar un extraño paso que acabó de convencer a Hitler de que Gran Bretaña aún no estaba preparada para la lucha: Sir Horace Wilson invitó al embajador Herbert von Dirksen a su apartamento privado de Chelsea – dejándole bien claro que debía ir a pie para no llamar la atención – y le propuso a grandes trazos una «sólida colaboración en política mundial» entre Gran Bretaña y Alemania. Si Hitler aceptaba las condiciones, indicó Wilson, entonces Gran Bretaña presionaría a Polonia para que accediera a las exigencias alemanas. De este modo, las difíciles garantías dadas por Gran Bretaña a Polonia resultarían inoperantes. Ribbentrop recibió poco después un sorprendente telegrama de Dirksen a propósito de aquella conversación. Weizsäcker escribió el día 6: «Las veladas tentativas de Chamberlain para llegar a un compromiso (por vía de Horace Wil-

son) demuestran que podemos llegar a un diálogo con Gran Bretaña si así lo queremos.»

Pero Hitler no estaba dispuesto a ceder. Los días 12 y 13 la prensa nazi recibió órdenes secretas por las que quedaba prohibido hacer cualquier referencia al cambio de actitud de Gran Bretaña. «Gran Bretaña ha incitado a los polacos, y ahora debe pagar por ello», decía la consigna oficial. Los responsables de prensa recibieron órdenes de seguir «con absoluta disciplina» esta postura.

Hitler estaba convencido de que las conversaciones entre Gran Bretaña y Stalin habían llegado a un punto muerto. Hitler dispuso que un agente nazi permaneciera en el campo de aviación de Croydon, Londres, a la espera del regreso de Moscú el 7 de agosto de Wílliam Strong, el principal negociador de los británicos. El aspecto abatido de Strong daba a entender que Hitler tal vez estaba en lo cierto.

El día 9, el mismo Halifax hablaba con Dirksen. Esta vez prometía que Gran Bretaña estaba dispuesta a «contribuir en lo posible» para llegar a un entendimiento con Alemania. Pero Hitler ahora no quería renunciar a su pequeña guerra con Polonia. Después de que el jefe del servicio de inteligencia Canaris se reuniera el 10 de agosto con Keitel y Schmundt en Salzburgo, y después con Ribbentrop en Fuschl, el teniente coronel Erwin Lahousen escribió en su diario: «Insinuaciones de un pacto de no agresión con R.», refiriéndose a Rusia.

Tras muchos meses de deliberado silencio en la prensa nazi sobre las «atrocidades» polacas, el día 16 los responsables de prensa recibieron una circular en secreto: «Ha llegado la hora de que la prensa alemana abandone sus reservas.»

Hitler necesitaba unos «incidentes» debidamente preparados con una gran precisión de lugar, fecha y hora, dado el ajustado programa del OKW. Heydrich había preparado dos planes auténticamente diabólicos, «siguiendo los viejos modelos de nuestros vecinos occidentales», tal como explicó a los comandantes de las SS alrededor del día 11. En el primer plan, sus agentes se harían pasar por insurgentes polacos para tomar la estación alemana de

transmisiones de Gleiwitz, luego debían emítir una proclamación, y escaparían. En el otro plan, algo más complicado, se reclutaría una compañía de idealistas de habla polaca entre los obreros de la Alta Silesia, se les vestiría con uniformes polacos la víspera de «Blanco» y se les ordenaría «tomar» un puesto alemán de aduanas cerca de Hochlinden; luego entablarían un combate ficticio con tropas de las SS mientras un oficial polaco que hubiera desertado a Alemania sacaba de la guarnición de Rybnik a los verdaderos soldados polacos y les persuadía para que entraran en el combate. Al jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, también se le ocurrió la idea macabra de sembrar de cadáveres – de convictos condenados a muerte procedentes de Dachau – el «campo de batalla», proveyéndoles de documentos auténticos de soldados polacos.

Cuando el día 11 Hitler habló con el profesor Carl Burckhardt, alto comisario de la Liga de Naciones en Danzig, ya preparó el camino dejando una cosa bien clara: «Si se produce la más mínima provocación romperé Polonia sin previo aviso en tantos pedazos que no quedará nada de ella para recoger.» Siguió jactándose de que si en 1938 había tenido que empujar a sus generales hacía adelante ahora se veía en la situación de contenerlos. Hitler (recordó Burckhardt años más tarde) siguió diciendo: «Todo lo que hago se dirige contra Rusia. Si occidente se muestra incapaz de comprender esto, entonces me veré obligado a llegar a un acuerdo con los rusos y volverme contra occidente primero para después dirigir todas mis fuerzas contra la URSS.» Al día siguiente Hitler insistió igualmente al conde Ciano, el ministro de Exteriores de Mussolini, sobre su intención de recorrer un día el antiguo camino de los Teutones hacia el este, como ya le había dicho al Duce a bordo del *Conte Cavour* en mayo de 1938.

Los italianos seguían sin saber nada de «Blanco».

«Por primera vez [escribió en su diario Weizsäcker] nos damos cuenta de que la alianza con Italia es un fastidio. Porque en esta última semana nuestro deseo [o sea, el de Hitler] de ir a la guerra se ha hecho más fuerte. Himmler, Ribbentrop y el Gauleiter Forster han estado promoviendo la idea de la guerra en sus respectivos ámbitos de influencia. Ribbentrop asegura

que los ingleses y los franceses se mantendrán en la neutralidad siempre que aniquilemos a Polonia en los tres primeros días. Dice que esto es seguro.»

El 12 de agosto el conde Ciano fue recibido en el Berghof. Eva Braun, confinada en el piso de arriba, más tarde pegaría en su álbum de fotos una serie de instantáneas en las que aparecía la confusión y la fanfarria de unas limosinas recién llegadas con dirigentes fascistas de camisas negras saludando a Hitler; alguno de ellos incluso aparece mirando hacia su ventana (ella escribió de un modo algo infantil frases al pie de las fotos: «Ahí arriba hay algo que está prohibido ver: ¡Yo!»). Hitler dispuso de poco tiempo para Ciano, pero tampoco le tenía mucha simpatía; le dijo a Schaub que el italiano era «demasiado pomposo y acicalado» como para inspirar confianza. Hitler habló de la fuerza de Alemania y de lo vulnerable que era Gran Bretaña a un ataque aéreo (probablemente todo esto lo decía para que lo supieran los ingleses. El 20 de mayo de 1943 diría en una conferencia: «Todos los memorándums que escribía al Duce llegaban a Gran Bretaña inmediatamente después, de modo que solamente le escribía lo que yo queda que los ingleses supieran sin falta»). Está claro que Hitler informó «confidencialmente» a Ciano que «Blanco» daría comienzo en dos semanas, porque el Ministerio de Asuntos Exteriores británico lo supo unos cuantos días después. Ciano se quedó estupefacto. Hitler aseguró a Ciano que occidente no intervendría, pero no le explicó la razón: el pacto nazisoviético.

Mientras Ciano expresaba algo inquieto sus quejas a Hitler en el Gran Salón, una puerta se abrió de repente y Walther Hewel se precipitó en su interior. Murmuró algo a Ribbentrop; éste tomó a Hitler a un lado y le dijo algo en voz baja: Molotov acababa de acceder en principio a recibir a un negociador alemán en Moscú. Hitler cambió de humor, y con una gran sonrisa invitó a los huéspedes fascistas a que le acompañaran a lo alto de su pabellón de té, El Nido del Águila.

Curiosamente, también parece que el barón Von Weizsäcker se dejó a un lado al principio sin que supiera las noticias procedentes de Moscú. Lo más probable era que Weizsäcker se comunicara a traición con el embajador inglés, francés e italiano. El día 13 escribió: «Mi fórmula sigue siendo la misma: si Polonia lleva a cabo una provocación de tal descaro que París y Lon-

dres también la consideren así, entonces podemos atacar. De no ser así no deberíamos tocarla . . . Todavía no estoy muy seguro», continuó Weizsäcker algo perplejo el día 14, «qué es lo que ha causado este salto mortal en Fuschl [la residencia de verano de Ribbentrop] y en el Berghof. Hace una semana todavía pensaban que las potencias occidentales no abandonarían a Polonia, y por eso no podíamos atacarla».

Hitler permaneció varios días dudando antes de responder a Moscú. Pero el programa del OKW le tenía en vilo; el día 15 había que tomar las decisiones importantes. Los últimos informes del servicio de inteligencia mostraban que Gran Bretaña había ofrecido a Polonia un empréstito de ocho millones de libras, y que los preparativos de la movilización polaca estaban ya muy adelantados.

El 14 de agosto Hitler llamó a sus tres generales en jefe al Berghof y les explicó por qué seguía adelante con «Blanco», y por qué estaba seguro de que las potencias occidentales no declararían la guerra. El general Sir Edmund Ironside le había presentado un duro informe sobre la disponibilidad de los polacos para el combate; Hitler supuso que Chamberlain lo utilizaría como un pretexto para deshacerse de los polacos. Si Gran Bretaña hubiese hablado con la mayor seriedad habría ofrecido a Polonia algo más que un miserable empréstito de ocho millones de libras («los británicos no tiran el dinero en un mal negocio»), y los polacos a cambio se habrían mostrado más insolentes de lo que revelaban los últimos mensajes interceptados por la FA. Hitler dijo que su única preocupación era que los ingleses pudieran echar por tierra «Blanco» haciendo una oferta en el último minuto; ese mismo día dijo a Göring, Brauchitsch y Raeder que había insinuado a los ingleses que volvería a tratar con ellos con una oferta propia más tarde, después de solucionar lo de Polonia. Raeder – que aún estaba ofendido por el asunto Albrecht – no dijo nada. Canaris escribió en su diario: «El general en jefe del ejército de tierra [Brauchitsch] no dijo absolutamente nada.»

Hitler daba ahora otro paso decisivo. A las 10.53 de aquella noche, la del 14 de agosto, Ribbentrop envió un cable a la embajada de Moscú con estas dramáticas instrucciones: Había que informar a Molotov de que Ribbentrop estaba dispuesto a ir a Moscú en persona. Su secretario de estado Weizsäcker

escribió sin equivocarse: «Si Ribbentrop consigue cerrar un pacto . . . ellos [los rusos] nos estarán invitando a que ataquemos Polonia.»

El 15 de agosto Hitler autorizó dar los pasos del programa por los que se debía atacar Polonia el día 25. Las fuerzas armadas debían dar por sentado que «"Blanco" se llevará a cabo». La armada dio la orden de que los acorazados de bolsillo *Graf Spee* y *Deutschland* y catorce submarinos que se mantuvieran a la expectativa en el Atlántico. La concentración de Nuremberg se canceló en secreto para dejar toda la capacidad de la vía ferroviaria a la Wehrmacht; pero a los diplomáticos extranjeros se les seguía dejando entender que la concentración iba a celebrarse.

Las turbias operaciones planeadas por la Abwehr y las SS están menos documentadas. Habían preparado operaciones con comandos para asegurar los puentes vitales, túneles y las plantas industriales tras las líneas polacas en la misma víspera de «Blanco». La Abwehr había entrenado a un grupo de operaciones especiales para tomar el túnel del ferrocarril de Jablunka, de unos 275 metros, y en la línea principal que iba de Viena a Varsovia. Si los polacos hacían estallar cargas de demolición en el túnel gemelo, al decimocuarto ejército de Wilhelm List, que ahora se estaba concentrando en Eslovaquia, no le seda posible acceder al sur de Polonia. Hitler no dejó de insistir en la clara diferencia que había entre estos «ilegales» y las unidades del ejército regular alemán: cuando Manstein pidió permiso para dirigir tres grupos de asalto vestidos con uniformes polacos durante el ataque del grupo del ejército del sur, Hitler se opuso; luego, Himmler le preguntó si era posible que las SS utilizaran uniformes polacos precisamente en la misma zona, a lo que Hitler contestó el 17 de agosto dándole su bendición y ordenando a la Abwehr que entregara 150 uniformes polacos a Heydrich para ese propósito.

En el extremo norte del frente polaco Hitler concibió personalmente una arriesgada operación para asegurar los dos puentes estratégicos que cruzaban el río Vistula en Dirschau. Cada uno de los puentes tenía una base de apoyo en terreno de Danzig, en el lado oriental, mientras el lado occidental se apoyaba en terreno polaco, en Pomerania. Obsesionado por los puentes de Dirschau, Hitler se entregó al estudio de fotografías aéreas y de maquetas, y fue ideando un plan detrás de otro. Finalmente acordó con Göring,

Himmler y Brauchitsch llevar a cabo un bombardeo en picado sobre la guarnición polaca del puente, sobre la central eléctrica local y sobre las mismas espoletas de demolición, para llevar a cabo inmediatamente después un asalto por tierra: un tren de mercanías llegaría procedente del este de Prusia minutos antes de dar comienzo «Blanco», su cargamento consistiría en tropas escondidas de zapadores y fuerzas de asalto al mando del teniente coronel Gerhardt Medem. Hitler le convocó personalmente. La sincronización era de vital importancia ya que el ataque tenía que coincidir exactamente con la ofensiva de la Luftwaffe contra la base naval polaca de Gdynia, la primera acción abierta de «Blanco».

El viejo barco de guerra *Schleswig-Holstein* se trasladó a Danzig. Al iniciarse «Blanco», el barco debía bombardear inmediatamente la fortaleza polaca emplazada (ilegalmente) en el Westerplatte, el apéndice de tierra que dominaba la entrada al puerto.

Pero ahora los rusos empezaban a ponerse nerviosos. Tras la propuesta oficial de Molotov – realizada el 16 de agosto – de lograr un pacto de no agresión, Ribbentrop se apresuró a sugerir que podía ir a Moscú en dos o tres días para firmarlo. Los rusos dieron un paso atrás. El 18 de agosto Ribbentrop mandó un telegrama apremiante a su embajador y le dijo que se le autorizaría a firmar un protocolo adicional secreto en el que se codificaban aspectos demasiado delicados para su conocimiento público.

A pesar de todo, Molotov no parecía muy dispuesto a recibirle en Moscú antes del 26 o 27 de agosto.

Ribbentrop sabía muy bien que el programa del OKW se había pensado para lanzar «Blanco» el día 25, o un poco antes. El efecto político del pacto sería nulo si no se firmaba antes de entonces. De hecho, el movimiento «A», la puesta en marcha de 220 trenes de mercancías para concentrar tropas y equipo militar en el este, ya había empezado.

Hitler parecía sin otra salida que la de asumir un riesgo personal («Nuestros enemigos aún esperaban», se jactó dos años después, «de que Rusia se convertiría en nuestro enemigo después de haber derrotado nosotros a Polonia. Pero nuestros enemigos no habían tomado en cuenta mi poder de decisión. Nuestros enemigos son como gusanitos . . . ¡Ya pude verles en Mu-

nich!»). El 20 de agosto decidió escribiruna nota personal a Stalin – algo sin precedentes y ciertamente halagador para este último – para que aceptara la presencia de Ribbentrop en Moscú antes de tres días.

Asustado por su propia osadía, Hitler no pudo contener su nerviosismo después de aquello. Llamó por teléfono a Göring a altas horas; se indignó con Ribbentrop por haberle puesto a prueba con este problema de alta diplomacia. Pero durante la tarde del 21 de agosto llegó la respuesta de Moscú: Molotov había convocado a su embajador a las tres de la tarde. Aún tuvieron que pasar más horas angustiosas. Por fin, Ribbentrop trajo el informe del embajador. El rostro de Hitler se encendió con una sonrisa. Se llamó a un fotógrafo para captar el momento en el que leía el telegrama: el Kremlin estaba encantado de recibir a Herr Ribbentrop en dos días, como había pedido Hitler. El Berghof se llenó de una atmósfera de celebración, como si se hubiera logrado una gran victoria. Y en cierto modo lo era, porque cuando la radio alemana interrumpió su programación a las 11.15 de la noche para emitir esta inquietante noticia al mundo, nadie dudó que significaba el fin de Polonia. «Ahora», dijo Hitler en tono triunfal a sus comandantes a la mañana siguiente, «¡ahora tengo a Polonia justo donde yo quiero!».

PACTO CON EL DIABLO

Hitler exclamaba ásperamente ante sus ayudantes que lo único que queda era que le dejaran tener su «primera guerra de Silesia». Explicada más tarde a sus comandantes que a partir de ahora el pueblo alemán tendría que acostumbrarse a la lucha. La campaña polaca iba a ser un buen ejercicio.

Aún no tenía una idea clara de lo que iba a pasar después de «Blanco», la Diosa Fortuna ya se ocuparía de eso. Lo que no cambiaba era su último objetivo, el que ya había establecido en *Mein Kampf* en 1924, en una conversación secreta con sus generales en jefe el 2 de febrero de 1933, de nuevo el 5 de noviembre de 1937, y el 28 de mayo de 1938, y más recientemente en sus discursos secretos de enero y febrero de 1939. «Blanco» era un paso más hacia lo que Alemania venía soñando desde hacía 300 años, el sueño de un Reich gobernando Europa central y oriental para dominar después el mundo.

¿Qué medios no se justificaban ante aquel fin? A Gran Bretaña se la podía atraer con halagos: le ofrecería su Wehrmacht para garantizar y defender su extenso imperio contra las hordas asiáticas y otros pueblos hostiles. A los demás vecinos de Alemania Hitler les podía engañar, amenazar, sobornar o estafar. «Como persona nunca rompería mi palabra», le confiaría a Walther Hewel en junio de 1941. «Pero si es necesario para Alemania . . . entonces lo haría mil veces.»

Sin esperar la respuesta de Stalin, el día 19 ya había ordenado a todos sus mandos de más categoría que fueran a verle tres días después al Berghof. La invitación que había hecho circular el OKW insistía en algo: «Especialmente quiere que la conferencia permanezca en el más absoluto secreto y que nada

de lo que se diga se filtre a la prensa extranjera.» La reunión se haría pasar por un inofensivo almuerzo, con la mitad de los invitados recogidos por el servicio motorizado de Hitler desde Salzburgo y la otra mitad desde Munich. Todo el mundo debía ir en ropa de calle.

Cuando se presentó en el Gran Salón en el mediodía del 22 de agosto Hitler encontró a unos cincuenta oficiales sentados en cuatro o cinco filas de sillas: mandos del ejército de tierra con sus jefes de Estado Mayor, y los equivalentes de la marina y de las fuerzas aéreas. En primer plano se encontraba el mariscal de campo Hermann Göring, quien había interpretado a su manera, la consigna de asístir «en ropa de calle». Llevaba una chaqueta corta de piel verde y sin mangas con gruesos botones amarillos, y debajo de ella una blusa blanca de seda; las amplias extremidades inferiores se las había enfundado en unos pantalones cortos de color gris y unos largos calcetines del mismo color. De un exótico cinturón le colgaba con aplomo una daga dorada.

Hitler extendió sus notas sobre el piano de cola y empezó su primer discurso. Su argumento era sencillo pero persuasivo: la Wehrmacht estaba a punto de emprender «Blanco», una campaña que no podían perder. La ocasión era única. Ni él ni Mussolini vivirían para siempre: «En cualquier momento un criminal o un lunático puede acabar conmigo.» No temía la aparición de un segundo frente. Gran Bretaña y Francia podían adoptar una actitud amenazadora, pero no lucharían. A continuación Hitler explicó cómo había conseguido el acercamiento con Stalin gracias al recibimiento «particularmente cordial» que le había brindado al embajador soviético en la recepción de Año Nuevo. «Aquella misma noche – dijo – el embajador me dio las gracias por aquello y por no haberle dado un trato de segunda clase en la recepción.» Haciendo un gesto dirigido hacía Ribbentrop anunció en tono triunfal que el ministro de Asuntos Exteriores iba a volar a Moscú inmediatamente para firmar el pacto. «Ahora tengo a Polonia justo donde yo quiero.» Ahora Alemania no podía sufrir ningún bloqueo, porque la URSS les proporcionaría los cereales, el ganado, el carbón, la madera, el plomo y el cine que necesitaran. «Sólo temo que en el último momento aparezca algún *Schweinhund* con otro plan que me haga meditar.»

Se sirvió un almuerzo frío en las terrazas. Posteriormente, Hitler habló durante otra hora mientras una tormenta se cernía detrás del gran ventanal. ordenó solemnemente a los comandantes que hicieran gata de un nervio de hierro, incluso en el caso de que Gran Bretaña y Francia se prepararan para la guerra. «Todos y cada uno de ustedes debe actuar como si desde el principio también hubiesen querido luchar a toda costa con las potencias occidentales.» Era de vital importancia aplastar con rapidez cualquier signo de vida en Polonia y, si era necesario, con brutalidad. «Proporcionaré un motivo de propaganda para llevar a cabo esta guerra, tanto si es plausible como si no lo es: al vencedor no se le desafía después por si lo que ha dicho es verdad.» Hitler terminó haciendo un llamamiento: «Yo ya he cumplido con mi deber. Ahora salgan y cumplan ustedes con el suyo.»

Göring se levantó, subió con aires de importancia tres escalones bajos y aseguró al Führer que la Wehrmacht cumplida con su deber. Un Brauchitsch lleno de confianza se despidió de sus generales con estas palabras: «Caballeros, ¡a sus puestos!» A los generales de la Luftwaffe Milch y Kesselring se les vio de muy buen humor. Sólo el almirante Raeder se acercó brevemente a Hitler para recordarle la vulnerabilidad de una embarcación de cadetes amarrada permanentemente en el golfo de Danzig. Al Führer se le oyó responder: «¡Y qué pasa si esa vieja bañera se hunde!» El almirante le recordó fríamente que a bordo se encontraban unos cientos de cadetes. Fue la última vez que vio al Führer en los días de paz que quedaban.

Ribbentrop partió aquella misma tarde hacia Moscú con instrucciones personales de Hitler de ceder a cualquier exigencia soviética: para asegurar la firma de Molotov, Ribbentrop debía negar si era necesario cualquier interés alemán por la Europa del sudeste, «hacia Constantinopla y el Estrecho de los Dardanelos». Aquella noche del 22 de agosto repitió que su único temor era que algún imbécil pudiera obligarle a ceder de nuevo con «sutiles proposiciones». Su temor no era infundado: desde el 16 de agosto, la FA había esiado controlando furtivamente las conversaciones telefónicas entre Sir Horace Wilson y el embajador británico en Berlín. Wilson buscaba desesperadamente alguna fórmula para devolver Danzig al Reich. El 20 de agosto

había dicho en secreto al agregado de prensa alemán en Londres que estaba dispuesto a «ir en secreto a Alemania» si era necesario.

A última hora del 22 de agosto, el embajador británico llamó por teléfono para solicitar una entrevista con el Führer al día siguiente. Tenía una carta personal del primer ministro británico dirigida a Hitler: «Define exactamente nuestra posición», le oyó decir a Henderson la FA. «Cómo estamos ligados por nuestros compromisos con los polacos y cómo seremos consecuentes con estos compromisos si Polonia sufre un ataque.» Según la escucha realizada, la carta de Chamberlain proponía un período de distensión mientras se solucionaban los problemas de Danzig y de la minoría alemana de Polonia. Cuando a mediodía del 23 Henderson llegó al Berghof con esta carta, Hitler ya tenía pensada la respuesta. Weizsäcker escribió en su diario: «El Führer tiene la intención de forzar al gobierno británico para que abandone sus compromisos con Polonia.» Cuando Henderson trató de explicar que Gran Bretaña tenía que hacer honor a sus compromisos, Hitler le contestó con brusquedad: «¡Entonces háganlo! Si ustedes entregan unos cheques en blanco no van a sorprenderse si tienen que pagarlos.» Pidió a Henderson que volviera más tarde para recoger la respuesta que había escrito a Chamberlain.

A las tres de la tarde, antes de volver, Henderson llamó por teléfono a su embajada de Berlín desde Salzburgo. «Espero estar de vuelta en Berlín hacia las ocho», le oyeron decir los interceptadores de la FA.

«[Hitler] se muestra del todo intransigente y poco satisfecho, pero no puedo decir nada más hasta que haya recibido su respuesta por escrito. Más o menos, ha insistido en vahos puntos: Se ha advertido a Polonia de que cualquier acción contra la población alemana y cualquier movimiento contra Danzig, incluyendo la estrangulación económica, traerá como consecuencia la inmediata intervención alemana. Si Gran Bretaña llega a tomar medidas de movilización, Alemania responderá con una movilización general . . . Le he preguntado si esto era una amenaza. Su respuesta ha sido: "No, sólo una medida de protección".»

La respuesta escrita de Hitler era intemperante. Aquella tarde, en su segunda conversación, Henderson alegó como prueba de las buenas inten-

ciones de Chamberlain su negativa de incorporar a Churchill en el gabinete; la facción antialemana de Gran Bretaña se componía principalmente de judíos y antinazis, dijo. Después de abandonar el Berghof, Weizsäcker cogió a Hitler a solas por un momento y le avisó que Italia no mostraba mucho entusiasmo con la idea de la guerra, mientras que los ingleses eran esclavos de su propia política exterior. «Gran Bretaña y Francia tendrán que declarar la guerra. No es gente con la que se pueda tratar de un modo lógico y sistemático; están trabajando en condiciones de sicosis, de una especie de intoxicación de whisky . . . En el mismo momento en que Chamberlain hable mañana de la guerra conseguirá la adhesión de todo el Parlamento.» Hitler no se mostró de acuerdo, aunque no con demasiada convicción, porque Weizsäcker anotó ese mismo día: «Sigue pensando que puede localizar la guerra, pero también habla – hoy sobre todo – de ser capaz de luchar en una guerra generalizada. Hasta hace poco, su opinión sobre esto era muy diferente.»

Hitler se paseó preocupado por las terrazas del Berghof a solas o en compañía de sus ayudantes. A última hora de aquella misma noche la voz de Ribbentrop pudo oírse débilmente al teléfono llamando desde Moscú: Stalin pedía que asignaran a la esfera de sus intereses los puertos pequeños – pero libres de los hielos – de Libau y Windau en Latvia. Hitler hizo que un ordenanza le trajera un atlas, y contestó que la URSS podía disponer de esos puertos. Un poco más tarde, en la cena, se le entregó un papel. Hitler pidió silencio dando unos golpes en la mesa y anunció lleno de emoción que se había firmado el pacto con Stalin. Después de la cena, todo el grupo se paseó tranquilamente por las terrazas oscurecidas del Berghof. El cielo de la noche se iluminó por todo el valle por un fenómeno no muy frecuente en aquellas latitudes: una aurora boreal de color rojo sangre.

Ese día Hitler decidió que «Blanco» debía empezar a las 4.30 de la mañana del día 26. La segunda fase, el movimiento «Y», ya se había iniciado (a las ocho de la tarde): 1,300 trenes cargados con material y tropas se estaban trasladando hacia el este, y 1,700 hacia el oeste. Los buques de guerra de Raeder ya se encontraban en el mar. En el Atlántico el barco alemán de suministros *Altmark* estaba levando anclas para encontrarse con el buque alemán *Graf*

Spee. ¿Había algo que pudiera ir mal? Weizsäcker escribió en su diario la noche del 24 de agosto: «Italia se comporta como si todo este asunto no fuera de su incumbencia . . . La idea de que [Hitler] tenga que luchar también en occidente le preocupa más de lo que yo pensaba.»

A las 3.30 de la tarde Hitler volvió en avión a Berlín para recibir a Ribbentrop, que llegaba al aeropuerto de Tempelhof procedente de Moscú a las 6.45. En Berlín le esperaba una noticia preocupante: Chamberlain había repetido públicamente en otra asamblea de la Cámara de los Comunes que Gran Bretaña sería fiel a los compromisos contraídos con Polonia, a pesar del pacto de Moscú. Hitler analizó esta actitud con Ribbentrop, Göring y Weizsäcker. Ribbentrop aún conservaba las impresiones del Kremlin. Stalin, dijo, había brindado a la salud de todos los miembros de la delegación alemana. «Stalin es como usted, mein Führer», exclamó Ribbentrop efusivamente. «Es extraordinariamente humilde; no tiene nada de dictador.»

Hablaron de Italia más superficialmente. Hitler aún ignoraba que su compañero del Eje no estaba riada dispuesto a ir a la guerra. El único riesgo que Hitler permitiría era que los italianos pudieran exaltarse alegando que los acontecimientos hablan tomado un «giro insospechado». De modo que pasada la medianoche hizo que Ribbentrop llamara por teléfono al conde Ciano para avisarle de que «Blanco» era inminente. Para Ribbentrop y Hitler no era más que una simple formalidad: aseguraron a Ciano que el pacto de Moscú excluía cualquier intervención occidental.

Cuando Hitler se levantó a la mañana siguiente, la del 25 de agosto de 1939, en su residencia oficial ya había una multitud de gente. Quedaban menos de veinticuatro horas para «Blanco». El uniforme pardo del partido nazi se podía ver por todas partes. Todos sabían que a las 2 de la tarde Hitler tenía que dar la orden en clave, y ninguno de sus seguidores quería perderse aquel momento histórico. Las fotografías muestran a Bormann, Goebbels, Ribbentrop y Himmler en espera del momento. Los cables telefónicos serpenteaban entre las costosísimas alfombras en medio de una gran confusión. Ribbentrop dictó por teléfono una carta oficial del Führer dirigida a Mussolini avisándole de que la guerra podía empezar en cualquier momento;

Hitler pedía una rápida respuesta. A mediodía ésta seguía sin llegar, de modo que preguntó al OKW cuánto tiempo se podía aplazar la decisión de ataque: el Estado Mayor general acordó un retraso de una hora, hasta las tres. Hitler invitó al embajador Henderson a que fuera a verle a la 1.30. (Weizsäcker observó en su diario: «Casi todo el día en la Cancillería del Reich. Aún se hacen esfuerzos para separar a los ingleses de los polacos.»)

A las 12.30 el teniente coronel Nikolaus von Vormann se presentó ante Hitler en calidad de oficial de enlace. Y lo mismo hizo el coronel Erwin Rommel en calidad de comandante del cuartel general del Führer: Hitler le mandó que siguiera adelante con la unidad del cuartel general hasta llegar a Bad Polzin, una pequeña estación de ferrocarril de Pomerania donde el cuerpo del ejército del norte de Bock también había establecido su cuartel general. El capitán de marina Von Puttkamer también se presentó en la Cancillería. El almirantazgo le había retirado con cierta aprehensión de su puesto en un destructor para cumplir ahora las funciones de ayudante naval. Hitler se lo llevó aparte para hablar con él sobre sus experiencias en un destructor hasta la 1.15, momento en el que Bormann anuncio que se había servido el almuerzo.

Apenas se había sentado Hitler a la mesa circular con los nueve miembros de su Estado Mayor cuando un redoble de tambores procedente del patio anunció la llegada de Sir Nevile Henderson. Durante casi una hora y en un tono sincero, Hitler le habló al embajador de la locura que significaba para Gran Bretaña echar a perder su imperio por Polonia. Luego le propuso la oferta que ya conocía: después de solucionar el problema polaco estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con Gran Bretaña que « . . . si fuera necesario brindaría al imperio británico la ayuda alemana, sin importar el lugar donde fuera precisa esta ayuda». Le ofreció un desarme parcial y llegó incluso a indicarle que si Gran Bretaña se entregaba a una «falsa guerra» para salvar la cara, él por su parte no tendría ninguna envidia. Una vez terminada la guerra volvería a su querida arquitectura. «En realidad no soy un político», dijo.

Las escuchas de la FA muestran que no lograron engañar a Henderson. Mandó un informe cifrado a Londres diciendo que estaba claro que Hitler estaba tratando de romper el vínculo entre Gran Bretaña y Polonia.

La respuesta oficial de Mussolini seguía sin llegar, pero la FA acababa de interceptar las órdenes dadas por el conde Ciano al embajador italiano para que fuera a ver a Ribbentrop en seguida y le informara de la postura del Duce en caso de guerra: «Si Alemania ataca Polonia y el conflicto no se extiende, Italia brindará a Alemania cualquier tipo de ayuda política y económica que se le pida.» Esto satisfacía a Hitler. Por consiguiente, cuando Attolico llamó pidiendo urgentemente una audiencia, le contestaron que fuera a las 2 de la tarde. Attolico tuvo que esperar mientras Hitler hablaba con Henderson; en la espera, Roma le informó urgentemente que sus instrucciones habían sido canceladas. Hitler mandó con impaciencia que Ribbentrop llamara por teléfono a Ciano. Desde Roma les informaron que Ciano y Mussolini se habían ido a la playa.

Eran ya las 2.45 de la tarde. Sólo quedaban quince minutos para que se cumpliera el plazo dado por el Estado Mayor general. Hitler se dirigió al salón de música en compañía de Ribbentrop y cerró la puerta a sus espaldas. Después de quince minutos Hitler decidió que la respuesta del Duce no podía esperar más tiempo. A las 3.02 un Hitler pálido pero sosegado abrió la puerta y anunció a la expectante multitud: «¡Caso Blanco!»

El ataque empezaría a la mañana siguiente. El tren especial de Hitler, el *Amerika*, entró en la estación Anhalt para esperarle. Se mandaron telegramas a todos los diputados del Reichstag con orden de asistir a la sesión de emergencia a las cinco de la mañana siguiente. Se cortaron los teléfonos públicos con Londres y París. Desde el cuartel general de Brauchitsch, a las 3.02 de la tarde, la orden en clave se envió por cable, por teletipo y por teléfono dos veces seguidas: se desmontó todo el camuflaje, se probaron los motores y se abrieron las cajas de municiones: a las 8.30 de aquella noche comenzaría el, avance hacia la frontera polaca.

Pasaron una, dos horas. De repente sonó uno de los muchos teléfonos: una voz dijo que el gobierno británico iba a rectificar aquella noche el pacto establecido con Polonia; la noticia venía de la oficina de prensa. Ribbentrop instó a Hitler a que detuviera el ataque, pero Hitler no era ningún aficio-

nado. Sabía muy bien que un ejército es un animal amorfo e inestable, con muchas cabezas y muchas garras. Mandó llamar al coronel Schmundt: Schmundt pidió por el general Keitel, y Keitel por el general Brauchitsch, pero no había forma de encontrarle. Schmundt recogió el programa realizado por el OKW, y empezó a desplegar las grandes páginas y a realizar cálculos. Parecía que aún había tiempo.

Hacia las 6 de la tarde, y mientras seguían hablando, llegó el embajador italiano a toda prisa. Lo que traía era otra bomba: la respuesta de Roma. Mussolini ponía unas condiciones tan terribles a la ayuda italiana – como por ejemplo, «la entrega inmediata de material de guerra y de materias primas por parte de Alemania» – y se expresaba en tales términos («Considero que es mi absoluto deber como leal amigo decirle toda la verdad . . . »), que Hitler no podía más que tomarlo como un desaire provocador. Exclamó indignado al coronel Von Vormann: «¡Astutos! Eso es lo que tenemos que ser. ¡Astutos como zorros!»

Ordenó al coronel que hiciera venir a Brauchitsch y a Halder, el jefe del Estado Mayor general. Pero Halder se encontraba camino de alguna parte con todo su Estado Mayor de operaciones trasladándose del depariamento de guerra de Bendler Strasse al cuartel general del Estado Mayor general en Zossen, en las afueras de Berlín. Brauchitsch llegó a la residencia de Hitler a las 7 de la tarde. Se mostró juicioso y sensato, y estuvo de acuerdo en que «Blanco» podía aplazarse. En realidad veía con buenos ojos el aplazamiento, ya que se prestaría más atención a una movilización planeada convenientemente. A continuación le dijo a Hitler: «Deme una semana para completar la movilización según los planes y tendrá alrededor de cien divisiones disponibles. Además, así ganará tiempo para sus maniobras políticas.» Y le prometió: «Puedo detener al ejército antes de que alcance la frontera a las 4.30 de la mañana.»

A las 7.45 de la tarde Vormann recibió instrucciones de ir en coche a toda velocidad hasta donde estaba Halder para entregarle personalmente la orden de alto por escrito. Cuando Hitler llamó por teléfono a Göring, el mariscal de campo le preguntó cuánto tiempo pensaba aplazar «Blanco», Hitler le contestó muy significativamente: «Tendré que ver si podemos eliminar la

intervención británica.» Göring se mostró escéptico: «¿De verdad piensa que en cuatro o cinco días las cosas pueden cambiar mucho?»

Hitler apareció el 26 de agosto con un aspecto más relajado. El ejército había conseguido detener su ataque sobre Polonia casi en el último momento. La orden de alto había llegado a todo el mundo menos a una patrulla del ejército que atacó Polonia por su cuenta y sufrió las consecuencias. A un pequeño grupo de agentes de operaciones especiales de la Abwehr al mando del teniente Herzner, enviados a Polonia poco tiempo antes de la hora de ataque para mantener abiertos los túneles ferroviarios de Jablunka, tampoco se les pudo dar la orden de alto. Pronto llegaría un patético mensaje en el que se decía que las tropas regulares polacas les estaban cercando. Hitler ordenó que aquel pequeño grupo de desesperados resistiera el mayor tiempo posible. Entretanto, los alemanes renegaron fríamente ante los polacos del comando de Herzner diciendo que eran una banda de eslovacos irresponsables. Las provocaciones que Heydrich había planeado en la Alta Silesia se suspendieron en el último momento: los «cadáveres polacos» proporcionados por Dachau recibieron así un indulto.

Durante la noche llegó un telegrama procedente del embajador alemán en Roma. Explicaba con todo detalle la respuesta que había dado Mussolini a las 3.20 de la tarde del día anterior después de leer la primera carta de Hitler: el Duce había «subrayado sin ningún género de dudas» que permanecería incondicionalmente al lado de Hitler. Aquello se correspondía con la primera versión de su respuesta tal como la había interceptado la FA. Pero la actitud de Italia había cambiado dramáticamente. A las 11.52 de la mañana, la Forschungsamt interceptó la llamada telefónica que el conde Ciano había realizado desde Roma para hablar con Attolico en Berlín, y en la que dictaba lo que llamó las peticiones de Mussolini a Alemania: 150 baterías antiaéreas, millones de toneladas de carbón, acero y aceite, y cantidades ingenies de molibdeno (¡600 toneladas!), tungsteno, zirconio y titanio. A mediodía llegaron Keitel, Brauchitsch y Göring. Keitel confirmó que el OKW no veía ninguna posibilidad de satisfacer las peticiones italianas.

Attolico trajo la lista hacia la 1.30 de la tarde. La única novedad era la exigencia de Attolico de que todo aquel material debía llegar a Italia «antes del comienzo de las hostilidades». Attolico aseguró complacido a Hitler que las cifras eran correctas. A las 2.30 de la tarde Hewel telefoneó al embajador Von Mackensen a Roma para «verificar» las cifras con Ciano; Ciano también insistió en que no había ningún error. Luego Mackensen recibió la orden de ir a ver a Mussolini para enseñarle las cifras, una orden que encontró algo «desconcertante», ya que en principio se suponía que las cifras habían salido del Duce.

Haciendo un esfuerzo por controlar su indignación, Hitler empezó a escribir otra carta dirigida a Mussolini. En ella decía que haría todo lo posible para satisfacer aquellas peticiones. Donde los italianos pedían sólo baterías antiaéreas Hitler se mostraba en el primer borrador de la carta dispuesto a prometerles batallones antiaéreos (*Abteilungen*). Göring se quedó sorprendido y se opuso rotundamente. Hitler le contestó cínicamente: «No me preocupa llegar a hacer realmente las entregas, lo que quiero es impedir que Italia tenga una excusa para eludir sus obligaciones.»

Poco antes del almuerzo el general Milch llegó procedente de Carinhall. Fue él quien opinó con franqueza que la benévola neutralidad de Italia les beneficiaba en el transcurso de «Blanco». Hitler se dio una palmada en el muslo y se animó. La carta que finalmente se comunicó por teléfono a Roma a las 3 de la tarde reflejaba este cambio de actitud: Hitler sólo pedía a Italia que organizara un estruendo militar lo suficientemente grande como para contener algunas de las fuerzas occidentales. Al fin y al cabo ¿quién necesitaba la ayuda militar italiana?

Mussolini confirmó aquella noche que como Alemania no podía proporcionar los materiales que había pedido, Italia no se podía comprometer con una participación activa. Hitler le contestó con dos débiles ruegos: pidió a su amigo que hiciera lo posible para no contar al mundo la decepcionante actitud de Italia, y le pidió obreros de la industria y la agricultura italianas para el Reich, Mussolini aceptó en seguida.

Ese mismo día la FA interceptó un informe realizado por la embajada italiana en Berlín. Canaris había explicado con mucha alegría a su com-

pinche, el agregado militar, el modo en que Hitler había revocado la orden de «Blanco» la noche anterior. Hitler mandó llamar indignado a su enrevesado jefe del servicio de inteligencia y le reprendió por su inexplicable locuacidad.

La pusilanimidad de Francia se dejaba ver en una carta del primer ministro Édouard Daladier que el embajador llevó a Hitler a las 7 de la tarde de aquella noche, la del 26 de agosto: «Tanto usted como yo fuimos soldados en el frente en la última guerra. Sabrá tan bien como yo qué desprecio y qué con denas produjo la devastación de la guerra en las conciencias de las naciones, independientemente de cómo terminó la guerra . . . » Coulondre añadió a la carta unas palabras emotivas por las que rogaba al Führer que había levantado todo un imperio sin derramamiento de sangre que pensara bien antes de derramar la sangre de mujeres y niños. Hitler permaneció en silencio, aunque después se lamentó amargamente por no haber contestado a Coulondre que como él jamás atacaría a la población civil, él no tendría la culpa si se derramaba la sangre de «mujeres y niños». Coulondre telefoneó a Daladier a París para comunicar que Hitler había hecho oídos sordos al mensaje. Daladier respondió: «Entonces pongo mi confianza en Dios y en la fuerza de la nación francesa» (la FA grabó la conversación).

A diferencia de setiembre de 1938, esta vez las voces que se alzaban en contra de la guerra eran minoría. El Estado Mayor general del ejército de tierra adelantó «Blanco» sin apenas disimular su entusiasmo. A la única voz de aviso que tenía influencia, la de Göring, no se le prestó atención.

Göring mantenía contactos con altos funcionarios británicos a través de intermediarios y de un negociante sueco, Birger Dahlerus. En la mañana del 26 de agosto, lord Halifax había entregado a Dahlerus una carta dirigida a Göring; en ella confirmaba el deseo británico de llegar a un acuerdo pacífico, pero insistía en la necesidad de dar un plazo para conseguirlo. ¿Significaba esto volver al espíritu de pacificación? Para ello se necesitaba el máximo cuidado; Hitler pidió a Dahlerus que se uniera a ellos, le entregó varias propuestas para que las transmitiera a Londres y le dejó marchar.

Más tarde, Hitler se quedó despierto en la oscuridad del dormitorio de la Cancillería, y se quedo pensando si dar el paso definitivo ahora o aplazar aquella guerra dos años más. Su instinto le decía que debía atacar ahora. Es verdad que las escuchas de la FA mostraban lo poco dispuestas que estaban de momento las potencias occidentales a deshacerse de Polonia, pero tal vez daban por sentado que Hitler volvería a echarse atrás, como ya había hecho en el 25.

Ya era el 27 de agosto. Una batería antiaérea montaba guardia en el hotel Adlon, donde se encontraban alojados la mayoría de los diputados del Reichstag. Durante el día, los agentes nazis que realizaban las escuchas telefónicas oyeron a Holman, secretario del ausente embajador británico, asegurando a un colega norteamericano que Henderson insistía a Londres para que evitara una guerra; pero Holman predecía que la agresividad polaca podía seguir siendo un gran obstáculo.

Hitler finalmente se reunió con los disgustados diputados del Reichstag en la Cancillería a las 5.30 de la tarde. Todos reconocieron que no habían dormido en toda la noche. Hitler tenía la voz ronca, y sus movimientos y expresiones eran poco firmes. Bormann escribió en su diario: «De momento no habrá sesión del Reichstag. Tras un breve discurso el Führer ha enviado a los diputados del Reichstag a sus casas.» Hitler les dijo que la situación parecía grave, pero que había decidido solucionar el problema del este *so oder so*. Pedía como mínimo la devolución de Danzig y la solución al problema del Corredor; como máximo pedía lo que una guerra pudiera traerle; y él lucharía en esa guerra «con los métodos más brutales e inhumanos». Al igual que Federico el Grande estaba dispuesto a jugárselo todo a una sola baza. La actitud de Mussolini, indicó Hitler, les era muy beneficiosa. La guerra seda dura, y tal vez desesperada: «Pero nadie hablará de capitular mientras yo viva.» Se lamentó de que el pacto con Stalin se hubiera malinterpretado tanto. La URSS ya no era un estado bolchevique, argumentó, sino una dictadura militar autoritaria como la suya. Había hecho un pacto con el diablo para expulsar a Belcebú. «Si alguno de ustedes cree que mis acciones no las ha movido mi devoción hacia Alemania, le dejaré que me mate de un tiro.» Los diputados aplaudieron, pero tímidamente.

El 28 de agosto de 1939 se introdujo el racionamiento de alimentos sin previo aviso. Hitler notó el racionamiento en su propio desayuno aquella misma mañana. Pero el Führer bajó de un humor excelente porque durante la noche se había enterado de que el negociante sueco Dahlerus había vuelto de Londres con la noticia de que los ingleses estaban considerando en serio su oferta. Hitler se jactó ante su personal de que había conseguido poner a Gran Bretaña fuera del juego.

Cuando Brauchitsch se presentó en la Cancillería, Hitler no se andó con rodeos sobre la estrategia que iba a seguir inmediatamente: iba a exigir Danzig, el derecho de paso por el Corredor Polaco, y la convocatoria de un plebiscito como el del Sarre. Gran Bretaña probablemente aceptaría estas propuestas, Polonia las rechazaría, y se produciría entonces una gran división entre los dos países. Hitler ordenó al ministerio de Exteriores que hiciera un borrador de propuestas formales en este sentido para que luego las estudiara el gobierno británico. Las propuestas – dieciséis en total – eran tan moderadas que uno de sus diplomáticos las calificó como «un verdadero documento de la Liga de Naciones». Hitler se las leyó a Keitel en el invernadero. El general respondió ingenuamente: «Las encuentro sorprendentemente moderadas.»

A las 3.22 de la tarde Brauchitsch llamó por teléfono al Estado Mayor general desde la Cancillería para anunciar que la nueva fecha provisional era el 1 de setiembre. El coronel Von Vormann escribió aquella misma tarde: «Hitler está de excelente buen humor. Confía en que logremos convencer a Gran Bretaña de modo que sólo tengamos que tratar con Polonia. Todo el mundo se pregunta qué es lo que nos traerá Henderson a su regreso. Despegó de Londres a las 4.30 de la tarde. Hasta ahora no sabemos nada.»

Henderson llegó a las 10.30 de la noche. Meissner y Brückner le condujeron al despacho del Führer. Entregó a Hitler la respuesta británica a su «oferta», del día 25. No era lo que Hitler esperaba: los ingleses anunciaban que habían recibido la «clara promesa» por parte de los polacos de que estaban dispuestos a negociar. Hitler contestó que aún quería tratar con Polonia sobre una «base muy razonable», pensando sin duda en las dieciséis pro-

puestas aún sin desvelar. Dijo a Henderson que estudiada la respuesta británica al día siguiente. Henderson le dijo: «Nosotros tardamos dos días en formular nuestra respuesta. No tengo prisa.» «Pero yo sí», dijo Hitler.*

Un fragmento del diario de Heinrich Himmler arroja un desagradable rayo de luz en las oscuras maquinaciones de Hitler de aquella noche:

«El embajador Henderson ha venido a ver al Führer a las 10.30 de la noche y se ha marchado de la Cancillería del Reich a las 11.45. Luego, Göring, Hess, Bodenschatz y yo nos hemos unido al Führer en el invernadero. Al Führer le acompañaba Ribbentrop.

»Nos ha dicho en qué consiste la oferta británica. Está redactada en un lenguaje muy cortés pero no dice nada de verdadera importancia. Estaba de muy buen humor, y ha parodiado de un modo inimitable lo que Henderson ha expuesto . . . hablando alemán con un marcado acento inglés.

»El Führer ha indicado después que ahora es el momento de conseguir un documento para los británicos (o los polacos) que sea poco menos que una obra maestra de diplomacia. Quiere pasar la noche pensándolo, porque las mejores ideas siempre se le ocurren a altas horas, entre las 5 y las 6 de la mañana.

»A este respecto, Göring preguntó: "*Mein Gott*, ¿no duerme nada ni siquiera ahora? ¿O vuelve a padecer de insomnio?" El Führer que a veces se queda medio dormido entre las tres y las cuatro de la mañana, que de repente se despierta y ve los problemas con una claridad diáfana. Luego se levanta de un salto y hace anotaciones a lápiz. Ni él mismo sabe cómo le sucede esto; lo único que sabe es que a altas horas de la mañana desaparece todo lo que puede confundir o distraer.»

Cuando Hitler se despertó la mañana del 29 de agosto, seguramente ya había pensado una estratagema. «Aceptaría» las propuestas británicas para llevar a cabo negociaciones con Polonia, pero sólo daba un día de plazo a Varsovia para que enviara a Berlín a un delegado plenipotenciario. Por supuesto, se negarían a eso. Por otro lado, si llegaban a un acuerdo el polaco debía llegar el día 30; al día siguiente romperían las conversaciones, y el día 1

* «Henderson», escribió el coronel Von Vormann al día siguiente, «no trajo lo que esperábamos, por lo menos eso es lo que dicen. El tiempo desvelará lo que tiene que venir ahora».

de setiembre se iniciaría «Blanco» según lo planeado. Como un coronel de la Abwehr escribió en su diario: «El Führer ha dicho a Ribbentrop, Himmler, Bodenschatz, etc.: "Esta noche voy a tramar algo diabólico para los polacos, algo que se les atragante."» Weizsäcker, igualmente bien informado, escribió poco después de las 3 de la mañana: «Göring ha dicho al Führer: "¡Dejemos de intentar hacer saltar la banca!", a lo que el Führer contestó secamente: "Es a lo único que he jugado siempre, a hacer saltar bancas."»

La respuesta que Hitler entregó al embajador británico a las 7 de la tarde reflejaba su nueva estrategia. En ella decía que aceptaría unas negociaciones directas con Varsovia, y que «contaba con la llegada» del delegado plenipotenciario polaco al día siguiente. También aceptaría respetar las nuevas fronteras de Polonia, pero sólo en asociación con el gobierno soviético. Henderson protestó: «Es lo más parecido a un ultimátum.» Hitler contestó que un polaco sólo tardaría noventa minutos en volar en avión desde Varsovia a Berlín. «Mis soldados me están preguntando: ¿Sí o no?» Henderson se encontró con Keitel al salir del despacho, y le preguntó en un tono irónico: «¿Está muy ocupado hoy, Herr Generaloberst?»

El día 30 de agosto, Hitler permaneció reunido toda la tarde con sus generales en jefe (con la excepción de Raeder, que aún estaba de mal humor por el asunto Albrecht). El nuevo programa permitía muy pocos retrasos. Hitler estaba convencido de que no iba a llegar ningún delegado plenipotenciario polaco, y las escuchas realizadas por la FA a la embajada británica revelaban que Londres era de la misma opinión. A las once de la mañana habían escuchado la voz de Henderson en tono de queja: «No se puede sacar de la manga a un representante polaco.»

Poco después de las cinco de la tarde Hitler recibió el informe, de una extraña escucha realizada por la FA. El minísterio de Exteriores británico había comunicado por teléfono a Henderson que Neville Chamberlain estaba mucho menos impresionado que su embajador por los gritos que salían de la Cancillería del Reich, «porque ya ha estado allí en persona», y, en consecuencia, ya conocía a esa gente.

«La voz [desde el ministerio de Asuntos Exteriores británico] sigue diciendo que ahora van por buen camino: Ellos [los alemanes], no esperarán

volver a salirse con la suya llamando a la gente para entregarles unos documentos y obligarles a firmarlos. Eso ya pertenece al pasado.»

Efectivamente: Hitler dio instrucciones a Ribbentrop para que le leyera a Henderson las dieciséis propuestas cuando el embajador llegara aquella noche, pero bajo ningún concepto debía entregarle el documento. A las 10.30 de la noche la FA escuchó a un funcionario de la embajada británica, sir George Ogilvie-Forbes, decir a Attolico que aún seguían «mirando las musarañas» en espera del telegrama de respuesta de Londres.

Henderson llegó a la Cancillería exactamente a medianoche. Cuando preguntó si las propuestas alemanas se habían preparado por escrito, Ribbentrop contestó que sí sin dar importancia al asunto, pero que ahora se habían sustituido ya que Polonia no había enviado a ningún delegado plenipotenciario. Ribbentrop se las leyó en voz alta para mostrarle lo «razonables» que eran.

Unos minutos después de marcharse Henderson, el Führer mandó llamar al coronel Schmundt. A las 12.30 de la noche pronunció una vez más la orden en clave: «Caso Blanco.» Inmediatamente después se fue a la cama.

Durante todo el día siguiente, el 31 de agosto, Hitler se mostró tranquilo y confiado. Ya se había decidido y nada podía hacerle cambiar.

La FA sabía que Henderson había aconsejado a la embajada polaca que llamaran por teléfono a Varsovia pidiendo instrucciones urgentemente. A las 8.30 de la mañana Henderson volvió a llamar a la embajada para avisarles de que una fuente de absoluta confianza le había informado que estallada la guerra si Polonia no se decidía a hacer algo en las dos o tres horas siguientes. Sin embargo, el embajador polaco Lipski se negó incluso a acudir al teléfono.

Poco después de mediodía Hitler ya tenía en sus manos las órdenes explícitas procedentes de Varsovia interceptadas por la FA: Lipski no debía «iniciar ninguna negociación en concreto», simplemente tenía que entregar al gobierno del Reich un comunicado del gobierno polaco. Los nazis se enteraron así de que los polacos sólo trataban de ganar tiempo.

Göring convocó ese día una conferencia ministerial en su cuartel general en las afueras de Potsdam. El Staatssekretäar Herbert Backe escribió:

«De nuevo en el cuartel general de operaciones de Göring . . . Bormann se ha mostrado optimista. G[öring] ha dicho que todo va bien. Los polacos han tratado de buscar evasivas; estamos decididos. Decisión en 24 o 48 horas. En lugar de Mussolini: Stalin. [Göring] ha mencionado la publicación de algo que puede dejar al margen a Gran Bretaña . . . Desgraciadamente hemos perdido el elemento sorpresa, eso costará unos cuantos cientos de miles más [de vidas]. Pero nosotros tenemos la ventaja. [Sólo basta defender] la frontera occidental y los ataques aéreos a las costas desde Holanda a Dinamarca (¡además de las del oeste!). El Ruhr corre un gran riesgo. Como la nueva frontera es pequeña, habrá una probable desmovilización de tropas tras la derrota de Polonia. Y después, el rearme implacable contra Gran Bretaña.»

Hay otro testimonio de las ideas de Hitler en las notas que el coronel Von Vormann tomó aquel mismo día: «El Führer está firmemente convencido de que Francia y Gran Bretaña no pasarán de las amenazas.» Poco antes de la una de la tarde del 31 de agosto, el OKW comunicó la orden oficial de Hitler de iniciar la guerra. Cuando Ribbentrop apareció poco después, Hitler le reveló: «He dado la orden. Todo está en marcha»; a lo que el ministro de Exteriores respondió: «¡Y que tenga suerte!»

Hitler ordenó a Ribbentrop que «alejara» al embajador polaco si éste trataba de conseguir una entrevista. Durante la tarde efectivamente Lipski pidió ver a Hitler o a Ribbentrop. Brauchitsch se enteró de la petición del polaco a través de Canaris, y se lo dijo a Hitler; el Führer contestó a las 4 de la tarde que no tenía la menor intención de recibir al polaco, y confirmó que «Blanco» seguía adelante.

Cuando Ribbentrop finalmente se dignó ver a Lipski a las 6 de la tarde, se limitó a preguntar al embajador si estaba autorizado para negociar. La entrevista, la primera que se celebraba entre los representantes diplomáticos de Polonia y Alemania desde marzo de 1939, concluyó en cuestión de minutos. Mientras el embajador se marchaba se cortaron todas las líneas telefónicas de la embajada polaca.

Todo había ido según lo planeado por Hitler. Tres horas después, la radio alemana interrumpía su programación para emitir la oferta de los «razonabilísimos» dieciséis puntos que Varsovia ni siquiera había querido mirar. A las 10.30 de la noche se oyeron las primeras noticias por radio referentes a unos graves incidentes frontenzos, incluyendo un ataque «polaco» sobre la estación trasmisora de Gleiwitz. Se informó de más «provocaciones de los polacos» cerca de Kreuzburg y de Hochlinden. Cerca de dos millones de alemanes estaban ahora en armas, y los abnegados e incorruptibles funcionarios de la Forschungsamt empezaban a ver que la alianza occidental se estaba deshaciendo. Monsieur Coulondre llamó por teléfono a Henderson para hablar de la visita que Lipski había hecho a Ribbentrop y le dijo que el polaco se había limitado a entregar una nota sin recibir las propuestas alemanas (que Henderson había obtenido extraoficialmente de Göring durante el día). Henderson estalló: «¡Y para qué! ¡Es absurdo, todo esto lo es!» En una conversación posterior se entregaron a una acalorada discusión que terminó cuando los dos embajadores colgaron bruscamente los teléfonos.

En la víspera de la guerra la confusión reinaba en el oeste.

INTERMEDIO: SU PRIMERA GUERRA EN SILESIA

Cuando Hitler se despertó, sus ejércitos ya habían avanzado muchos kilómetros en el interior de Polonia. Habían tomado la frontera a las 4.45 de aquella mañana, la del 1 de setiembre de 1939, mientras la Luftwaffe bombardeaba los campos de aviación del enemigo y los depósitos de suministros.

En muchos lugares, las operaciones encubiertas de Hitler encontraron una dura resistencia. Los funcionarios de los ferrocarriles polacos de la zona neutral de Danzig habían conseguido retener el «tren de mercancías» procedente del este de Prusia camino del puente de Dirschau, en las cercanías de la estación Simonsdorf. Durante el día, las SA fueron matando en castigo a estos entrometidos ferroviarios polacos. Cuando el tren con su cargamento escondido de zapadores y de infantería alemana llegó al puente de Dirschau, las puertas ya se habían cerrado y las líneas estaban bloqueadas. La Luftwaffe había atacado las espoletas de demolición a su hora, pero los valientes polacos las habían reparado, por lo que el largo puente que corría sobre el Vistula acabó saltando por los aires.

Un segundo puente en Graudenz se había asignado a un escuadrón de la Abwehr que operaba en un largo radio de acción vistiendo ropas civiles. Estos hombres se introdujeron en territorio polaco para acabar arrestados por un teniente del ejército alemán inoportuno y de gatillo fácil; a lo lejos escucharon cómo también se destruía aquel puente.

En la misma Danzig el edificio de correos polaco resistió todo el día mientras oficiales del ejército polaco disfrazados de carteros dirigían la defensa. Treinta y ocho «carteros» polacos sobrevivieron al asedio: aquellos que se encontraron con el uniforme polaco debajo fueron ejecutados. Fue

un duro enfrentamiento para los «ilegales» de ambos lados. Un «ejército» de la Abwehr impulsado por dos capitanes – Ebbinghaus y Fleck – compuesto de voluntarios, guerrillas de las SA, tropas libres de los Sudetes alemanes, y agentes polacos y alemanes, se habían infiltrado en Polonia hacia las 3 de la mañana para tomar empalmes ferroviarios, minas de carbón y fábricas. Sólo en este primer día Ebbinghaus y Fleck tuvieron 174 muertos y 133 heridos entre los 500 asesinos con los que habían partido. En cuanto a Jablunka, los polacos habían dispuesto del tiempo necesario para volar los túneles de la línea ferroviaria.

Hitler se vistió aquella mañana con un holgado uniforme gris del ejército después de que la noche anterior hubiera renunciado por última vez a su chaqueta del Partido. Luego cruzó en coche con su Estado Mayor las calles casi desiertas de Berlín en dirección al teatro Kroll de la ópera para dirigirse al Reichstag. Le invadió una tensión nerviosa mientras su pequeño convoy de automóviles franqueaba el paso de unos cinco metros de anchura por el que se accedía al teatro Kroll de la ópera, uno de los lugares de Berlín que daban más ventaja a un asesino. Hitler se encontró con un centenar de asientos vacíos, ya que se había forzado a los diputados a incorporarse a las filas de la Wehrmacht con otros millones de personas.

En su discurso anunció oficialmente que estaban en guerra con Polonia. Dio las gracias públicamente a su camarada Mussolini por su comprensión y su «ofrecimiento de ayuda»; pero, añadió, los italianos debían entender que no necesitaba ninguna ayuda del exterior para luchar en esta guerra. El discurso se llenó de promesas huecas: el muro occidental se mantendría para siempre como la frontera alemana en el oeste; el pacto con Rusia eliminaba cualquier posibilidad de que surgiera un conflicto entre ellos. Hitler proclamó dramáticamente señalando su uniforme: «¡Nunca llevaré otro hasta que la victoria sea nuestra! ¡No mientras viva!»

Los diputados aplaudieron muchas veces, pero sólo aplaudieron con entusiasmo cuando Hitler anunció que sería caballeroso en la guerra: «Emprenderé cada operación de tal manera que las mujeres y los niños nunca sean el objetivo ni las víctimas.»

Hitler permaneció en Berlín convencido de que las conversaciones diplomáticas no habían terminado. En Londres, lord Halifax había convocado al encargado alemán de asuntos económicos, Theo Kordt, pero se limitó a quejarse de que la ofensiva alemana contra Polonia «creaba una situación muy grave». Hitler cobró ánimos. A las 5.36 de la tarde la FA interceptó las instrucciones procedentes de Londres para notificar a Berlín que Gran Bretaña permanecería al lado de Polonia si las tropas nazis no se retiraban: pero no se daba ningún plazo. El coronel Von Vormann observó por escrito a las 6 de la tarde: «La gran pregunta seguía sin resolverse: ¿Realmente Gran Bretaña apoyará a Polonia?» Casi al mismo tiempo la Forschungsamt interceptó una imprudente observación de un funcionario de la embajada británica en la que decía que la nota no era un ultimátum, sólo una advertencia.

A primera hora del 2 de setiembre, Mussolini trató de frenar la avalancha. Propuso el cese del fuego y la convocatoria inmediata de una conferencia de paz con las cinco potencias; al parecer Francia estaba de acuerdo. Durante algunas horas parece que Hitler pensó en serio la posibilidad de un alto el fuego. En una reunión celebrada aquel mismo día instó a la Wehrmacht a que en los próximos días tomara la mayor cantidad de territorio polaco que fuera posible, especialmente la totalidad del Corredor Polaco. A las 9.20 de la mañana su ayudante del ejército de tierra llamó por teléfono a Rommel para decirle que ese día el Führer tampoco se iba a trasladar a su cuartel general.

Entretanto, la residencia del Führer estaba llena de funcionarios; Brückner se movía de una habitación a otra, preguntaba en qué se ocupaba cada uno y con mucho tacto mandaba a los ociosos a salir a la Wilhelm Strasse. El coronel Von Vormann apuntó en su diario: «El ambiente es de mucha confianza.»

En la ruidosa Cámara de los Comunes, Neville Chamberlain había insistido en que las tropas alemanas se retiraran totalmente de Polonia. La FA interceptó este mensaje cuando se telegrafió a la embajada británica a las 7.50 de la tarde, con la siguiente postdata: «Lea el telegrama que seguirá in-

mediatamente a éste.» A Henderson se le escuchó en una llamada telefónica a Coulondre: «No sé de qué tratará el próximo telegrama, pero puedo adivinarlo.»

Media hora después de la medianoche – ya era domingo, 3 de setiembre – Henderson recibió el «telegrama que seguía inmediatamente». El texto decía lo que ya se temía. «Pedirá una cita con el ministro de Asuntos Exteriores el domingo por la mañana a las 9. Se le darán instrucciones.» Después de leer este mensaje interceptado por la FA, Hitler ya no tenía ninguna duda acerca de lo que serían aquellas instrucciones. Gran Bretaña estaba a punto de dar un ultimátum de guerra al Reich. A las 2 de la mañana Hitler ordenó que un ayudante llamara por teléfono a Rommel para comunicarle que esperaran la llegada del Führer a su cuartel general en veinticuatro horas.

En el ministerio de Exteriores un intérprete tuvo que cumplir con la ingrata tarea de recibir el ultimátum oficial británico de manos de Henderson. Este ultimátum expiraba a las 11. A las 11.30 Henderson vio a Ribbentrop y le informó que Gran Bretaña estaba en guerra con el Reich. Diez minutos después, la FA oyó a la embajada británica informar a Londres que Ribbentrop había hecho entrega de una respuesta de once páginas, sin querer dar ninguna garantía en lo referente a la retirada de las tropas alemanas, y echando toda la culpa a Gran Bretaña: «Los alemanes», decía el informe interceptado, «han estado muy correctos».

El testimonio que el coronel Von Vormann ha dejado de aquel día merece citarse aquí:

«Por fin, lo peor ya ha pasado . . . No soy ningún quejumbroso ni derrotista pero veo un futuro bastante negro. Esto es justo lo que no queríamos. Hasta esta mañana la idea era ganar tiempo de un modo u otro y aplazar la decisión. El Führer sigue pensando incluso hoy que las potencias occidentales se van a contentar con una falsa guerra, por decirlo de alguna forma. Por eso he tenido que trasmitir una orden al ejército a la 1.50 de la tarde para no dar nosotros comienzo a las hostilidades [en el oeste].

»No comparto su opinión. Tiene una idea equivocada sobre la sicología británica y francesa.»

Tal como resultó después, Hitler demostró que volvía a tener razón. Por las contorsiones que Gran Bretaña había tenido que hacer para llegar a dar este ultimátum, Hitler estaba seguro de su poca disposición a la lucha; eso mismo le dijo al almirante Raeder aquella tarde. Raeder escribió su amarga impresión aquel día: «Hoy ha empezado una guerra con Gran Bretaña y Francia con la que – a juzgar por todo lo que el Führer había dicho hasta ahora – no deberíamos habernos enfrentado antes de 1944 . . . »

El mariscal de campo Göring – que no sentía ningún entusiasmo por Ribbentrop – se ofreció voluntario para volar en seguida a Londres. Hitler le prohibió que emprendiera una aventura así. Sin advertir la presencia de los funcionarios que había a su alrededor, Hitler empezó a dictar una detrás de otra las proclamaciones del pueblo alemán, del partido nazi y de la Wehrmacht en el oeste. En ellas tachaba a Gran Bretaña de eterna belicista, cuyo objetivo desde hacía doscientos años había sido el de derrotar a cualquier potencia continental que se mostrara más fuerte, sirviéndose de la mentira, del libelo y del engaño para conseguirlo. Prefirió no gastar palabras sobre Francia. Examinó los borradores y se los entregó a la prensa. Su secretaria Christa Schroeder escribió aquella noche a una amiga: «Estamos pensando en abandonar Berlín dentro de unas horas . . . En cuanto a mí, estoy dispuesta a seguir completamente fiel al jefe. Si nuestra suerte se acaba – no debería pensar en eso, pero si así ocurriera – entonces mi vida ya no tiene ninguna importancia.»

Hacía un cuarto de siglo, los ejércitos del Káiser Guillermo partieron hacia la batalla entre el griterío de las multitudes, con adornos de flores y bandas de música. ¡Qué diferencia con la partida de Adolf Hitler hacia el frente polaco aquella misma noche! En la estación de ferrocarriles Anhalt, un solitario jefe de estación le esperaba en la barrera para saludarle a él y a su Estado Mayor. El tren especial *Amerika* le aguardaba en el andén acordonado, con la locomotora echando vapor mientras las señales de colores de la estación se reflejaban en el metal de las baterías antiaéreas ligeras dispuestas en unos vagones descubiertos que había en cada uno de los extremos del tren.

A las 9 de la noche el largo tren salió de la estación en dirección al campo de batalla en Polonia.

«Dios todopoderoso», había escrito Hitler en el *Mein Kampf*, «bendice nuestras armas cuando llegue el momento, sé justo como siempre lo has sido, juzga por ti mismo si hemos sido dignos de nuestra libertad. ¡Señor, bendice nuestra lucha!»

NOTAS SOBRE LAS FUENTES

El autor ha depositado sus archivos de investigación sobre Adolf Hitler en su colección del Institut für Zeitgeschichte (IfZ) de Munich, Alemania. La mayoría de ellos pueden consultarse sin ningún tipo de restricción. Los temas principales están disponibles en forma de microfilm en Microform Ltd. (Véase p. 26.)

Introducción (páginas 1–32)

Hugh Trevor-Roper subrayó la firme resolución de Hitler en política exterior en una comunicación leída ante unos historiadores en Munich en noviembre de 1959 (*VfZ*, 1960, 121 y ss.). Véase también el artículo de Karl Bracher sobre la temprana política exterior de Hitler (*VfZ*, 1957, 63 y ss.), y Hitler, *Das Zweite Buch* (Stuttgart, 1961).

Los archivos aún cerrados de Allen Dulles sobre los diarios de Ciano, 1944–1969, son los números 20, 21, 23, 48 y 170.

Sobre la ascendencia de Hitler: el Ministerio de Propaganda prohibió en repetidas ocasiones cualquier tipo de especulación al respecto en la prensa, por ejemplo, en diciembre de 1939 (HL, documentos de Hans Fritzsche).

El célebre periodista norteamericano Louis Lochner visitó un campo de concentración en mayo de 1933, y escribió a su hija explicando que los prisioneros recibían un trato humano, aunque se les confinaba sin ningún procedimiento judicial (documentos de Lochner, State Historical Society de Wisconsin).

Prólogo: la simiente (páginas 33–43)

Los informes policiales se encuentran reproducidos en *VfZ*, 1963, 274 y ss. El discurso de Salzburgo de agosto de 1930 (p. 25) se encontrará en BA, archivo NS 11/28. Para otros dos discursos sobre el tema de los judíos pronunciados en Viena en la primera época, en diciembre de 1921 y junio de 1922, véase *VfZ*, 1966, 207 y ss.

Gerd Heidemann proporcionó la copia procedente de su extraordinaria colección con las observaciones que Hitler hizo a Scharrer.

Esta cita reveladora pertenece al discurso secreto que Hitler pronunció ante sus generales el 22 de junio de 1944 (inédito; BA, archivo NS 26/51).

Dictador por consenso (páginas 45–66)

El equipo del OCMH a las órdenes de Georg Shuster realizó en 1945 toda una serie de agudos interrogatorios a dirigentes alemanes incluyendo a Schacht, Dönitz, Schwerin von Krosigk y Ribbentrop: proporcionan una información muy franca sobre estos primeros años (copias disponibles en la colección Irving, IfZ).

Las cartas de Walther Hewel escritas en Landsberg están en posesión de su viuda: el microfilm de los documentos de Hewel se encuentra en la colección Irving, IfZ, y puede consultarse con su permiso.

Robert Ley escribió algunos manuscritos en su celda de Nuremberg antes de suicidarse en octubre de 1945. Las autoridades de Nuremberg ordenaron su destrucción pero aforiunadamente fueron a parar a los archivos de Robert H. Jackson (NA, RG-238, archivos de Jackson, apartado 181). Dispongo de un microfilm, DJ-79, que se encuentra en la colección Irving, IfZ. Véase también el interrogatorio de Ley del 29 de mayo de 1945 (SAIC/30) y el criterio de un alemán oriental en *VfZ*, 1970, 443 y ss. La embajada norteamericana envió a Roosevelt un informe de 112 páginas sobre el Frente del Trabajo en agosto de 1938 en el que se subrayaba la convicción del Frente de que «el estado tiene la obligación de enriquecer y

mejorar la vida del obrero». FDR contestó a la embajada: «Todo esto nos ayudará en nuestros planes.» (FDRL, PSF, apartado 45, Alemania.)

A propósito de la historia de la autopista, tuve la suerte de poder consultar los diarios y documentos familiares (todavía de acceso restringido) de Fritz Todt; también me he servido del interrogatorio de Shuster a Dorsch. Véase también el documento de Dorsch del 8 de marzo de 1950 en BA, archivo Kl. Erw. 529/2.

Basándome en parte en la monumental y magnífica copia de Elke Fröhlich de los voluminosos diarios del doctor Joseph Goebbels así como en otras fuentes de archivo, estoy preparando una biografía del ministro de Propaganda de Hitler como complemento a los estudios que ya he realizado sobre Milch, Hess, Rommel y Göring. Los apuntes de los días 3 y 6 de febrero de 1933 revelan la furia que sintió en silencio al verse apartado del primer gabinete ministerial de Hitler. En cuanto al misterioso incendio que destruyó el Reichstag la noche del 28 al 29 de febrero de 1933, la nota que escribió Goebbels en su diario personal el 9 de abril de 1941 tras una conversación con Hitler demuestra de una vez por todas que los nazis no fueron los responsables.

Oron J. Hale, en su libro *The Captive Press in the Third Reich* (Princeton University Press, 1964) escribió la historia definitiva del monopolio de la prensa nazi. También he consultado los informes ministeriales (BA, R43 I/1459), el interrogatorio de Shuster a Eugen Maier y Max Amann, así como los interrogatorios realizados por el Séptimo Ejército a Amann y a Hans Heinrich Hinkel. Sobre el préstamo de Epp véanse sus documentos (T84/24/9692).

Sobre el nacimiento de las SS y de la policía estatal véanse los interrogatorios de Shuster a Frick y a Göring de julio de 1945. La carta de Himmler del 18 de mayo de 1937 se encuentra en T175/40/0962f; la carta de Heydrich a Himmler del 23 de mayo de 1939 se encuentra en BDC, archivo 238/I. La copia de las notas de Himmler realizada por mí se puede consultar en la colección Irving, IfZ.

Para un análisis sobre la agencia nazi de escuchas telefónicas, Forschungsamt, véase mi biografía sobre Göring (Nueva York y Londres, 1989); también he publicado la historia de la FA, *Das Reich hört mit* (Arndt Verlag, Kiel, 1989); después de revisar la primera documentación que obtuve sobre la FA, *Breach of Security* (Londres, 1968), baso mi estudio en las entrevistas que realicé al personal de la FA; en el manuscrito ZS-1734 de Ulrich Kittel, oficial de la FA, en los archivos del IfZ; en los interrogatorios realizados a Göring, Steengracht, Ribbentrop y Schapper; y en el histórico archivo del OSS sobre la FA, XE 4986 (NA, RG-226).

En los interrogatorios a los que le sometió el SAIC y el USFET, Lammers describe la relación existente entre Hitler y Hindenburg. Véase también la carta que Hitler envió al presidente el 5 de abril de 1933 (T81/80/2044 y ss.).

El discurso secreto pronunciado por Hitler el 3 de febrero de 1933 constituye la prueba más importante de que su política exterior se mantuvo constante desde 1933 hasta 1941. El testimonio de Mellenthin se encuentra en los archivos del IfZ; también me he servido de las notas de Liebmann y de la versión de Raeder extraída de su manuscrito sobre Hitler y el Partido (en los archivos de Robert H. Jackson).

Sobre la creación de la secreta Luftwaffe, he utilizado los diarios y documentos de Milch, así como documentos del gabinete ministeríal. Véase mi libro *The Rise and Fall of the Luftwaffe* (Londres y Nueva York, 1973); y la historia oficial alemana de Karl-Heinz Völker, *Die deutsche Luftwaffe 1933–1939* (Stuttgart, 1967), así como *Dokumente und Dokumentarfotos zur Geschichte der deutschen Luftwaffe* (Stuttgart, 1968) del mismo autor.

El estudio de Raeder sobre la política naval alemana de 1933 a 1945 se encuentra en los archivos de Jackson (NA); véase también el interrogatorio al que se le sometió en Nuremberg el 9 de de noviembre de 1945, y especialmente, los estudios alemanes de guerra del historiador de la marina doctor Treue (archivos BA, PG/33965a y 33966a); ahí se citan numerosos documentos de antes de la guerra de los que no se sabe nada más. Una buena guía para la documentación es la tesis doctoral de James Hine Belota, Universidad de California, 1954: mi microfilm de la tesis, DJ-47, se encuentra en la colección Irving, IfZ.

La orden de Hitler se menciona en una carta de Fritz Todt fechada el 14 de noviembre de 1936 y dirigida al Oberbaurat Koester (documentos de Todt).

Citas procedentes de los archivos de Ribbentrop (ver p. 14).

Sobre la creciente tensión entre las SA y el ejército regular he consultado los documentos de Fritsch y de Liebmann, y me he remitido a los documentos publicados por Klaus-Jürgen Müller en *Das Heer und Hitler* (Stuttgart, 1969), así como al manuscrito de Weichs (N 19/6), quien había sido anteriormente jefe de Estado Mayor de Fritsch durante un año. Los documentos de los archivos de Krüger (T580/265) contienen una nota marginal escrita por Kr[üger] en marzo de 1934 en la que indica que creía en la existencia de una conspiración de la Abwehr contra las SA.

Las líneas citadas proceden del manuscrito de Vormann (IfZ, F34). Keitel y muchos otros generales del ejército han testificado que las SA almacenaban armas ilegales; véase la prueba en el archivo del Wehrkreis VII, 1652 (BA).

Las cartas de Eduard Wagner se pueden consultar en el microfilm del autor.

La periodista era Bella Fromm. Su diario se encuentra en la Mugar Memorial Library de la Universidad de Boston. El papel desempeñado por las SA fue confirmado al autor por el doctor Gerhard Neuenhoff y por un informe del BAOR en XE 4986 (véase nota de la p. 38).

Los temas más importantes del archivo del Wehrkreis VII, 1652 (BA) los ha publicado y analizado Klaus-Jürgen Müller en *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 1968, 107 y ss. He consultado también el diario, los apuntes y las memorias inéditas de Milch; documentos procedentes de «Röhm Trial», Munich, mayo de 1957; los interrogatorios de Shuster a Göring y a Frick de julio de 1945, así como el realizado a Walter Buch por el CCPWE-32.

Sobre el asesinato de Schleicher, véase el documento de Theodor Eschenburg en *VfZ*, 1953, 71 y ss.

Los diarios de Viktor Lutze del período 1934–1943 se encuentran en la Friedrich Ebert Stiftung de Bonn.

La ira de Hitler provocada por los innecesarios asesinatos se describe en los documentos personales de Julius Schaub, disponibles en la Sammlung Irving, IfZ. Wilhelm Brückner también lo describió en varias desclaraciones juradas y otros documentos para la policía de Traunstein en 1952 (ídem). Para el informe sobre las «borracheras» de Lutze, véanse los archivos de Himmler, T175/33/1892 y ss. La versión de Lutze tiene la confirmación verosímil de Ley en un extenso documento mecanografiado, con el título de «Consideraciones sobre el Führer», escrito en el verano de 1945 (documentos de Jackson; copia disponible en la colección Irving, IfZ). Para la lista de 83 víctimas, véase T81/80/3456 y ss.

Del amable comentario de Hindenburg se enteraron Kempka (interrogatorio de Shuster), Funk (véase la obra de Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche*, Stuttgart, 1963, 405), y Brückner (memorándum fechado en mayo de 1949).

El triunfo de la voluntad (páginas 67–76)

Adam explica este significativo alarde de Hitler en sus memorias secretas (IfZ, ED-109). Sobre el asesinato de Dollfuss, véase el artículo de Helmuth Auerbach en *VfZ*, 1964, 201 y ss.; me he servido también de la conversación (grabada) de Papen del 7 de mayo de 1945 (X-P3), y de los interrogatorios de Shuster a Seyss-Inquart de julio de 1945. El historiador austríaco doctor Ludwig Jedlick ha publicado también importantes documentos de las SS rescatados del lago Schwarzensee en Checoslovaquia en 1964, en *Der 25. Juli 1934 im Bundeskanzleramt in Wien* (Viena, 1965).

Sobre las relaciones entre la Wehrmacht y las SS, Walther Huppenkothen – un oficial de la Gestapo – ha escrito unos estudios muy reveladores que se encuentran en el archivo especial de Canaris del BDC. He consultado también los documentos de Fritsch y un manuscrito del general Edgar Röhricht sobre la lucha de Himmler por el poder militar, con fecha de marzo de 1946 (IfZ).

Hay una referencia al discurso de Hitler del 3 de enero de 1935 en los diarios de Leeb y de Milch; sobre este punto los mejores testimonios son los de Raeder (agosto de 1945), los del almirante Hermann Boehm (IfZ: ZS12) y los del doctor Werner Best (marzo de 1949, IfZ).

He consultado los documentos de Beck (N28).

La importante orden de Blomberg del 10 de julio de 1935 es inencontrable, pero se encuentra suficientemente parafraseada en la orden dada por Fritsch el 3 de marzo de 1936

(archivos navales, AA serie 9944, pp. E695952 y ss.). Véase el convincente argumento que da Donald Watt a este respecto en *Journal of Contemporary History*, octubre de 1966, 193 y ss.

El comentario de Hitler sobre el 25 de mayo de 1935 está explicado por el ayudante de Raeder, el capitán Schulte-Mönting, IMT, XIV, 337; véanse también los interrogatorios de Shuster a Dönitz y a Raeder, y el documento de Wolfgang Malanowski en WR, 1955, 408 y ss. Para la historia del almirantazgo alemán desde 1935 hasta 1941, véase el libro de Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935–1945*, Bd. I (Frankfurt/M, 1970), y – concretamente desde el punto de vista de Hitler – véase el pequeño manuscrito publicado por su ayudante naval el contraalmirante Karl-Jesco von Puttkamer: *Die Unheimliche See* (Munich, 1952).

Los apuntes médicos de Eichen se pasaron a microfilmes: NA película especial ML/131; también me he servido de un interrogatorio británico realizado a Eicken, así como de algunos documentos de Schaub.

La carta de Koerner iba dirigida al secretario de estado Herbert Backe. Frau Ursula Backe, la viuda de este último, puso a mi disposición las cartas y documentos de su marido. En cuanto al memorándum de Hitler de agosto de 1936, véase el excelente estudio del profesor Wilhelm Treue, en el que reproduce este documento, en *VfZ*, 1955, 184 y ss. Hitler se refirió brevemente a él en una conversación de sobremesa el día 24 de enero de 1942. Sobre el gabinete mínisterial (Ministerrat) del 4 de setiembre de 1936, veáse ND, 416-EC.

Los documentos de Milch son importantes para estudiar los orígenes de la Legión Cóndor. También me he servido de los interrogatorios de Shuster a Warlimont y a Göring.

Para los comentarios de Göring, véase ND, 3474-PS.

«Un día, el mundo» (páginas 77–88)

A propósito del *Who's Who*, véase el archivo de la Cancillería: «Asuntos personales de Adolf Hitler» (R43 II/960); la cita procede del discurso que pronunció ante sus generales y mariscales de campo el día 27 de enero de 1944 (BA, colección Schumacher, 365).

Below describe en su manuscrito el creciente interés que Hitler tenía por el Japón. El interrogatorio de Shuster al doctor Werner von Schmieden, quien encabezó la división del AA del Lejano Oriente, constituye una fuente de primera mano.

Sobre el temprano sentimiento de afecto de Hitler hacia Gran Bretaña, véase, por ejemplo, la obra de G. Schubert *Anfänge nationalsozialistischer Aussenpolitik* (Colonia, 1963) para el período 1922–1923; y también el artículo muy poco conocido que escribió Hitler para la revista mensual *Deutschlands Erneuerung*, 1924, 199 y ss. (sobre el cual compárese Wolfgang Horn en *VfZ*, 1968, 280 y ss.). Ribbentrop dio muchas explicaciones sobre los esfuerzos que hizo para fortalecer la relación angloalemana en sus interrogatorios y manuscritos: es de especial interés su manuscrito del 2 de agosto de 1945 encontrado entre los documentos de Robert Jackson (NA) y del que he depositado una copia en la Sammlung Irving, IfZ. Ribbentrop se refirió a menudo a la oferta de alianza con Gran Bretaña que hizo en 1936: y Hitler también, como por ejemplo el 31 de agosto de 1944 (Helmut Heiber, *Hitlers Lagebesprechungen 1942–1945* [Stuttgart, 1962], 614).

Sobre las referencias de Hitler a la observación de Lloyd George, véanse sus discursos del 30 de mayo de 1942 (Picker, *op. cit.*, 503) y del 27 de enero de 1944, así como una conversación de sobremesa del 18 de julio de 1942.

Apunte del diario de Mackenzie King, 29 de junio de 1937: Public Archives of Canada, MG26/J.13.

La cita procede del discurso secreto que Hitler pronunció ante los responsables de la prensa nazi el 10 de noviembre de 1938 (copiado en febrero de 1940, en el archivo BA, NS 11/28; una copia diferente se publicó en *VfZ*, 1958, 175 y ss., y hay un resumen de Rudolf Likus en los archivos de Ribbentrop, AA serie 43, 29044 y ss.).

Algunos agentes de Hitler como Keppler y su ayudante el doctor Edmund Veesenmayer piden una atención mucho mayor de la que los historiadores les han prestado; influyeron mucho más que Neurath, que Ribbentrop y los diplomáticos en los asuntos y los acontecimientos inmediatos de la política exterior. He conseguido todos los interrogatorios que he

podido (del Departamento de Estado de los EE.UU., del OCMH, de Shuster y de Nuremberg), y he estudiado también sus archivos personales del BDC.

Hay material sobre la escasez de hierro y acero de 1937 en los archivos de Milch y del estado mayor naval, y en el diario de Jodl. Sobre el origen de las materias primas de la Conferencia de Hossbach, véanse los archivos de Milch, MD 53/867, 53/849, 65/7510.

François-Poncet informó sobre la Conferencia de Hossbach en dos *télégrammes chiffrés*, números 4409–10, el 6 de noviembre de 1937 (inéditos); que la FA los descifró resulta evidente si se mira la correspondencia entre Blomberg, Raeder, Puttkamer y Wangenheim en los archivos del Estado Mayor naval (PG/33272).

Existe un apunte auténtico pero evidentemente incompleto de la Conferencia de Hossbach del 5 de noviembre de 1937, que se escribió el 10 de noviembre de 1937 (ND, 368-PS). A mi juicio es lo bastante satisfactorio, ya que los ayudantes de Hitler (Below, Puttkamer) me dijeron que ya la habían visto en aquella época; también se menciona en el diario de Jodl, en el escandalizado comentario que Beck hizo el 12 de noviembre (BA, N28/4), e indirectamente en la orden dada por la Wehrmacht el 7 de diciembre de 1937. A este respecto, hay otros argumentos muy útiles: Kielmansegg, en *VfZ*, 1960, 268 y ss.; y Hermann Gackenholz, *Reichskanzlei 5 November 1937* (Berlín, 1958), 459 y ss. Cabe destacar que no existe ninguna prueba aceptable que demuestre la oposición por parte de Fritsch, ni en la conferencia ni después. En sus papeles personales ni siquiera menciona la conferencia. Alan Bullock, en *Hitler, a Study in Tyranny*, describe una dramática disputa entre Hitler y Fritsch ocurrida el 9 de noviembre: debió de hacerse a gritos, porque Fritsch pasó aquel día en Berlín mientras Hitler se encontraba en Munich.

La carta del comandante naval capitán Schüssler dirigida a Raeder es del 26 de junio de 1937 (BA, PG/33273). El 10 de enero de 1944 el almirante especuló sobre el hecho de que Hitler hubiese decidido muy pronto ajustar las cuentas con la Unión Soviética, sobre todo por razones de Weltanschauung (ideología). «En 1937 o 1938 dejó entrever que tenía la intención de eliminar a los rusos como potencia del Báltico; de este modo se les obligaría a dirigirse hacia el golfo pérsico» (PG/33954b).

El discurso del 23 de noviembre de 1937 se encuentra en BA en forma de discos, F5/EW.68,368–68,400.

Los diarios de Lord Halifax contienen un gráfico relato de su encuentro con Hitler: Instituto Borthwick, Universidad de York; y PRO, FO.371/20736.

La extensa carta de Ribbentrop dirigida a Hitler, A.5522 con fecha del 27 de diciembre de 1937, se encuentra en la biblioteca del ministerio de Exteriores británico; parece que Ribbentrop se la entregó en mano a Montgomery en una copia al carbón en mayo de 1945 para asegurarse de que se hiciera pública. Pero ocurrió todo lo contrario: desapareció de vista hasta hace muy poco. He depositado copias en el AA, el IfZ, y en BA.

Existe una copia sin firma y con la fecha equivocada del discurso de Hitler del 21 de enero de 1938 en BA, archivo RH26-10/255. Milch apuntó en su diario: «Discurso de tres horas del Führer al ministerio de la Guerra del Reich. ¡Formidable!» Y Jodl: «Al finalizar la clase de política nacional el Führer se dirige a los generales durante dos horas y media para expresar sus opiniones sobre historia, política, la nación y su unidad, religión y sobre el futuro del pueblo alemán.»

La primera dama (páginas 89–104)

Han sobrevivido dos testimonios del mismo Blomberg referentes a este asunto: su manuscrito para el Séptimo Ejército de los Estados Unidos, SAIC/FIR/46 del 10 de setiembre de 1945, y unos apuntes inéditos que se encuentran en posesión de su familia y que fueron copiados por Elke Fröhlich del IfZ. También he consultado los diarios de Alfred Jodl y de Wolf Eberhard; este último oficial fue ayudante de Keitel en el período 1936–1939. Un microfilm (DJ-74) y una copia incompleta del diario de Eberhard se encuentran en la Sammlung Irving, IfZ. Tienen un valor secundario los interrogatorios de Karl Wolff, Meissner, Keitel, Wiedemann, Bodenschatz, Puttkamer, conde Von der Goltz, Frau Charlotte von Brauchitsch, Canstein, Siewert, Engel y Lammers; las memoria inéditas de Below, el ayudante de Hitler de la Luftwaffe, escritas en 1946; así como los diarios del sustituto de Göring,

Erhard Milch (de los cuales he depositado copias y un microfilm, DJ 56–59, en la colección Irving, IfZ).

La «carpeta de ante», los documentos policiales sobre Fräulein Gruhn, sobrevive con el número 7079 en los archivos del fiscal de Berlín. No contiene ninguna prueba de antecedentes criminales ni de acusaciones morales. Es posible reconstruir el modo en que fue atrapada, partiendo de los testimonios de Miklas y de Löwinger. La localicé en Berlín occidental en 1970, pero me dijo que no estaba dispuesta a que la entrevistaran.

Las notas personales que Fritsch escribió de puño y letra entre el mes de febrero de 1938 y el 27 de setiembre 1938 se extrajeron de los archivos militares de Potsdam para llevarlos a Moscú en 1945, aunque Lev Bezmenski los puso amablemente a mi disposición. He depositado copias con el BA-MA, Colección Fritsch, N33/22, y la colección Irving, IfZ. El coronel Otto-Heinz Grosskreutz, el ayudante de Fritsch, me confirmó su autenticidad. Son interesantes las cartas personales de Fritsch dirigidas a la baronesa Margot von Schutzbar; los originales se conservan en la colección Wheeler-Bennett en St. Anthony's College, Oxford; los manuscritos de Fritz Wiedemann, antiguo ayudante de Hitler, escritos en febrero de 1939, se encuentran en la Biblioteca del Congreso, apartado 604 (véase mi copia en la colección Irving, IfZ).

Fritsch fue interrogado por el doctor Werner Best y Franz Josef Huber, de la Gestapo, el 27 de enero de 1938. El testimonio literal de 83 páginas – en NA, microfilm T82/272 – cita extensamente el expediente de Fritsch, y también sus propias notas.

Todos mis predecesores han fechado este discurso de Hitler el 4 de febrero de 1938: pero las notas de Fritsch, los diarios de Milch, de Eberhard y del último mariscal de campo von Leeb, demuestran que fue el día 5. Los mejores resúmenes son los de Liebmann (IfZ, ED-1), Felmy, Adam, Weichs, Hoth y Guderian.

Heitz describió su encuentro con Hitler y Himmler en varias ocasiones; por ejemplo, a Weichs, Viebahn y Von der Goltz; él mismo murió siendo prisionero de los soviéticos.

El relato que hago del discurso de Hitler del 13 de junio de 1938 en el que se daba por cerrado el asunto de Fritsch se basa en las notas de Fritsch, en las cartas escritas por Halder y por Karl-Heinrich von Stülpnagel a Beck el 14 y el 15 de junio (N28/3), en los diarios de Milch y de Eberhard, y en los recuerdos que escribieron Liebmann, Below, Adam, Felmy, el auditor de guerra Rosenberg y el general Von Sodenstern.

La Diosa de la Fortuna (páginas 105–123)

Las cartas de Hess dirigidas a sus padres fueron interceptadas y copiadas por la Inteligencia británica (PRO, archivo FO.371/26566).

La observación de Todt se encuentra en una carta dirigida a Dietrich, 15 de julio de 1937 (documentos familiares).

Las cartas con las listas de películas que se mostraban a Hitler, así como sus comentarios, se encuentran en los archivos de su oficina personal (Adjutantur), por ejemplo, NS 10/48.

Finis Austriae: Los sucesos que condujeron al encuentro del Führer con Schuschnigg fueron objeto de un estudio minucioso en *Der Hochverratsprozess gegen doctor Guido Schmidt* (Viena, 1947); aquí se ofrecen documentos sobre el tema así como los testimonios muy reveladores de Schmidt, Hornbostel, Tauschitz y otros. Aparte de los incontables interrogatorios de Papen (como X-P3), Keppler, Veesenmayer y Dirksen, he encontrado el importante archivo inédito de documentos austríacos capturados en 1938 por los nazis: AA, serie 2935. En los interrogatorios, como los del departamento de estado de los EE.UU. y los de Nuremberg, Neurath dio razones plausibles a propósito de su destitución como ministro de Exteriores.

Stülpnagel hizo esta descripción de Ribbentrop a Vormann (IfZ, F34). Era un hombre de pocos amigos, pero aún hay algunos diplomáticos que en privado hablan con él con afecto, como por ejemplo Hasso ven Etzdorf, que me habló de algunas de sus cualidades positivas. Dada la abierta hostilidad de Weizsäcker hacia el, por ser diplomático profesional, hay que tomar con mucha cautela las referencias que Weizsäcker hace en su diario: tengo la firme sospecha de que algunos de esos apuntes – que aparecían en hojas sueltas – fueron añadidos

por Weizsäcker años después. Ribbentrop dijo a Shuster en julio de 1945: «Mi única función como ministro de Exteriores era la de llevar a cabo la política exterior del Führer por medios diplomático.» Escribió lo mismo a Himmler el 6 de setiembre de 1942 (T175/117/2473). Además de los importantes archivos de Ribbentrop ya mencionados en la página 14, los investigadores deberían consultar el archivo XE000887 dado a conocer recientemente por Fort Meade (NA, RG-319).

Reinhard Spitzy, el secretario de Ribbentrop, me dio su testimonio sobre el encuentro que presenció en el Berghof. El relato de los hechos del ministro Guido Zarnatto, publicado en *Candide* con el título de «Los últimos días de Austria», puede encontrarse en los documentos del embajador Von Mackensen (AA, serie 100, 65372 y ss.).

A propósito del proyecto del puente colgante de Hamburgo, entre los documentos de Todt hay una carta informativa escrita por él mismo el 1 de abril de 1939 y dirigida al general de división Hermann ven Hanneken («El Führer ha expresado el deseo de que las obras empiecen este año»). Las perforaciones de prueba ya estaban terminadas, pero había que trasladar unos depósitos de gasolina para dejar sitio al pilar sur y al dique del puente.

Otra prueba de que Hitler no planeaba una intervención inmediata en Austria está implícita en una carta de su agente especial Keppler dirigida a Himmler el 7 de marzo de 1938 (al día siguiente de que ambos se encontraran con Ribbentrop): «Me permito recordarle que usted iba a hacer propuestas sobre qué oficiales consideraba más adecuados para el intercambio con Austria» (archivos de Himmler, T175/32).

La carta de Wilson se encuentra en los archivos de Roosevelt (FDRL, PSF apartado 45, Alemania).

El estudio del OKW del 7 de marzo de 1938 que redactó Beck y que firmó Brauchitsch se encuentra en el archivo naval PG/33311. La reacción de Hitler está en las memorias de Keitel.

Los interrogatorios de 1945 de Glaise-Horstenau, y sobre todo su conversación con el edecán de Ribbentrop – Likus – el 20 de abril de 1938 (archivos AA, serie 43, 28926 y ss.), son las fuentes principales de la historia. El horario de los sucesos se basa en los diarios de Bormann, Eberhard y Jodl; en los informes de la FA (2949-PS) y en los interrogatorios de Göring, Papen, Keppler, Wiedemann y del general de la policía Von Grolmann realizados después de la guerra.

La ansiedad de Hitler a propósito de la reacción de Mussolini se ve con claridad en la grabación que hizo la FA de su conversación telefónica con el príncipe Philipp de Hesse, su correo diplomático con Roma, el 11 de marzo de 1938 (2949-PS). Jodl anotó en su diario el día 12 de marzo: «Schörner [al mando de un cuerpo de montaña] ha sido empujado hacia la frontera italiana.» En una carta del 28 de marzo dirigida al OKW, Keitel mencionó que Hitler quería saber si las tres divisiones de montaña «son adecuadas para una defensa inicial de nuestra frontera en el sur, y hasta qué extremo necesitará el refuerzo de guardias fronterizos» (PG/33274). He depositado una copia del diario inédito de Jodl de los días 11 al 18 de marzo de 1938 en mi colección, IfZ. Para un facsímil de la carta de Hitler dirigida a Mussolini, véase *Aus Görings Schreibtisch*, de T. R. Emesen (Berlín Este, 1947).

Sobre las llamadas nocturnas a Hitler, véase la carta de Weizsäcker del 13 de marzo de 1938 dirigida a su madre: «Estos últimos días han sido de una actividad frenética. Incluso de noche – es decir, la noche del 11 al 12 de marzo – Marianne ha dormido muy poco ya que el teléfono no ha dejado de sonar.» Casi todas las llamadas procedían de Viena, como el mismo Weizsäcker recordaba el 26 de marzo: «Después de situar con éxito a Seyss-Inquart, éste comunicó que para las tropas alemanas la intervención sería innecesaria y poco deseable. Durante la noche del 11 al 12 de marzo estuve pasando estos comunicados con la ayuda, en parte, de nuestro encargado de negocios [en Viena] Von Stein, del general Muff [el agregado militar] y del general en jefe del ejército Von Brauchitsch; pero nadie contestaba en la Cancillería del Reich.» Desde que escribí esta obra, el profesor Leonidas Hill ha publicado los documentos de Weizsäcker (Berlín, 1974). Es imperdonable que otros historiadores (A. J. P. Taylor, Alan Bullock, Joachim Fest, John Toland) los hayan ignorado.

La crisis nerviosa de Viebahn se describe en el diario inédito de Jodl, y también en la parte inédita de las memorias de Keitel.

El hecho de que Hitler se decidiera a llevar a cabo el Anschluss estando en Linz queda demostrado por los apuntes que Weizsäcker (el 26 de marzo de 1938) y Milch hicieron en

sus diarios, y por los testimonios de Keitel, Keppler, Milch y el secretario de la legación austríaca de Berlín, Johannes Schwarzenberg; tanto Ribbentrop como Göring se quedaron muy sorprendidos ante la decisión de Hitler.

Wolf Eberhard me describió la escena de los dedos; después de lo de Praga, en marzo de 1939, fue Keitel quien se lo contó a Eberhard.

«Verde» (páginas 124–137)

Además de los documentos británicos, franceses, alemanes, checos, polacos y americanos, tanto publicados como inéditos, he sacado mucha información de los interrogatorios realizados a Ribbentrop, Andor Hencke (el secretario de la legación de Praga), al general Von Wietersheim, al general Von Salmuth, a Halder, al general Kalman Hardy (el agregado militar húngaro), a Nicolaus von Horthy, a Brauchitsch y a Blaskowitz; así como de los testimonios escritos de Below, Engel, Adam y Fritz Bürger, el agente de Henlein en Berlín para los capítulos que siguen.

Además de los diarios de Weizsäcker, Jodl y Eberhard, hay otros dos de mucha importancia: el que escribió el edecán de Hitler, Max Wünsche, del 16 de junio al 20 de noviembre de 1938 (NS/10/125), y en el que se enumeran las principales citas y decisiones del Führer; también el diario de Helmuth Groscurth, publicado con el título de *Tagebücher eines Abwehroffiziers 1938–1940* (Stuttgart, 1970).

Para la orden de Keitel del 28 de marzo de 1938, véase el archivo PG/33274.

Las observaciones de Hitler proceden de una conversación privada de sobremesa, 21–22 de octubre de 1941. Véanse también los interrogatorios realizados a Albert Speer después de la guerra, así como sus libros – con la debida precaución – y la excelente (pero inédita) tesis del doctor Armand Dehlinger sobre los planes nazis para la reconstrucción de Munich y de Nuremberg (IfZ, MS 8/10).

Schmundt dejó constancia de sus reuniones secretas con Keitel y con Hitler entre abril y octubre de 1938, y archivó las notas con los telegramas y las órdenes a propósito de «Verde». A petición mía, el NA pasó a microfilm el archivo «Verde» de Schmundt (T77/1810). Helmuth Greiner empezó a escribir un diario oficial de la guerra para el departamento de Defensa Nacional del OKW (L.), como prueba un apunte del 22 de noviembre del diario de Eberhard a propósito de los documentos de las reuniones diarias de Keitel: «Greiner se va de permiso después de completar el diario de guerra del período que va desde el 21 de mayo de 1938 hasta la conclusión de la crisis checa: recopilación diaria de material muy valioso, sobre todo de las notas manuscritas del jefe del OKW [Keitel]. El ayudante de la Wehrmacht, teniente coronel Schmundt, comunica a este respecto que hay documentos complementarios en sus archivos» (el diario de guerra de Greiner no se ha vuelto a ver desde entonces).

El 26 de abril Likus informó a Sztójay sobre las observaciones de Hitler (AA, serie 43, 28929).

La visita realizada por Hitler a Roma se describe en muchas fuentes, sobre todo en los manuscritos de Julius Schaub, en las notas de Engel y en el manuscrito de San Francisco de Wiedemann del 28 de marzo de 1939.

La observación de Hitler a bordo del *Conte Cavour* se dirigió a Ciano el 13 de agosto de 1939: partiendo del borrador (película Loesch, F5 o T120/610) más que de la redacción final, parece evidente que la observación salió de Hitler y no de Mussolini.

Tanto Speer como Schaub confirmaron la gratitud que sentía Hitler hacia los socialdemócratas por haber abolido la monarquía; también lo confirman las memorias mecanografiadas de Franz von Sonnleitner, que Reinhard Spitzy puso amablemente a mi disposición. Véase también el apunte del doctor Werner Koeppen sobre la conversación que tuvo lugar en la cena de 18 de setiembre de 1941 (T84/387).

El informe de Jeschonnek se encuentra en el archivo naval PG/33272.

En los archivos del ministerio de Justicia del Reich hay una nota sobre el destino de los dos policías checos (Koranda y Kriegl) que mataron a tiros a dos granjeros de los Sudetes

alemanes. El 20 de octubre de 1940 el ministro dispuso que no había motivos de procesamiento, pero Himmler les condenó a cadena perpetua (BA, R22/4087).

Puttkamer mandó un cable a Raeder el 24 de mayo de 1938 refiriéndose a la predicción de Hitler de que Gran Bretaña y Francia iban a ser ahora los enemigos del Reich: véanse los archivos navales PG/36794, 33535 y 34162 para el telegrama, así como la agitación de las reuniones que la predicción de Hitler provocó en el Estado Mayor de la marina.

La orden de Hitler referente al muro occidental – con el sobrenombre popular de Línea Sigfrido – se menciona en los diarios y documentos de Fritz Todt (en posesión de la familia), en las memorias de Adam, y en los documentos de la sección de fortificaciones del Estado Mayor general (T78/300).

Debido a su importancia, he descifrado las notas que Beck escribió a lápiz durante el discurso que Hitler pronunció el 28 de mayo de 1938 (N28/3); dispongo de una copia en la colección Irving, IfZ. Wiedemann también describe el discurso en sus manuscritos de 1939 y 1940 (película DJ-19), así como en varios interrogatorios. Weizsäcker observaba en su diario el 31 de mayo de 1938: «El 28 de mayo el Führer convocó a sus más próximos para una reunión de tres horas con el fin de llevar adelante los preparativos para la resolución del problema checo. Habló de . . . ¿? [*sic*] como fecha.»

Las condiciones dispuestas por Raeder vuelven a aparecer en un estudio del Estado Mayor de la marina del 25 de octubre de 1938 (PG/34181): «El objetivo de las operaciones por tierra [en el oeste] debe ser el de ocupar la costa del Canal hasta las vías de acceso occidentales (Brest, etc.)», ya que la ocupación de la línea costera sería «de vital importancia para la marina y la Luftwaffe en caso de una guerra con Gran Bretaña y Francia». No hay duda de que Raeder se lo expuso claramente a Hitler el 27 de mayo, porque en su reunión secreta del día siguiente Hitler confirmó (segun las notas crípticas de Beck) que «el objetivo de una guerra en el oeste (con Francia y Gran Bretaña) es el de aumentar nuestra línea de base costera (Bélgica, Holanda). Peligro de neutralidad belga y checa. Hay que eliminar a los checos entonces». La interpretación que Wolfgang Foerster da a estas líneas en *Ein General Kämpft gegen den Krieg* (Munich, 1949) es equivocada: llega a la conclusión de que el aumento de la línea de base (Bélgica y Holanda) es el objetivo de la guerra con las potencias occidentales, cuando se trata, en realidad, de un requisito previo, tal como indica la nota original de Beck.

La otra cara de Hitler (páginas 138–146)

El diario de Wünsche ha permanecido sin identificar en los archivos del Adjutantur des Führers desde 1945; se encuentra ahora en BA, archivo NS 10/125; véase también NS 10/116. A propósito de las cartas escritas por admiradores con motivo del combate de Schmeling: NS 10/13 y NS 10/88.

Para la orden de Hitler sobre los interrogatorios pornográficos, como se ha citado, véase el archivo de Lammers R43 II/1536, y el archivo del ministerio de Justicia R22/1085.

La cita sobre Kempa procede de su expediente de RuSHA (BDC).

El relato que doy sobre las relaciones de Hitler con las mujeres se basa en el manuscrito de Wiedemann de febrero de 1939, en los documentos de Shaub, en un manuscrito de Henriette Hoffmann, y en el resumen de un interrogatorio del doctor Karl Brandt titulado «Las mujeres que rodearon a Hitler» del 6 de agosto de 1945. Sobre Geli Raubal especialmente, entrevisté a su hermano Leo Raubal en Linz, y me he servido también del interrogatorio de su madre, Frau Angela Hammitzsch (46M-13), así como del realizado al ama de llaves Anni Winter (IfZ, ZS-494).

Maurice trató sobre su papel con Christa Schroeder, quien fue mí fuente. Los altos cargos nazis chismorreaban libremente sobre el triángulo de Hitler; véase el diario de Goebbels del 19 de octubre de 1928: «Kaufmann . . . dice locuras sobre el jefe, su sobrina Geli y Maurice . . . Lo comprendo todo, lo verdadero y lo falso.»

El diario de Eva Braun, correspondiente al período que va del 6 de febrero al 28 de mayo de 1935, se «redescubre» periódicamente; el más reciente ha sido el doctor Werner Maser en *Jasmin*. Su falsificación por parte de la misma Eva está corroborada por una de sus amigas de entonces, Frau Marion Schönmann.

El memorándum de Speer se encuentra en los archivos de la Cancillería del Partido (T580–871).

La carta de Todt a Thorak está entre los documentos familiares de Todt.

Afilando la espada (páginas 147–157)

Una copia de la reunión secreta de Hitler se encuentra en BA, archivo NS 26/51.

La cita procede de la reunión secreta que mantuvo con los responsables de prensa nazis el 10 de noviembre de 1938. (Véase mi nota de la p. 64.)

El «Estudio sobre el problema de nuestras obras de fortificación» de Adolf Hitler lleva fecha del 1 de julio de 1938, Berchtesgaden (Nd, 1801-PS). Warlimont afirmó en un interrogatorio: «Es uno de los mejores ejemplos del talento militar de Hitler.» Y el general Kurt Zeitzler, en una conferencia pronunciada en 1961 (N 63/96), afirmó que Hitler comprendía muy bien las penalidades a las que se enfrentaban las tropas de combate; fue Hitler quien insistió en la necesidad de construir letrinas fortificadas en el muro occidental. Un diseño de un puesto de mando realizado por Hitler se puede encontrar en BA, archivo 75134/38.

Todt habla de su visita al Berghof en una carta dirigida al Mínisterialrat Schönleben el 12 de agosto de 1938 (documentos de Todt).

«Hay que darles un susto»: la cita procede del diario de Eberhard, el 15 de agosto de 1938. El informe de Eszterházy dirigido al Estado Mayor general húngaro se encuentra en los archivos nacionales de Budapest. Véase el clásico libro del profesor Jörg Hoensch *Der ungarische Revisionismus und die Zerschlagung der Tschechoslowakei* (Tubinga, 1967). A Winston Churchill, que había visto a Henlein en Londres en 13 de rnayo de 1938, se le acogió claramente por su sensatez y su independencia con respecto a la voluntad de Hitler (véase de Martin Gilbert *Winston S. Churchill*, vol. V, 939 y ss.).

Sobre su visita, véanse los documentos de Wiedemann. Sir Alexander Cadogan, consejero de Chamberlain, escribió en su diario el 18 de julio de 1938: «[Wiedemann] dijo que él era ayudante de Hitler cuando H. "llevaba despachos" durante la guerra, y tuvo que confesar que jamás pensó en las posibilidades que tenía, aunque era un soldado valiente y digno de confianza.» En cuanto al encuentro de Forster con Churchill escribió tal y como se encontró en los archivos alemanes (*Dokumente und Materialen aus der Vorgeschichte des Zweiten Weltkrieges, 1937–1938*, Bd. I [Moscú], 144).

El diario de Jodl contiene el mejor testimonio del discurso de Hitler en el Berghof (el del 10 de agosto). Wietersheim, Keitel, Adam y Halder proporcionaron más descripciones posteriormente, como Salmulh en un manuscrito con fecha del 2 de febrero de 1946 y que obra en mi poder; y también el general Bernhard, en una carta dirigida a Louis Lochner con fecha del 22 de mayo de 1945 (HL, documentos de Lochner, apartado 2).

Eberhard añadió cuatro páginas de apuntes en su diario sobre la reunión secreta de Hitler del 15 de agosto. Unos meses después Liebmann también escribió un testimonio (lfZ, ED-l).

Las publicaciones de postguerra realizadas por los húngaros del exilio no establecen con claridad hasta qué punto estuvieron dispuestos a ayudar a los nazis, pero los documentos de la época resultan muy reveladores, especialmente las notas que tomaron los húngaros sobre sus conversaciones con Hitler, Göring, Keitel, Beck (!) y Brauchitsch entre el 22 y el 26 de agosto de 1938, y en las que la posición húngara se establece en un momento dado en estos términos: «Hungría tiene la intención de saldar cuentas con Checoslovaquía en su propio beneficio, pero no puede precisar una fecha» (T973/15/0326 y ss.); véase también el informe del general alemán agregado a las fuerzas húngaras (T78/458/5349). Me he servido, además, de los documentos personales de Weizsäcker, de los interrogatorios de Hardy y Horthy, y de las entrevistas a Spitzy y al ayudante de Raeder, el capitán Herbert Friedrichs.

Las reuniones de Hitler con los generales del muro occidental están registradas en los archivos del estado mayor general (T78/300/1364 y ss.), en las memorias de Adam (IfZ, ED-109/2) y también en el diario de Jodl.

Munich (páginas 158–178)

El memorándum, con fecha del 1 de setiembre de 1938, se encuentra en los archivos de Schwerin von Krosigk (T178/300/1302 y ss.).

El archivo completo de las «páginas marrones» de la FA del 14 al 26 de setiembre de 1938, y en el que se informa de las conversaciones telefónicas de Beneš con Masaryk y otros, fue entregado al embajador británico de Berlín por los nazis el día 26 (PRO, FO.371/21742). Tanto en Praga como en Londres los checos (Hodza y Masaryk) las negaron indignados, pero un miembro del personal de Masaryk confesó más tarde al escritor británico Laurence Thompson – quien no llegó a ver las escuchas reales – que efectivamente las conversaciones se habían producido (véase *The Greatest Treason* [Londres], 121). Kittel y Spitzy lo confirman, y también Emil Rasche (en el informe XE 4896, NA: RG-226).

Chamberlain habla de su visita al Berghof en sus notas; hay también referencias en el diario de Wünsche y en el diario del antiguo embajador Ulrich von Hassel, *Vom andern Deutschland* (Frankfurt, 1964), 17 de setiembre de 1938; también en las actas del gabinete ministerial británico. El 16 de setiembre Weizsäcker escribió a su madre: «Ayer, durante casi una hora, el Führer nos contó a Ribbentrop y a mí cómo iban las conversaciones. Tanto desde un punto de vista objetivo como sicológico, fue tal vez lo más interesante que he oído en mucho tiempo.»

Sobre el cuerpo de voluntarios de los Sudetes, véase el excelente estudio del doctor Marlin Broszat en *VfZ*, 1961, 30 y ss.; y el informe del mismo Köchling con fecha del 11 de octubre de 1938 (ND, EC-366-1).

La visita furtiva que Churchill hizo a Francia provocó la ira a ambos lados del Canal. El 2 de octubre, Sir Maurice Hankey escribió en su diario: «La repentina visita a Francia de Winston Churchill en un aeroplano, acompañado del general [E. L.] Spears, sólo para ver a miembros del gobierno francés como Mandel, quien se opone a la política de paz, ha sido muy inoportuna; Bonnet, el ministro de Exteriores francés, se ha quejado de ello, y ha preguntado qué diríamos nosotros si los importantes estadistas franceses hicieran lo mismo.»

Descifradores de Hitler en Godesberg: hay referencias en el resumen del USFET Intelligence sobre la Forschungsamt, 4 de octubre de 1945.

Los sucesos del 28 de setiembre de 1938 se relatan en los diarios de Hassell, Eberhard, Jodl y Weizsäcker; y en el telegrama enviado por el encargado de negocios norteamericano al Departamento de Estado de los EE.UU. el 21 de octubre de 1938 (*The Foreign Relations of the United States, 1938*, I, 727 y ss.). He utilizado también el informe que Likus envió a Ribbentrop el día 3 de octubre (AA, serie 43, 28993). Según un interrogatorio realizado a Wiedemann en 1945, Hitler admitió ante Göring que el cambio de su actitud se debía a la movilización de la flota británica: «Ya ve, Göring», dijo Hitler un mes después, «en el último momento creí que la flota británica dispararía».

El teniente de la Luftwaffe que hizo de intérprete en el encuentro privado de Hitler con los italianos aquel día, el 29 de setiembre, era Peterpaul von Donat: véase *Deutsches Adelsblatt*, 15 de junio de 1971, para su testimonio.

El «trozo de papel» acabó en los archivos del AA con la clasificación de alto secreto de estado. En una carta personal aquel día, el 30 de setiembre, Fritz Todt escribió: «Estas últimas semanas han sido muy duras, pero en cuatro meses hemos puesto la misma cantidad de hormigón en nuestra frontera que la que los franceses han conseguido en cuatro años. Esto causó cierto efecto en la conferencia [de Munich].»

El primer paso de un largo camino (páginas 179–199)

Para una obra publicada sobre la subversión nazi en Eslovaquia aquel invierno, véase el libro de Jörg Hoensch *Die Slowakei uns Hitlers Ostpolitik* (Colonia-Graz, 1965). Hay testimonios sobre las conversaciones entre los nazis y los dirigentes eslovacos en Loesch film F18 (T120-625). Para la documentación checa, véase *Das Abkommen von München, Tschechoslowakische diplomatische Dokumente 1937–1939* (Praga, 1968).

Existe una traducción de un diario de Göring, que abarca desde el 3 de octubre de 1938 hasta el 8 de agosto de 1942, publicada en el *Daily Herald* de Londres, del 7 al 14 de julio, y en el *Herald Tribune* de Nueva York, del 6 al 24 de julio de 1945.

Para estas escuchas de la FA, véase el importantísimo documento «Sobre la política británica desde Munich hasta el estallido de la guerra» (N. 140098) en el archivo AA de Woermann, «Documentos: Estallido de la guerra» (T120/723). Es sorprendente que todos los historiadores que han escrito sobre este tema (incluyendo a A. J. P. Taylor, Walther Hofer y Joachim Fest) hayan pasado por alto este archivo. Publiqué todo el documento traducido en *Breach of Security* (Londres, 1968) con material de apoyo.

Thomas describió la llamada telefónica que Keitel hizo desde Munich en varios interrogatorios después de la guerra, y también se refirió a ella en un discurso pronunciado ante los Inspectores de Armamento el 29 de marzo de 1940 (véase la publicación de BA, *Geschichte der deutschen Wehr- und Rüstungswirtschaft 1918–1945*, apéndice III).

El comportamiento escandaloso de Goebbels aparece en los diarios personales de Groscurth, 30 de diciembre de 1938; también en los de Hassell, 22 de enero de 1939. Rudolf Likus escribió a su jefe, Ribbentrop, el 3 de noviembre de 1938: «Se han producido alborotos en el cine Gloria Palace desde el viernes al domingo durante la proyección de la película *Spieler*. Lida Baarova fue abucheada. El lunes se retiró la película» (AA, serie 43, 29042). La atracción de Hitler por Magda Goebbels surgió, como él mismo admitió a Christa Schroeder, por su parecido con Geli Raubal. Sobre la opinión que la embajada británica tenía de ella, véase PRO, archivo FO.371/21671; y sobre el escándalo del divorcio de octubre de 1938, véase FO.371/21665 y 21791.

La cita procede del esbozo hecho por Jodl el 19 de octubre de 1938 (T77/775/0629).

Para el problema judío en Checoslovaquia después de Munich, véase el análisis de Heinrich Bodensieck en *VfZ*, 1961, 249 y ss. Helmut Heiber escribió un brillante estudio del extraño caso Grynszpan en *VfZ*, 1957, 134 y ss. Éste no es el mejor lugar para analizar el modo extraordinario en que el hábil abogado francés del supuesto asesino obligó a los nazis a que desistieran de sus planes (en 1942) de procesarle. Baste dice que Grynszpan sobrevivió a la guerra en un campo de concentración y lo último que se supo de él es que vivía en París en los años cincuenta.

El informe de la acción se encuentra en BDC, archivo 240/I. Para los informes de la embajada británica sobre la Kristallnach, véase PRO, archivo FO.371/21637.

La función «propulsora» del discurso que Goebbels pronunció aquella noche se ve con claridad en un interrogatorio realizado en Nuremberg a Ribbentrop el 13 de setiembre de 1945, y a otro de Julius Streicher (que lo conoció de primera mano por el general de las SA Hans-Günther von Obernitz); también se ve por, el informe que el Tribunal del Partido envió a Göring el 13 de febrero de 1939 (ND, 3063-PS).

Los télex enviados aquella noche son una historia aparte: a las 11.55 de la noche la Gestapo da en Berlín la primera señal «propulsora» (374-PS); a la 1.20 de la madrugada Heydrich da otra desde Munich (3052-PS); a las 2.10 Eberstein comunica otra a los jefes auxiliares de policía de Augsburg, Nuremberg, etc., dando lugar al 374-PS, sin duda antes de que Eberstein recibiera la dura represión de Hitler; y luego, a las 2.56, se envía como se ha mencionado (3063-PS) el télex que frena toda la acción, y se repite a todos los Gauleiters (BDC, archivo 240/I). A las 3.45 de la madrugada la Gestapo de Berlín volvía al orden (copia en los documentos de Groscurth).

La ira de Hitler, Göring Himmler e incluso Heydrich ante el acto arbitrario de Goebbels aparece con distintos grados de intensidad en numerosas fuentes de la época: en los diarios de Groscurth y de Hassell, en el manuscrito de Wiedemann de 1939 sobre el pogrom, en las memorias inéditas del auditor jefe de guerra de la Luftwaffe Christian von Hammerstein, en las notas de Engel, y en el informe de Likus del 30 de noviembre (AA, serie 43, 29067).

Los principales testigos de lo ocurrido en el apartamento de Hitler son Below, Schaub y los ayudantes. También me he servido de los testimonios del IfZ de Karl Wolff, Max Jüttner, Wiedemann, Brückner y Engel, y Schallermeier (edecán de Wolff: véase IMT, vol. XLII, 511, y ss.).

Sobre la actitud de Hitler ante el tema de los judíos en esta época, véase su conversación con el ministro surafricano Pirow del 24 de noviembre de 1938, y especialmente su conver-

sación con el coronel Józef Beck, el ministro del Exterior polaco, del 5 de enero de 1939. En esa ocasión dijo: «Si las potencias occidentales su hubiesen mostrado más comprensivas con las exigencias coloniales de Alemania, podría haber dispuesto de un territorio en África para solucionar el problema judío, y que habría servido para que se establecieran no sólo los judíos alemanes, sino también los polacos . . . »

Sobre el discurso del 10 de noviembre, véase la referencia de la página 60.

El general de brigada de las SS doctor Benno Martin, jefe de la policía de Nuremberg, se encontraba presente cuando Hitler hizo la observación en la cena del 14 de noviembre. Weizsäcker se refiere varias veces en su diario a las palabras de «venganza»: en febrero, el 16 de marzo de 1939, el 28 de enero de 1940 y en el análisis que hizo en octubre de 1939 de los sucesos que llevaron a la guerra.

Los pensamientos de Hitler en el mes de noviembre quedan desvelados por Keitel en un escrito del 26 de noviembre y que envió a los ejércitos el 1 de diciembre de 1938 (PG/33316 y Loesch film F19 o T120/624).

Hay un informe de la sesión del Consejo de Defensa del Reich del 18 de noviembre en los archivos navales, PG/33272; es mejor la nota escrita por Woermann, en Loesch film F19 (T120/624). Las actas mecanografiadas de esta y de otras sesiones del consejo se encuentran también en BA, archivo Wi.IF.5.560 (NA film T77/131).

Como insiste Krosigk (IfZ, ZS A/20), Schacht fue destituido; él no dimitió. Sobre los informes de la Cancillería que derivan en la destrucción de Schacht, véase la recopilación que hicieron los aliados: DE 482/DIS 202 del 26 de octubre de 1945 (en HL) y 3520-PS.

Los tres discursos secretos de Hitler – del 18 y 25 de enero, y del 10 de febrero de 1939 – se pueden encontrar con la copia de sus discursos del 10 de noviembre de 1938 y del 11 de marzo (p. 187) en BA, archivo NS 11/28. Para las diferentes copias de dos de ellos, véase los archivos del IfZ F19/10 y ED-57, junto con los diarios de Groscurth, Hassell, Milch y Eberhard, y el informe de Likus del 2 de febrero de 1939.

En la Cancillería de Hitler (páginas 201–217)

Sobre la postura cambiante de Hitler hacia la URSS, véanse los interrogatorios de Gustav Hilger junto con sus memorias *Wir und der Kreml* (Frankfurt, 1955); los del general Ernst Köstring, el antiguo agregado militar; los de Friedrich Gaus, ayudante de Ribbentrop y experto en temas legales; y también la temprana pero autorizada monografía de la oficina del gabinete escrita por E. M. Robertson: «Barbarossa, the Origins and Development of Hitler's Plan to Attack Russia» (marzo de 1952).

Los cinéfilos encontrarán las opiniones de Hitler sobre películas en los archivos de su Adjutantur (BA, NS 10/44 y 45).

Hay una narración muy reveladora sobre las acciones subversivas de los agentes de Hitler en Eslovaquia en el CSDIC (Reino Unido), informe SIR.830, del 28 de agosto de 1944, del interrogatorio de un vienés, SD NCO, Neugebauer; aquí se ponen de manifiesto las funciones desempeñadas por Ribbentrop, Göring y el SD, y sus contactos secretos con Durcanský, Tiso, Tuka, Karmasin y otros (NA, RG-332, Mis-Y, apartado 4).

He encontrado los apuntes de Hewel referentes a los sucesos del 10 de marzo de 1939 entre los papeles de su familia. Louis Lochner describe también una cena aquella noche con el «terriblemente preocupado» Ribbentrop, Heydrich y otros nazis, en una carta dirigida a sus hijos unos pocos días después (documentos de Lochner, Wisconsin, apartamento 47).

Elisabeth Wagner, la viuda del general, me prestó alrededor de 2,000 páginas de sus cartas; las partes más inocuas las publicó ella en su libro *Der Generalquartiermeister*.

Para el relato sobre la controvertida sesión nocturna de Hitler con Hácha, me he basado – aparte del protocolo de Hewel – en el testimonio de Keitel, de Warlimont, del intérprete Paul Schmidt, de Keppler, de Göring, de Werner Kiewitz y de Schaub.

Sobre la consternación de Himmler; fueron testigos de ella Keitel y Schweppenburg, quienes comentaron después que Hitler tenía una gran valentía: «En la tarde del 16 de marzo de 1939, Praga era cualquier cosa menos un lugar seguro para el jefe del estado alemán.» Eduard Wagner – ¡uno de los conspiradores de 1944! – expresaba también en una calla per-

sonal su «inquietud por la seguridad personal del Führer» aquel día; véase también la carta personal que Rommel escribió ese día (T84/R275/0015).

La hija de Hácha escribió a Hitler agradeciéndole su cortesía: véase el archivo del Adjutantur NS 10/18. Las órdenes de propaganda dirigidas a los responsables de prensa se encuentran en BA, archivo ZSg 101.

La nota del coronel Curt Siewert sobre la discusión de Hitler con Brauchitsch el 25 de marzo de 1939 se encuentra en ND, R-100. Refiriéndose al discurso pronunciado por Stalin el día 10 de marzo, Molotov haría la siguiente observación el 31 de agosto de 1939: «Está claro que en Alemania comprendieron perfectamente las afirmaciones del camarada Stalin, y que sacaron conclusiones prácticas de ellas [*Risa*].» Friedrich Gaus también testificó en Nuremberg bajo juramento que cuando Ribbentrop contó a Stalin el 23 de agosto que el Führer había interpretado el discurso de marzo como una señal de aproximación soviética, Stalin contestó: «Ésta era la intención» (documentos Jackson).

Hitler ordenó que volvieran a proyectar un documental; Leni Riefenstahl, que estaba sentada a su lado, le oyó murmurar: «[Stalin] parece una persona con la que se puede tratar» (entrevista, julio 1989).

La prueba de que fue el 31 de marzo – es decir, después de que se anunciara el compromiso de Gran Bretaña – cuando Hitler pidió una orden del OKW sobre «Blanco», se encuentra en los diarios de Eberhard, Bormann y el comandante Wilhelm Deyhle, ayudante de Jodl (ND, 1796-PS) y en un interrogatorio de Warlimont. El 30 de marzo el coronel Wagner escribió: «Mañana el general en jefe [Brauchitsch] y el Führer regresan y para entonces hay que tener preparadas nuestras notas»; y el 1 de abril Wagner usó la frase «Ayer, cuando el Führer tomó la decisión . . . » (*gestern bei der Führerentscheidung*).

Cincuenta (páginas 218–232)

El insólito asunto de Albrecht sucedió en junio de 1939, no en julio como sugiere el «diario» de Engel; véase el archivo BDC de Albrecht. El 8 de julio Below ya ejercía alguna de sus funciones (véase por ejemplo los archivos de Weizsäcker, serie 97, 108413). También me baso en afirmaciones de Puttkamer, del almirante Gerhard Wagner, de Karl Brandt, Vormann, y de dos ayudantes de Raeder, Friedrichs y Kurt Freiwald; y en el diario de Groscurth. Christa Schroeder recuerda que habló a Hitler de lo mal vista que era por la gente la manera cómo las personalidades del antiguo partido se estaban divorciando con tanta facilidad para volver a casarse con mujeres más jóvenes. Hitler replicó: «Los mejores luchadores sólo merecen las mejores mujeres.» Lo cual dio pie a que ella comentara: «Oh, mein Führer, en este caso qué belleza tendría que tener usted.»

La extremaunción (páginas 233–240)

La actitud de Hitler respecto a las iglesias y a las doctrinas religiosas queda muy bien ilustrada por las notas de sobremesa escritas por Heim y Bormann y por el oficial de enlace de Rosenberg Koeppen en 1941 (T84/387), y por los pasajes del diario de Hewel que he citado. Una circular oficial del 10 de diciembre de 1935 afirmaba: «El Canciller del Reich [Hitler] nació en el seno de la Iglesia Católica; se considera aún perteneciente a la religión católica pero no practica sus formalidades, es decir, frecuentar la iglesia o asistir a actos religiosos» (BA, archivo R43II/961). Según su médico Hasselbach, Hitler pagó los impuestos eclesiásticos hasta el final de su vida (citado en *Frankenpost*, 12 de marzo de 1947).

Niemöller seguía suscitando pasiones incluso en 1945. El material que hay sobre él incluye los gráficos interrogatorios del OCMH a Meissner, Krosigk y Lammers; las notas de Engel; los informes de Likus a Ribbentrop; el estudio de Hans Buchheim sobre el proceso a Niemöller en *VfZ*, 1956, 307 y ss., y los documentos de Krosigk en el IfZ (ZS A/20).

Para la conversación de Hitler con Niemöller el 25 de enero de 1934, he usado los interrogatorios de Göring del 20 de julio de 1945, un resumen manuscrito de Lammers y las versiones hechas por Schwerin von Krosigk y Dönitz en julio de 1945 (OCMH), y las charlas de sobremesa del 7 de abril de 1942. El diario de Rosenberg, 19 de enero de 1940 (Hitler dijo

que había «parodiado la pía fraseología de Niemöller y luego dio orden de que una antigua conversación telefónica suya, – en la que había usado la jerga más cruda de los marineros – se leyese en voz alta. Resultado: estupor y confusión de los buenos hermanos»). El texto de la conversación registrada por la FA se encuentra en BA, archivo R43II/163.

Muchos moderados consideraban que el internamiento de Niemöller era muy merecido, entre ellos Dönitz – antiguo compañero del pastor en la academia naval – Lammers y Krosigk (OCMH): Al fin y al cabo Niemöller estaba predicando abiertamente la sedición desde el púlpito. Los interrogadores aliados también dejaron constancia de que la personalidad de Niemöller era «objeto de preocupación para los oficiales del AMG [Allied Military Government]». Todavía el 28 de julio de 1943 el mariscal de campo Wolfram von Richthofen anotó en su diario la reflexión de Göring acerca de que «el Führer lo había intentado casi todo para establecer una Iglesia del Reich dentro de la tradición luterana; pero la obstinación de los dirigentes eclesiásticos hicieron inútiles todas sus tentativas».

La solución final (páginas 241–254)

Los disimulados preparativos en Danzig constan en los diarios de guerra del Comandante Militar de Danzig (BA, RH53-20, v. 25) y el cirujano de la división del *Kampfgruppe* de Eberhardt (BA, P. 1355). Véase también el diario que llevaba el mariscal de campo Fedor von Bock (N22/1), y su propuesta operacional concreta que hizo el 27 de mayo de 1939 a Brauchitsch (BA, II-H.821). Himmler también destacó el papel del Heimwehr de las SS en Danzig en su discurso del 3 de agosto de 1944 en *VfZ*, 1953, 357 y ss. Véase también el *Danziger Vorposten* (el periódico local nazi).

El desfile de Rechlin queda extensamente cubierto en los documentos de Milch: véase la referencia que hago a la página 4, y especialmente MD 51/5667 y ss., MD 62/5293 y 5470, MD 65/7326 y 7347 y MD 56/2678.

August Kubizek contó el episodio de 1906 en su libro *Adolf Hitler mein Jugendfreund* (Gotinga, 1953); su viuda Paula lo confirmó en Eferding (Austria), y lo mismo Winifred Wagner en las entrevistas que les hice.

El informe de Wohlthat del 24 de julio de 1939 se encuentra en NA, película especial ML/123; véase también el informe de Dirksen del 21 de julio. Las conversaciones secretas fueron divulgadas por *The Daily Telegraph* y el *News Chronicle* el 22 y el 23 de julio. El mejor estudio lo constituye hasta ahora el de Helmut Metzmacher en *VfZ*, 1966, 370 y ss.; desde entonces el archivo británico sobre la misión de Wohlthat se encuentra en el PRO, FO.371/22990. Las circulares de la prensa alemana revelan que se le quiso quitar importancia: HL, documentos Fritzsche, apartado 4.

Me he basado en el manuscrito inédito de Lossberg más que en su posterior libro *Im Wehrmachtführungsstab* (Hamburgo, 1949).

Hitler se jactaría después de haber colocado un agente en Croydon: véase el manuscrito inédito del capitán Wolf Junge (colección Irving, IfZ).

Este fragmento del diario de Lahousen se encuentra en ND, 3047-PS.

Heydrich expuso por primera vez el plan para llevar a cabo «incidentes fronterizos» al coronel Trummel de las SS, al general de brigada de las SS Otto Rasch y al general de las SS Heinrich Müller – de la Gestapo – en una reunión celebrada en Berlín el 8 de agosto de 1939. El posterior general de la policía Otto Hellwig también se encontraba presente y escribió un manuscrito que está en mi posesión. La famosa operación Gleiwitz se bosquejó en la segunda reunión celebrada el día 11 de agosto o alrededor de esa fecha. Véase también el diario de Hassell, 15 de agosto, y el estudio del doctor Jürgen Runzheirner en *VfZ*, 1962, 408 y ss. (él me proporcionó también más documentos inéditos).

El intérprete Eugen Dollmann describió la escena en la que Hewel entraba corriendo, en una conversación (grabada) del 4 de junio de 1945 (CSDIC, informe CMF/X 173).

Los diarios de Halder, Bormann y Milch hacen referencia a la reunión de Hitler celebrada en el Berghof el 14 de agosto de 1939. Para las paginas que siguen también he conseguido mucha información en los archivos del Estado Mayor naval PG/33984, PG/33979 y PG/32201; así como en los archivos del AA sobre Polonia, Danzig y el estallido de la guerra.

Para los métodos de engaño, véanse los documentos sobre *Die Meistersinger* (BA, Schumacher Sammlung, 368) y sobre la ceremonia de Tannenberg (MD 65/7323). El enviado norteamericano fue completamente burlado al mandar éste un cable a Washington el 8 de agosto diciendo que era «poco probable que Alemania lleve a cabo alguna acción que implique el uso a gran escala de los ferrocarriles o de otro medio de transporte desde finales de agosto hasta mediados de setiembre» (NA, 740.00/2026); véase también la carta de Meissner dirigida a Brückner el 15 de agosto (NS 10/12), así como la circular del Partido del 8 de agosto de 1939 en la que se dan detalles del uniforme que había que llevar en la concentración del Partido del mes de setiembre (HL, documentos de Goebbels, apartado 2).

Las operaciones del túnel de Jablunka y del puente de Dirschau se explican muy bien en la monografía oficial alemana de Herbert Schindler, *Mosty und Dirschau 1939* (Friburgo, 1971). También he consultado el diario de Lahousen del 17 de agosto *et seq.*, y el testimonio que dio ya acabada la guerra, así como una nota de Canaris sobre una conversación con Keitel el 17 de agosto (ND, 795-PS), el diario de Halder de ese día, la versión indirecta – que hay que interpretar con cuidado – que da Groscurth en su diario del 24 de agosto, el diario de guerra del Octavo Ejército correspondiente al 31 de agosto de 1939, y el archivo de la Abwehr en el BA, OKW-74.

Pacto con el diablo (páginas 255–273)

La invitación del OKW con fecha del 19 de agosto se encuentra en el archivo naval PG/33984. Sobre el discurso de Hitler del 22 de agosto se escribieron cinco versiones: las de Halder, Albrecht, Boehm (ND, Raeder-27), Bock y Canaris (ND, 789-PS y 1014-PS); véase también el diario de Groscurth correspondiente al 24 de agosto de 1939. El discurso se menciona brevemente en los diarios de Milch, Leeb y Felber (jefe de Estado Mayor del Octavo Ejército, N 67/2). Existen otras versiones pero tienen valor secundario; el terrible escrito del círculo Canaris/Oster (ND, 003-L) en el que se da la ventaja al enemigo carece de valor. Véase la erudita investigación de Winfried Baumgart en *VfZ*, 1968, 120 y ss.

Hitler no negaba que las potencias occidentales pudieran declarar la guerra (pero estaba seguro de que en realidad no lucharían). Bock afirmó después haberle oído decir: «No sé si los británicos intervendrán o no para luchar contra nosotros.» El 24 de agosto Keitel comunicó a Vormann que Hitler aún esperaba enfrentarse sólo a Polonia, pero que el Führer era consciente de que Gran Bretaña y Francia se volverían hostiles y de que podían llegar a romper las relaciones diplomáticas para iniciar una guerra económica contra el Reich.

Los fiscales aliados de Nuremberg interpretaron mal la frase que hablaba de aplastar «toda señal de vida» – *die lebendigen Kräfte* – en Polonia. En realidad, a lo que Hitler se refería era al principio básico militar de que el objetivo estratégico consistía en destruir al enemigo y no en lograr alguna línea sobre un mapa. Los soldados profesionales que estaban presentes lo comprendieron perfectamente (véase, por ejemplo, el diario de Bock). Nótese que Hitler utilizó precisamente el mismo tipo de frase en la arenga que pronunció ante los generales antes de la Batalla de las Ardenas el 12 de diciembre de 1944 (Heiber, *op. cit.*, 721).

Hay dos álbumes con fotografías del viaje de Ribbentrop a Moscú en HL, documentos de William R. Philip.

Al día síguiente, el 23 de agosto de 1939, Göring convocó una reunion muy importante con los principales ministros del Reich, sobre la cual el doctor Herbert Backe – secretario de estado del ministerio de Alimentación – escribió el día 31: «Llegué a Berlín el domingo [20 de agosto]. El . . . [¿23 de agosto?] se nos pidió que fuéramos a Karinhall. Göring, Funk, Darré, Körner, Landfried, yo mismo, Behrens, Neumann y Posse. Göring nos explicó en la más estricta confidencia que se había decidido atacar Polonia. Nos preguntó a cada uno por nuestros propios preparativos para la guerra. Cartillas de racionamiento. Gracias a la buena situación de los suministros hemos conseguido que no haya racionamiento de pan ni de patatas para las primeras cuatro semanas. Afortunadamente, Göring se mostró de acuerdo aunque sin mucho convencimiento. Göring insistió en mantenerlo todo en el más alto secreto para salvaguardar el elemento sorpresa. Todo el mundo se mostraba optimista. El ataque se ha decidido para el viernes 25 . . . Después de lo de Karinhall, yo salí convencido

de que sólo lucharíamos contra Polonia – es decir, que no habría una guerra mundial – y de que podíamos correr ese riesgo.»

Para el texto de la primera carta de Mussolini dirigida a Hitler el 25 de agosto (y que más tarde se retirada), véase la carta de Ciano dirigida al rey en los documentos personales de Mussolini (T586/405/0237).

De la hora – 3.02 de la tarde – se da constancia en los diarios personales de cuatro personas que estaban presentes: Vormann, Weizsäcker, Halder y Wagner. Véase también el diario de guerra del Cuartel General del Führer (T77/858/4392 y ss.), las entusiasmadas cartas que Rommel envió a su esposa (T84/R273a), y el diario de guerra del estado mayor naval, 3.30 de la tarde.

El tren especial de Hitler se describe extensamente en CSDIC (Reino Unido), informe SIR.970, con fecha del 25 de diciembre de 1944.

Muchos observadores creyeron que después de este fiasco del 25 de agosto de 1939, Hitler se vería obligado a suspender del todo «Blanco». Eduard Wagner, en representación de los sentimientos que había en el Estado Mayor general, escribió a su esposa al día siguiente: «Anoche no pude escribirte debido a la actividad frenética que llevamos. Tranquilízate; por lo que veo no va a pasar nada.» Una carta de Vormann del 26 de agosto también proporciona una imagen muy gráfica de lo sucedido el día anterior (copias en colección Irving, IfZ).

El relato manuscrito del teniente Herzner sobre la desesperada operación de Jablunka se encuentra en posesión de Günter Peis en Munich, lo mismo que el relato de Hellwig sobre la cancelación de última hora de los falsos incidentes «polacos» en la Alta Silesia.

Las «páginas marrones» de la FA referentes a la llamada telefónica de Ciano a Attolico – números N.125,894 y N.125,910 – se encontrarán en un archivo del OKW (T77/545). Véanse también los documentos de Mackensen, AA, serie 100. Sobre la postura de Italia Göring se mostró sorprendentemente muy a favor de ella. La carta de Backe del 31 de agosto continúa así: « . . .El domingo [27 de agosto] en su cuartel general de operaciones de Wild Park [Potsdam] . . . G. [Göring] nos comunicó dentro del más alto secreto que Italia no iba a participar. Por eso se detuvo el ataque . . . Ahora tenemos que ver la mejor forma de salir de este lío. Dice que además del pacto con los rusos también se firmó con ellos un tratado secreto (eso ya nos lo dijo en Karinhall: con ello Polonia se divide evidentemente en dos, con Varsovia a nuestro lado). Göring defendió a Mussolini y su política, pero añadió que de haber sido un hombre de verdad habría derrocado a la monarquía. Nos encontramos en un gran aprieto. La guerra es impensable. Si logramos Danzig ya nos daremos por satisfechos. Quizá también un pedazo del Corredor. La reunión se terminó diciendo (Funk) que la nueva situación tiene también un lado ventajoso para nosotros, ya que ahora no tenemos que arreglar cuentas con Francia; Italia, en cambio, sí. Si nos desentendemos de Italia tenemos la mejor oportunidad de mantener a Francia al margen de todo . . . Tenemos que evitar la guerra y tratar de salvar las apariencias.»

A medianoche – la del 26 al 27 de agosto – Goebbels mandó llamar a Backe para reprenderle aparentemente por las bajas raciones de fruta y de té que había propuesto. Backe escribió: «Goebbels no deja de quejarse amargamente por las excesivas reservas del ministerio de Exteriores. Todo el mundo sabe que Henderson y Coulondre han ido a ver al Führer; la radio alemana es la única que no informa de ello. El pueblo alemán, en consecuencia, se ve obligado a escuchar las radios extranjeras. Le he informado de nuestra mala situación en lo que a los alimentos se refiere . . . Goebbels me ha dejado brillantemente impresionado: ha sido objetivo, serio y decidido. Ha pedido a [su secretario de estado] Gutterer que informe al Führer de las dificultades existentes con el ministerio de Exteriores, de lo cual se deduce que le están dando la espalda.»

«Voces contra la guerra»: El experto en economía de Keitel, Georg Thomas, en un discurso pronunciado el 29 de marzo de 1940 se refirió a dos informes desfavorables que había presentado: en el primero advertía de la escasez de combustible y municiones, y pedía una mobilización económica ante la posibilidad de guerra con las potencias occidentales (posiblemente el documento databa del 9 de agosto de 1939, en película T77/312/4349); sin embargo, Hitler respondió que no habría «guerra con occidente, sólo con Polonia». El 26 de agosto de 1939, Thomas presentó a Keitel un segundo informe que éste entregó a Hitler de

mala gana. Hitler le reprendió diciendo: «¿Cuándo dejará de molestarme con su "guerra de occidente"?»

Los principales archivos británicos sobre Dahlerus son PRO, FO.371/22974, /22982, /22990, /34482, /39178; PREM.1/331a; y FO.800/316; los correspondientes documentos secretos alemanes se encuentran en NA, película ML.123.

Como en el caso anterior, todas las escuchas de la FA se imprimieron en mi libro *Breach of Security*. Para otra escucha de la FA véase el diario de Halder correspondiente al 28 de agosto: «El enemigo conoce la primera fecha (el día 26) y también su aplazamiento. Gran Bretaña y Francia se muestran incapaces de ceder mientras nuestras tropas sigan en la frontera. Henderson hace lo que puede para ganar tiempo. Chamberlain está sorprendido por los insultos personales.»

Entre otras escuchas entregadas a Hitler había una que era fruto de la intervención del teléfono del príncipe heredero en el palacio de Cecilienhof, en las afueras de Potsdam. El general Joachim von Stülpnagel, recién nombrado comandante de las tropas de reserva de 740,000 soldados, llamó por teléfono para comunicar su nombramiento y prometer una pronta visita «para conocer las órdenes de su Majestad». Hitler le destituyó aquel mismo día y lo sustituyó por el general Fritz Fromm.

No ha quedado ninguna copia del discurso que pronunció ante los diputados del Reichstag, pero se explica suficientemente en los diarios de Halder, Groscurth, Hassell y Weizsäcker, y se menciona en la carta de Backe del 31 de agosto. Véase también el informe de Rudolf Likus del 27 de agosto (AA, serie 43, 29617). En cuanto a las intenciones personales de Hitler con respecto a la URSS, el oficial de la Gestapo doctor Werner Best recordaría más tarde: «Después de firmar el pacto de Moscú el 23 de agosto, se transmitió la orden "de carácter interno" de que no nos iban a enganar con eso: en un máximo de dos años se iniciaría la guerra contra Rusia» (IfZ, ZS-207). Hassell también comentó el 11 de octubre de 1939: «Es muy posible – en realidad, es más que probable a juzgar por el discurso de Hitler a los diputados del Reichstag – que en el fondo se esté preparando para un ataque contra la Unión Soviética.»

La fecha relativa a las dieciséis propuestas no está clara. La copia del archivo de Ribbentrop es del 28 de agosto de 1939. Otras fuentes indican que se redactaron al día siguiente.

Publiqué esta interceptación de la FA en *Breach of Security*. La copia también se encuentra – desprovista del amenazador encabezamiento de la FA – en el archivo de Ribbentrop (serie 43, 29636).

Intermedio: su primera guerra en Silesia (páginas 274–279)

La guerra de los «ilegales» se destaca en los diarios de guerra del comandante militar de Danzig y del mando de defensa fronteriza (sector 3), en BA, archivo E.271/1. Para el papel desempeñado por los camisas pardas de las SA, véase la carta de Viktor Lutze dirigida a Brauchitsch el 13 de octubre de 1939 (RH l, v. 58) y el discurso de su sucesor Wilhelm Schepmann pronunciado el 6 de octubre de 1943 (T175/119/5023 y ss.).

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y ANALÍTICO

Acikalin, 80
Adam, Wilhelm, 63, 67, 149, 152, 154, 156-7, 187, 226
Albrecht, Alwin-Broder, 138, 231
Albrecht, Grete, 231-2
Allende, Salvador, 7
Amann, Max, 48
Ashby, Henry, Jr., 11
Astakhov, Grigorij, 226
Astor, lord, 22
Attolico, Bernardo, 175-76, 262, 264-5, 271

Baarova, Lida, 185
Backe, Herbert, 19, 272
Backe, Ursula, 13
Badoglio, Pietro, 129
Balbo, Italo, 129
Baldwin, Stanley, 22, 56-7, 80
Barbarroja, Federico I, *llamado*, 107
Barthou, Louis, 57
Beaverbrook, William Aitken, 80
Beck, Ludwig, 70, 96, 115, 133, 147, 230
Beecham, Thomas, 80
Below, Nicolas von, 17, 138, 229-30
Beneš, Eduard, 84, 125, 134, 165-6, 168-73, 181, 187, 206
Benzing, Klaus, 13
Berndt, Alfred-Ingemar, 119
Bernhard, 65
Best, Werner, 17, 70, 82, 97
Bismarck, Otto von, 39, 84, 135, 183, 192, 202, 205, 212
Blomberg, Werner von, 51, 54, 59, 61, 64, 66, 68-71, 74, 79, 84-6, 89-97, 99-102, 104, 117, 186, 195, 231, 238
Bock, Fedor von, 18, 121, 241, 261
Bodelschwingh, Friedrich von, 236, 238
Bodenschatz, Karl, 17, 69, 99, 216-17, 225, 270
Boehm, Hermann, 70
Bonnet, Georges, 168, 170, 174-5, 188
Bonnier, Albert, 14
Boris de Bulgaria, 6
Bormann, Albert, 229
Bormann, Martin, 5, 11, 18, 20, 65, 106, 108, 117, 132, 139, 159, 167, 169, 185, 194, 229, 237, 244, 260-1, 267, 272
Bouhler, Philipp, 140, 201
Brandt, Karl, 106, 141, 220, 222, 224, 244
Brauchitsch, Charlotte von, 98
Brauchitsch, Walther von, 98-101, 103-4, 115, 119, 121, 124, 134-6, 148, 154, 156, 162-3, 174, 179, 187, 193-4, 213-14, 219, 227, 229, 242, 251, 253, 257, 262-4, 268, 272
Braun, Eva, 13, 91, 106, 142-4, 237, 250
Braun, Gretl, 106
Braun, Otto, 130
Bredow, Kurt von, 64
Broszat, Martin, 28
Brückner, Wilhelm, 17, 19, 51, 63, 65, 106, 120, 226, 229-30, 268, 276
Brüning, Heinrich, 23, 48
Bruns, Walther, 27
Bubestinger, Rosel, 141
Bücker, 98
Burckhardt, Carl-Jakob, 10, 249
Bürger, Fritz, 159

Camrose, lord, 22
Canaris, Wilhelm, 7, 12, 19, 75, 113, 125, 166, 174, 214, 248, 251, 265, 272
Castro, Fidel, 6
Chamberlain, Neville, 87, 114-15, 160, 164-6, 168-77, 179, 182, 211, 215, 224, 226, 244, 247, 251, 258-60, 270, 276
Chiang Kai-Shek, 79
Churchill, Winston S., 5, 23, 29, 152, 165, 168, 170, 182, 212, 259
Ciano, Galeazzo, 14, 176, 227, 249-50, 260, 262, 264-5
Clausewitz, Karl von, 158
Cooper, Duff, 182
Coulondre, Robert, 266, 273, 277
Craig, Gordon, 28
Cromwell, Oliver, 39

Dahlerus, Birger, 266, 268
Daladier, Édouard, 165, 168, 170, 176-7, 266
Daranowski, Gerda, 210, 230
Darányi, Kolomán, 180
Darlan, almirante, 6
Darré, Richard Walter, 19
Darwin, Charles, 234
Defregger, Franz von, 218
Deuss, 50
Deutsch, André, 10
Dieckhoff, Hans, 160
Dietrich, Sepp, 65
Dirksen, Herbert von, 161, 244, 247-8
Dollfuss, Engelbert, 3, 67-8
Dollmann, Eugen, 14
Dönitz, Karl, 46

Dulles, Allen W., 14

Ebbinghaus, 275
Eberhard, Wolf, 11, 18, 153, 187
Eberhardt, Friedrich Georg, 241
Eberstein, Friedrich Karl von, 190
Ebert, Friedrich, 114
Eden, Anthony, 22, 56-7, 60, 72, 170, 182
Eichmann, Adolf, 191
Eicken, Carl von, 72, 221
Eisenhower, Dwight D., 143
Engel, Gerhard, 15, 138, 231
Ernst, Karl, 61
Eszterhazy, 151

Faulhaber, Michael von, 238
Fest, Joachim, 12, 15
Fischböck, Hans, 112
Fleck, 275
Fleming, Gerald, 28
Forster, Albert, 152, 243, 249
Förster, Otto, 148
Franco Bahamonde, Francisco, 13, 75, 77
Frank, Karl-Hermann, 159, 164, 167
Frisch, Achim von, 102
Fritsch, Werner von, 3, 19, 58-9, 62, 69-71, 74, 84-5, 89, 92-9, 101-4, 109, 133
Fritzsche, Hans, 169
Fuller, J. F. C., 81
Funk, Walter, 55, 196, 223
Gerstein, Kurt, 27-8
Geyer, Hermann, 187
Giafferi, Moro, 191
Giesler, Hermann, 132
Gisevius, Hans Bernd, 10
Glaise von Horstenau, Edmund, 118
Globocnig, Odilo, 118
Goebbels, Joseph Paul, 7, 14, 16, 18, 47-8, 50, 55, 73, 77, 79, 81, 97, 99, 113, 117, 119, 124, 130, 169, 185, 189, 190-1, 193, 206, 213, 217, 223, 225, 236, 242-3, 245, 260
Goebbels, Magda, 185, 245
Göhler, Ursula, 13
Goltz, Rüdiger von der, 101
Göring, Emmy, 143
Göring, Hermann, 5, 16, 19, 25, 49, 51, 54, 62-5, 69, 72, 74-7, 85, 89-92, 94-7, 99-103, 109, 113, 117-20, 122, 126-7, 130-1, 135-6, 143, 148, 152, 155, 164, 169-70, 173-4, 180-1, 183, 187, 191, 193, 202, 204, 206-7, 209, 214, 216, 227, 239, 242, 245, 251-2, 254, 256-7, 260, 263-6, 269-70, 272-3, 278
Götze, 141, 200
Grawitz, Ernst-Robert, 222
Graziani, Rodolfo, 14, 129
Greiner, Helmuth, 15
Groscurth, Helmut, 184
Gruhn, Eva, 91
Grynszpan, Herschel, 21, 188, 191
Guderian, Heinz, 9, 70, 119
Gürtner, Franz, 139, 141, 239
Gutiérrez, Robert A., 13

Haase, Werner, 106, 221
Habicht, Theo, 67
Hácha, Emil, 187, 208-12
Haig, Earl, 81
Hailsham, lord, 22
Halder, Franz, 8, 121, 133, 151, 155, 158, 161-3, 174, 196, 225, 227, 263
Halifax, Edward Frederick, 87, 134, 151-2, 248, 266, 276
Hamm, Eric, 20
Hammerstein, Christian von, 51, 58
Hammerstein-Equord, Kurt von, 51
Hanke, Karl, 246
Hasse, O. E., 223
Hassel, Ulrich von, 125, 220-1
Hasselbach, Hanskarl von, 125, 220-1
Hayn, 65
Heiden, Konrad, 10
Heines, Edmund, 65
Heinz-Orbis, 64
Heitz, Walter, 102
Helldorf, Wolf Heinrich Graf von, 20, 91
Henderson, Nevile, 114, 171, 173, 175, 224, 258, 261-2, 267-71, 273, 277
Henlein, Konrad, 125, 151, 159-60, 167, 169, 174, 179
Herzner, 264
Hess, Rudolf, 24, 56, 105-6, 149, 190, 269
Heusinger, Adolf, 15, 223
Hewel, Walther, 17, 19, 30, 42, 46, 135, 180, 207, 209, 230, 236, 245, 250, 255, 265
Heydebreck, 65
Heydrich, Reinhard, 26, 49, 104, 190, 194-5, 207, 212, 243, 248, 252, 264
Hierl, Konstantin, 156
Hill, Leonidas, 26
Himmler, Heinrich, 5, 10, 13, 16-17, 21, 23-6, 49, 65, 69, 77, 92-3, 101-4, 138, 156, 174, 177, 185, 190, 206, 210-11, 249, 252-3, 260, 269-70
Hindenburg, Paul von, 50-1, 55, 66, 68, 73, 89, 96, 130, 239
Hoepner, Erich, 211
Hoffmann, Heinrich, 78, 139, 142-3, 221
Hoffmann, Henriette, 78
Hohenlohe, Estefanía, 50
Hohenzollern, Friedrich Wilhelm, príncipe de, 130, 203
Holburn, James, 226
Holman, 267
Horthy, madame, 155
Horthy, Nikolaus von, 112, 155-6, 169, 180
Hossbach, Fritz, 85, 92-7, 118
Hus, Jan, 155

Imrédy, 156, 169, 180
Innitzer, Theodore, 122, 238
Ironside, Edmund, 251

Jackson, Robert H., 8
Jakelius, doctor, 26
Jeschonnek, Hans, 131
Jodl, Alfred, 17-18, 31, 107, 109, 117, 121, 138, 157, 223
Jones, Tom, 80
Jung, Edgar, 64

Kant, Immanuel, 203
Kánya, Kolomán von, 127, 169, 180
Karmasin, Franz, 180, 207
Keitel, Wilhelm, 18, 73, 90-1, 94, 97-8, 100-1, 109, 112, 117, 121, 123, 125, 127, 129, 133-4, 138, 153, 155-7, 161-3, 166, 173-4, 176, 181-2, 186-7, 193, 196-7, 207-10, 215, 219, 227, 247-8, 263-4, 268, 270
Kempka, Erich, 121, 141
Kennedy, Joseph P., 131, 196
Keppler, Wilhelm, 83, 117, 119-20, 122, 207-8, 210
Kerrl, Hans, 239
Kersten, Félix, 13
Kesselring, Albert, 76, 257
King, Cecil, 81
Kirchanschörung, Feil de, 140
Kleist, 223
Koch, Erich, 86
Koller, Karl, 14
Kordt, Erich, 10
Kordt, Theo, 276
Körner, Paul, 63, 75
Korte, Willi, 13
Köstring, Ernst, 229
Krause, Karl-Wilhelm, 10
Krüger, Friedrich-Wilhelm, 18
Kubizek, August, 244
Kubizek, Paula, 244

Laffert, Sigrid, 142
Lahousen, Erwin, 18, 248
Lammers, Hans, 5, 17, 25, 50-1, 68, 77, 83, 99, 139, 195, 201, 204, 239
Larisch-Wallersee, Irma, 13
Laval, Pierre, 20
Leeb, Wilhelm, 9, 18, 125, 152, 154, 184
Léger, Alexis, 57
Leitgen, Alfred, 149
Lenbach, Franz von, 202, 218
Leopold, Josef, 114
Ley, Robert, 20, 46, 188, 207, 223, 246
Liebmann, Kurt, 52, 60, 153, 187
Likus, Rudolf, 113, 216
Lipski, Josef, 169, 185, 204, 213-14, 271-3
List, Wilhelm, 252
Litvinov, Maxim, 217
Lloyd George, David, 42, 81
Löbe, Paul, 130
Lochner, Louis, 20
Lohse, Hinrich, 189
Londonderry, Charles, 81
Longwell, Daniel, 23
Lorenz, 125
Lossberg, Bernd von, 247
Louis, Joe, 21, 138
Löwinger, Heinrich, 91
Lüdecke, Kurt, 21
Ludendorff, Erich, 89
Lutero, Martin, 121, 235
Lutze, Viktor, 65, 139

MacDonald, Jeannette, 204
Macdonald, Ramsay, 22, 56-7
Mackensen, Hans-Georg von, 265
Mackenzie King, William Lyon, 81
Manstein, Erich von, 15, 18, 115, 126, 153, 252
Marat, Jean-Paul, 42
Martin, Bernd, 30
Masaryk, Jan, 164-6, 168-70, 172-3
Maser, Werner, 21
Maurice, Emil, 141
Medem, Gerhardt, 253
Meisinger, Josef, 102
Meissner, Otto, 50, 185, 201, 268
Mellenthin, Horst von, 52
Merekalov, Alexei, 202, 204
Miklas, Wilhelm, 112-13, 119-20
Milch, Erhard, 17-18, 23, 25, 63, 65, 69, 76, 153, 179, 214, 227, 257, 265
Mitford, Unity, 50
Mitfords, los, 50
Model, Walter, 153
Molotov, Viacheslav, 26, 217, 226, 250-1, 253-4, 257
Moltke, Hans Adolf von, 161
Morell, Theodor, 13, 17, 106, 209, 212, 221-4
Mosley, Oswald, 22, 81
Muff, Wolfgang, 119, 121
Müller, Heinrich, 249
Müller, Ludwig, 238
Mussolini, Benito, 4, 18, 29-30, 36, 43, 71-3, 78-9, 117, 120, 124, 126-9, 133, 175-6, 193, 227, 240, 249, 256, 260, 262, 264-5, 267, 272, 275-6

Napoleón I Bonaparte, 4, 47, 81, 115
Nelson, Horatio, 79
Neurath, Konstantin von, 79, 84, 109-10, 117-18, 120, 127, 135, 160, 246
Niemöller, Martin, 238-9
Nietzsche, Friedrich, 78
Nissle, A., 222

Norman, Montagu, 7, 196
Noske, Gustav, 130

Ogilvie-Forbes, George, 271
Olga, princesa de Yugoslavia, 228
Oshima, Hiroshi, 79

Pablo Karagjorgjevic, príncipe regente de Yogoslavia, 228
Papen, Franz von, 48, 56, 64, 68, 80, 109-10, 237
Phipps, Eric, 57
Polo Martínez-Valdés, Felipe, 13
Popp, Rudolf, 63
Pracher de Graz, Konrad, 21
Price, Ward, 81
Puttkamer, Karl-Jesco von, 18, 134, 138, 229, 261

Raeder, Karl, 54, 62, 73, 85, 99-100, 131, 134-6, 156, 183, 194, 196, 213, 219, 227, 231-2, 251, 257, 259, 270, 278
Rath, Ernst von, 189
Rattenhuber, Hans, 140
Rátz, Jenö, 126, 156
Raubal, Angela, 141-3
Raubal, Geli, 141-3, 229
Rauschning, Hermann, 10
Rehborn, Anni, 221
Reichenau, Walther von, 51, 59, 62, 70, 98-9, 111, 152, 162
Reves, Emery (Imre Revész), 11
Ribbentrop, Joachim von, 6, 13, 17, 18, 20, 22, 31, 56-8, 71-2, 78-80, 82, 84, 87-8, 109-10, 112-15, 117, 119-20, 122, 125-6, 129, 133-5, 152, 158, 161, 169, 171-4, 177, 184, 188, 191-3, 204, 207, 209-10, 213-14, 216, 223, 226-7, 230, 242, 245-60, 262, 269-73, 277
Richthofen, Jutta von, 19
Richthofen, Wolfram von, 19, 76, 230
Rienzi, 44, 243
Rintelen, Anton, 67
Robespierre, Maximilien de, 42
Rocques, Henri, 27-8
Röhm, Ernst, 3, 20, 59-65
Rommel, Erwin, 6, 14, 19, 211, 214, 261, 276-7
Roosevelt, Franklin D., 20, 114, 224
Rosenberg, Alfred, 17
Rosenthal, Chaim, 17
Rothermere, lord, 22, 81, 101
Rothkirch, general, 8
Rüffer, Charlotte, 98
Runciman, lord, 159
Rundstedt, Gerd von, 99, 103, 133, 162, 187, 228

Salzberger, 141
Schachleitner, Albanus, 237
Schacht, Hjalmar, 20, 45, 195-6
Scharrer, cónsul, 35, 41
Schaub, Julius, 18, 21, 31, 82, 106, 141, 167, 190, 195, 207, 229-30, 237, 243-4, 250
Schellenberg, Walter, 10
Scheubner-Richter, Max Erwin von, 223
Schicklgruber, Alois, 21
Schicklgruber, Maria Anna, 21
Schiedermayer, 144
Schlabrendorff, Fabian von, 13
Schlegelberger, 25
Schleicher, Kurt von, 60, 64
Schmeling, Max, 21, 138
Schmid, Wilhelm, 63, 65
Schmidt, Guido, 113
Schmidt, Mathias, 12
Schmidt, Otto, 94-6, 101
Schmundt, Anneliese, 219, 236
Schmundt, Rudolf, 15, 97, 100, 107, 116, 127, 132, 134, 136, 138, 148, 161, 167, 173, 181, 184, 198, 207, 219, 227, 236, 248, 263, 271
Schneidhuber, August, 63, 65
Schreck, Julius, 221-2
Schroeder, Christa, 11, 18, 65, 149, 210, 218-19, 230, 235, 278
Schulte-Mönting, Erich, 54
Schuschnigg, Kurt, 108-9, 111-13, 116-20, 125, 131, 155, 172
Schwedler, general von, 58
Schweppenburg, Leo Geyr von, 9
Schwerin von Krosigk, Lutz, 45-6, 73, 238
Schwindt, Moritz von, 108
Seeckt, Hans von, 51
Seldte, Franz, 50
Semmler, Rudolf, 14
Semper, Gottfried, 144
Severing, Karl, 130
Sibert, Edwin L., 143
Sidor, Karol, 208
Siedler, Wolf-Jobst, 12, 16
Siewert, Curt, 96
Sikorski, general, 6
Simon, John, 56-7, 72
Speer, Albert, 11-12, 106, 132, 139, 145, 161, 193, 195, 197, 201-2, 218, 223
Sperrle, Hugo, 111
Spitzy, Reinhard, 78, 84, 117-18, 151, 178
Spreti, conde, 65
Stalin, Iósiv, 29-30, 110, 202-4, 215-16, 226, 242, 245, 248, 254-6, 259-60, 267, 272
Stehlin, Paul, 217
Stempfle, Bernhard, 65
Stork, Sophie, 106
Strasser, Gregor, 65
Strauss, 140
Streicher, Julius, 50
Strong, William, 248

Stülpnagel, Karl-Heinrich von, 110
Sydnor, Charles W., 28
Sztójay, Döme, 127

Tácito, 43
Tauber, Richard, 223
Tauschitz, Stefan, 109, 113
Temple, Shirley, 204
Tennant, E. W. D., 22
Thomas, Georg, 182
Thompson, Dorothy, 23
Thorak, Wilhelm, 145
Thyssen, Fritz, 11
Ticiano, 218
Tintoretto, 108
Tirpitz, almirante von, 82, 84, 135, 183, 215
Tiso, Stephan, 18, 207-8, 210, 213
Todt, Fritz, 3, 15, 19, 47, 54, 107, 112, 136, 145, 148-51, 156, 163, 167, 179, 183, 204
Toland, John, 26-7
Trenker, Luis, 13
Troost, Gerti, 144
Troost, Paul Ludwig, 144-5, 202
Tuka, Voytech, 206-7, 213

Udet, Ernst, 23

Veesenmayer, Edmund, 207
Veit, Josef, 21
Verdi, Giuseppe, 246
Victor Manuel III de Italia, 128
Viebahn, Max von, 100, 121
Vormann, Nikolaus von, 18, 261, 263, 268-9, 272, 276-7
Voroshilov, K. E., 216
Vuillemin, Joseph, 155

Wagener, Otto, 185
Wagner, Eduard, 18, 62, 84, 125, 208
Wagner, Richard, 44
Wagner, Winifred, 223, 244, 246
Waldmüller, Ferdinand Georg, 218
Weichs, Maximilian von, 60
Weingärtner, 97-8
Weitzel, Fritz, 140
Weizsäcker, Ernst von, 17, 115, 118, 122, 127, 129-30, 135, 158, 161, 164-6, 173, 192, 205-7, 214, 225, 227, 245, 247, 249-51, 258-61, 270
Welczek, conde von, 161, 189
Wermelskirch, Fritz, 94, 96
Wiedemann, Fritz, 10, 50, 73, 75, 106, 129-30, 135, 146, 151-2, 161, 196
Wietersheim, Gustav von, 152
Willikens, Werner, 150
Wilson, Horace, 165, 170, 173, 245, 247, 257
Wilson, Hugh R., 114
Windsor, duque de, 29, 82
Witzleben, Erwin von, 226
Wohlthat, Helmuth, 245
Wolf, Johanna, 130, 230
Wolff, Karl, 17, 190
Wrede, príncipe, 35
Wünsche, Max, 18, 139-41

Zeitzler, Kurt, 210
Zoller, Albert, 11